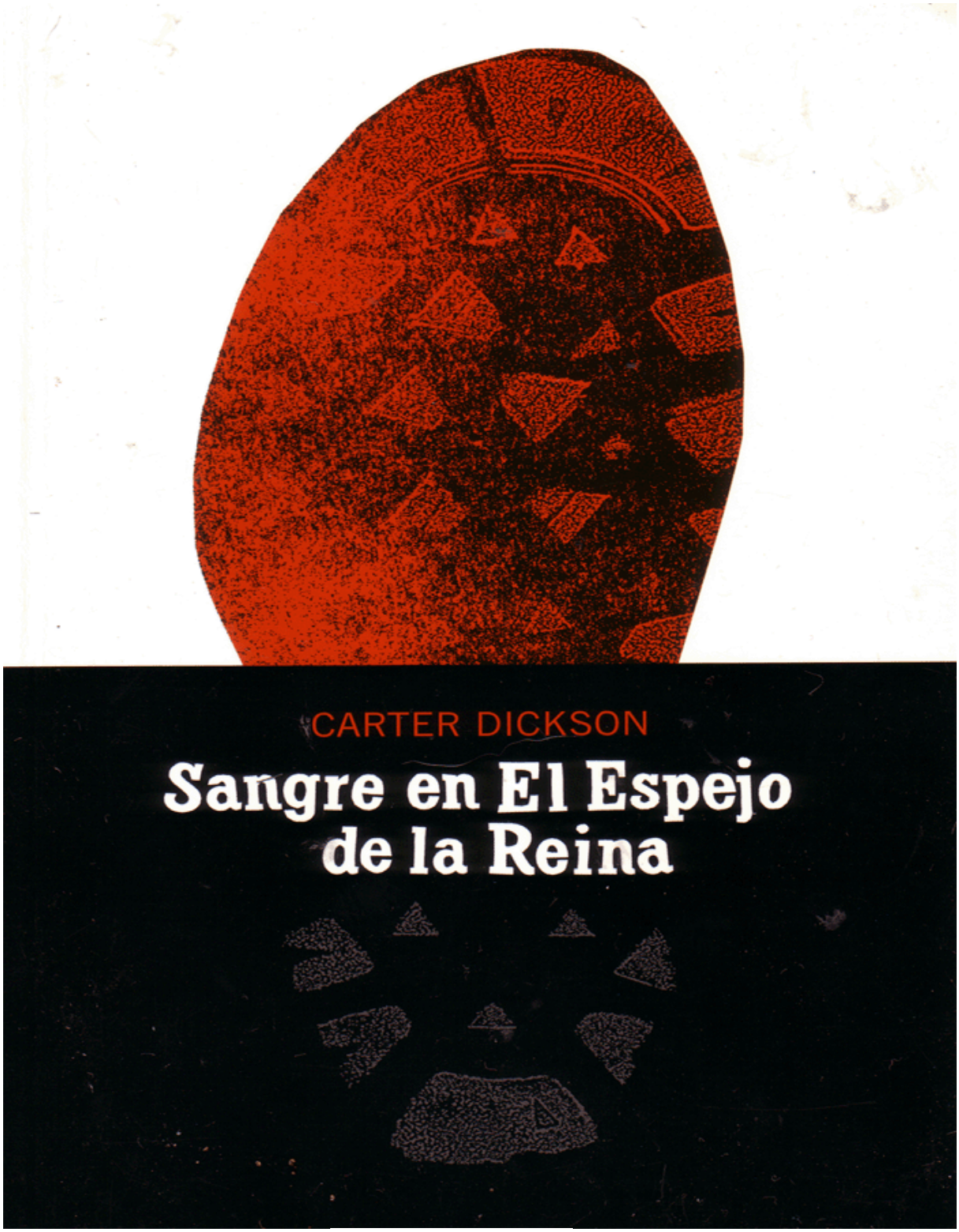
Sangre en El Espejo de la Reina
CARTER DICKSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Miradas retrospectivas

-¡Hum! -dijo H. M.-. De modo que eres mi sobrino, ¿eh?

Continuó mirando al recién llegado por encima de la montura de sus anteojos. En sus labios se dibujaba una mueca poco benévola y sus manos se cruzaban sobre su voluminoso abdomen. Dejó escapar un resoplido y agregó:

-Bueno, toma un cigarro entonces..., y un poco de whisky... ¿Qué es lo que te hace gracia? Ya veo que eres audaz. ¿De qué te ríes, mozalbete?

El sobrino de sir Henry Merrivale había estado a punto de echarse a reír en la cara de su tío. Desgraciadamente, ésa era la forma en qué *casi* todos trataban al gran H. M., incluso sus subordinados del Ministerio de la Guerra, lo cual molestaba bastante al viejo. Mister James Boyton Bennett no podía menos de saberlo. Cuando se acaba de cruzar el océano y está uno por primera vez en la oficina de un eminente caballero que en cierta época dirigió el Departamento de Espionaje Británico, es necesario tener algún tacto. Aunque H. M. no era más que una figura decorativa durante aquellos tiempos de paz, tenía aún bastante influencia. Muy a menudo era necesaria su intervención en peligrosos casos concernientes a la seguridad de Europa.

El padre de Bennett, que era cuñado de H. M. y que, por su influyente posición en Washington, estaba al tanto de muchas cosas, había hecho a su hijo ciertas indicaciones antes de que éste partiera.

-No emplees ceremonia alguna con él -le había recomendado el padre-. No las entendería. Con frecuencia se ha visto en dificultades durante reuniones políticas por pronunciar discursos en los que, distraído, trató de «Boko» al secretario del Interior, y de «cara de caballo» al primer ministro. Probablemente le encontrarás dormido, aunque fingirá estar muy ocupado. Su manía más común es que le persiguen y que nadie le aprecia. Hace unos trescientos años que la familia posee la baronía, y el viejo es un socialista militante. Tiene los títulos de abogado y de médico, pero su dicción deja mucho que desear. Con sus groserías suele escandalizar a sus taquígrafas; usa calcetines blancos y aparece en público sin corbata. No te dejes engañar por su aspecto; le agrada pensar que es tan inexpresivo como un buda. Te diré, además, que es un genio en todo lo que se refiere a investigaciones criminales.

Lo que sorprendió al sobrino de sir Henry Merrivale fue que éste se adaptara perfectamente a la descripción. Su corpachón ocupaba una silla detrás del desordenado escritorio. Su enorme calva se reflejaba en el cristal de la ventana de su sucia oficina, situada en lo alto del edificio del Ministerio de la Guerra, enclavado en la parte más antigua de esta conejera que fue en otro tiempo parte integrante del Whitehall Palace. Desde su ventana, se divisa una extensión del triste parque, el Victoria Embankment y el río. El frío de aquella semana de Navidad empañaba en aquellos momentos los cristales. Bennett alcanzaba a ver el reflejo de los faroles del Embankment, y llegaban a sus oídos el estrépito del tránsito y los crujidos de los leños que ardían en la chimenea de mármol blanco. Exceptuado el fuego, no había otra luz en la oficina H. M. le miraba parpadeando. A poca distancia de su cabeza, pendía de la araña una enorme campana de Navidad confeccionada con papel de color rojo.

-¡Ah! -gruñó H. M., mirándole con repentino recelo-. Ya veo que la estás mirando, jovenzuelo. No creas que yo cuelgo esas cosas en mi oficina Pero a mí nunca me toman en cuenta para nada. Así me tratan por aquí. Eso es obra de Lollypop.

-¿Lollypop? -dijo Bennett.

-Mi secretaria -gruñó H. M.-. Es una buena chica, pero muy molesta Siempre me hace hablar por teléfono cuando le doy orden estricta de decir que estoy ocupado, porque siempre estoy ocupado. ¡Bah! Pero pone flores en mi escritorio y cuelga campanas de las arañas...

-Bien, señor -observó Bennett-. i a usted no le agrada, ¿por qué no la despide?

H. M. miró a su sobrino y dejó escapar algunos ruidos raros mientras le contemplaba con fijeza Súbitamente cambió de tema

-Bonita manera de hablar para un sobrino -manifestó-. ¡Hum! Eres como todos. Veamos... tú eres hijo de Kitty, ¿eh? ¿De la que se casó con el yanqui? Sí. ¿Qué haces para ganarte la vida? Los americanos molestan siempre a la gente que trabaja

-Algo hago -admitió Bennett-, aunque todavía no estoy seguro de lo que es. Creo que soy una especie de recadero internacional de mi padre. Por eso he cruzado el océano en diciembre.

-¿Eh? -dijo H. M., levantando la vista-. No me dirás que también estás en sus negocios, ¿eh? Eso es malo. ¡Aléjate de él! Es muy aburrido y no lo dejan a uno tranquilo. El Ministerio de Gobierno se preocupa siempre por los barcos de guerra que no tenemos. ¿Estás en eso?

Bennett tomó un cigarro de la caja que le ofrecía su tío y replicó:

-No, señor; pero desearía estar. Todo lo que hago es preparar cócteles para las celebridades que visitan el departamento de mi padre, o llevar mensajes triviales de mi viejo a los ministerios del Exterior de los gobiernos menores. Ya sabe usted de qué se trata: «El secretario presenta sus saludos y asegura a su excelencia que el asunto será atendido con la mayor prontitud...», y así por el estilo. Fue sólo por una afortunada casualidad el venir a Londres -titubeó un instante, sin saber si atreverse a mencionar el tema que le interesaba-. Todo se debió a lord Canifest. ¿Le conoce usted? Es el propietario de varios periódicos.

H. M. conocía a todo el mundo.

-Canifest, ¿eh? -inquirió, haciendo una mueca como si el cigarro oliera mal-. Claro que le conozco. Es el que hace propaganda para que se forme una alianza angloamericana y embroncar a los japoneses. ¡Hum! Sí. Hombre corpulento, con aires de primer ministro y modales de perdonavidas..., voz dulce... Le gusta hablar en todo momento, ¿eh? ¡Ajá! Es muy juerguista.

Bennett se mostró sorprendido.

-Le aseguro que eso es una novedad para mí, señor -manifestó-. Ojalá hubiera sido un juerguista, pues me habría facilitado la tarea. Le diré: fue a los Estados Unidos con una misión semioficial, según tengo entendido. Efectuó una gira de buena voluntad, hablando de una alianza angloamericana. Claro está que nadie podía hacer nada al respecto, pero él produjo muy buena impresión. Le ofrecieron varias cenas -continuó Bennett, recordando a Canifest en pie frente a un micrófono y ante una mesa adornada con rosas-. Habló por radio, y todo el mundo afirmó que el amor maternal era algo maravilloso. Parte de mi trabajo como recadero fue el de acompañar a un grupo y mostrarles Nueva York. Pero en cuanto a que es un juerguista...

Hizo una pausa, entregándose de nuevo a recuerdos algo molestos. Pero vio que H. M. le miraba con curiosidad, y prosiguió:

-Admito que nunca sabe uno qué hacer en esas circunstancias, pues es necesario conocer bien al visitante. El distinguido forastero dice que quiere conocer la vida americana. Muy bien; organiza uno varios cócteles, y luego resulta que el personaje quiere ver la tumba de Grant y la estatua de la Libertad. Canifest sólo quería hacer un millón de preguntas sobre América, que nadie puede contestar. Es verdad que cuando llegó Marcia Tait...

H. M. se quitó el cigarro de la boca. Su rostro continuaba inexpresivo, pero su mirada era desconcertante.

-¿Eh? ¿Qué has dicho respecto a Marcia Tait? -preguntó.

-Nada, señor.

H. M. le apuntó con su cigarro, haciendo una mueca malévola.

-Ya veo que quieres intrigarme y despertar mi interés. Algo tienes entre manos. Debí haberlo adivinado. Debí haber sabido que nadie me vendría a visitar solamente por cariño filial. ¡Bah!

Todos los acontecimientos de los dos últimos días se reflejaron en la mente de Bennett como en un espejo. Vio el apartamento junto al parque; el paquete envuelto en papel de color castaño; Marcia Tait, riendo mientras la fotografiaban en el lujoso automóvil, y, finalmente, el hombre de cabellos rojos que se doblaba en dos y caía de su asiento junto al bar. No murió, pero hubo tentativa de asesinato.

Se movió inquieto.

-No es así, señor. Sólo respondí a unas preguntas después de la visita de Canifest. Mi padre me envió para entregar una carta de agradecimiento a su Ministerio de Gobernación. Eso es todo. Tenía la esperanza de regresar a casa para Navidad.

-¿Navidad? ¡Pamplinas! -tronó H. M., irguiéndose en su silla y mirándole con fiereza-. Sobrino, pásala con nosotros.

-A decir verdad, ya había aceptado una invitación para una casa de Surrey, y admito que hay razones para que desee ir.

-¡Ah, ah! -exclamó H. M., acerbamente-. ¿Una chica?

-No. Me mueve la curiosidad... tal vez. No sé -el joven se movió de nuevo en su silla-. Cierto es que han ocurrido algunas cosas raras. Hubo una tentativa de asesinato, y se han reunido muchas personas raras, entre ellas Canifest y Marcia Tait. La reunión es amistosa y social, pero... me preocupa, señor.

-Espera.

Gruñendo y jadeando por lo bajo, H. M. se incorporó de la silla y encendió una lámpara que descansaba sobre la mesa. La luz puso al descubierto los desordenados documentos oficiales salpicados de ceniza y arrugados en los sitios donde estuvieron apoyados los pies de H. M. Sobre la chimenea de mármol blanco vio Bennett un retrato de Fouché. H. M. sacó una botella, un sifón y dos vasos de la caja de hierro colocada junto a la pared. Dondequiera que fuese, su cuerpo parecía desordenarlo todo. Al cubrir la corta distancia entre el escritorio y la caja, se las ingenió para derribar un juego de ajedrez en el que estaba resolviendo una jugada, y una mesita llena de soldaditos de plomo alineados para la solución de un problema de táctica militar. No recogió nada. Todo era basura con la que entretenía su extraño cerebro genial. Después de servir el whisky, elevó el vaso, lo vació de un trago y volvió a sentarse.

-Bien, bien -manifestó, cruzando las manos sobre el abdomen-. Te escucharé. Ten en cuenta que soy un hombre ocupado. La gente de allí -inclinó la cabeza hacia un costado para indicar el edificio conocido con el nombre de New Scotland Yard, situado en el Embankment, a escasa distancia- todavía está preocupada por ese individuo de Hampstead que instaló un heliógrafo sobre una colina. ¡Que sigan preocupados! No me importa. Tú eres mi sobrino y, además, muchacho, has mencionado a una mujer que me interesa. ¿Y qué?

-¿Marcia Tait?

-Marcia Tait -asintió H. M., con un guiño picaresco-. ¡Ah! ¡Qué mujer! Siempre voy a ver sus películas -un júbilo maligno se reflejó en su enorme rostro-. A mi esposa no le gusta. ¿Por qué se ponen furiosas las mujeres delgadas cuando dice uno algo agradable respecto a los encantos abundantes? Admito que es regordeta, ¿por qué no? ¿Sabes una cosa? Conocí muy bien a su padre, el viejo general. Antes de la guerra íbamos a tirar al blanco al mismo campo. Hace un par de semanas fui a verla en esa película sobre Lucrecia Borgia, que exhibieron durante varios meses en el Leicester Square. Bueno, ¿y a quién crees que encontré al salir sino al viejo Sandival y a su esposa? Lady Sandival estaba furiosa y hacía comentarios muy poco favorables acerca de la Tait. Les rogué que me llevaran a casa en su coche y tuve que decir a lady Sandival que no le convenía ir a reuniones sociales con la hija del viejo Tait. De acuerdo con las costumbres, la Tait tendría que entrar en el comedor antes que ella. ¡Ja, ja! Se puso terriblemente Furiosa... -H. M. frunció el ceño y se detuvo para extender la mano hacia la botella de whisky-. Oye, muchacho -agregó mirando fijamente a su sobrino-: no estarás

tú enredado con Marcia Tait, ¿eh?

-No en el sentido que imagina usted, señor -repuso Bennett-. La conozco. Se encuentra en Londres.

-Te haría bien si lo estuvieras -gruñó el viejo, cogiendo la botella-. Así aprenderías algo. Los jóvenes de hoy no tienen sangre en las venas. ¡Bah!... Bueno, prosigue. ¿Qué estás haciendo aquí?

Si la conoce usted -prosiguió Bennett-, sabrá que hizo sus primeras armas en las tablas londinenses.

-Fue un fracaso -declaró H. M. tranquilamente, mientras entornaba los párpados.

-Sí, me enteré de que los críticos fueron bastante duros con ella, e insinuaron que no sabía desenvolverse en el teatro. Por eso se fue a Hollywood. No sé cómo, se hizo cargo de ella un director llamado Rainger; la preparó y la mantuvo oculta durante seis meses, y luego la lanzó a la pantalla. Al cabo de otros seis meses llegó a ser..., lo que es ahora. Todo fue obra de Rainger y de un agente de publicidad llamado Emery. Pero, según tengo entendido, ella tiene una sola ambición: hacer que los críticos londinenses se traguen sus comentarios. Ha venido a desempeñar el papel principal de una nueva obra.

-Prosigue -le ordenó H. M. con impaciencia-. Otra reina, ¿eh? No ha hecho otra cosa. Debe de ser una venganza. ¡Hum! ¿Quién es el productor?

-Ahí está el asunto. Es independiente. Marcia Tait se dio el gusto de desdeñar a dos o tres productores que le ofrecieron respaldarla. No quiere saber nada de ellos, pues se negaron a ayudarla por segunda vez cuando fracasó en un principio. Hay muchos chismes, y no la benefician mucho, según me dice Emery. Más aún: se fue del estudio sin terminar su contrato. Emery y Rainger están furiosos..., pero también vinieron.

Clavó la vista en el círculo de luz que se dibujaba sobre el escritorio, recordando otra luz extraña que viera durante su última noche en Nueva York en el Cavalla Club. Estaba bailando con Louise y miró por encima de su hombro a la mesa ocupada por Marcia Tait. Detrás de ella se veían algunas colgaduras escarlata adornadas con cordones dorados. La joven vestía de blanco y uno de sus hombros se apoyaba en una columna. Estaba ebria, pero se mantenía erguida y compuesta. Vio que reía, dejando al descubierto sus blancos dientes que se destacaron contra su tez morena. A su lado se hallaba Emery muy ebrio; en la otra silla se sentaba el rechoncho Rainger, que siempre parecía estar sin afeitar y no bebía nada. En ese momento la Tait levantó su copa. Emery, al hacer uno de sus continuos ademanes, volcó todo el contenido sobre el pecho de la joven, pero ella no hizo más que echarse a reír. Fue John Bohun quien asomó al círculo de luz que iluminaba la mesa y le ofreció su pañuelo...

-La última noticia que tengo -continuó Bennett, levantando al fin la vista- es que la Compañía Cinearts le ha concedido un mes de plazo para que regrese al estudio. Ella no quiere hacerlo..., o, al menos, así lo afirma. Su respuesta será ésta.

Levantó su cigarro y escribió en el aire lo siguiente:

John Bohun presenta a
MARCIA TAIT Y JERVIS WILLARD
en
LA VIDA PRIVADA DE CARLOS II
escrita por
Maurice Bohun

H. M. frunció el ceño ajustándose los anteojos.

-¡Muy bien! -exclamó distraído-. ¡Muy bien! Eso se ajustaría a su belleza, muchacho. Ya sabes: ojos adormilados, cutis moreno, cuello corto, labios carnosos; tal como una de esas mujeres del tiempo de la Restauración que se exhiben en el salón Eduardo en la Galería Nacional de Retratos. ¡Ah! Me extraña que no se le haya ocurrido antes a nadie. Oye,

muchacho: tienes que visitar esa galería. Te llevarás unas cuantas sorpresas. La mujer a la que llaman Mary la Sanguinaria es una rubia de rostro de niña. María de Escocia es la más fea de todas. ¡Hum! -de nuevo movió sus anteojos-. Pero es interesante lo que dices de la Tait. Tiene valor, no hay duda. No sólo le hace la corte a la hostilidad, sino que también desafía a la competencia. ¿Sabes quién es Jervis Willard? El mejor actor de carácter de Inglaterra. Y un productor independiente le ha elegido para trabajar con ella, ¿eh? Ella debe de creer que puede...

-Así es, señor -afirmó Bennett.

-¡Hum! ¿Qué me dices de esa combinación de los Bohun? ¿Qué tiene que ver con Canifest?

-Ahí es donde comienzan la historia y los problemas -repuso Bennett-. Los Bohun son hermanos, y ambos parecen ser dos contradicciones. No conozco a Maurice, que es el mayor, y lo que le diré lo sé sólo de oídas. Parece que todos los que le conocen, excepto su hermano John, encuentran muy cómico el que sea autor de esa obra. Marcia dice que sería extraño que escribiera cualquier obra que no fuese en cinco actos y en heroico verso libre. Pero una farsa rápida y obscena de la escuela picaresca...

-¡Bohun! -exclamó H. M. súbitamente, levantando la cabeza-. ¡Ya sé! Pero no puede ser el mismo, muchacho. Este Bohun que recuerdo... No. Era profesor de Oxford y daba conferencias sobre la historia política y económica del siglo XVII. ¿Quieres decirme que...?

Bennett asintió.

-Es el mismo. Ya le dije que me habían invitado a su casa de Surrey para pasar las fiestas. Es la residencia de los Bohun, situada cerca de Epsom. Se llama White Priory. Por ciertas razones históricas que le explicaré en un minuto, todo el grupo se trasladará allí en busca de una atmósfera apropiada. El decrépito estudioso, según parece, ha comenzado súbitamente a hacer cabriolas en el papel. Por otra parte, hemos de tener en cuenta a John Bohun. Él siempre se ha ocupado de empresas teatrales, según tengo entendido. Pues bien: John Bohun apareció en América como íntimo amigo y compañero de viaje de lord Canifest. No dijo mucho; habla poco. Bohun es de esos ingleses característicos, de los que llevan paraguas y siempre se muestran taciturnos. Anduvo por todas partes, miró los edificios y demostró poco interés en todo. Nada más... Hasta que llegó Marcia Tait a Nueva York. Parece que su viaje estaba convenido de antemano.

-¡Ajá! -dijo en tono curioso H. M.-. ¿Una intriga amorosa?

Entre otras cosas, eso era lo que había intrigado a Bennett. Recordó la gigantesca Estación Central y los fogonazos de magnesio cuando Marcia Tait posó en el estribo del tren. Alguien le tenía el perro, volaron los libros de autógrafos, la multitud se agitó de un lado para otro, y, a cierta distancia de todo el revuelo, John Bohun maldecía entre dientes. Afirmó no entender a los americanos. Bennett recordó haberle visto mirar sobre las cabezas de los más bajos. Su rostro era más moreno que el de Marcia Tait. No se había suavizado la expresión malévola de su rostro cuando logró abrirse paso hasta donde se hallaba ella...

-No fue una reunión de amantes -manifestó Bennett, lentamente-. Pero, claro está, no se puede describir una atmósfera, y eso es lo que rodea siempre a la Tait. Para el público trata de ser... ¿cómo diría?... efervescente. Y no lo es, en realidad. Ha acertado usted al decir que se parece a uno de esos retratos de la época de la Restauración. Tranquila, pensativa, *antigua,* usted me entiende. Lunares y languidez, y truenos a la distancia. Supongo que todas estas palabras altisonantes significarán simplemente «sensual», pero diría que hay algo más vehemente, algo que tenían las grandes cortesanas de la Antigüedad. No podría explicarlo...

-¿Crees que no? -le interrumpió H. M., parpadeando-. Lo has hecho bastante bien. Parece que tú también te sentiste muy atraído hacia ella.

Bennett fue sincero.

-Bien sabe Dios que así fue..., durante un tiempo. El que tenga un poco de sangre en el cuerpo sufriría tanto... Dejando a un lado la competencia, no me agradaría sufrir el cataclismo emocional que significaría seguir enamorado de esa mujer. ¿Comprende usted, señor?

Librodot

-¡Oh, oh! -exclamó el viejo-. ¿Quieres decir que había mucha competencia?

-Incesante. Hasta estoy seguro de haber visto cierto brillo especial en los ojos de Canifest. Al recordar lo que dijo usted...

-¡Ajá! ¿Conoció ella a Canifest?

-Según parece, le conocía ya; él era amigo de su padre. Canifest iba acompañado por su hija Louise, que le servía de secretaria. Ellos y Bohun se alojaban en el Brevoort, el hotel más exclusivo de la ciudad. De modo que, para gran asombro de todos, la Tait también se alojó allí. Los periodistas fotografiaron a Canifest en el momento de estrechar la mano de la famosa artista británica que había triunfado en el cine. Todo eso no tuvo nada de extraño. Pero se despertó mi atención el día siguiente, cuando llegó Carl Rainger, el director, acompañado por el agente de publicidad. Eso era asunto mío, pues había ido a acompañar a Canifest. Pero Bohun llevaba el argumento escrito por su hermano. La Tait no lo ocultó siquiera. Hubo una especie de tregua armada entre la Tait y Bohun, por un lado, y Rainger y Emery, por otro. Nos gustara o no, estábamos todos juntos, como los componentes químicos de una bomba, y en medio de todo se hallaba Marcia Tait, tan inexpresiva como siempre.

Con la vista fija en la lámpara del escritorio, el joven trató de recordar el momento preciso en que notó la tensión existente, la intranquilidad que parecía dominar a los componentes del grupo. Debió de haber sido -se dijo- en el departamento ocupado por la Tait la noche en que llegó Rainger. La actriz vestía de amarillo y se hallaba sentada en un sillón bien iluminado por las lámparas de la sala. Bohun, que siempre parecía más enjuto con su ropa de etiqueta, agitaba una coctelera. Canifest conversaba con su habitual suavidad. No muy lejos, la hija de Canifest estaba sentada en una silla que parecía más baja que las demás. La pecosa y callada Louise era una joven poco agraciada, que parecía ser menos bonita aún a causa de los deseos de su padre. Sólo se le permitió tomar un cóctel. Fue en esos momentos cuando sonó el teléfono interior.

Bennett explicó entonces a H. M. que John Bohun se irguió para mirar fijamente al aparato. Se dispuso a atenderlo; pero Marcia Tait se le adelantó. En los labios de la joven se dibujaba una leve sonrisa. Solamente dijo: «Muy bien», antes de colgar el auricular, y no dejó de sonreír. John Bohun inquirió quién era y al poco recibió la respuesta. Alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar a ser invitado. Apareció entonces un hombre pequeño y rechoncho, con expresión furiosa y una barba de dos días. Sin prestar atención alguna a los presentes, preguntó a la actriz: «¿Cómo diablos se le ocurrió abandonarnos?».

Marcia Tait pidió permiso para presentar a Carl Rainger.

-... Y eso -finalizó Bennett- ocurrió hace casi tres semanas. En cierto modo fue el comienzo de todo. Pero lo interesante es esto -se inclinó hacia adelante y apoyó el índice sobre el escritorio de H. M.-. ¿Quién de los componentes de nuestro grupo envió a Marcia Tait una caja de bombones envenenados?

Veneno débil

-Uno de los del grupo, ¿eh? -dijo H. M., muy pensativo-. Le enviaron bombones envenenados. Bien, bien. ¿Los comió?

-Me he adelantado en mi relato. El asunto de los bombones ocurrió tan sólo ayer por la mañana, y ya hace casi un mes que la Tait llegó de Nueva York. Le diré: no esperaba yo venir a Inglaterra, ni pensé que volvería a ver a ninguno de ellos después de regresar a Washington; tampoco trabé amistad estrecha con ninguno del grupo. Pero debe de haber sido esa atmósfera especial. Se me quedó grabada en la mente. No quiero parecer demasiado sutil, señor...

H. M. lanzó un gruñido.

-¡Bah! -exclamó-. La sutileza sólo se emplea para expresar una verdad evidente en un

lenguaje que nadie puede entender, y no hay nada de sutil en una tentativa de envenenamiento. Bebe otra copa. ¿Cómo es que te has visto reunido de nuevo con esa gente?

«Eso era algo curioso», trató de explicar Bennett. Se refería a la metamorfosis de John Bohun. Tan pronto como el mandatario regresó a Washington, se le envió con una carta de buena voluntad a Westminster, en el papel de diplomático de reserva, que no tiene puesto especial; todo lo que debe hacer es decir lo correcto en todas las ocasiones. Se embarcó en el *Berengaria* un día gris y tormentoso, en que las olas parecían más agitadas que de costumbre. Había notado cierto interés especial y muchas conversaciones animadas al subir a bordo. Acababan de alejarse del muelle cuando se encontró de frente con Marcia Tait. La joven lucía gafas oscuras, lo cual significaba que viajaba de incógnito. La acompañaban Canifest y Bohun. Canifest estaba ya palideciendo a causa de los movimientos del barco. A la hora del almuerzo se encerró en su camarote y no volvió a salir. Rainger y Emery tampoco salieron de sus respectivos camarotes hasta que el transatlántico estuvo a punto de llegar a Southampton.

-Lo cual -manifestó Bennett- fue causa de que Marcia, Bohun y yo hiciéramos la travesía juntos. Lo que más me extrañó fue que Bohun estaba completamente cambiado. Era como si se hubiese sentido inquieto y perdido en Nueva York. En el barco hablaba animadamente y parecía tener muy buen humor. La tensión desapareció mientras estuvimos los tres juntos. De repente descubrí que Bohun tenía ideas muy románticas acerca de la obra que iba a presentar. Según entendí, tanto él como su hermano conocen a fondo todo lo referente a la historia del siglo XVII. Y no me extraña. White Priory, la residencia familiar, ya pertenecía a los Bohun en la época de Carlos II. El Bohun de aquel entonces daba continuas fiestas y era amigo del rey, y cuando Carlos iba a Epsom a ver las carreras, siempre se alojaba en White Priory.

Mientras volvía a llenar los vasos, H. M. frunció el ceño.

-Epsom es una ciudad rara. Daba continuas fiestas, ¿eh? ¡Hum! ¿No es allí donde vivían Nell Gwynn y Buckhurst antes de que Carlos se enamorara de ella? Y esa White Priory... ¡Espera! Estoy pensando. Oye: me parece recordar haber leído algo respecto a una casa que hay allí, un pabellón o algo por el estilo que no dejan ver a los turistas...

-Esto mismo lo llaman El Espejo de la Reina. Bohun afirma que la manía de importar mármol en Inglaterra y construir templos de imitación sobre lagos ornamentales comenzó cuando los Bohun erigieron ese pabellón. De paso le diré que no es verdad. La locura no comenzó hasta cien años después, durante el siglo XVII.

Pero Bohun cree en ello a pie juntillas. En fin, sea como fuere, parece que George Bohun, uno de sus antecesores, lo construyó hacia el año mil seiscientos sesenta y cuatro para la conveniencia y el esplendor de lady Castlemaine, la amante de Carlos. Se trata de un pabellón de mármol que contiene sólo dos o tres habitaciones y se halla en medio de un pequeño lago artificial; de ahí el nombre. Una de las escenas de la obra de Maurice se desarrolla allí. John me lo descubrió una tarde, cuando él, Marcia y yo nos encontrábamos sentados en cubierta. Es un hombre reservado y, según parece, nervioso. Siempre afirma: «Maurice tiene la inteligencia de la familia; yo, no. Me gustaría poder escribir una obra así», y luego sonríe y le mira a uno, especialmente a Marcia, como si esperara una negativa general. Pero tiene una habilidad especial para las descripciones y el ojo del artista para los efectos. Creo que sería muy buen director. Cuando terminó de hablar, me fue posible ver el sendero que se extiende entre los setos de siemprevivas, el agua clara rodeada de cipreses y el espectral pabellón donde los cojines de seda de lady Castlemaine todavía conservan su color original. Luego dijo, como si hablara para sus adentros: « ¡Vaya, me gustaría desempeñar el papel de Carlos! Podría...», y se interrumpió. Marcia le miró extrañada, diciendo que ya tenían a Jervis Willard para ese papel. Él se volvió rápidamente para mirarla. No me gustó la expresión de su rostro, ni la forma en que ella entornó los ojos, como si pensara en algo de lo cual estaba él excluido; de manera que pregunté a la Tait si había visto El Espejo de la Reina Bohun sonrió. Puso su mano sobre la de ella, y dijo: «¡Oh, sí! Allí fue donde nos vimos por primera vez». Le aseguro que todo eso no significaba nada para mí; pero, por un momento,

Librodot

experimenté una sensación desagradable. Estábamos solos en cubierta, y aquellos dos rostros que parecían pertenecer a un cuadro antiguo, se destacaban en la penumbra. Casi enseguida se presentó Tim Emery. Estaba un tanto pálido pero parecía decidido. Trató de mostrarse alegre sin conseguirlo. Pero su presencia hizo callar a Bohun. Detesta a Emery y a Rainger, y no se molesta en ocultarlo.

-Respecto a los señores Rainger y Emery -observó H. M., muy pensativo-, ¿quieres decirme que un director importante y muy conocido dejó un buen puesto en el estudio para cruzar el océano con esa moza?

-¡Oh, no! Tiene permiso después de haber pasado dos años sin vacaciones; pero decidió emplearlo tratando de persuadir a Marcia de que no fuese tonta.

Bennett calló un momento, recordando el rostro grueso e inexpresivo, con sus negros cabellos cortos y los ojos astutos que no dejaban escapar nada.

-Tal vez -prosiguió-, alguien sepa lo que ese hombre piensa. Yo no lo sé. Es inteligente, parece adivinar los pensamientos de su interlocutor y es tan cínico como un conductor de taxi.

-¿Pero está interesado en la Tait?

-Pues... es posible.

-Señales de duda.. Eres muy inocente sobrino -manifestó H. M., apagando la colilla de su cigarro-. ¡Hum! ¿Y ese tipo, Emery?

-Emery se muestra más dispuesto a hablar que los otros. Me agrada. Continuamente me lleva aparte; a los otros les agrada tratarle desdeñosamente y él los detesta. Es de esos que saltan de un lado para otro, están siempre moviendo los brazos y no pueden quedarse quietos en ninguna parte, y está preocupado, pues su trabajo depende de que logre llevar a la Tait de nuevo a los estudios. Por eso ha venido.

-¿Y su actitud hacia ella?

-Le diré. Parece que tiene a su esposa en California y siempre cita sus opiniones durante la conversación. No. Está interesado en la Tait sólo como lo estaba el difunto mister Frankenstein en su monstruo, como en algo que ayudó a crear. Pues bien: ayer...

Los bombones envenenados. Cuando reanudó el relato, la sonora voz del Big Ben dejó oír sus vibrantes notas por el Embankment. Era un aviso de que se hallaba en otra ciudad de atardeceres azulados y luces brillantes, en la que los sombreros de copa convertían en máscaras los rostros y donde el recibimiento que se brindó a Marcia Tait fue tan tumultuoso como en Nueva York. El transatlántico había tocado tierra dos días antes. En la aglomeración, cuando el tren especial del barco llegaba a la Estación Waterloo, no tuvo oportunidad para despedirse de nadie. Sin embargo, John Bohun se abrió paso por el corredor del vagón con el fin de estrecharle la mano.

-Oiga usted -le había dicho mientras anotaba algo en una tarjeta-, aquí tiene la dirección. Marcia pasará la noche en el Savoy, pero mañana por la mañana partirá para esta casa. Nadie más lo sabe. Tendremos el gusto de verle, ¿verdad?

Bennett asintió inmediatamente. Sabía que Bohun y Marcia habían tenido un serio altercado por la dirección antes de que se la comunicara a Rainger y Emery. «Naturalmente, se la daremos a lord Canifest, ¿verdad», había dicho ella.

Mientras se abría paso hacia un taxi, Bennett se volvió para ver a la Tait asomada a la ventanilla, recibiendo flores y estrechando la mano a un individuo que estaba de espaldas. Una voz cercana dijo: «Ése es Jervis Willard», y brillaron los fogonazos de magnesio. Estaban fotografiando a lord Canifest cogido del brazo de su hija.

Mientras avanzaba velozmente por el puente de Waterloo en aquella sombría tarde de diciembre, Bennett se preguntó si volvería a ver a alguno de ellos. Las amistades de a bordo se olvidan enseguida. Se encaminó a la Embajada de los Estados Unidos, donde le recibieron con gran ceremonia, y luego fue a la Whitehall para cumplir con su misión. Todo esto finalizó en un par de horas. Pusieron a su disposición un Monis de dos asientos, y aceptó dos o tres invitaciones que estaba obligado a aceptar. Posteriormente, se sintió muy solitario.

La mañana siguiente estaba aún más deprimido y no podía quitarse de la mente el

Librodot

recuerdo de Marcia

Tait. En contraste con la fácil camaradería de a bordo, la triste ciudad parecía aún más melancólica que de ordinario. No sabía si iría al 16 de Hamilton Place, la dirección que escribió Bohun en la tarjeta, y paseaba sin rumbo por Piccadilly Circus, cuando el destino decidió el asunto. Al llegar a la entrada de Shaftesbury Avenue oyó una voz que le llamaba por su nombre, y estuvo a punto de ser atropellado por un enorme automóvil amarillo que llamaba la atención de todos los transeúntes. Desde la maciza figura de plata que adornaba la tapa de su radiador hasta las letras aerodinámicas CINEARTS STUDIOS INC., pintadas a los costados, era excesivo aun para los ojos de Tim Emery, que lo guiaba. Emery le gritó que saltara adentro. Se notaba que estaba malhumorado. Bennett lanzó una mirada de soslayo al rostro de agudas facciones, boca de expresión descontenta y cejas amarillas, mientras avanzaba por Picadilly.

-¡Cielos! -exclamó Emery-. Está loca. ¡Esa mujer ha perdido la cabeza, se lo aseguro! -golpeó con el puño cerrado sobre el volante de la dirección, y luego torció bruscamente para evitar el choque con un autobús-. Nunca la he visto así antes. En cuanto llega a esta ciudad, se torna majestuosa. «¡Nada de publicidad!», me dice. ¿Qué le parece? -su voz se elevó agudamente. Estaba asombrado y afligido-. Vengo de visitar nuestra sucursal inglesa, en Wardour Street. ¡Gran ayuda. me brindaron! Aunque ella haya abandonado su trabajo, todavía tengo que ocuparme de que los diarios le hagan la publicidad adecuada. ¿Se imagina usted, se imagina? Una mujer que...

-Tim -dijo Bennett-, no es asunto mío; pero ya debe usted darse cuenta de que está decidida a trabajar en esa obra.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué?

-Pues... será por venganza. ¿Vio usted los diarios de esta mañana?

-Oiga usted -observó Emery, en tono de asombro-: se ve que está furiosa con los productores ingleses, ¿eh? Eso no le traerá ningún provecho. Pero ¿por qué molestarse por lo que digan en esta ciudad, cuando puede ganar dos mil por semana en los Estados Unidos? ¡Cristo, eso es lo que enfurece! Como si tuviera un... ¡Hum! -murmuró Emery-. La Mujer del Propósito. No estaría mal como titular. Podría conseguirse buena publicidad si me dejaran usarlo... pero es imposible. Tengo que impedirlo.

-A menos que le dé un golpe en la cabeza y la rapte -manifestó Bennett-, no veo qué pueda hacer usted.

Emery le miró de soslayo. Tenía los ojos inyectados y su aliento olía a whisky. Bennett sospechó que sufriría un ataque de sentimentalismo.

-Oiga -dijo Emery, respirando jadeante. Tomó la sugerencia con gran seriedad-: ¿Raptarla? ¡Hombre, no sería capaz de tocarle un solo cabello ni hacer daño a uno de sus dedos por nada del mundo, y que Dios ayude al que lo intente! Sí, quiero a esa mujer como si fuera mi propia Margarette, y deseo que todo lo mejor sea para ella...

-Observe el camino -le advirtió rápidamente Bennett-. ¿Adónde vamos?

-A razonar con ella, si está en casa -el rostro pálido de Emery se volvió de nuevo hacia Bennett-. Esta mañana salió de compras... con una peluca. ¡Una peluca, imagínese usted! Pero, como le decía, si desea hacer una película de esa obra sobre Carlos II, no hay inconveniente. ¿Por qué no? Sería un éxito de taquilla. Radiant Pictures filmó una parecida el año pasado y fue considerada como una de las mejores. En esa obra aparece Nell Gwynn, ¿verdad? ¡Ajá!, ya me parecía! Muy bien. Lo arreglamos con Baumann. Invertimos un millón de dólares en la producción. Sí, y para que todo salga bien nos llevamos a algunos de esos profesores de Oxford como consejeros técnicos. ¿Cree usted que no quiero un éxito artístico? Pues sí, lo quiero. Eso es lo que deseo -manifestó con fiereza, y el coche perdió la dirección un instante. Emery prosiguió-: Si es eso lo que quiere lo tendrá, pero no aquí. ¿Qué clase de tipo es ese

Bohun? Ni sabe lo que quiere. Ahora se la llevó a otro lado para que yo no la haga

entrar en razones, y piensa trasladarse a esa casa de campo. ¿Se da cuenta? Pero no me molestaré con ese detalle. Ella puede ir si quiere. Pero hay muchos medios para arruinarlos: los planeé aquí mismo, en Londres.

-¿Cómo?

-Ya veremos -Emery frunció el ceño y bajó la voz-. No diga nada a nadie. ¿Sabe quién pone el dinero para el espectáculo?

-¿Quién?

-Canifest. Aquí damos la vuelta.

Maniobró entre el tráfico de Hyde Park Comer y entró en el espacio abierto de una manzana de apartamentos que daba al parque. Emery consiguió que el portero no lo anunciara, y le dio una propina. Marcharon luego hacia un rellano en el que se veía abierta la puerta marcada con el número 12.

-Como en un funeral -expresó Emery, husmeando el pesado aroma de las flores; pero se detuvo al oír voces procedentes del interior.

En la salita decorada de azul e iluminada por el sol invernal se hallaban tres hombres. Uno de ellos, el que estaba sentado junto a la ventana, fumando un cigarrillo, era desconocido para Bennett. Sobre una mesita, entre varias orquídeas aplastadas, se veía un paquete abierto en cuyo interior había una voluminosa caja de bombones con una sirena desnuda en la tapa y adornos de cintas de colores. John Bohun se hallaba junto a la mesa; del otro lado del mueble estaba Carl Rainger. Al observarlos, Bennett se dio cuenta de que existía la tensión usual reinante en las habitaciones donde había estado Marcia Tait.

-No sé si lo sabe usted o no -dijo la voz de John Bohun, en tono amenazador-, pero es costumbre que la gente abra sus propios paquetes. ¿No estaba usted enterado?

-Oh! No sé -repuso Rainger, tranquilamente. Tenía un cigarro entre los labios y no apartó los ojos de la caja. Extendió las manos y tocó las cintas-. Sentí curiosidad.

-¿De veras? -preguntó Bohun. Se inclinó hacia adelante-. Apártese de esa caja, amigo, o le aplastaré la cara. ¿Me entiende?

-¡Un momento! -intervino el que estaba sentado junto a la ventana, mientras apagaba apresuradamente su cigarrillo y se ponía en pie. Rainger se apartó entonces de la mesa. No había perdido su aplomo.

-Creo, John -observó el desconocido, en un tono humorístico que habría servido para calmar a otra persona menos encolerizada-, que te enfadas demasiado por nada, ¿no te parece?

Se acercó a la mesa lentamente y revolvió el papel. Luego miró por encima del hombro a Rainger con expresión pensativa.

-Sin embargo -continuó-, mister.... mister Rainger, no es más que una caja de bombones. Aquí está la tarjeta: *De un admirador que no tiene dudas.* ¿Es que miss Tait recibe tan pocos regalos que sospecha usted de éste? No pensará usted que es una bomba, ¿eh?

-Si ese tonto -Rainger señaló a Bohun con su cigarro- está lo suficientemente cuerdo como para dejarme explicar...

Bohun se había adelantado un paso cuando Emery golpeó a la puerta y entró en la estancia. Bennett lo siguió. Los otros se volvieron para mirarlos. La interrupción alivió momentáneamente la tensión; pero parecía que la sala estuviera llena de avispas que zumbaran continuamente.

-¡Hola, Tim! -saludó Rainger. Aunque se esforzó por ocultarla, se notó cierta malicia en su tono-. Buenos días, mister Bennett. Llega usted a tiempo para oír algo interesante.

-Oiga usted, Rainger -intervino fríamente Bohun-, ¿por qué no se va de aquí?

El otro enarcó sus negras cejas.

-¿Y por qué habría de irme? -preguntó-. Yo también estoy invitado. Pero resulta que me interesa la salud de Marcia. Por eso es por lo que estoy dispuesto a explicar a usted y... -imitó la actitud del otro- a mister.... mister Willard. Hay algo malo en esos bombones.

John Bohun miró hacia la mesa, mientras Willard le imitaba. El actor tenía un rostro

rectangular, de expresión astuta y humorística, con profundos surcos alrededor de la boca y mandíbula prominente. Su tupido cabello era gris.

-¿Malo? -dijo lentamente.

-No fue ningún desconocido admirador londinense el que los envió -prosiguió Rainger-. Miren la dirección: *Miss Marcia Tait, Departamento 12, The Hertford. Hamilton Place. W1.* Sólo media docena de personas sabían que ella tenía la intención de venir aquí. Ni aun ahora puede haberse con-ido la voz; sin embargo, esta caja fue despachada anoche por correo, antes de que ella se trasladara a esta dirección. La envió uno de sus... diremos *amigos.* Uno de nosotros... ¿Por qué?

Al cabo de un momento de silencio, Bohun dijo en tono violento:

-Me parece que la broma es de muy mal gusto. Cualquiera que conozca a Marcia sabe que nunca come dulces. Y esta caja barata con un escudo en la tapa...

Se interrumpió bruscamente.

-Sí -asintió Willard, mientras golpeaba suavemente sobre la caja-. ¿Les parece que habrá sido una especie de advertencia?

-¿Quiere usted decir que esos bombones están envenenados? -exclamó Bohun.

Rainger le miraba fijamente.

-¡Bueno, bueno! -comentó masticando el extremo de su cigarro, mientras se dibujaba una sonrisa desagradable en sus labios-. Nadie dijo nada al respecto ni nadie habló de veneno, excepto usted. Es usted demasiado tonto o demasiado listo. Muy bien. Si cree que no tiene nada de malo, ¿por qué no come uno?

-Perfectamente -dijo Bohun, tras una pausa-. ¡Por Cristo, que lo haré!

Y levantó la tapa de la caja.

-¡Calma, John! -intervino Willard. Se echó a reír, y el sonido de su risa devolvió un poco la cordura a todos-. No vale la pena perder la paciencia por tan poca cosa. Estamos obrando como tontos. Probablemente no hay nada dañino en esa caja. Si creen que lo hay, háganla analizar. Si no, coman todo lo que quieran.

Bohun asintió. Tomó de la caja un bombón y brilló una luz rara en sus ojos cuando miró a los componentes del grupo, sonriendo levemente.

-Muy bien -dijo-. *Todos comeremos uno.*

En la sombría oficina del Ministerio de Guerra, Bennett se detuvo en su narración en el momento en que la voz del Big Ben anunciaba el cuarto de hora. Dio un respingo. Mientras miraba fijamente la hipnótica luz de la lámpara colocada sobre el escritorio de H. M., el recuerdo fue casi tan real como el sitio en que se hallaba. De nuevo vio la cara de luna de H. M., que lo contemplaba desde más allá del círculo de luz.

¡Bueno, que me maten! -tronó H. M., tan roncamente como el reloj-. De todos los locos que he conocido en mi vida, este John Bohun es el peor. «Todos comeremos uno», ¿eh? ¡Qué idiota! Supongo que pensaría que si alguien había envenenado la primera capa, y ese alguien se hallaba en la habitación, lo cual no ha sido probado, entonces ese alguien se negaría a tomar uno de los bombones, ¿eh? ¡Ajá! Si todos los de la primera capa tenían veneno, lo cual sería improbable, se envenenaría todo el grupo. Si sólo la mitad estaba cargada, lo cual sería muy posible, no se tendría otra seguridad que la de que el culpable del entuerto se cuidaría mucho de no tomar uno de los malos. ¡Qué locura! ¿Quieres decirme que Bohun los obligó a hacerlo?

-Pues, señor, todos estábamos bastante excitados. Y cada uno miraba a los otros...

-¡Cristo! -exclamó H. M., abriendo los ojos-. ¿Tú también?

-Tenía que hacerlo. No me quedaba otra alternativa. Rainger objetó; dijo que era un hombre sensato...

-Lo cual era correcto. ¡Ya lo creo!

-Pero se notaba que su propia idea le había asustado. Después de exponer varias buenas razones para no hacerlo, estuvo a punto de encolerizarse al ver la forma en que sonreía Bohun. Emery, que estaba más ebrio de lo que parecía, se puso furioso y le amenazó con meterle todos los bombones por la garganta si se negaba a comer uno. Finalmente, obedeció. Lo mismo hicieron Emery y Willard, que parecía muy divertido. Yo los imité. Admito que fue algo absurdo, yo no lo encontraba nada. gracioso. En cuanto mordí ese bombón, sentí un gusto tan raro que hubiera jurado...

-¡Ah! Apuesto a que a todos les pasó lo mismo. ¿Qué ocurrió?

-Por el momento, nada. Nos quedamos mirándonos. La persona a quien todos detestábamos, no sé por qué, era Rainger; fumaba a más no poder y nos miraba sonriendo de mala gana. Pero consiguió vengar: se. Asintió varias veces y dijo, muy plácidamente: «Espero que el experimento les resulte satisfactorio», y se puso el sombrero y se retiró. Pocos minutos después, llegó Marcia y experimentamos la impresión de ser chiquillos a quienes sorprende la madre con las manos en el frasco de mermelada. Willard rompió a reír, lo cual nos hizo recobrar la cordura.

-¿Se lo dijeron a ella?

-No. No creíamos en lo del veneno, pero... ¿Se da cuenta? Cuando la oímos entrar en el vestíbulo, Bohun ocultó la caja y los papeles debajo de su abrigo. Luego almorzamos allí... A las seis de la tarde me telefoneó Bohun a mi hotel solicitándome que fuera a un sanatorio de South Audley Street para tomar parte en un Consejo de Guerra. Dos horas después del almuerzo, Tim Emery había sufrido un colapso en un bar, y el médico que le reconoció dijo que estaba envenenado con estricnina.

Sobrevino un momento de silencio.

-No -manifestó Bennett, respondiendo a la pregunta no formulada-. No murió ni corrió mucho peligro. No había ingerido suficiente cantidad. Le salvaron; pero ninguno de nosotros estaba muy conforme con el experimento. ¿Qué podíamos hacer? No queríamos llamar a la Policía, aunque Emery deseaba hacerlo, y no por él. Afirmó que sería la mejor publicidad del año, y que debería publicarse en todos los diarios. Rainger le hizo callar, asegurándole que si intervenían las autoridades habría una investigación y no podrían llevar a la Tait a los Estados Unidos en las tres semanas de tiempo concedidas por el estudio. Ambos estaban decididos a cumplir su tarea.

-¿Y la Tait?

-No perdió la calma -repuso Bennett, algo inquieto al recordar la leve sonrisa de la actriz-. A decir verdad, pareció algo complacida. Pero con las atenciones que prestó a Emery, estuvo a punto de hacerle llorar de emoción. Le diré que Rainger parecía el más aturdido de todos. Esta mañana, mientras bebían muchos cócteles, se llevó a cabo otro Consejo de Guerra. Quisimos mostrarnos alegres, pero todos nos dimos cuenta de que uno de los presentes había... -hizo un gesto significativo.

-¡Hum! Sí. Espera un momento. ¿Hicieron analizar los bombones?

-Bohun se encargó de ello. Dos de los de la primera capa, incluido el que comió Emery, estaban envenenados, aunque entre los dos no contenían la suficiente cantidad de estricnina como para causar la muerte. Uno estaba un poco aplastado por los bordes, según apreciamos después, lo cual indicaba que quien los preparó no supo hacer bien su trabajo. Además, estaban tan separados uno de otro que era difícil que la misma persona comiera ambos. Todo lo cual quiere decir que era lo que sugirió Willard: una advertencia...

H. M. se agitó en su silla. Durante largo tiempo guardó silencio.

-¡Ajá! Comprendo. ¿Qué decidieron en el Consejo de Guerra?

-Que Maurice Bohun estuviera esta tarde en Londres para llevar a Marcia a White Priory y, de paso, revisar juntos el argumento. Willard los acompañaría en el tren. John irá en su auto, algo más tarde, esta misma noche. Tiene una cita de negocios en la ciudad, y no llegará a su casa hasta muy tarde. Querían que yo los acompañase, pero no estaré libre hasta algo más tarde. Debo asistir a una recepción.

-¿Irás esta noche?

-Sí, si la fiesta no termina demasiado tarde. Haré preparar mis maletas de antemano para estar listos... En fin, ésta es la situación, señor -por un momento, Bennett no supo si obraba como un tonto o si había algo muy serio en todo lo que había relatado a su tío-. Ya le he hecho perder mucho tiempo. He hablado demasiado, y tal vez para nada...

-O quizá no -dijo H. M. Se inclinó hacia adelante con un esfuerzo-. Ahora, escúchame.

El Big Ben dio las seis y media.

Muerte en el espejo

A las seis treinta de la mañana siguiente, Bennett estudiaba un complicado mapita a la luz del tablero de instrumentos de su coche. Durante el viaje de trece millas que realizó para salir del laberinto de Londres se había extraviado varias veces. Dos horas antes, con los efectos del champaña en la cabeza, le había parecido una excelente idea marchar a White Priory y llegar al amanecer de aquel crudo día de invierno. La recepción no tenía la culpa de su estado. Se había encontrado con algunos jóvenes ingleses que le llevaron a varios cabarés, en los que bebieron copiosamente. Más tarde, emprendió viaje hacia Surrey, y al poco lamentaba su decisión.

Ahora se sentía adormilado y aterido. Muy pronto comenzaría el día. Ya brillaba débilmente un resplandor en el Este y las estrellas palidecían. A fin de calentarse un poco, saltó del coche y corrió unos metros. Frente a él, bajo una delgada capa de nieve, el angosto camino corría por entre desnudos setos de espinos. Hacia la derecha se elevaban los bosques de aspecto espectral bajo un cielo oscurísimo. A la izquierda, iluminados por la luz del alba, se extendían desnudos campos irregulares. A lo lejos comenzaban a distinguirse los campanarios de las iglesias, techumbres y chimeneas, aunque no se veía salir humo de ninguna de ellas. Sin motivo alguno, en marcha nuevamente, revivió con tremenda fuerza en aquel mundo muerto.

No había razón para que se sintiera inquieto. Al contrario. Trató de recordar lo que dijera H. M. la tarde anterior, y comprobó que su aturdido cerebro se negaba

a funcionar. En su cartera tenía dos números telefónicos: uno era el teléfono privado de H. M., en Whitehall; el otro era el interior del celebrado Victoria 7.000, mediante el cual podía comunicarse en cualquier momento con el jefe inspector Humphrey Master, recientemente ascendido a jefe del Departamento de Investigaciones Criminales por su labor (y la de H. M.) en los crímenes de Plague Court. Los números eran inútiles. Nada ocurría.

Mientras conducía el coche por el angosto camino, recordó el rostro inescrutable y la voz profunda de H. M. Le había asegurado que no existía motivo para alarmarse. Rió un poco al enterarse de la advertencia hecha a Marcia Tait. Bennett no comprendía, aunque se figuraba que H. M. sabía muy bien de qué se trataba...

Marcia Tait estaría dormida en aquellos momentos. ¡Qué locura despertar a todos al llegar a esa hora! ¡Si, por lo menos, pudiese olvidar esa condenada caja de bombones!... Frente a él apareció, entre la bruma del amanecer, el cartel blanco de una hostería. Frenó el coche y lo hizo retroceder. Allí debía girar hacia la izquierda. No era más que un angosto sendero sombrío, flanqueado por espesa arboleda. El motor rugió ásperamente cuando lo puso en primera.

Era ya de día cuando avistó White Priory. Construida a cierta distancia del camino, la residencia estaba rodeada por un muro de piedra cubierto de nieve, interrumpido por dos

portones de hierro. El más cercano se hallaba entreabierto. Los pinos y las siemprevivas destacaban en los prados cubiertos por el sudario de nieve y proyectaban sus sombras sobre la morada. Vio macizos gabletes y un grupo de delgadas chimeneas que se recortaban sobre el fondo de nubes grises. El edificio era bajo y largo, con dos alas cortas a los extremos, y en otro tiempo había estado pintado de blanco. No se distinguía ninguna luz en las ventanas ni había movimiento alguno en los alrededores.

Bennett se apeó y abrió el portón. El ruido del motor despertó a los pájaros. Desde la entrada se extendía un camino de grava hacia lo que parecía ser una moderna puerta de garaje situada a la izquierda. A ambos lados del camino crecían tan juntos los robles y arces que sus ramas se entrelazaban en lo alto, de manera que parecía un túnel sombrío, en el que había penetrado muy poca nieve. Fue entonces -según recordó más tarde- cuando se apoderó de él la ansiedad. Avanzó por el camino y se detuvo junto a la puerta-cochera. Debajo de un cobertizo cercano, con el motor cubierto por una manta, se hallaba estacionado el Vauxhall cerrado que pertenecía a John Bohun.

En ese momento oyó los aullidos del perro.

En el profundo silencio reinante, lo inesperado del alarido le hizo dar un respingo de temor. Saltó a tierra y miró a su alrededor. A su derecha se hallaba el pórtico cubierto y varios escalones que ascendían hacia una galería alta. Más allá, el camino -aquí cubierto de nieve, como los prados- se dividía en tres partes: una que se extendía alrededor de la casa hacia la puerta trasera; la segunda descendía por una ligera cuesta, donde vio una avenida flanqueada de siemprevivas, y la tercera se curvaba hacia la izquierda en dirección a las techumbres bajas de lo que parecía ser un establo. De allí procedía el aullido del animal... De nuevo se oyó el gemido angustiado del perro.

-¡Quieto! -llegó una voz lejana-. ¡Quieto! *¡Tempest!* ¡Silencio!

Casi enseguida llegó a oídos de Bennett algo que por un momento atribuyó al perro, pero que era una voz humana y quejumbrosa procedente del otro lado de la cuesta, en el prado.

Aturdido como estaba por los efectos de la bebida y por el sueño, se sintió *casi* enfermo. No obstante, echó a correr hacia el extremo del cobertizo y miró hacia afuera. Desde allí vio los establos. En un patio que se extendía frente a ellos distinguió la figura de un hombre que vestía chaqueta de piel de cordero y los *breeches* castaños propios de los mozos de cuadra. El individuo se aferraba a las bridas de los atemorizados caballos y trataba de calmarlos. Su voz, la misma que hablara al perro, se elevó de nuevo:

-¡Señor! ¡Señor! ¿Dónde está usted?

La otra voz le respondió débilmente:

- ¡Aquí!

Al tratar de identificar la procedencia de aquella llamada, Bennett reconoció algo por una descripción que le hicieran. Vio la angosta avenida flanqueada de siemprevivas que se ensanchaba hasta formar un amplio seto circular alrededor del pabellón llamado El Espejo de la Reina. Creyó entonces reconocer la voz de John Bohun, y echó a correr.

De todos modos, sus zapatos ya estaban mojados, y la capa de nieve sólo tenía media pulgada de espesor. Una hilera de huellas se extendía frente a él cuesta abajo en dirección a las siemprevivas y emergía en el seto. Al llegar allí le fue imposible ver nada claramente, excepto la blancura apagada del pabellón que se elevaba en medio de un claro cubierto de nieve. Alrededor del cuadrilátero, que se extendía unos sesenta pies, y que tenía el pabellón en el centro, había un bajo bordillo de mármol. Un caminito de piedras, algo más alto, cruzaba el bordillo en dirección a la puerta abierta de la casa de mármol. La hilera de huellas iba hasta esa puerta. Bennett no vio huellas que salieran de allí.

Una figura apareció en el umbral de manera tan inesperada que Bennett se detuvo bruscamente, sintiendo que le daba un vuelco el corazón. La figura era un manchón oscuro sobre el fondo gris del edificio. Levantó un brazo y lo apoyó contra el marco de la puerta. Bennett oyó un sollozo.

Librodot

Al dar un paso hacia adelante, su pie rechinó en la nieve y el aparecido levantó la cabeza.

-¿Quién es? -preguntó la voz de John Bohun, elevándose agudamente-. ¿Quién...?

Se irguió repentinamente y salió de las sombras de la puerta. Aun a esa gran distancia y a la media luz reinante, Bennett alcanzó a ver el contorno redondeado de sus pantalones de montar, el rostro sombreado por la gorra era un manchón pálido. Las palabras despertaron los ecos del claro. A lo lejos gimió de nuevo el perro.

-Acabo de llegar -contestó Bennett-. Yo... ¿Qué...?

-Venga -le dijo Bohun.

Bennett echó a correr a través del claro. No siguió las huellas que iban por el sendero de piedra hacia la puerta. Vio los sesenta pies de espacio cubierto de nieve que rodeaban el pabellón, y creyó que se trataba de un prado. Iba ya a pisar el bordillo de mármol cuando

Bohun habló de nuevo.

-¡No pise eso! -gritó con voz quebrada-. ¡No pise eso! Es hielo delgado. Es el lago. Caerá al agua...

Echándose hacia atrás, Bennett cambió de dirección. Avanzó a tropezones por el caminillo, respirando jadeante, y salvó luego los tres escalones que llevaban a la puerta.

-Está muerta -anunció Bohun.

El aliento de Bohun se hizo visible en el aire helado; sus labios apenas se movieron. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Bennett, y sus mejillas parecían hundidas.

-¿Me oye usted? -gritó, golpeando con su látigo contra el marco de la puerta-. ¡Le digo que Marcia está muerta! Acabo de encontrarla. ¿Qué le pasa? ¿No puede decir nada? *Muerta.* Tiene la cabeza.... la cabeza...

Le miró sus dedos manchados y le temblaron los hombros.

-¿No me cree? Entre y mire. ¡Dios mío, la mujer más hermosa del mundo, y está...! Entre y mire. ¡La ha matado! Se defendió. ¡Mi querida... Marcia! No podía vivir. Nada... mío... dura. Íbamos a salir juntos a caballo antes de que se levantaran los demás. Vine aquí y...

Bennett se esforzaba por dominar las náuseas que le atormentaban.

-Pero -dijo- ¿qué hace aquí... en este lugar? El otro le miró sin verle.

-¡Oh, no! -dijo al fin, como si su mente acabara de hacerse cargo de un detalle que no comprendiera hasta el momento-. No lo sabe usted, ¿verdad? No estaba usted aquí. Pues bien: ella insistió en dormir en este lugar todo el tiempo que pasara con nosotros. Así era ella. Pero ¿por qué habrá querido alojarse?... No se lo hubiera permitido, pero no estuve aquí para impedirlo...

-¡Señor! -llamó una voz ronca desde el otro lado del claro. Vieron al mozo de cuadra que estiraba el cuello y agitaba las manos-. Señor. ¿Qué pasa? ¿Era usted el que gritaba, señor? Le vi entrar, y luego...

-Vuelve -respondió Bohun-. ¡Vuelve, te digo! -agregó al ver que el otro titubeaba-. No te necesito. No necesito a nadie.

Con gran lentitud se sentó en el escalón superior y ocultó la cabeza entre las manos.

Bennett pasó junto a él. Sabía que temía entrar y temblaba ante la idea de encontrarse en la oscuridad del pabellón, pero era necesario hacerlo. Se maldijo a sí mismo al notar que sus manos no estaban firmes.

-¿Hay luces? -preguntó.

-¿Luces? -repitió Bohun, al cabo de una pausa-. ¿Adentro?... ¡Ah, sí, por cierto! Hay luces eléctricas. ¡Qué raro! ¡Me olvidé encenderlas! ¡Qué raro! ¡Ja, ja! Yo...

El sonido histérico de su voz hizo que Bennett se apresurase a entrar.

Por lo que vio en la penumbra, se hallaba en una antesala en la que predominaba el olor de maderas y sedas antiguas, aunque se sentía un perfume reciente, que le recordó demasiado

vívidamente a Marcia Tait. Naturalmente, no creía que estuviera muerta. Ese ser exuberante no podía haberse apagado tan de repente. Era imposible. Su presencia parecía predominar en el pabellón. Marchando a tientas, halló una puerta abierta. Extendió luego la mano en busca de un interruptor eléctrico, lo encontró y titubeó un segundo antes de hacerlo girar...

Nada vio al encenderse la luz.

Se hallaba en un museo o en una sala auténtica de la época de los Estuardos. Todo estaba igual, excepto los colores, un tanto desvaídos. Las tres ventanas de arco con sus paneles rectangulares, la chimenea llena de ornamentos, con su alta campana de piedra; el piso de mármol blanco y negro, y la iluminación semejante a las velas de antaño fijas en candelabros de bronce adosados a las paredes. Tan bien se había logrado la ilusión que, por unos instantes, hizo dudar a Bennett y creyó no ver un interruptor eléctrico en la pared cuando miró. La ilusión prevalecía en el sillón de roble con las armas de los Estuardo y en las cenizas de un pequeño fuego ya apagado. En la parte trasera de la estancia había una puerta alta. Al abrirla y encontrarse de nuevo a oscuras, vaciló otro instante antes de encender la luz.

Sólo había dos candelabros en esa habitación; las sombras proyectadas por los muebles eran profundas. Vio el lecho de cuatro pilares con su baldaquino rojo, el brillo apagado de muchos espejos y luego a la mujer.

Apresuradamente se acercó para asegurarse. Era verdad. Había muerto varias horas antes; su carne estaba helada. Eso fue lo que le hizo comprender la realidad de lo ocurrido.

Retrocediendo hacia el centro de la habitación, trató de no perder la calma. Todavía le parecía imposible. Marcia Tait yacía acurrucada en el suelo, entre la chimenea y los pies de la cama. En la misma pared junto a la cual se hallaba el lecho, y frente a la chimenea, se abría una enorme ventana por la cual penetraba una luz grisácea que iluminaba el rostro y el cuerpo de la muerta, favoreciéndola, a pesar de la aplastada frente y de tener los ojos entreabiertos. La sangre estaba coagulada en su frente y entre los cabellos; sin embargo, la expresión de la mujer era más de temor y desafío que de angustia. Vestía un camisón blanco, que estaba desgarrado por el hombro derecho.

La habían asesinado. ¿Con qué le habían aplastado la cabeza? Haciendo un esfuerzo para no perder el dominio de sí mismo, Bennett miró a su alrededor en busca de detalles reveladores. Bajo la campana de la chimenea de piedra se veían las cenizas de otro fuego pequeño que parecía haber sido del mismo volumen que el de la otra habitación. Sobre las cenizas había rodado el extremo de un pesado atizador correspondiente a un juego de hierros especiales para el fuego. ¿Sería ésa el arma? Tal vez.

En la chimenea, y diseminados por el borde de la alfombra gris, vio los fragmentos de un antiguo botellón de cristal al que se adherían algunas manchas oscuras. Por el olor comprendió que era vino de Oporto. En la rejilla de la chimenea había fragmentos aplastados de dos vasos. En el suelo había tirados un taburete bajo de laca dorada y una silla de roble con respaldo de esterilla. Junto al extremo más cercano de la chimenea se hallaba en pie una silla similar.

Bennett trató de imaginar lo ocurrido. No le resultó difícil. Marcia Tait había recibido a un visitante que se sentó en la silla que seguía en pie. El visitante la atacó. Al hacerlo cayeron la silla, el taburete, el botellón y los vasos. Marcia huyó de él. La golpeó de nuevo y debió de haber seguido aplastándole la cabeza aun después de haberla matado.

La pesada atmósfera de la habitación, en la que predominaban el aroma del vino y el perfume, atontó a Bennett. Le hacia falta aire fresco. Marchó hacia la ventana y notó algo más. Diseminados por la alfombra, todos en dirección a la chimenea, vio algunos fósforos quemados. Los descubrió por ser de color rojo, amarillo, verde y azul, como los que se usan en el continente. Sin embargo, esto no le produjo impresión alguna, aunque, cuando levantó los ojos, vio sobre la repisa de la chimenea una caja de fósforos corrientes. Al llegar a la ventana, la abrió en parte antes de recordar que en esos casos no se debe tocar nada. No importaba. Aún tenía puesto uno de sus guantes, y el aire frío le reanimó. Aspiró una

Librodot

profunda bocanada antes de volver a cenar. Las cortinas no estaban corridas y las persianas venecianas se hallaban recogidas en la parte superior. Al mirar hacia afuera, vio la nieve virgen salpicada de sombras azuladas. Más allá del lago y de los árboles, distinguió sobre el terreno más elevado la parte trasera de los establos, situados a sólo cuarenta metros de distancia, junto a la casita de persianas verdes que, evidentemente, pertenecía a la servidumbre. A primera vista, y debido a la nieve, nunca habría creído que había allí un lago. Fue una suerte que John Bohun le advirtiera que no... «Una delgada capa de hielo sobre el agua y nieve virgen».

Durante un momento tuvo una idea increíble. Recordó que en los alrededores del pabellón sólo se veía la hilera de huellas de John Bohun, que iban hacia la puerta. Pero el asesino tuvo que entrar y salir. Aunque hubiera sesenta pies de hielo sólido alrededor del pabellón, no podría haber entrado y salido sin dejar una sola huella; tendría que haber algunas en la parte trasera o en alguna otra entrada.

Sus conjeturas eran una locura. Marcia estaba muerta desde hacia varias horas. El asesino se fue mientras todavía nevaba, y la nieve había borrado sus huellas. ¿Para qué pensar en ello? Sin embargo, tenía la vaga idea de que la nieve había dejado de caer bastante temprano, según recordaba. Pero...

Se sobresaltó al oír que le llamaban desde la antesala Cuando corrió hacia la otra habitación, vio a Bohun con un botellón en la mano, que evidentemente procedía de uno de los gabinetes de la sala. Lo levantó para beber un trago.

-¿Y qué? -dijo. Parecía mucho más sereno-. Todo ha terminado, Bennett. Supongo que deberíamos llamar a un médico o a las autoridades...

-Es un asesinato...

-Sí -admitió el otro-. Es un asesinato -sus ojos vagaron por la estancia-. Cuando encuentre al culpable lo mataré.

-Pero ¿qué pasó anoche?

-No lo sé. Pero vamos a despertar a todo el mundo para averiguar la verdad. Me entretuve en la ciudad y llegué aquí a eso de las tres de la madrugada. Todo estaba a oscuras. Ni siquiera sabía en qué habitación se alojaba Marcia. Ella juró que iba a dormir aquí, pero no creí que lo dijera en serio. Bohun miró de nuevo a su alrededor y agregó, lentamente-: Me figuro que será obra de Maurice. Pero ella me prometió que saldríamos a cabalgar juntos esta mañana. De modo que dormí un poco y al levantarme desperté a Thompson, el mayordomo. El pobre tenía dolor de muelas y estuvo levantado la mitad de la noche. Me aviso de que ella estaba aquí. Dijo que Marcia había ordenado a Locker que trajera los caballos a las siete. De manera que vine y Locker me llamó en el momento en que entraba..., justamente cuando ese perro... ¿Quiere beber un trago, o prefiere que entremos en la casa y hagamos un poco de café?

Bohun volvió a perder la calma y se abatió de nuevo.

-Da pena, ¿verdad? -agregó.

-Encontraremos al culpable -manifestó Bennett-. Al menos, conozco a un hombre que lo descubrirá. Lo siento, amigo. ¿Estaba usted..., estaba usted muy...?

-Sí -replicó Bohun-. Vamos.

El otro vaciló. Le dominaba un temor nervioso. -Pensaba que, antes de que salgamos y dejemos más huellas... No había otras que las que dejó usted al entrar... Bohun giró sobre sus talones.

-¿Qué diablos quiere usted decir?

- ¡Un momento! ¡Cálmese! No quise decir... -demasiado tarde comprendió Bennett su insinuación no intencionada. Le sobresaltó tanto como a John Bohun-. Créame usted: no quise decir eso. Existía la posibilidad de que el individuo siguiera en el pabellón...

-¿Qué?

-¿Hay otra entrada, aparte de la principal? -No.

-¿Y está usted seguro de que la capa de hielo es muy delgada en todo el lago?

Bohun no comprendió plenamente la pregunta, aunque pareció presentir que era importante.

-Creo que sí. Al menos, Thompson me lo advirtió antes de que saliera. Dijo que algunos chiquillos habían... Se detuvo y se agrandaron sus ojos.

-Dice usted tonterías -agregó secamente-. ¿De qué sirve que compliquemos más las cosas? ¡Huellas!

Habla usted como un detective de película. Esto es real. Esto es verdad. Tan sólo ahora comienzo a darme cuenta de ello. Dentro de poco dirá usted que la maté yo.

-Sea como fuere, ¿no le parece mejor que nos aseguremos de que no hay nadie aquí?

Al cabo de un momento, Bohun aceptó la sugerencia y emprendió el registro, sin soltar el botellón que tenía en la mano. La búsqueda no duró mucho. Había sólo cuatro habitaciones en el pabellón, además del reducido espacio destinado a cuarto de baño en la parte trasera del dormitorio. Un angosto corredor se extendía hasta el fondo del edificio. A un costado estaban la sala y el dormitorio, y al otro, el salón de música y un saloncito de juego del siglo XVII. Los muebles y ornamentos estaban limpios y lustrosos como para que los fantasmas de otras épocas se hallaran allí a sus anchas. Parecía como si se mantuviera allí un santuario.

Pero no encontraron a nadie, y, según vieron al asomarse a las ventanas de ambos lados, no había ninguna huella en la nieve que rodeaba el edificio.

-Basta ya de esto -dijo Bohun, cuando hubieron mirado por la ventana del saloncito de juego-. Vamos a la casa y dejémonos de tonterías. Volvió a nevar y la nieve borró las huellas, eso es todo. No se aflija usted tanto, hombre. Deje eso para mí. Cuando encuentre al que...

Giró sobre sus talones. Bennett tuvo la impresión de que Bohun estuvo a punto de lanzar un grito cuando una voz débil le llegó desde el exterior pronunciando el nombre de John Bohun.

La escalera del rey Carlos

-¡Hola, hola! -continuó acercándose más la voz.

Ambos salieron a la puerta a tiempo para ver a alguien que se apartaba de la avenida de siemprevivas, a unos treinta metros de distancia, y marchaba hacia ellos. Era Jervis Willard. Con un palo hacía saltar la nieve de los setos. La luz de la mañana estaba empañada por las nubes grises, por lo que sólo le vieron como un manchón oscuro.

Willard se detuvo al verlos y se quitó la pipa de la boca.

-¡Quédese ahí! -le gritó Bohun.

Sacó la llave de la puerta, la pasó al exterior y cerró. Bennett vio que aquel hombre recobraba ya su calma habitual mientras se encaminaba por el sendero.

-No puede usted entrar ahí, viejo -continuó-. Nadie debe hacerlo hasta que llegue la Policía.

Willard se quedó inmóvil. Durante un instante pareció contener la respiración. La boca, que tenía abierta, se cerró lentamente. Sus ojos no se apartaron del rostro de Bohun.

-Marcia está muerta -continuó Bohun-. Muerta como Babilonia, muerta como Carlos Se... Sí, le han aplastado la cabeza. ¿Me oye usted? Alguien la asesinó, y no se puede entrar en el pabellón hasta que llegue la Policía.

-¡Cielos! -exclamó Willard, al cabo de un momento.

Miró al suelo durante unos minutos y volvió a ponerse la pipa entre los dientes. Al fin pudo seguir hablando:

-Me encontré con su mozo de cuadra. Me dijo que pasaba algo, pero que usted no le había permitido acercarse. Dijo que pensaba usted salir a cabalgar...

Miró a su amigo con expresión apenada

-Espero que no haya sufrido, John -continuó-. Siempre decía que no le hubiera gustado morir dolorosamente. ¿Quiere que volvamos a la casa? Fue culpa mía. Después de lo que pasó con los bombones, no debí haberle permitido que durmiera ahí. No creí que corriera peligro, pero no debí habérselo permitido...

-¡Usted! -exclamó Bohun-. ¿Y quién es usted para haberle permitido o no algo? -siguió marchando unos pasos y se volvió-. ¿Sabe lo que pienso hacer? Voy a investigar esto. Encontraré al culpable, y entonces...

-Escuche, John -Willard tropezó con un arbusto cuando reanudaron la marcha y tomó del brazo a su amigo-. Dígame, quiero saberlo. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Cómo murió?

-Creo que lo sé. Estaba conversando con alguien. Continuaron la marcha.

-No puedo hacer la pregunta obvia -dijo Willard-, aunque sea usted mi amigo, pero me temo que la formulará la Policía. ¿Me comprende usted, John?

-¿Un escándalo? -preguntó el otro.

Con gran sorpresa de Bennett, Bohun no perdió la calma. Parecía estar reflexionando profundamente sobre algo que le resultaba extraño; por unos instantes se dibujó una expresión irónica en su rostro.

-Posiblemente -agregó-. ¡Dios mío, aunque Marcia hubiera muerto en un convento, habría un escándalo! Es lógico. Le parecerá a usted raro, Willard, pero ese aspecto del asunto no me preocupa en absoluto. Nunca sentí celos de su reputación.

El actor asintió. Parecía hablar consigo mismo. -Sí -dijo-, y creo que sé por qué. Usted sabía que ella estaba enamorada de usted.

Al volverse para mirar a Bohun, se hizo cargo de la presencia de Bennett, como si acabara de verlo.

-Lo siento, John -agregó-. Debe usted disculparnos, mister Bennet. Ninguno de los dos estamos bien esta mañana.

Llegaron en silencio a la casa. Bohun los condujo hacia la entrada lateral, frente a la cual se hallaba el automóvil de Bennett. Al abrir la puerta se encontraron con Thompson. El mayordomo era un individuo pequeño, calvo y lleno de arrugas. Su gran dignidad disimulaba el hecho de que tenía los ojos enrojecidos y la cara hinchada.

-En la biblioteca -indicó Bohun-, y se detuvo para conferenciar con el sirviente, mientras Willard continuaba la marcha. Bennett se halló en un laberinto de angostos y oscuros corredores alfombrados. No recordó que estaba helado hasta que Willard le condujo a una amplia habitación en la que una de las paredes estaba formada enteramente por ventanales al estilo Tudor y las otras tres completamente cubiertas de libros. El ambiente era austero, con su piso de piedra y la galería de hierro que se extendía a cierta altura junto a los estantes; había bombillas eléctricas en la araña de hierro forjado, y varios mullidos sillones se agrupaban junto ala chimenea, en la que ardía un alegre fuego de leños. La vista de las llamas recordó a Bennett su cansancio. Se dejó caer en un sillón y levantó la mirada hacía el artesonado, que reflejaba el resplandor. El calor acarició su cuerpo y sintió deseos de cerrar los ojos. Al volver un poco la cabeza, pudo ver las nubes grises y el terreno cubierto de nieve. En la casa reinaba el silencio.

-¿La vio usted? -preguntó Jervis Willard.

Bennett volvió a la realidad.

-Sí.

El actor se hallaba de pie frente al fuego, las manos a la espalda. Las llamas hacían brillar sus cabellos grises.

-Eso fue oportuno, me parece -manifestó - ¿Puedo preguntarle cómo es que estaba usted allí?

-Por casualidad. Acababa de llegar de la ciudad. Oí a Bohun lanzar un grito. Uno de los perros aullaba por allí cerca...

-Ya sé -dijo Willard, pasándose una mano por los ojos-. Me figuro que estaría usted más sereno que John. ¿Notó usted algo que pueda sernos útil?

-No mucho. Ella estaba...

Hizo una breve descripción de todo lo que vio. Willard apoyó un brazo en la repisa de la chimenea, mirando al fuego mientras el otro hablaba. Observando su bien delineado perfil, Bennett pensó: «Fue un ídolo de la juventud de preguerra. Tuvo la sensatez de marchar al ritmo del tiempo. Se nota cierta grandeza en su porte. Es el amigo sensato de la familia; si Bohun tuviera tina sobrina (ahora que lo pienso, creo que la tiene), ella lo llamaría tío Willard».

-Al parecer -oyó que decía su propia voz-, estaba bebiendo un vaso de oporto en compañía de otra persona. Hubo una breve lucha...

-No es prudente confiar en los indicios hasta ese punto -le interrumpió Willard, con una sonrisa-. A decir verdad, yo estuve bebiendo con ella -se irguió y comenzó a pasearse por la biblioteca-. Bromas aparte. Esto es peor... ¿Está usted seguro respecto a esos fósforos?

Se interrumpió al oír que se abría la puerta. John Bohun se aproximó al fuego y acercó sus manos a las llamas. El pesado látigo seguía colgando de su muñeca. Se lo quitó, aflojándose luego la bufanda que tenía anudada al cuello, y sin apartar la vista del fuego, dijo:

-Thompson llegará en seguida con el café. James ya ha llevado sus maletas arriba y su coche al garaje. Puede usted tomar un baño caliente y quitarse el frac -se volvió luego-. A propósito, ¿qué decía usted de los fósforos?

-Tenía la esperanza de que pudiéramos echarle la culpa a un ladrón -expresó Willard, tranquilamente.

-¿Y eso? -preguntó Bohun.

-Cuando vio usted a... Marcia, ¿notó que había muchos fósforos diseminados por el suelo?

-No me interesaba buscar fósforos -replicó Bohun-. No. No encendí las luces. ¿Qué es lo que le preocupa? ¡Dígalo!

Willard fue a sentarse al otro lado de la chimenea.

-Parece que eran fósforos de colores, de esos que hay en todos los dormitorios desde que a Maurice le entusiasmaron tanto... ¡Espere! -levantó la mano-. La Policía hará esas preguntas, John, y es lógico que pensemos en ellas. No había tales fósforos en el pabellón. Por desgracia, yo puedo declarar en tal sentido. A excepción del asesino, debo de haber sido yo la última persona que vio con vida a Marcia. Anoche, cuando encendieron las chimeneas para ella, no dejaron fósforos en el pabellón...

-¡Eso me recuerda una cosa! -exclamó Bohun. ¡Su doncella Carlotta! ¿Dónde estuvo Carlotta todo este tiempo?

Willard lo miró fijamente.

-¡Qué extraño, John! Creí que lo sabía usted. Marcia dejó a Carlotta en Londres. Creo que le dio vacaciones. Pero dejemos eso. No había fósforos de colores ni de los otros en el pabellón. Yo le di una caja de los ordinarios antes de retirarme.

-Ahora bien: hagamos frente a los hechos. Los ladrones no suelen diseminar fósforos por el suelo. Permítame que le diga algo que usted no sabe. Aquí, en la casa, han ocurrido cosas raras. Anoche, algo asustó a la hija de Canifest. La oí gritar y la encontré tendida en el piso del corredor que va al cuarto de baño. No pude sacarle una sola palabra coherente, excepto algo que dijo respecto a alguien que se paseaba por el corredor y que le había cogido por la muñeca. Luego pasó el resto de la noche con Katherine.

Bennett oyó el crepitar de los leños. John Bohun, que estaba abriendo una caja de cigarrillos, la cerró bruscamente y se volvió.

-¿Louise Carewe está aquí? -inquirió.

-¿Por qué no? Es amiga de Katherine. Estuvo en América varios meses y quiso venir a visitarla. ¿Por qué se sorprende usted? Quisiera que no estuviese usted tan nervioso -agregó Willard, algo receloso-. Es una gran cosa que no se dedicara usted a las tablas. En menos de cinco minutos, todo el teatro se avergonzaría de usted.

-¡Oh, no sé! -declaró. Encendió el cigarrillo y la llama del fósforo iluminó su rostro. En sus ojos parecía brillar una alegría secreta-. No sé. Tal vez fuera mejor actor de lo que usted piensa. No, no me sorprendió la noticia. Pero resulta que estuve anoche hablando con Canifest en su oficina, y él no me dijo nada al respecto. ¡Bien, bien! Tal vez la chica molestó a uno de los fantasmas de la familia. ¿Tenemos algún otro invitado?

-Sí; su amigo Rainger.

Bennett se irguió.

-Cálmese y escuche -continuó Willard, al ver que Bohun se quitaba el cigarrillo de la boca-. Nada puede usted hacer; está, aquí y se ha hecho muy amigo de Maurice. No me gusta mencionarlo; pero antes de que diga usted que le gustaría retorcerle el cuello, permítame recordarle que es usted el hermano menor. Maurice es medio tonto y bastante distraído, pero no conviene enfadarle... Y no menosprecie al enemigo. Su obligación era estar cerca de Marcia, y lo ha conseguido.

-¡Ajá! ¿Cómo lo logró el cerdo ese?

En el rostro de Willard se dibujó una sonrisa divertida. Parecía estar recobrándose de los efectos de la desagradable sorpresa. Metió la mano en el bolsillo para sacar su pipa.

-Fácilmente. Rainger es un hombre astuto, inteligente y culto... Sí, sí, es un hombre culto. Estuvo aquí ayer por la tarde, antes que nosotros. Cuando llegamos vimos que Maurice se había hecho muy amigo de él...

-¿Maurice no fue a Londres?

-No. Rainger ya le había enviado un telegrama demasiado interesante. Parece que se le ocurrió la idea de que podría filmarse una película de primera categoría con un tema del siglo XVII y con el consejo técnico de Maurice. Probablemente sea una impostura, pero Maurice es humano.

-Ya comprendo -dijo Bohun-. Pondrían bailarinas y canciones modernas y la titularían *El Rey da una fiesta.* Oiga usted, Willard, ¿es que mi hermano ha perdido la cabeza por completo?

-Se equivoca usted, John. Hay que admitir que el hombre tiene sus cosas buenas. Dirigió muy bien *La Borgia* y *La Reina Catalina.* En esas dos películas se acerca tanto como es posible a la verdad histórica sin exponerla del todo a la vista del público.

Bohun se adelantó un paso.

-Gracias por su admiración -repuso-. Tal vez le admire usted más cuando le diga lo que ese cerdo ha hecho ahora.

Bennett tuvo el presentimiento dé que Bohun decía algo que no debía admitir y que lamentaría haber expresado.

-¿Quiere que le diga cómo nos ha bloqueado? -continuó Bohun-. Si Marcia hubiera vivido no hubiéramos podido presentar la obra.. Canifest se niega a prestar su ayuda económica.

Willard le miró extrañado. Se quitó la pipa de la boca y se levantó a medias.

-Pero él dijo...

-Anoche me dijo que no daría un penique. Le vi en la oficina del *Globe Journal* Estaba tan majestuoso como esa estatua de él que hay en un rincón. Después de una madura reflexión, había decidido que no le convenía hacer figurar el nombre de Canifest en una empresa teatral. ¡Y lo bonito del caso era que su nombre no aparecía para nada en el asunto!... Le sorprende, ¿eh? ¿Es que los productores no tienen ya el interés de antes en su trabajo? Si no consigue representar ese papel...

Se interrumpió.

-Nunca he dicho que fuera un gran actor, John -dijo serenamente Willard-. Pero no creo merecer eso.

Al cabo de un momento de silencio, Bohun se pasó la mano por la frente y replicó:

-Perdone usted. Nunca debí haber dicho una tontería así... Ya debe usted saber que soy un asno egoísta que teme hablar, y cuando lo hago no es más que para molestar a todos. No quise decir tal cosa. Pero este golpe... Aunque ya no importa. Rainger debe de haber hablado con Canifest y eso es todo. Creo que Rainger estaba enterado. Si, por lo menos, Marcia no hubiera sido tan tonta...

De nuevo se interrumpió, aunque ahora por otro motivo. Por consentimiento mutuo, ambos pasaron por alto lo que se había dicho un momento antes respecto a Willard, pero el actor pareció reaccionar con cierta violencia ante sus últimas palabras.

-¿Estaba enterado? -repitió-. ¿A qué se refiere usted?

-A nada.

-¿No será por casualidad que nuestro distinguido editor tenía pensado ofrecer su nombre a Marcia?

-Eso es una tontería -afirmó Bohun-, y debe usted saberlo. ¿Cree que ella lo habría aceptado? ¿De dónde sacó esa idea?

Willard le miró con cierta ironía e hizo una ligera reverencia.

-Me figuro que habrá sido el castigo de mi avanzada edad y decrepitud. No tengo una inclinación especial a hacer de padre confesor, pero las jóvenes parecen creer que tal es mi obligación. ¡Oh!, no es un secreto. La hija de Canifest se lo dijo a Katherine, y ésta me puso a mí al tanto del asunto. La chica parece afligida. No pude hacer nada más que expresarle mi simpatía. ¡Por Cristo, si Canifest llega a casarse con Marcia, estamos perdidos! -se interrumpió bruscamente-. Está muerta. Está muerta y lo había olvidado. No puedo acostumbrarme a esto, John -continuó-. A cada momento me parece que voy a verla entrar en esta habitación.

Bohun se dispuso a tomar la botella de coñac que descansaba sobre la mesa; pero se contuvo y miró a su amigo.

-Veamos, ¿qué ocurrió anoche? -dijo.

Willard reflexionó un momento.

-Es difícil aclarar bien las cosas -manifestó al fin-. Marcia estaba representando un papel. Dijo que estaba «ajustando sus vibraciones personales al ambiente» y otros absurdos por el estilo...

-¿Cree usted que eran absurdos?

Willard notó la expresión de su rostro.

-Sí, ya sé lo que piensan usted y su hermano sobre la influencia de esta casa. Es posible que ella lo creyera; pero alguien debió de enseñarle un parlamento mejor. Creo que ahora comprendo cuál es la habilidad de Rainger; ese hombre es un domador. Si él hubiera dirigido la actuación de Marcia, habría podido hacerla actuar como debía.

Levantó la vista fugazmente y comenzó a llenar su pipa.

-Prosiga.

-Debo admitir que durante la cena estuvo brillante. Tal vez lo debiera al comedor y a los rayos de la luna que penetraban por los ventanales. Además, lucía un vestido plateado y tenía el cabello como el retrato de la duquesa de Cleveland que está sobre la chimenea. Rainger se mantuvo sereno e inexpresivo, pero Maurice le brindó toda su admiración. Se había calado sus lentes más gruesos en honor de ella. En cuanto a Katherine y a la hija de Canifest, no creo que ninguna de las dos estuviera interesada en ella. Creo que la pequeña Louise la detestaba. Katherine, por su parte, tuvo un brusco cambio de palabras con su señoría cuando Marcia dejó escapar un absurdo...

-Kate... -comenzó Bohun-. Cielos, ¡no había pensado en ella! Parece que hoy tengo el cerebro trastornado. Me quedé en Londres; ni siquiera vine aquí cuando volví de mi viaje. Ni

Librodot

siquiera he visto a la pequeña Kate...

Willard dejó escapar un resoplido.

-¡Vamos! -exclamó-. Oiga usted, John, ¿qué sabe de ella? ¿Alguna vez piensa en algo que no forme parte de sus sueños? Tiene veintiún años de edad, maneja esta casa para ustedes, es una belleza y no conoce más ciudad que Londres. Entre usted y Maurice, esta casa está compuesta de sueños y sombras. Está claro que no la ha visto usted. Nunca la ha mirado siquiera.

-¿Decía usted? -le preguntó cortésmente Bohun. Willard pareció reflexionar un instante.

-Le diré lo que pasó después de la cena, y por qué no me sorprendió el asesinato. Marcia insistió en dar una vuelta por la casa a la luz de luna, acompañada por Maurice, quien le explicaría las leyendas de White Priory. Claro está, Maurice se mostró encantado. Todos los demás los acompañamos. Rainger iba con Louise y yo con Katherine. Marcia tenía una palabra y una atención para todos. A veces tomaba la vela de las manos de Maurice para mostrarle sus ojos y su sonrisa; aun logró animar un poco a Rainger, que parecía algo taciturno, aunque se apresuró a recoger la capa de Marcia cuando estuvo a punto de caérsele. A las chicas las trataba con una especie de airecillo maternal. Creo que yo estaba un tanto abatido; no sé por qué. Ella se burló de mí, diciendo que haría un Carlos II muy taciturno. Y me lo decía justamente cuando comenzaba a darme cuenta exactamente de cómo debía desempeñar el papel. En esas habitaciones oscuras, donde recibe uno la impresión de que aquella gente acaba de salir, logré comprender cómo debía hacer mi papel. Hasta imaginé el éxito atronador que tendría... Llegamos entonces al cuarto de Carlos II.

Willard se volvió hacia Bennett.

-La habitación del rey es la que ocupa ahora nuestro amigo Bohun. Se mantiene casi igual que en otros tiempos. El detalle principal de la estancia es una escalera embutida entre las paredes, que desciende hacia una puerta que se abre donde está ahora el moderno pórtico lateral, por el cual entramos en la casa. La puerta, que no es ya secreta, por supuesto, se halla en la parte trasera del pórtico. Fue construida para que Carlos pudiera bajar al prado y dirigirse hacia el pabellón sin que le vieran salir por la entrada principal.

-Sí, claro -intervino Bohun, con impaciencia-. ¿Y qué más?

-Maurice nos estaba mostrando la escalera secreta -continuó Willard-. Yo la había visto antes, por supuesto, pero Marcia me arrastró hacia el pequeño rellano de piedra cuando los otros se agruparon allí. Había mucha corriente de aire y sólo teníamos la luz de la vela que estaba en manos de Maurice. La escalera es muy empinada y estrecha. Recuerdo haber pensado que se parecía mucho a un precipicio peligroso. Entonces... No sé, ni lo sabe nadie, si fue un golpe de aire el que apagó la vela, o si alguien agitó el brazo de Maurice. El caso es que la llama se extinguió. Oí que alguien dejaba escapar una risita Luego sentí que se me echaban encima Así como a Marcia en el momento mismo en que caía escaleras abajo.

-¿La... la...? -preguntó Bohun, con voz ronca.

-¿Si la empujaron? Sí.

Willard se puso en pie. Encendió la pipa y retomó desde el momento mismo en que caía escaleras abajo.

-Y ella lo supo. Pero cuando tuvimos luz nuevamente, se volvió hacia nosotros con una de sus sonrisas más radiantes, y dijo: «¡Qué accidente! Podría haberme matado». Y así hubiera sido, John. Sin embargo, parecía estar contenta; le agradaba la violencia que estuvo a punto de acabar con su vida.

Bohun comenzó a pasearse por la habitación. Su cigarrillo se había consumido *casi* por completo, y se quemó los dedos al tirar la colilla al fuego.

-¿No sabe usted quién fue? -preguntó.

-No tengo la menor idea Enseguida dimos por terminado nuestro paseo. Eran las once y cuarto.

-¿Y entonces?

Willard titubeó un instante.

-Entonces fue cuando pareció preocuparse. No quiero decir que estuviera nerviosa por lo ocurrido, sino impaciente y abstraída, como si esperara algo -sus ojos se velaron nuevamente-: ¿A usted quizá?

-Posiblemente. No tenía deseos de regresar -repuso Bohun-, ¿se da usted cuenta de lo que me había dicho Canifest? Era la ruina de nuestros planes. Estaba bebiendo, si quiere usted saber la verdad, y vagando por las calles, preguntándome qué podría decir cuando llegara a casa -se puso la mano en la frente-. ¿Y bien? ¿Qué pasó entonces?

-Me pareció que su actitud era la de... -musitó Willard-. Pero no tiene importancia. A medianoche insistió en ir a acostarse. Yo no quería que fuese allí. Maurice le ofreció una de las criadas para que le hiciese compañía, pero ella no quiso aceptar. La acompañamos hasta el pabellón. La noche se había nublado; fue entonces cuando comenzó a nevar y a soplar un fuerte viento. Cuando volvimos a la casa después de haberla dejado instalada, Maurice trajo a Rainger a la biblioteca para hablar de películas. Se había olvidado por completo de la obra. Rainger me dio las buenas noches cuando anuncié que me iba a mi dormitorio -sopló la ceniza de su pipa-. A decir verdad, volví al pabellón.

-¡Ah!

-Estuve allí exactamente diez minutos -continuó Willard, en voz queda-. No me permitió que me quedara más tiempo. Pareció sorprenderse cuando llamé a la puerta. Me dio la impresión de que estaba esperando a otra persona. Estábamos conversando en el dormitorio y dos veces se levantó para mirar por las ventanas de la sala. Y cada vez parecía ponerse más nerviosa. Bebimos un vaso de oporto y nos fumamos un cigarrillo. Pero cuanto más le decía que alguien había tratado de matarla dos veces, tanto más alegre se tornaba. Me dijo: «Lo de los bombones no lo comprende usted; en cuanto a lo otro, temo, por cierto a...».

-¿A quién?

-No lo sé. Sólo extendió los brazos como si estuviera muy satisfecha. No terminó de hablar, y le aseguro que en ese momento no representaba un papel. Diez minutos después me acompañó a la puerta. Lucía aún el vestido plateado. La nieve comenzaba a espesarse. Fue la última vez que la vi.

¡La nieve! Bennett se inclinó hacia adelante. No podía olvidar la cuestión de la nieve.

-¿Recuerda usted la hora exacta en que comenzó a nevar, mister Willard? -preguntó.

-Pues... sí. Fue cuando acompañamos a Marcia al pabellón, a eso de las doce y diez.

-Pero supongo que no sabrá a qué hora cesó, ¿eh?

El actor giró sobre sus talones. Pareció a punto de contestar en tono irritado, pero al ver la expresión de Bennett se contuvo y lanzó una mirada a Bohun.

-Da la casualidad de que lo sé. Por razones que ya explicaré, pasé una noche algo agitada. Primero me molestaron los ladridos del perro. Varias veces me levanté para asomarme a la ventana, aunque... aunque mi habitación no está en la parte trasera de la casa y no pudiese ver el pabellón. Noté que la nevada había sido muy intensa para haber durado tan poco, justamente unas dos horas; desde poco antes de las doce hasta poco después de las dos. ¡Qué de veces consulté anoche mi reloj! -se interrumpió-. ¿Por qué lo pregunta?

En ese momento llamaron a la puerta. El viento acrecentaba su violencia en el exterior y parecía rugir en la chimenea. Por el rabillo del ojo, Bennett vio entrar a Thompson.

-Perdone usted, señor -dijo el mayordomo, dirigiéndose a su señor-. Acaban de llegar el doctor Wynne y el inspector de Policía a quien mandó usted llamar. Alguien más los acompaña...

Así, pues, Marcia Tait debió de haber sido asesinada antes de las dos para que la nieve hubiera borrado las huellas del asesino. Bennett se preguntó por qué le preocupaba tanto este detalle. Dio un respingo al oír a Thompson, que continuaba:

-El otro hom..., el otro caballero pidió que entregara su tarjeta a mister Bennett. ¿Es usted mister Bennett, señor? Gracias.

Librodot

Bennett tomó la tarjeta en la que leyó lo siguiente: «Amigo de sir Henry Merrivale. Quisiera verle en privado».

La parte impresa de la tarjeta decía:

Humphrey Masters
Inspector Jefe
Depto. Investigaciones Criminales
New Scotland Yard, s. w.

Sombras en la galería

-Diga al doctor Wynne y al inspector que les acompañaré en seguida al pabellón -contestó Bohun-. ¿Quiere venir, Willard? -miró a Bennett, que todavía examinaba la tarjeta que tenía en la mano-. Parece que es usted un joven muy popular, Jimmy -agregó en tono curioso-. Llega usted al romper el día, y a las... ¿qué hora es?, a las ocho y cuarto ya comienzan a preguntar por usted. ¿Puedo saber quién es?

Bennett decidió ser franco, aunque se sentía algo intranquilo ante el resultado de sus gestiones. Puso la tarjeta en manos de Bohun.

-No conozco a este señor -replicó-, ni sé cómo ha venido aquí tan temprano. Mi tío es...

-Ya lo conozco -dijo Bohun-. Su voz era serena, pero le temblaba un músculo de la cara.

-Lo siento. Admito que fui indiscreto; pero le conté lo de los bombones envenenados. Y, al tener en cuenta lo ocurrido ahora, ¿no cree usted que fue lo mejor...?

-Cielos, claro que sí! -exclamó Bohun, con demasiada rapidez-. Ahora obtendremos resultados. Se ve que es hombre muy activo. «En privado», dice. Sí, claro... Thompson, haga pasar al inspector Masters. Mister Willard y yo iremos al pabellón con el doctor Wynne... No, todavía no recibiremos al inspector jefe. Que hable en privado con Bennett.

Gran alivio sintió el joven al ver que Bohun y Willard salían de la habitación. La tensión reinante en la atmósfera pareció despejarse cuando se fueron los dos, y se sintió aún mejor al ver la expresión jovial del inspector Masters.

El policía vestía un abrigo negro y sostenía el sombrero hongo ante su pecho, como si estuviera observando un desfile. Bastante robusto, se notaba en su rostro una expresión astuta y cordial a la vez. En sus ojos aún brillaba el fuego de la juventud; su barbilla era protuberante y el cabello canoso, peinado cuidadosamente para ocultar la incipiente calva. Entró en la biblioteca con aire de quien se siente impresionado por lo majestuoso del ambiente que le rodea.

-¡Ah, señor! -fue su saludo. Estrechó la mano de Bennett y le devolvió su sonrisa. Su voz profunda fue un bálsamo para los nervios crispados del joven-. Debe usted perdonar mi temprana visita. Prometí a su tío que le vigilaría.

-¿A mí?

-Bueno, bueno, bien -dijo Masters, haciendo un ademán vago-. Nada más es una manera de decir, ¿sabe usted? El me telefoneó anoche, aunque no estoy de servicio. La esposa del inspector local es prima mía, y estaba aquí de visita. Le diré en confianza -bajó la voz y miró a su alrededor- que pensaba hacer de Santa Claus en el festival de Navidad de la Iglesia Metodista. Cuando llegó el aviso de mister Bohun, me tomé la libertad de acompañar al inspector Potter; además, quería saludarle a usted.

Bennett se sorprendió al ver que Thompson había colocado una mesita de té con una cafetera, leche caliente y tazas. Se dio cuenta entonces de que tenía sensación de vacío en el

estómago.

-Tome asiento -invitó al inspector-. ¿Quiere un poco de café?

-Encantado -repuso Masters.

-¿Un cigarrillo?

-Sí, muchas gracias.

El policía se sentó cuidadosamente sobre el borde del sofá, y aceptó una taza de café. Bennett se sintió mucho mejor en su compañía.

-Ahora veamos -continuó Masters, en tono confidencial-. No le detendré mucho tiempo, pues debo ir al pabellón, pero primero, quería trabar relación con usted. No le ocultaré que este caso producirá mucho revuelo y es probable que se dé intervención a Scodand Yard. Por eso deseaba estar en contacto con alguien en quien pudiera confiar. Soy un hombre muy suspicaz, mister Bennett.

A pesar de su sonrisa jovial, el joven notó que los ojos del inspector estudiaban su apariencia y no perdían un sólo detalle.

-Ha trabajado usted con sir Henry, ¿verdad? -dijo.

-¡Ah, sí! -repuso el inspector-. Yo fui quien hizo el trabajo y él se dedicó a pensar -le guiñó un ojo-. No hay que molestarse con sir Henry, mister Bennett. Gruñe y refunfuña hasta que se olvida de que debe hacerlo, y entonces comienza a trabajar en el caso como un chiquillo que construye un castillo de naipes y, antes de que uno se dé cuenta, el caso está terminado; entonces él comienza a gruñir y refunfuñar de nuevo. ¿Eh? Le debo mucho, y no lo niego. Pero los enredos en que se mete son demasiado incomprensibles para mí. No me gustan esas cosas que no pudieron suceder y sin embargo sucedieron, como el asesinato de Darworth en la casa de piedra...

Era imposible que Masters supiera lo que él pensaba, pero, al mirarle, Bennett sintió de nuevo sus dudas de antes.

-Espero que no tenga usted otro caso parecido -dijo-. ¡No puede ser! Depende de la hora en que murió una mujer.

Masters se inclinó hacia adelante.

-Eso mismo. Ahora bien, hay ciertos informes que dieron por teléfono al inspector Potter en el sentido de que acababa usted de llegar de Londres -lanzó una mirada al arrugado cuello y la corbata de Bennett-, y de que usted y mister John Bohun descubrieron el cadáver, ¿eh?

-Sí, es verdad... Es decir, más o menos. Él llegó al pabellón dos o tres minutos antes que yo.

-Más o menos. Bueno, cuénteme qué pasó -rogó Masters-. Con todos los detalles.

Encendió su cigarro cuidadosamente y escuchó con gran atención mientras Bennett hablaba. Sólo hacia el final del relato pareció perder un tanto la calma.

-¡Vamos, vamos! -exclamó-. ¿Está seguro de que había sólo una hilera de huellas que entraba y ninguna que salía?

-Sí.

-¿Eran huellas recientes?

-Sí. Lo noté por el estado de la nieve. Habían sido marcadas poco antes que las mías.

Masters le contempló atentamente.

-Huellas recientes, y dice usted que el cadáver ya estaba frío. ¡Ajá! De modo que las huellas no pudieron haber sido hechas varias horas antes de que llegara usted... ¡Vamos, joven! ¡Vamos, vamos! No sospecho de nadie, por supuesto. ja, ja, ja! Y mucho menos de mister Bohun -su sonrisa pareció casi sincera-. Pero, ¿lo vio alguien entrar a la hora que dice usted? ¿Eh? ¿Eh?

-Sí. Lo vio un mozo de cuadra cuyo nombre no recuerdo.

-¡Ah! -dijo Masters, asintiendo con la cabeza. Dejó la taza sobre la mesa y se puso de pie-. Tendré que averiguar muchas cosas respecto a la gente que ocupa la casa; todo lo que

ocurrió, ¿eh?... ¡La muerte de Marcia Tait! ¡Cielos, qué caso! Perdone usted si demuestro demasiado interés, mister Bennett. Mi esposa y yo vamos al cine con frecuencia. Sir Henry me dice que conoce usted a todo el grupo. Ha viajado usted con ellos y sabe cómo son. ¿Qué? ¿No?

-He viajado con ellos; pero no estoy muy seguro de saber cómo son.

Masters afirmó que así era mejor, le estrechó cordialmente la mano y dijo que debía ver cómo manejaba el asunto el inspector Potter. Cuando se hubo retirado, Bennett pensó en su insinuación acerca de John Bohun y se dijo que era absurda. No obstante, la idea le deprimió.

Casi enseguida agitó la cuerda de la campanilla para llamar a Thompson, a quien pidió que le llevara a su cuarto.

Después de cruzar varios corredores tortuosos y subir por una magnífica escalera de roble, se halló al fin en una habitación muy amplia y fría que daba a la galería abierta del segundo piso de la casa. Toda la mansión presentaba el aspecto desolado usual al empezar el día; al pasar por la umbrosa galería le pareció oír que alguien sollozaba en una de las habitaciones. Thompson lo notó, aunque fingió lo contrario. Dijo que al cabo de media hora se serviría el desayuno. El mayordomo tenía la cara hinchada y le dolía una muela. Era lógico, pues, que la noticia del asesinato hubiera acabado con los últimos vestigios de su serenidad. Cuando oyó los débiles sollozos, comenzó a hablar en voz alta, como si quisiera ahogar los sonidos. Señalando una puerta situada al extremo de la galería, dijo varias veces:

-La habitación del rey Carlos, señor. La habitación del rey Carlos. ¡Ahora la ocupa mister John!

Toda su actitud era la de un guía histérico.

La galería se extendía de un extremo a otro de la casa, y la habitación del rey Carlos se hallaba frente a la que habían destinado a Bennett.

Sentado ahora en el lecho, bajo el frágil baldaquín, Bennett miró con una muestra de disgusto la jarra y la palangana colocadas sobre una mesita cercana. ¡Al diablo con sus jarras, con sus fuegos y sus ventanas abiertas! Bueno, al menos habían tenido el cuidado de abrir sus maletas y acomodar todo en su sitio. Halló sus utensilios de afeitar, y sobre la pared, encima de la palangana, descubrió un espejillo cuyo cristal reflejaba su rostro completamente desfigurado. Eso era peor que despertar después de una juerga. ¿Dónde estaba su sentido del humor? Hambre, falta de sueño, horrores, y al otro lado del comedor la habitación donde alguien había tratado de arrojar a Marcia Tait escaleras abajo...

Oyó en ese momento el llanto que procedía del exterior. La navaja se deslizó de sus dedos. Por unos instantes le dominó el terror.

Siguió un ruido de lucha y luego silencio.

Se puso la bata y abrió la puerta. No vio nada. Se hallaba en el extremo de la galería, cerca de una ventana que se abría sobre el techo de la cochera. En la penumbra reinante vio la alfombra descolorida que se extendía unos quince metros hasta el arranque de la escalera, la hilera de puertas de roble, los cuadros y las sillas de estilo antiguo. Miró hacia la puerta que se hallaba frente a la suya. No había motivo para suponer que el llanto procediese de la habitación del rey, excepto que asociaba la estancia con todo lo misterioso que ocurría en la casa. Era el dormitorio de Bohun; pero éste no se encontraba allí. Cruzó la galería y llamó a la puerta, dándose cuenta de que ésta se hallaba abierta.

Lo primero que llamó su atención fue lo inmenso de la estancia. Vio el resplandor de jarrones de plata, una cama enorme y el reflejo de su propio rostro en un espejo. El lecho estaba arreglado, pero las ropas de Bohun se hallaban diseminadas sobre las sillas y los cajones de la cómoda abiertos. Instintivamente, dirigió la vista hacia la puerta oculta que daba a la escalera. La habitación ocupaba una esquina del edificio y daba al camino de coches y a los prados traseros. En tal caso, la escalera debía de estar en la pared de la izquierda, probablemente entre las dos ventanas. Allí fue donde...

De nuevo oyó ruido. Procedía de otra habitación. Caminó unos pasos por la galería y

Librodot

una puerta se abrió a escasa distancia de donde él se encontraba. Salió por ella una joven que se movía silenciosamente, aunque su respiración era jadeante; llevaba las manos en la garganta

No le vio. De la habitación de la que salía llegó a oídos de Bennett un curioso murmullo y el mido de movimiento, como los que podría hacer una persona enferma. Ella agachó la cabeza, avanzó un paso y luego se irguió.

Cuando levantó las manos, en el momento en que se miraron en la penumbra reinante, Bennett vio las marcas en su garganta.. y luego contempló el rostro de Marcia Tait.

El que caminó sin dejar huellas

Bennett se apartó un poco, mirándola fijamente. Por curioso que parezca, en el primer momento de sorpresa no pensó en fantasmas o en que era víctima de una alucinación. Sólo se le ocurrió, con gran alivio, que la farsa del asesinato no era más que una broma monstruosa, y sintió deseos de echarse a reír.

Luego comprobó que no era Marcia, lo cual le sorprendió aún más. Casi enseguida, se extrañó de haber hallado alguna semejanza con ella en las facciones de esta joven. La desconocida era más pequeña y delgada; su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás y recogido en la nuca, y vestía una chaqueta de lana gris y una falda negra. Sin embargo, durante un instante, encontró en el contorno de sus mejillas, en un gesto, en sus ojos, cierto parecido con la actriz.

Pero lo olvidó enseguida al recordar que la joven estaba lastimada. Oyó su voz y no era la de Marcia Tait.

-¿Jo...? -comenzó ella, y tragó saliva. Le miraba ansiosa-. ¿John? ¿No has ido a ver...? No, ¿qué digo? Hablaba con Louise. Está bien. No fue más que el susto, ya la he calmado. No me reconoció. Después de lo de anoche, sigue dominada por la histeria. Trató de... -le costaba trabajo hablar. Se llevó de nuevo las manos a la garganta; hizo un esfuerzo para reponerse de los efectos del dolor y trató de sonreír-. Pero desearía que llamaras al doctor Wynne y...

Hizo una pausa.

-¡Usted no es mi tío! -exclamó-. ¿Quién es usted?

-Cálmese -le rogó Bennett-. No tiene nada que temer. Soy un amigo de su tío. Me llamo Bennett. Está usted lastimada, ¿verdad? Permítame...

-No. Estoy bien. Es Louise... ¡Oh, Bennett! Sí, ya sé. Usted es el hombre que acompañó al padre de Louise por Nueva York. ¿Qué hace? -se colocó frente a la puerta-. ¡No debe usted entrar! Está en camisón.

-¿Y qué? -contestó Bennett, tan sorprendido que se detuvo-. Cualquiera que se vuelve loco y trata de estrangular... Eso es lo que hizo ¿verdad?

Le resultaba casi imposible creerlo. Recordó a la joven pecosa que acompañaba siempre a lord Canifest.

-¿Loca -repitió Katherine Bohun y trató de reír- Louise? No pudo evitarlo: está histérica. Después de lo que ocurrió anoche... ¡Oh, por favor, no sea tonto! Yo misma no me siento muy bien...

-Ya lo sé -repuso él, seriamente, y se inclinó hacia adelante al ver que ella se apoyaba en la pared.

-¿Qué hace usted ahora? ¡Déjeme en el suelo! ¿No me oye? ¿Se ha vuelto loco?

Bennett la llevó a su cuarto y abrió la puerta con el pie. Luego, debido a que era el lugar más cómodo y a que deseaba verla a la luz, la puso en el asiento de la ventana. Sin mirarla, buscó en su maleta la botella de coñac que llevara a Inglaterra en previsión contra el temprano cierre de los comercios en ese país. Cuando se volvió, la joven estaba apoyada en el marco de la ventana; la fatiga borraba de su rostro la expresión de ira que reflejara antes.

-No -dijo-. Estoy bien. No tomaré coñac. Gracias.

-¡Bébalo! ¿Por qué no?

La joven le contestó francamente:

-Porque tío Maurice diría que he estado bebiendo.

-¡Al diablo con el tío Maurice!... Tome.

Ella tragó la bebida con mucha dificultad y bastante dolor, mientras él empapaba una toalla, la exprimía y trataba de colocársela alrededor del cuello.

-Muy bien. Así está mejor. ¿Le gusta?

-Claro que sí.

-¿Quiere otra copa? ¿No? Espere entonces a que le coloque esto en el cuello, y luego me dirá a qué obedece que su amiga se haya dejado dominar por el histerismo y tratara de matarla. ¡Estése quieta!

-Me está usted mojando -protestó ella-. Déme esa toalla.

El joven la contempló con atención, preguntándose si habría notado su ligera semejanza con Marcia cuando vio a ésta por primera vez.

La joven tenía belleza propia. Su rostro era pálido y estaba desprovisto de afeites; tenía cejas delgadas que se curvaban hacia arriba en los extremos, y los ojos *castaño* oscuro muy luminosos. Su mirada era franca, en contraste con la de Marcia, y de una intensidad turbadora, pero poseía los mismos párpados entornados, labios carnosos y cuello corto.

-Debe usted perdonarme -agregó ella nerviosa-si perdí la cabeza y dije alguna tontería... Siempre lo hago. Pero le aseguro que quiero mucho a Louise. Nunca ha podido levantar la cabeza. Su padre... Usted le conoce, ¿verdad?

-¿El hombre de la voz?

-Sí, sí, ya veo que comprende usted -asintió ella-. Louise es muy diferente cuando está entre sus amigos. Supongo que lo mismo nos pasa a todas -miró hacia el exterior un momento y se volvió luego-. ¿Puedo preguntarle algo? Stella, la criada, me dijo que era verdad y que todos comentaban lo ocurrido esta mañana. ¿Es cierto que le pasó eso a Marcia? ¿Es cierto?

Bennett asintió en silencio.

-Stella dijo que la mataron en el pabellón y que tenía la cabeza..., destrozada, y que John la encontró allí. ¿Es cierto eso también?

-Así es.

De nuevo se volvió ella hacia la ventana, cerrando los ojos. Al cabo de un momento él preguntó:

-¿La quería usted?

-¿Si la quería? No; la detestaba. No, no es cierto. Pero, ¡oh, cómo la envidiaba!

Bennett no podía decir nada. Se sentía nervioso y molesto. Se levantó para buscar un cigarrillo entre sus ropas. La influencia turbadora de esta joven a quien nadie prestaba atención... Ella hablaba de nuevo:

-¿Saben quién fue?

-No..., excepto que parecen pensar que fue alguien de la *casa.*

-Está claro que fue alguien de la casa. La misma persona que anoche anduvo rondando por la galería.

El volvió a sentarse. No deseaba obligarla a hacerle confidencias ni ofrecerle ayuda, pues nada podía hacer por ella. No obstante, sintió el deseo de poder ser útil a la joven. Ella debió de darse cuenta, pues dijo:

-Gracias. Muchísimas gracias. La mayoría de la gente diría que soy muy capaz de

cuidarme sola. Así es; pero me asustó tanto como asustó a... Sí, anoche había alguien en la galería, alguien que se paseaba de un lado a otro en busca de algo. Eso fue lo que hizo perder la cabeza a la pobre Louise. Será necesario que la vea un médico. El desconocido se encontró con ella en la oscuridad, la asió de la muñeca y la apartó luego de su camino.

-¿No creerá usted que lo imaginó?...

-Tenía sangre encima -dijo Katherine.

-¿Cuándo ocurrió eso?

Ella sacudió la cabeza.

-No recuerdo la hora. Creo que serían más o menos las cuatro; después miré el reloj... La habitación de donde salí es la mía. Algo me despertó, aunque no sé qué fue, y oí después a alguien que tocaba el picaporte. Era como si se tratara de un perro. Supongo que pienso en los perros porque *Tempest* ladró tanto anoche, y volví a oírle aullar esta mañana. Pero esto que le digo sucedió en mi puerta. Luego sentí algo como una caída y alguien que corría. No me atrevía a moverme hasta que me llegó la voz de Jervis Willard desde afuera. Había oído los ruidos y salió a la galería para ver qué pasaba. Cuando abrí la puerta le vi levantando a Louise, que estaba desmayada.

-¿Y por qué diablos estaba vagando ella en la oscuridad a las cuatro de la madrugada? -preguntó Bennett, irritado.

-No lo sé. Louise no ha dicho nada coherente desde entonces. Creo que iba hacia mi cuarto; no había podido dormir en toda la noche, y ya estaba un poco nerviosa. Supongo que cuando salió de su dormitorio no pudo hallar el interruptor de la luz y se extravió, asustándose al no poder volver a su cuarto ni encontrar el mío. Recuerdo que dijo repetidas veces: «¡Luz, luz!» -Katherine Bohun clavó la vista en el vacío y cruzó las manos sobre el regazo-. ¿No se asustó usted alguna vez al pensar que estaba perdido en un laberinto oscuro y no podía llegar a donde quería? A mí me ha pasado en sueños.

El se inclinó de pronto hacia adelante y la cogió de los hombros.

-Me gustan mucho los cuentos de fantasmas -dijo-. Será porque nunca he tenido ocasión de sufrir temor morboso en mi vida. Pero usted no debe dejarse asustar por una serie de sombras y tonterías, ¿comprende? Ya ha tenido que soportar demasiado.

-¿Qué dice?...

-Lo que necesita usted es salir de esta casa solitaria, con sus palanganas, sus espejos torcidos y sus fantasmas apolillados. Debería ir usted a Londres o a París y correr una gran juerga. Le hace falta visitar las casas de modas y los mejores hoteles; escuchar las orquestas más famosas, tener un amor y embriagarse en todos los bares de la Place de Clichy; ver los farolillos chinos en el lago del Bois, y danzar en el Chateau de Madrid. Tiene que ver los castaños cuando florecen en los Campos Elíseos durante la primavera, y probar la sopa de cebolla en las ferias de la ribera cuando comienza el día...

Había arrojado la diplomacia por la ventana. Se había puesto de pie y agitaba los brazos, dominado por el entusiasmo. De pronto comprendió que estaba haciendo el papel de tonto. De nuevo vio la fría habitación y la nieve acumulada en el exterior de la ventana. Pero le sorprendió la animación que se reflejaba en el rostro de Katherine Bohun. Ella le miraba sorprendida.

-¡Yanqui loco! -exclamó, rompiendo a reír alegremente.

-Sí... Eso mismo -repuso él, algo turbado.

-Es usted el hombre más loco que he visto en mi vida.

-Por el contrario, inglesita, se me considera... -Y no debe usted hablar así... Al menos, no debe hacerlo donde puedan oírlo otras personas.

-¿Ah, sí?

La joven logró dominar su nerviosismo.

-Dejemos eso. Sea usted sensato. Yo tengo que serlo. No puedo pensar más que en lo ocurrido a Marcia. Ella podía hacer todo eso que dijo usted. Ella estaba sola; era maravillosa...

Librodot

Ahora está muerta; pero murió cuando tenía todo lo que ambicionaba, cuando tenía todo lo que puede desear una mujer..., en plena juventud. ¿Quién no moriría a cambio de eso? Y si alguien le aplastó la cabeza con un látigo de montar, quizá valió la pena que sucediese.

Se interrumpió bruscamente. Bennett la miró con fijeza.

-¿Con un látigo de montar? -dijo.

No debió haber hablado. Lo comprendió tan pronto como las palabras salieron de sus labios. La joven se puso de pie.

-¿No fue así? Tal vez interpreté mal el relato de Stella -dijo rápidamente y en voz alta. En ese momento la nerviosa joven pareció peligrosa. Su respiración era jadeante-. Tengo que volver al lado de mi paciente. Muchas gracias por todo... Sería mejor que bajara a desayunar. ¿No le parece?

Antes de que él pudiera hablar o moverse, se retiró de la habitación. Bennett se quedó contemplando la puerta cerrada, mientras se restregaba la barbilla. Luego giró sobre sus talones y dio un puntapié a una maleta vacía. La siguió con intención de darle otro, pero desistió, se sentó en el lecho, encendió un cigarrillo y echó al aire una bocanada de humo.

El enredo se tornaba cada vez peor. Le temblaban las manos y en su cerebro predominaba el recuerdo de Marcia Tait. ¡Con un látigo de montar! No había tal cosa en la escena del crimen, ni en sus cercanías excepto el que colgaba de la muñeca de John Bohun... ¿Bohun? ¡Imposible!

Ya debían de haber regresado todos al pabellón. Era necesario que bajara. Haciendo un esfuerzo para no pensar en Katherine Bohun, se afeitó con agua fría, se vistió y marchó hacia la escalera.

Tenía intención de encaminarse hacia el comedor, pero se detuvo al oír las voces procedentes de la biblioteca. La puerta estaba abierta. Un grupo de personas se hallaba reunido frente al fuego. Junto a una mesa había sentado un individuo alto que daba la espalda a la puerta. Vestía el uniforme de inspector de Policía y se estaba golpeando la cabeza con un lápiz. Detrás de él se hallaba Thompson, muy nervioso, y más allá el inspector Masters, inspeccionando los estantes llenos de libros. La persona que hablaba -con voz estridente e infinidad de ademanes- era un hombrecillo de facciones afiladas que vestía un viejo abrigo negro y tenía un sombrero hongo calado hasta las orejas. Estaba de espaldas al fuego y sus lentes saltaban continuamente sobre su nariz mientras agitaba las manos y decía:

-No me enseñará usted mi profesión, Potter. Considero sus palabras como un insulto, sí señor, y cuando lo tenga frente al tribunal investigador, se lo haré pagar caro -miró con malevolencia al aludido-. Le he dicho la pura verdad. Llame al cirujano de la Policía, si quiere. Llame a todos los curanderos de Harley Street. ¡Bah! Ya verá usted entonces...

Se interrumpió al ver a Bennett en el umbral. Sobrevino un momento de silencio. Masters se acercó a la mesa.

-¡Ah! -exclamó-. Pase usted, mister Bennett. Pase usted, haga el favor. Iba a mandar a buscarlo. Le presento al doctor Wynne... aquí, y al inspector Potter... a este lado. Ahora bien, durante la última media hora nos han dicho algunas cosas muy raras...

El doctor Wynne dejó escapar un resoplido. La actitud de Masters no era tan jovial como al principio. Parecía preocupado.

-... que necesitaban ser aclaradas -continuó el jefe inspector-. Ahora bien, señor, ya he dicho a estos caballeros lo que me dijo usted hace un rato. Sería conveniente que lo repitiera usted al inspector...

El inspector Potter levantó la vista. Era un gigante calvo, de rostro rojo, pequeño bigote y ojos melancólicos. Miró a Bennett con cierta suspicacia.

-Nombre y domicilio -dijo, hoscamente-. Si es extranjero -acentuó su aire receloso-, dé referencias. No declarará bajo juramento, pero le aconsejo por su bien que sea completamente franco. ¡Veamos!

-¡Vamos, vamos, Potter! -intervino Masters, con cierta aspereza-. Necesitas mi ayuda,

¿no es eso? ¿Eh? -Así es, señor -repuso el inspector.

-Bien, bien -dijo Masters, en tono persuasivo y agitando la mano-. Yo manejaré esto un momento, si no tienes inconveniente. Bien, mister Bennett, esto es importante y desearía aclararlo. ¡Thompson!

Se adelantó el mayordomo. En sus ojos enrojecidos se reflejaba la hostilidad, pero su voz era dócil, y parecía ser (a los ojos de Bennett) la persona más respetable entre los que se hallaban presentes.

-Dijo usted al inspector Potter -prosiguió Masters, ásperamente- que la nieve dejó de caer a las dos de la madrugada, ni más ni menos. ¿Puede usted jurar que así fue?

-Sí, señor. Me temo que así es.

-¿Teme, que así es? ¿Cómo es eso?

-Pues, señor, sólo quiero decir que no me gustaría causar ninguna dificultad a la Policía -replicó Thompson-. Puedo jurarlo. No cerré los ojos en toda la noche.

Masters se volvió.

-Y el doctor Wynne nos dice...

-Yo le digo esto -declaró el doctor, tocando el pecho de Masters-. Teniendo en cuenta todos los detalles, incluso la temperatura, afirmo que la muerte de esta mujer ocurrió entre las tres y las tres y media de la madrugada. Dicen ustedes que la nieve cesó a las dos. Bueno, eso es cosa suya. Lo que yo digo es que si la nieve paró a las dos, entonces esa mujer no murió, por lo menos, hasta una hora después -Con una sonrisa sarcástica miró a su alrededor-. No les envidio el trabajito que tienen entre manos, muchachos.

El inspector Potter pareció volver a la vida.

-¡Pero, señor -exclamó-, eso no es posible! ¡No tiene sentido! Oiga usted, hay dos hileras de huellas que van hacia el pabellón -continuó lentamente, mientras levantaba dos dedos-. Mister Bohun dice que son de las mismas personas. Eso es todo. Cada una de las cuatro hileras de huellas es igualmente reciente, según hemos comprobado..., y yo las conozco bien por haberme dedicado a la caza durante mi juventud. ¡Fueron hechas esta mañana, más o menos a la hora que nos dice mister Bohun! Y no hay más -hizo un amplio ademán, sin soltar el lápiz, y luego golpeó con el puño sobre la mesa-. El pabellón estaba rodeado por todas partes por cien pies de nieve virgen. No hay un solo árbol ni un solo matorral. Además, hay sesenta pies de hielo delgado que cubre el lago. ¡No es posible, no tiene sentido, y que me cuelguen si alguien prueba lo contrario!

El inspector respiraba jadeante. Lo mismo le ocurría a Masters, quien en vano se esforzaba por hacerle callar. Como pariente de Potter, su actitud hacia él no estaba en concordancia con su dignidad profesional.

-¡Vamos, vamos! -exclamó-. Yo te diré de qué se trata, Charles Potter. Cierra la boca cuando se te ordena, o diré al alguacil mayor del condado cómo conduces esta investigación. Les indicas a los testigos lo que deben decir, ¿eh? No te importa si sabemos la verdad, ¿eh? ¡Oh, Dios mío! ¿Crees que podrás pasar a Scotland Yard? ¡No lo creo!

El inspector Potter le lanzó una mirada cargada de ira.

-¿Ah? -inquirió con gran dignidad-. ¿Y quién está a cargo del caso? ¿Tú, que ibas a hacer de Santa Claus? ¡Vamos, vamos! No he hecho más que expresar hechos bien sabidos. Y te diré más. Tenemos un testigo, Bill Locker, a quien conozco de toda la vida y sé que es honrado y digno de confianza, y que adivinó el ganador del Derby durante tres años seguidos, cosa que tú no serías capaz de hacer. Bill Locker vio a mister Bohun cuando entró en el pabellón, ¿eh? Y allí adentro no había nadie escondido, como hemos comprobado. ¿Qué te parece? -arrojó el lápiz a la mesa como si arrojara un guante-. Hasta que puedas hacer de Santa Claus y explicar eso, te pediré, con todo respeto...

-¡Sigan, muchachos! -intervino el doctor, con gran interés-. Creo que me quedaré un poco más. No hay nada mejor que una riña entre policías para que el caso se ponga más interesante. Pero, ¿desean algo más de mí?

Librodot

Con un esfuerzo, Masters recobró su imperturbabilidad.

-¡Ah, ah! -exclamó-. Perdí la cabeza, inspector. Por ahora estás tú a cargo de todo y tienes razón -se cruzó de brazos-. Sugeriría, sin embargo, que antes de que se retire el doctor le interrogues acerca del arma empleada.

El doctor Wynne hizo una mueca.

-¿El arma? ¡Hum! No sé. Eso es cosa de ustedes. Todo lo que puedo decirles es lo usual. Un objeto contundente. Los golpes fueron muy fuertes. Por la posición de las heridas, parece como si la hubieran golpeado de frente y hacia abajo y que le siguieron asestando golpes cuando estuvo tendida en el suelo. Fueron golpes muy fuertes. Sí. El forense lo comprobará cuando practique la autopsia.

-Supongo, señor -observó Potter, al ocurrírsele una idea sorprendente-, que no podría haber sido una mujer, ¿verdad?

-¡Hum! Podría ser. ¿Por qué no? Con una arma pesada, ¿por qué no?

-¿Ese atizador que vimos entre las cenizas del hogar?

-A mí me parece que fue con algo grueso y con ángulos agudos. Pero, como ya dije, eso es cosa de ustedes.

Mientras se desarrollaba este diálogo, Bennett notó que en el rostro de Masters se reflejaba la expresión tolerante y algo pesarosa de un maestro que se encuentra en una escuela para retrasados mentales. Lanzó un resoplido al oír que Poner inquiría:

-¡Ah! ¿Pudo haber sido el botellón pesado que estaba hecho pedazos?

-¡Vaya, hombre, podría haber sido cualquier cosa! Busquen huellas dactilares o manchas de sangre o lo que sea -contestó el doctor, mientras se calaba el sombrero y recogía su maletín negro. Miró al inspector con gran fijeza-. ¡Hum! No me parece que haya sido el botellón. De ser así, la mujer estaría cubierta de vino de pies a cabeza, y, de todos modos, los fragmentos no estaban cerca del cadáver. Parece como si se hubiera caído de una mesa y se hubiera hecho pedazos... Bien sabe Dios que me gustaría ayudarle, muchacho. Me parece que el problema a que se ve usted abocado, bien necesita ayuda.

-Exactamente -manifestó una nueva voz procedente de las sombras del otro lado de la habitación. Fue tan inesperada la interrupción que todos dimos un respingo de sorpresa-. Pero, ¿les gustaría que les explicara cómo fue cometido el crimen?

Acusación de asesinato

El inspector Potter profirió una exclamación y estuvo a punto de derribar una pesada mesa cuando se puso repentinamente en pie. Incluso Masters se mostró sorprendido. Todos se hallaban dentro del reducido círculo de luz proyectado por el fuego y las dos lámparas con pantallas amarillas. Las bombillas eléctricas formaban una especie de corona amarillenta en lo alto del cielo raso; pero la amplia biblioteca estaba en penumbra, como si los mismos libros proyectaran sus sombras por la estancia.

Bennett dirigió la mirada hacia los ventanales de un extremo. Contra la pared formada por los cristales de las ventanas se destacaba el contorno de un alto sillón. Una cabeza se elevó por encima del respaldo y la figura de un hombre se separó del asiento. Todos oyeron un tintinear de cristal y llegó hasta ellos el aroma de un cigarro encendido. Sobre el piso de piedra resonaron pasos no muy firmes. Había algo de extraño en aquella figura amplia que agitaba un cigarro, acrecentándose esa impresión cuando el desconocido se acercó más a ellos hasta que pudieron ver su corto cabello negro, la sonrisa estereotipada en el rostro y los ojos inyectados.

No sólo se dio cuenta Bennett de que era Carl Rainger, envuelto en una bata floreada,

demasiado grande para él, sino también de que el director estaba completamente ebrio.

Con voz serena, que parecía salir de lo más profundo de su pecho, Rainger expreso:

-En vista de la ayuda que les brindaré, debo pedirles que me excusen. Estuve escuchando, señores. Lo admito francamente. Al entrar ustedes me encontraba yo en ese sillón con Betsy -tocó el cuello de una botella que sobresalía del bolsillo de la bata-. La segunda Betsy. ja, ja, ja!

Su cuerpo rechoncho llegó al círculo de luz. Había algo de inhumano en la sonrisa fija en su rostro. Parpadeó varias veces e hizo un ademán cortés con la mano en que sostenía el cigarrillo. A pesar de la fijeza con que miraban, sus ojos enrojecidos eran muy penetrantes.

-Me llamo Rainger, y creo que soy muy conocido. Deme usted esa silla, mister... Masters. Gracias. ¡Ah! ¡Muy bien! Buenos días, caballeros.

-Buenos días, señor -respondió Masters, serenamente. Hizo una seña disimulada a Potter-. ¿Desea usted hacer una declaración? ¿Eh?

Rainger reflexionó un momento. Se estaba frotando la cabeza con actitud infantil, mientras miraba fijamente al fuego.

-Sí, creo que sí. Sí, en cierto modo, sí. Puedo explicar esta situación tan rara que les tiene preocupados. ¡Ja, ja, ja!

Masters le estudió con gran atención.

-Naturalmente, señor, siempre estamos dispuestos a escuchar. Pero, le preguntaré algo, si no tiene usted inconveniente. ¿Está usted seguro de encontrarse en condiciones de decir algo importante?

-¿En condiciones?

-¿No habrá bebido una gotita de más, eh?

Rainger se volvió lentamente, mientras se arropaba más en la bata. Parecía como si estuviera mirando a hurtadillas desde una esquina. De pronto brilló en su rostro una amplia sonrisa.

-Que Dios le conserve la inocencia, inspector -dijo, con cierta suavidad-. Una gotita de más, ¿eh? -rompió a reír hasta que se le saltaron las lágrimas-. Bien, bien, calmémonos. Claro que he tomado una gotita de más. Muy bien dicho. A decir verdad, estoy completamente ebrio, inspector, y ambos lo sabemos, ¿eh? ¿Pero qué importa? En otra época, antes de que me convenciera de que debía volverme respetable y dejar la bebida, nunca me habría visto usted en otro estado. Pero, vivía y triunfaba, y mi cerebro -se golpeó la cabeza con el índice- estaba mucho mejor. Sólo dejé la bebida porque me hacía ver las cosas con demasiada claridad, y todos me consideraban un individuo morboso. ¡Ja, ja! ¿Quiere que se lo demuestre, inspector? ¿Quiere que le diga lo que piensa? Está usted pensando: «Tal vez se trate de una confesión. Quizá sea mejor que deje hablar a este mono repulsivo para que admita algo que no le conviene». ¿Eh? Es su inocencia lo que le hace pensar eso. Admito que estoy más conversador que de costumbre; pero yo no la maté. Aunque parezca raro, tengo una coartada.

Rió de nuevo. Masters no hizo más que mover lentamente la cabeza.

-Pues, señor -repuso-, ya que lo dice usted, es muy posible que haya pensado algo así.

-Yen cuanto a usted... -Rainger señaló a Bennett-. Está pensando: «Aquí tenemos otra vez a ese idiota». ¿No es verdad, no es verdad?

Por un momento su mirada fue tan terrible como su sonrisa; luego se nubló su vista y pareció confundirse.

-¿Por qué piensa eso? -preguntó en tono de curiosidad-. ¿Por qué lo piensan todos? Toda mi vida he querido saberlo. Soy Carl Rainger. Comencé a ganarme la vida con pico y pala. ¿Quieren ver mis manos? Puedo ganar un salario tan elevado como el de cualquier estrella, pues cuando termino con una película, los que trabajan conmigo han ganado la fama. Ese soy yo. Eso es lo que puedo hacer. ¿Por qué, entonces...? -se pasó la mano por la frente y agregó-: ¡Oh, al infierno con todos! Eso es cuanto puedo decir -pareció sorprenderse-. Son todos unos estúpidos. Sólo confiaré en mi botella. Sí. Y ahora... ¿Dónde está usted, inspector? ¡Ah! Le mostraré lo que usted pasó por alto, y le ofreceré las pruebas necesarias.

Librodot

-Bien, señor.

-Pruebas -continuó Rainger- de que mister John Bohun mató a Marcia Tait.

-¡ Dios mío! -exclamó el doctor Wynne, y se interrumpió al ver que Masters le miraba con el ceño fruncido.

-Muchas gracias, doctor -observó el inspector jefe, secamente-. Nos ha sido usted muy útil. No necesitamos retenerle más... ¿Thompson? Todavía está aquí, ¿eh? Creí que le había dicho que se retirase. Bueno, me equivoqué. Puede usted esperar fuera.

-Ese hombre está ebrio -manifestó el galeno-. ¿Se da cuenta de quién es la persona a la que se refiere? John Bohun, ¿eh? Su anfitrión. Bien, bien. Sí, ya me voy. John está tomando el desayuno. Iré a informarle de que le necesitan aquí.

Masters condujo al doctor hacia la puerta mientras le susurraba algo al oído. Recordando lo sucedido arriba, Bennett sugirió al instante que el médico visitara a Louise Carewe, y, al explicar lo ocurrido, Masters se mostró más interesado que Wynne.

-¡Ajá! -dijo el inspector jefe-. ¡Quédese aquí! -ordenó a Bennett, mientras despedía a Thompson y conducía al galeno hacia la puerta. Cuando la voz estridente de éste se perdía por el vestíbulo, Masters volvió a prestar atención a Rainger, quien había sacado una botella de ginebra de su bolsillo y se la llevaba a los labios.

-Usted quiere acusar a mister John de asesinato -le dijo Masters, haciendo otro ademán para que Potter guardara silencio-. ¿Se da usted cuenta de que es algo muy serio, aunque pueda ofrecernos pruebas de ello?

-Pues claro que puedo ofrecerle pruebas, amigo mío. Sí -replicó el director-. Ya ha oído usted las declaraciones de Bohun y las de un actor llamado Willard... No me mire usted así, amiguito; les oí hablar de ello, y sé lo que dijeron. Le dieron su versión de lo ocurrido anoche. Ahora le daré yo la mía. ¿No se da usted cuenta de la razón de que hubiera solamente una hilera de huellas que se dirigían al pabellón?

-Tenga cuidado, señor. Recuerde que eran huellas recientes.

-Claro que lo eran -dijo Rainger-. En primer lugar, Bohun estuvo anoche en Londres y fue a ver a su señoría, el gran lord Canifest. ¿Le dijo eso?

-Eso es -dijo Masters, mirando de soslayo a Bennett. Éste recordó que Masters había hablado con H. M., y debía de estar al tanto de muchas cosas concernientes al caso-. Mister Bohun sólo me dijo que tenía una cita de negocios. ¿Se refiere usted al duelo de los diarios? ¿Eh?

-Sería conveniente que supiera por qué fue a verle Bohun, si es que todavía no lo sabe -manifestó Rainger, mirándole fijamente-. Canifest pensaba prestar el dinero para la obra en que aparecería Marcia, y anoche se negó a hacerlo. Bohun y Marcia temían que así ocurriera. Por eso es por lo que aquél se puso nervioso y se apresuró a visitarle anoche.

-Y bien -le preguntó Masters, al cabo de una pausa-, ¿por qué se habría de negar lord Canifest?

-Porque alguien le había contado algunas cosillas. Lord Canifest tenía proyectado un matrimonio. Ya había colocado su mano y su corazón a los pies de nuestra hermosa actriz -declaró Rainger, haciendo un ademán adecuado a las palabras que pronunciaba-. Su señoría es un hombre muy recto, y demasiado discreto para arriesgarse en cualquier cosa que no fuera el matrimonio. Y entonces alguien contó algo a su señoría. Anoche Bohun temió tener malas noticias de Canifest. Lo mismo le pasaba a Marcia.

Masters se aclaró la garganta.

-¡Ajá! Me figuro que quiere usted decir que le dijeron algo en contra del carácter de miss Tait, ¿eh?

-¿Qué? ¡Oh inspector, que Dios ampare su bendita inocencia! -exclamó el otro-. ¡No! ¿No cree usted que Canifest había oído ya rumores de esa especie? La familia de ella es lo bastante buena para que su conducta fuera considerada como alegre simplemente. ¡No, no! Lo que alguien le dijo, según temo, fue que Marcia podría haber sido demasiado virtuosa.

-¿Demasiado virtuosa?

-Que ya tenía un esposo -declaró Rainger, lanzando una risotada.

- ¡Un esposo! ¿Quién?...

Rainger se encogió de hombros y sonrió con expresión indulgente.

-¿Cómo podría saberlo? Admito que esa parte del asunto es teoría; pero es bastante buena, se lo aseguro. ¿Quién podría ser el esposo? Me gustaría saberlo.

Antes de que Masters pudiera decir nada, el director continuó, suavemente.

-Prosigamos. ¿Entiende usted ahora lo que mi buen amigo Jervis Willard le dijo respecto a que Marcia estaba preocupada y parecía esperar a alguien? Esperaba el regreso de Bohun. Sí, creo que aun usted lo entiende. Si Canifest se negaba a sufragar la obra, no sería posible representarla.

-¡Vamos, vamos! -exclamó Masters, con cierta tolerancia-. Miss Tait era una actriz muy popular, según creo. Cualquier otro productor...

-En eso se equivoca usted -le interrumpió el otro-. Ninguno se le acercaría, después de lo que ella les dijo personalmente y por medio de sus declaraciones a los diarios -su sonrisa se ensanchó-. Y lo que ella no dijo lo inventé yo para los chicos de la prensa, ¿comprende?

-¿Y esa era la noticia que dice usted que mister Bohun traía anoche de Londres? -inquirió lentamente Masters.

-Naturalmente. Le aseguro que ella era una chica muy temperamental. ¿Qué habrá pensado Bohun cuando comprendió que tendría que regresar a explicarle que no había ya obra? Podrían conseguir otro protector, pero era muy difícil. Marcia no era ya muy popular. Por cierto, no lo era en esta casa. Me divertí mucho anoche cuando miss Katharine Bohun trató de hacerla caer por esa escalera de piedra...

-¿Qué diablos está usted diciendo? -intervino Bennett, furioso, y adelantándose un paso.

-¿Qué le pasa? -preguntó Rainger, ásperamente-. ¿Amiga suya? No importa. Eso es lo que hizo. ¡Vamos, polizonte, al grano! Willard no le habló del episodio, ¿eh? Puede usted olvidarlo. Quiero explicarle el primer detalle del caso que llevará a John Bohun a la horca. Él le dijo que llegó de Londres a eso de las tres de la madrugada, ¿verdad? Pues bien, mintió. Regresó aquí a la una y media, cuando todavía estaba nevando con fuerza.

-¿Ah, sí? -dijo Masters, en tono muy curioso-. Bueno. Anota eso, Potter. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Le vio? -No.

-Entonces me perdonará usted -repuso Masters-. Le he escuchado, esperando algo más que vagas acusaciones, y le aseguro que ya me he cansado un poco de todo esto. Ahora le pediré que cese de hablar así y se vaya a la cama, donde debe quedarse hasta que se le pase la embriaguez.

Rainger agitó los brazos.

-¡Oh, me escuchará usted, maldito! -exclamó en alta voz-. ¿No puede dejarme explicar? ¡Déme dos minutos más! ¡Por amor de Dios, déjeme decir lo que quiero decir! -su desesperación por hacer condenar a un semejante le hizo perder la calma, aunque sólo por breves momentos, pues se repuso al instante-. Permítame que le explique. A medianoche, después de que acompañáramos a Marcia al pabellón, según le informó verazmente Willard, mister Maurice Bohun y yo vinimos a la biblioteca. Aquí estuvimos hablando de libros y otros temas que no comprendería usted, y pasamos en esta habitación unas dos horas, más o menos. Naturalmente, ninguno de los dos pudimos ver entrar a John Bohun; el camino de coches está al otro lado de la casa. Por la misma razón, tampoco le oímos. Pero oímos al perro.

-¿Al perro?

-A ese perro policía grande. Durante la noche no lo dejan suelto porque se echa encima de cualquiera. Lo tienen sujeto a un alambre por un nudo que se desliza por el mismo, de manera que el perro puede correr hasta veinte o treinta pies de su caseta, pero no más. Ladra al oír a cualquiera, ya sea conocido o no. Esto me lo dijo mister Maurice Bohun. ¿Me escucha ahora? Estábamos sentados aquí cuando lo oímos comenzar a ladrar y seguir ladrando. Le pregunté: «¿Es que entran ladrones o se trata de alguien que ha salido?», y me contestó:

«Ninguna de las dos cosas. Debe de ser John que llega. Es la una y media». Hablamos luego de novelas policiacas y de los perros que no ladran porque reconocen a alguien, ofreciendo así un indicio al detective. Eso es una tontería. Los verdaderos perros guardianes ladran a todo el mundo, hasta que el que llega se les acerca y les habla.

Rainger tosió. Le corría el sudor por la frente. Se pasó por ella la mano y continuó:

-Eso fue a la una y media. El viejo Bohun sacó su reloj y me dijo que ya era la una y media. Siempre está bastante nervioso, y se puso aún más por el ruido mientras me mostraba sus libros. Tarde como era, llamó al mayordomo y le dijo que telefoneara al establo para que encerraran al perro. Dijo que se volvería loco con sus ladridos...

El inspector Potter intervino entonces:

-Eso que dice es verdad, señor. El mayordomo afirmó que usó el teléfono a la una y media para ordenar que encerraran el perro...

Masters le hizo callar con un ademán.

-¿Y es eso todo lo que tiene usted como prueba para acusar de asesinato aun hombre, mister Rainger? -preguntó.

-No. Le diré lo que hizo John Bohun. Llegó aquí a la una y media, y dejó su coche en el camino. Vestía ropas de etiqueta y calzaba zapatos de charol ligeros...

-¿Cómo lo sabe usted?

-Porque uso el cerebro -respondió Rainger, inclinándose hacia adelante-. Me enteré por la criada que fue a su cuarto esta mañana para encender el fuego. Ella vio las ropas diseminadas por la habitación. También me dijo que la cama estaba hecha y no había sido usada durante la noche.

Tras una pausa, Masters ordenó:

-Toma nota de eso, Potter.

-Se encaminó directamente hacia el pabellón, tal como lo tenía convenido con Marcia. El idiota le mintió cuando dijo que no sabía que Marcia estaba allí, admitiendo, sin embargo, que ella le había dicho que allí estaría. Sabía que Marcia nunca cambiaba de idea. Ya verá usted por qué mintió. El perro ladró más que de costumbre, ¿por qué? Debido al tiempo que tardó él en llegar hasta el pabellón. Si sólo hubiera entrado en la casa, el animal hubiese callado.

El inspector Potter lanzó una exclamación ahogada

-¿Sugiere usted...? -preguntó rápidamente Masters.

-¡Oh! era su amante -dijo Rainger-. Ya lo sabía -se inclinó hacia adelante para escupir en el fuego-. Ahora bien, él tenía malas noticias. Pero no conoce usted el carácter de Bohun si cree que se lo dijo francamente y enseguida. Es demasiado débil. Postergó el asunto, y primero le dijo que todo marchaba bien. Se hicieron el amor; el idiota creyó que podría preparar a Marcia de ese modo. ¡Bah! Después admitió la verdad. Y ella le dijo por primera vez cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia él. Bohun le aplastó la cabeza más o menos una hora y media después de llegar al pabellón. Luego, el estúpido descubrió que estaba en un aprieto. No había una sola huella en la nieve entonces, y si salía de allí dejaría sus propias huellas para que sirvieran de prueba contra él. ¿Qué hizo, pues? ¿Qué puede hacer un idiota nervioso?

Rainger debió de comprender que había logrado interesar a sus oyentes. Durante unos instantes Bennett pensó que el director estaba sereno, que había conseguido recobrar la cordura debido a un esfuerzo de su voluntad; pero no era así.

-Use su cerebro -continuó el director, sonriendo diabólicamente-. ¿Qué era lo único que podía haberle salvado?

Masters lo contempló un instante.

-Si yo hubiera estado allí... suponiendo que todo esto sea verdad... hay una manera muy fácil.

-¿Lo cree? ¿Qué habría hecho usted?

Librodot

-¡Bonita manera de jugar!, ¿eh? Bueno, le diré: habría salido del pabellón borrando completamente mis huellas y confundiéndolas de tal manera que nadie pudiera reconocerlas. Me habría dirigido por el prado y hacia el camino real, o hacia cualquier otra parte. Aun hacia la casa... ¿El tiempo? ¡Oh! Admito que me hubiera llevado tiempo, y en la oscuridad más, pero disponía de bastante tiempo hasta que amaneciera.

Rainger lanzó hacia lo alto una bocanada de humo.

-Cualquier idiota habría recordado al perro -manifestó.

Masters lo miró fijamente.

-El perro, amigo polizonte, que ladró desesperadamente y durante tanto tiempo mientras Bohun solamente caminaba con rapidez hacia el pabellón y al que el viejo hizo encerrar por esa misma causa. Piense en eso, ¿eh? Mister John recordó al perro; estuvo a punto de traicionarle en su primer viaje. ¿Cómo iba a arriesgarse a estarse quince o veinte minutos borrando y confundiendo sus huellas? ¿Cómo podía saber que estaba encerrado? ¿Qué ocurre en una casa cuando un perro ladra mucho y continuamente a las cuatro de la mañana?... Todo el mundo se despierta y se asoma para ver qué ocurre. Y allí estaba Bohun, aprisionado en medio del lago.

Bennett se sentó en el diván. Tenía la cabeza hecha un torbellino, pero se dio cuenta de que Rainger estaba en lo cierto.

-¿Pero qué podía hacer? -inquirió-. No podía tardar el tiempo necesario para confundir sus huellas, ni podía apresurarse y dejarlas para que le traicionaran... Ya le tiene usted en el pabellón rodeado de nieve sin marca alguna; pero él afirma que esta mañana tenía puestas sus ropas de montar y estaba conversando a las siete con el mayordomo, y yo juraré que cuando llegué al pabellón sólo había una hilera de huellas que se dirigían hacia la puerta.

-Así es. Calma, señor -intervino Masters-. Es verdad que despertó al mayordomo a las siete menos cuarto. El mismo criado lo confirma.

Rainger estaba saboreando su triunfo. Miró a uno y a otro.

-Claro, claro. Ésa era su coartada. Recordó la cita que tenía para salir a cabalgar con Marcia; pero, ¿no le pareció raro que dijera que se levantó muy temprano, vistió sus ropas de montar, y fue a despertar al mayordomo antes de asegurarse de que saldrían a caballo?... Quiso pasarse de listo. Las botas de montar son muy útiles. Son mucho más grandes que los zapatos de charol que se usan con ropas de etiqueta.

Masters dejó escapar un silbido.

-Esperó hasta que aclaró un poco y pudo ver lo bastante como para no equivocarse -continuó Rainger-. Me lo imagino sudando junto a la muerta. Luego salió del pabellón, caminando hacia atrás. Una vez que se hubo cambiado de ropa y tuvo lista su coartada, sólo necesitaba caminar sobre sus propias huellas para «descubrir» el cadáver. No podría haberlo hecho con zapatos del mismo tamaño. Si hubiera tratado de pisar dentro de las huellas, aun con poca nieve, las habría emborronado. Si la nieve hubiese sido profunda habría ocurrido lo mismo. Pero estampó las huellas de sus botas sobre las otras, ocultando así el contorno de las primeras. Las huellas de las suelas y tacones estarían algo mezcladas en la parte interna, pero eso siempre ocurre cuando camina uno sobre la nieve. No es extraño que fueran recientes. No es extraño que el mozo de cuadra le viera... desde lejos... cuando entraba. Había cubierto sus propias huellas. Tenía la mejor coartada posible. Pero cuando llegó usted allí, jovencito -Rainger se volvió hacia Bennett-, ¿no le pareció que estaba muy nervioso?

Miró un momento a su alrededor, y luego se puso lentamente de pie. Con el esfuerzo, pareció perder el dominio de sí mismo. Atontado y respirando jadeante, sacó la botella del bolsillo.

-Ya le he dicho cómo ocurrió todo -finalizó-. Ahora cuélguenlo.

Trataba de llevarse la botella a los labios cuando se desplomó. Habría caído al suelo si Masters no le hubiese cogido.

Librodot

Conversación durante el desayuno

-Ayúdame, Potter -ordenó Masters, sin perder la serenidad-. Llevémosle al sofá. Será mejor llamar al mayordomo y hacerle... ¡no! Espera un momento. ¡Ea, cógelo de los pies!

Levantaron el cuerpo inerte y lo pusieron sobre el sofá. Al hacerlo, se deslizó hacia un lado la bata, y vieron que vestía pantalones de etiqueta y una camisa almidonada, sin cuello. Sus pies, tan pequeños como los de una mujer, calzaban zapatillas de cuero rojo. Masters le quitó el cigarro de los dedos y lo arrojó al fuego. Recogió la botella del suelo, la examinó y miró luego a los otros.

-¡Muy raro el individuo! -comentó-. Muy raro! ¿por qué será?... Un momento, mister Bennett, ¿adónde va usted?

-A tomar el desayuno -repuso Bennett-. Todo esto me ha aturdido...

-¡Vamos, vamos! Cálmese, muchacho. Espere un momento y le acompañaré. Tengo algo que decirle. Por ahora...

Bennett le miró con curiosidad. No comprendía la razón de que el inspector jefe del Departamento de Investigaciones Criminales estuviera tan ansioso de su compañía. Lo supo muy pronto.

-... la cuestión es ésta -continuó Masters, restregándose la barbilla-. ¿Está en lo cierto ese hombre? ¿Ocurrieron las cosas como afirma él? ¿Qué te parece a ti, Potter?

El inspector del condado se mordió los labios, buscó inspiración en su libreta de notas y, finalmente, profirió una maldición.

-Parece que así fuera, señor -gruñó-, en cierto modo. Sin embargo... -agitó la mano en que tenía el lápiz-. Eso es. No sé de qué se trata. Ignoro todo lo que se refiere a la obra y a su pago; pero la forma en que se hizo... Pues, ¿de qué otro modo podrían haberlo hecho? Eso es lo malo.

Masters dirigió la mirada hacia Bennett.

-¡Ah! Potter y yo estamos siempre dispuestos a escuchar sugerencias. ¿Qué piensa usted del asunto?

Bennett afirmó, con cierta violencia, que era una tontería.

-¿Porque mister Bohun es un amigo? ¡Tate, tate! No tome eso en cuenta. Es natural que piense así, pero tendremos que admitir que la amistad no tiene nada que ver con esto, ¿eh?

-Lo sé -admitió Bennett-, pero, ¿cree usted sinceramente que él podría haber hecho ese arreglo de las huellas? Si la primera parte de la explicación no fuera tan plausible, y si no aclarara varias cosas raras, no pensaría usted ni un momento en ello. No creo que él pueda haberlo hecho. Además -agregó Bennett, tontamente-, ese hombre está lo bastante ebrio como para decir cualquier cosa. ¿No oyó usted las tonterías que dijo?

-¡Oh, sí! ¿A qué tonterías se refiere usted?

-Pues, por ejemplo, eso que dijo de que la sobrina de Bohun trató de arrojar a Marcia Tait escaleras abajo...

Inmediatamente se dio cuenta de que había caído en una trampa. Masters dijo con afabilidad:

-Sí, realmente. Tendré que enterarme de todos los detalles de lo ocurrido. Hablé con mister Willard y con mister Bohun, y sin embargo ninguno de los dos mencionó ninguna tentativa de asesinato efectuada contra miss Tait. ¡Muy raro! Alguien trató de arrojarla escaleras abajo, ¿eh?

-Oiga usted, vamos a desayunar. No sé nada de eso; tendrá usted que interrogarles de nuevo. Además, no querrá usted informes de segunda mano, y... yo no soy un delator.

Masters estuvo examinando a Rainger, que descansaba en el sofá.

-¿Delator? Pues, no. Pero necesito informes, ¿comprende? Cualquier clase de informes, ¿eh, Potter? Esa sobrina de mister Bohun es joven y bonita, ¿eh? Y mister Rainger dijo también algo interesante respecto a que miss Tait estaba casada. Tendremos que investigar eso. Me gustaría saber cómo se ensució tanto mister Rainger. Mírenlo.

Apartó un poco el borde de la bata. Había manchas de un polvo negro en la pechera de la camisa, como si la suciedad se la hubiera echado encima; los hombros estaban más sucios y negros, y, cuando Masters le levantó un poco, vieron que la manga de la camisa se hallaba en las mismas condiciones. Cuando le hizo volver boca abajo, vieron que también tenía manchas negras en la parte de atrás de la camisa.

-Las manos recién lavadas. Mírenlas. ¡Hum! En fin, dejemos esto. También desearía saber qué quiso decir cuando afirmó tener una coartada. Creo que deberíamos llevarlo arriba; sin embargo, lo dejaremos aquí... Y bien, Potter, dijiste que habías sido cazador en tu juventud y que conocías todo lo referente a las huellas en la nieve. ¿Crees que mister Bohun pudo haber jugado esa treta?

Potter se movió algo inquieto.

-¡Ea! -exclamó, y levantó la vista-. Te diré una sola cosa. No quiero este caso. Tú dijiste que eras mi oficial superior, y así es. Pues bien, telefonearé oficialmente a la Yard para decirles que necesito ayuda. Me meteré muy poco en este enredo.

-Eso quiere decir que no crees que pudo haberlo hecho, ¿eh?

-No sé. Eso es lo que me tiene trastornado -repuso el inspector, mientras se ponía de pie y cerraba su libreta de notas-. Pero voy a examinar esas huellas. Podría ser que encontrara algo.

Masters afirmó tener algunas instrucciones para él, y le acompañó hasta la puerta, hablando en voz baja. Potter dejó escapar un gruñido de satisfacción, y se retiró algo más animado. El inspector jefe llamó entonces a Bennett y mencionó el desayuno.

El amplio comedor se hallaba en la parte trasera de la residencia, y sus ventanales daban a los prados, a la avenida de siemprevivas y al pabellón.

En la araña se veían algunos ramitos de acebo. Resultaba sorprendente ver la alegría que prestaba a la estancia el chisporroteante fuego de leños y las fuentes que descansaban sobre el aparador. Junto a la mesa, reclinado en su silla y con la vista fija en el cielo raso, se hallaba John Bohun. De sus labios pendía un cigarrillo y su rostro estaba tan pálido como el de un enfermo. Frente a él, muy ocupado con un plato de jamón y huevos, estaba sentado un hombrecillo muy bien vestido que se levantó apresuradamente al ver a los recién llegados.

Una expresión de aturdimiento brillaba en sus ojos mientras se limpiaba los labios con la servilleta. Su huesudo rostro estaba dominado por una ganchuda nariz. Sobre su cabeza se asentaba firmemente una escasa cabellera gris. Toda su expresión era confusa y se notaba en ella que era propenso a súbitos cambios de humor. Elegantemente vestido de negro, su aire era el del hombre que se pasea entre los anaqueles de una biblioteca nutrida. Al adelantarse, lo hizo cojeando ligeramente.

-Perdonen -dijo-. Ustedes son... ¡Qué estupidez la mía! Siempre me olvido. Usted debe de ser mi invitado, y usted el inspector de Policía -después de estrecharles la mano, los condujo hacia la mesa-. ¿Me... me presenté? Soy Maurice Bohun. Éste es mi hermano John. Ya lo conocen, ¿verdad? Claro que sí. ¡Dios santo, qué espantoso es lo que ha sucedido! Me enteré hace sólo una hora, ¿saben? Pero le he dicho a John que lo mejor que podía hacer para mantenerse bien y ayudar a la justicia era comer. ¿Tomarán el desayuno con nosotros? ¡Espléndido! ¡Thompson! Más... comestibles.

Cuando el mayordomo se apartó del aparador, Maurice Bohun tomó asiento. Bennett notó sólo entonces que cojeaba un poco y que tenía junto a su silla un bastón con gran empuñadura de oro. ¿Sería posible que ese nervioso hombrecillo fuera el autor de una comedia picaresca? Masters estudió a los dos hermanos, especialmente a John, que no había cambiado de posición desde que entraran ellos.

Librodot

-Tengo que advertirle, señor -anunció el inspector jefe- de que me invita usted a riesgo suyo. No estoy oficialmente vinculado al caso, pero el inspector Potter es pariente mío. De modo que no soy más que una especie de huésped suyo. Si no tiene usted inconveniente en sentarse a la mesa con un policía... ¿eh?... Eso mismo... ¡Ah! Sí, arenques. Muchas gracias.

John Bohun bajó la cabeza

-Oiga usted, inspector, puede omitir las frases corteses. ¿Ha descubierto algo desde que habló conmigo y con Willard?

-Me temo que mucho no, señor. A decir verdad, estuve hablando con un caballero llamado Rainger -repuso Masters, con la boca llena.

-Tu estimado amigo, Maurice -dijo John, volviéndose hacia su hermano-. El que piensa hacerte consejero técnico para sus películas...

Maurice dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato. Miró a su hermano y dijo:

-¿Y por qué no?

Su tono era tan firme que Bennett se volvió para mirarle. Luego, Maurice sonrió vagamente y continuó comiendo.

-Mucho me temo... -dijo Masters, y se interrumpió sonriendo-. Mister Rainger es un caballero muy interesante, y admiro su trabajo en el cine, pero me parece que esta mañana ha bebido más de la cuenta, ¿eh? Eso mismo. Hizo eso y lanzó acusaciones que tal vez no pueda confirmar.

-¿Acusaciones? -preguntó bruscamente John Bohun.

-¡Hum! De asesinato -Masters habló como si no diera importancia al asunto-. Para ser más explícito, le acusó a usted. Tonterías... ¡Ah, crema!

John se levantó de su silla.

-Me acusó a mí, ¿eh? ¿Qué es lo que dijo ese cerdo?

-¡Vamos, vamos, no se preocupe usted, señor -agregó volviéndose hacia Maurice, como si hubiera desechado el tema-, respecto a ese mister Rainger! Dice que ustedes dos estuvieron juntos la mayor parte de la noche, y, como ha bebido más de la cuenta, sentí curiosidad por saber qué otras... ¡hum!... alucinaciones pudo haber tenido.

Maurice apartó su plato y plegó cuidadosamente la servilleta. Luego cruzó las manos. Su enorme frente, tan desproporcionada con su frágil cuerpo, proyectaba sombras sobre su curiosos ojos grises de diminutas pupilas negras. Parecía algo confundido -¡ah!, sí -expresó-. Eh... ¿dónde estaba? Veamos, usted... desea que le demuestre que no cometí el asesinato, ¿verdad?

-¡Señor!

-Contestaba más al significado especial de su pregunta que a las palabras que empleó usted... No pareció demostrar por su actitud que hubiese nada raro en su proceder. ¿De modo que mister Rainger ha estado bebiendo? No apruebo el vicio porque el mundo tiene tendencia a usar el alcohol como droga contra el tedio. No es que desapruebe una droga contra el tedio; pero prefiero que ésta sea puramente intelectual. ¿Me comprende usted, señor...? Veo que no. Me refería al estudio del pasado.

Masters asintió lentamente, simulando profundo interés.

-Sí -dijo-. La lectura de la Historia. Instructiva. Me gusta mucho.

-No querrá usted decir eso, ¿verdad, señor? -observó Maurice Bohun. Una leve arruga apareció en su entrecejo-. Veamos. Sugiere usted que una vez leyó un capítulo escrito por Macaulay o Froude y se sintió muy complacido con su lectura y consigo mismo cuando descubrió que era un poco menos aburrido que lo que había temido. No se sintió inclinado a leer más; pero, al menos, sintió que su interés por la historia se había despertado para siempre... Pero yo me refería a algo más profundo: a lo que hoy día se llama vulgarmente «vivir en el pasado». Francamente, yo vivo en el pasado. Es el único modo de existencia con el cual hallo la fórmula para pasar días tediosos.

Su voz suave y agradable no alteró una sola vez su tono. Con el codo sobre la mesa y los

dedos sirviéndole de pantalla a los ojos, continuaba empleando la misma actitud afable del principio. Pero Bennett, que había estado comiendo con gran apetito, levantó la vista. Comenzaba a sentir el poder de la personalidad del frágil hombrecillo que dominaba la casa. No le agradó el hombre, pues experimentó ante él la sensación del escolar que se presenta a clase sin haber estudiado sus lecciones.

-Pues, señor -respondió Masters, imperturbable como siempre-, parece ser un modo de vida bastante bueno. Me imagino que la muerte de la jovencita no le habrá molestado mucho, ¿eh?

-No -repuso Maurice Bohun con una sonrisa-. Habrá otras como ella. Así ha ocurrido siempre. En... ¿decíamos?...

-Hablábamos de mister Rainger.

-¡Ah, sí! es verdad. Me olvidaba, como siempre. ¿De modo que mister Rainger está ebrio? Sí, me imagino que tal cosa puede aceptarse en esa forma. Me resultó interesante y divertido, especialmente en sus afirmaciones de que es un estudioso. Por razones propias, le seguí la corriente... John, ¿quieres dejar de golpear con los dedos sobre la mesa? Gracias.

-Masters -exclamó John Bohun, con cierta violencia-. Quiero saber qué dijo ese cerdo. ¡Tengo derecho a saberlo!

Dio la vuelta a la mesa.

Maurice intervino, en tono muy afligido:

-¡Vamos, vamos, John, serénate! No es posible que no te hayas dado cuenta de que mister Masters trata de hacerte perder la cabeza. Si es así -explicó suavemente- no debes esperar que te lo diga. Sé razonable, muchacho. El inspector tiene que cumplir con su deber.

La antipatía de Bennett hacia Maurice Bohun se acrecentaba a cada palabra que pronunciaba éste. El joven sintió compasión de Katherine. Notó también que Masters reaccionaba como él. El inspector jefe, cuyo rostro reflejaba la ira contenida, plegó su servilleta y dijo algo sorprendente.

-¿No se cansa usted nunca de hacer el papel de Dios, señor?

Un breve instante se dibujó en el rostro de Maurice su habitual expresión atontada, como si estuviera a punto de protestar. Luego, Bennett vio que el hombrecillo se dejaba dominar por el placer.

-Nunca -repuso-. Es usted más listo de lo que pensé, mister Masters... ¿Podría sugerirle algo? Ahora que ha quitado usted el botón al florete, ¿no sería mejor que formulara sus preguntas al estilo de Scotland Yard? Haré lo posible para contestarle satisfactoriamente -pareció algo ansioso-. ¿No podría convencerle de que me explique usted su problema? Se lo agradecería mucho. Tengo gran interés en la criminología. Es muy posible que pudiera ayudarle.

Masters se mostró muy afable.

-No es mala idea, señor. ¿Sabe usted en qué situación estamos?

-Ah... sí. Mi hermano me ha explicado algo.

-Media pulgada de nieve virgen alrededor de ese pabellón -manifestó Masters-, y ni una sola marca o huella por ninguna parte, con excepción de las de su hermano... inocentes, por supuesto.

-Por supuesto. Desearía que no te pasearas por todas partes, John -dijo Maurice-. Creo que yo puedo cuidar de ti -agregó con una sonrisa

-Me parece que sí -manifestó Masters, sañudamente-. ¿Pero puede usted explicarnos cómo fue cometido ese asesinato?

Maurice se tocó el puente de la nariz, como si buscara sus anteojos, y su sonrisa parecía pedir excusas.

-Pues... pues, sí, inspector -aventuró-. Es muy posible que pueda hacerlo.

-¡Infiernos! -gritó Masters, repentinamente dominado por la ira. Se levantó de la mesa, contemplando al hombre más raro que viera en su vida, mientras Maurice dejaba escapar un gruñido de satisfacción. El inspector tragó saliva y volvió a sentarse-. Muy bien, señor. Todo

Librodot

el mundo parece conocer la explicación del misterio menos la Policía. ¡Muy estimulante! Le digo francamente que compadecería al viejo Charley Potter si hubiera tenido que caer entre ustedes sin ayuda... Y no quiero que me digan que salieron volando del pabellón ni que saltaron o se colgaron de los árboles. No hay ni siquiera un arbusto en cien pies a la redonda, y ninguna marca en la nieve. Tampoco había allí nadie escondido cuando lo registramos todo. Pero es un lugar muy raro. Mister Bohun... ¿Por qué lo tiene amueblado y decorado de esa manera?

-Por capricho. Ya le dije que vivía en el pasado. A menudo paso allí las noches -durante un momento su rostro se animó. La mano que daba sombra a sus ojos se abrió y cerró varias veces-. Temo que no entendería usted. Me produce el mismo placer hablar con usted que con un sordo. Mister Masters, he hecho algo extraordinario; he creado mis propios fantasmas -rió suavemente-. ¿Me permite que le ofrezca más arenques? Thompson, más arenques para el inspector.

-¿Estaba usted muy interesado en miss Tait? -inquirió bruscamente Masters.

Maurice se mostró algo molesto.

-A su pregunta: «¿Estaba usted enamorado de miss Tait?», debo responder que no. Al menos, no lo creo. La admiraba como una especie de reencarnación accidental.

-Sin embargo, escribió usted una. obra para ella, ¿no?

De modo que está usted enterado de mi modesto esfuerzo, ¿eh? -murmuró el otro, frunciendo el ceño-. No. La escribí para mi propia diversión. Estaba hastiado de que me llamaran doctor Dryasdust[1]... -juntó las manos-. En mis años mozos forjé ilusiones y tenía la creencia de que el verdadero valor del estudio histórico residía en su significación económica y política, pero, ahora, estoy lo bastante entrado en años como para darme cuenta de que el único don que ningún historiador ha poseído es el conocimiento del carácter humano. Mucho me temo que ahora sea un viejo sátiro. Me figuro que ya le habrán informado de mis seniles atenciones con miss Tait, ¿eh? Su expresión indica que así es. Pero es verdad sólo en parte. En miss Tait admiraba los encantos de todas las cortesanas muertas con quienes me hubiera gustado tener intrigas amorosas.

Masters se pasó la mano por la frente.

-¡Haga el favor de no confundirme!... ¿Incitó usted a miss Tait para que durmiera en el pabellón?

Sí.

El cual -prosiguió Masters, lentamente- había hecho usted reparar y restaurar, así como el que en otra época usaba el rey para visitar en secreto a sus favoritas...

Claro, claro -le interrumpió Maurice, apresuradamente y como si estuviera enfadado consigo mismo por haber olvidado algo-. Debí haber comprendido. ¿Pensaba usted en un pasaje secreto que explicara la falta de huellas en la nieve? Puedo asegurarle que no existe tal cosa.

Masters le observaba atentamente.

-Podríamos hacerlo pedazos, señor -manifestó-. Podríamos arrancar los paneles, lo cual no le agradaría...

-No se atrevería usted a hacer tal cosa -dijo Maurice elevando la voz.

-O levantar los pisos. Si son del mármol original, estoy seguro de que no le gustaría a usted; pero, para asegurarnos...

Al levantarse Maurice de su silla, su frágil muñeca hizo caer el bastón que estaba apoyado en el respaldo y su pesada empuñadura de oro golpeó estrepitosamente el suelo. El ruido pareció tener su eco en la voz de Masters.

-Ahora bien, señor, dejemos los disimulos y las evasivas. Hablemos de hombre a hombre y responda usted a mis preguntas. ¿Me oye usted? -golpeó la mesa con el puño-. No

[1] Seco como el polvo. *(N. del T)*

me costaría gran trabajo conseguir del juez una orden para hacer pedazos su querido pabellón. ¡Y le aseguro que dentro de poco estaré lo bastante furioso como para hacerlo! Muy bien, ¿me prestará usted su ayuda en este asunto, o no?

-¡Pero... pero... ya se la había prometido!

Durante la prolongada pausa que siguió, John Bohun regresó desde la ventana por la cual había estado mirando hacia afuera. El rostro de John Bohun (cuando tanto él como su hermano estaban asustados) tenía una curiosa semejanza con el de Maurice. Era como si Masters los hubiera acorralado, como el esgrimista que oculta su habilidad bajo una capa de torpeza.

-Su subordinado -dijo John, señalando hacia la ventana-. Está allí en el prado... está examinando... ¿Qué está haciendo?

-Está tomando la medida de sus huellas en la nieve, señor. Eso no le preocupa, ¿verdad? ¿No quieren sentarse, caballeros?... ¡Eso mismo; así es mejor!

No era mejor. El rostro de John se había vuelto pálido.

-Anoche se realizó una tentativa contra la vida de miss Tait, antes de que le aplastaran la cabeza -expresó Masters, volviéndose hacia Maurice-. Alguien trató de arrojarla escaleras abajo. ¿Quién fue?

-No lo sé.

-¿Fue su sobrina?

Maurice comenzó a sonreír nuevamente.

-Diría que no, amigo mío. Si hubiera algún culpable diría que fue la honorable Louise Carewe, la hija de mi viejo amigo lord Canifest... Sin embargo, si mira usted hacia atrás, verá usted a mi sobrina. Tiene usted mi autorización para interrogarla.

Coartadas casuales

Bennett empujó la silla hacia atrás y se volvió. La joven había entrado silenciosamente y se hallaba no muy lejos de la mesa. Bennett se dispuso a ofrecerle una silla antes de que el imperturbable Thompson se moviera, pero ella movió la cabeza.

-¿Me acusa alguien de haber tratado de matar a Marcia? -preguntó-. Y esa observación acerca de Louise... -miró con curiosidad a Maurice, como si nunca lo hubiera visto antes-. ¿No te parece que has hecho mal al decir tal cosa?

Se había puesto el mejor vestido de su guardarropa, como en un gesto de desafío. La prenda era de color gris. Momentáneamente parecía haber desaparecido su nerviosismo, aunque retorcía un pañuelo entre las manos.

La luz del fuego iluminaba un lado de su cara, y Bennett la vio claramente por primera vez. Era más madura de lo que pensó, y en su rostro se reflejaba una expresión decidida. Una bufanda de gasa ocultaba las magulladuras de su cuello.

-Eh... ¿Hablaste, Kate? -inquirió Maurice. No la miraba y se mostró algo sorprendido-. No es posible que hayas olvidado que no tengo por costumbre discutir mis observaciones con nadie, ¿verdad?

La joven temblaba y se mordía los labios. Estaba dominada, y lo comprendió así al continuar Maurice.

-¡Vaya! ¡Qué tonto soy! Según veo, se trata de otro motín. Estabas por decir «vete al diablo», ¿no es verdad?

El insufrible placer de estar en lo cierto hizo que Maurice la contemplara con satisfacción. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

-¡No haré el papel de tonta! -exclamó-. No permitiré que me lo hagas hacer... ¡John! John! ¿Qué te pasa?

Todos se volvieron para mirar al aludido. John Bohun manifestó:

-Nada, Kate. No me siento bien, eso es todo -levantó la cabeza y se apoyó sobre la mesa. Parecía realmente enfermo y tenía la frente cubierta de sudor-. Ven aquí, Kate. No te he visto desde que... desde que regresé -extendió la mano tratando de sonreír-. ¿Cómo estás, querida? Te encuentro muy bien. Pareces diferente. Tengo un regalo para ti, pero todavía no he abierto mis maletas.

-¿Pero qué pasa?

Ella corrió hacia él. John le cogió la barbilla y le levantó la cabeza para estudiar mejor su rostro. A pesar de su agitación, le sonrió, pensando sólo en ella. Bennett tuvo la curiosa impresión de que veía al verdadero John Bohun por primera vez.

-No pasa nada, tontita. No dejes que te asusten. A mí me tienen en mala situación.... aunque pruebe cualquier circunstancia, estaré perdido. Parece que la horca me espera.

Masters se adelantó un paso, y John levantó la mano.

-Calma, inspector. No he admitido nada. Supongo que no hay razón para hablar o no del asunto; pero... tal vez más tarde. Ahora voy a acostarme un rato. No trate de detenerme. Usted mismo dijo que aún no tenía autoridad oficial en este caso.

Era tan intensa su emoción que nadie habló. Pareció darse cuenta de que (por primera vez en su vida) dominaba a un grupo de personas. Se encaminó rápidamente hacia la puerta, pero aminoró el paso al acercarse a ella. Se volvió y miró a todos un momento.

-Bueno, adiós -dijo, y cerró.

Sobrevino un instante de silencio. Bennett contempló el rostro plácido y satisfecho de Maurice, y tuvo que dominar el impulso de echársele encima y hacerle pedazos. Se contuvo con un esfuerzo y miró a Katherine. Luego se ocupó de encender un cigarrillo, y notó que le temblaban las manos.

-Pero, ¿qué le pasa? -exclamó la joven-. Algo tiene...

Bennett se le acercó, la tomó de los hombros y la hizo sentar. Le pareció que ella le apretaba la mano, aunque no pudo estar seguro de ello. Masters se había vuelto de nuevo.

-Tengo que formular varias preguntas acerca de lo que hizo mister Bohun anoche y esta mañana -dijo el inspector-. Pero creo que será necesario poner todo en orden... Perdone, ¿es usted miss Bohun? Eso mismo. Ahora bien, para comenzar...

La joven se puso a servir café. Ni una sola vez miró a Maurice.

-Permítame usted decirlo -manifestó-. Esa idea de que Louise..., es tan idiota y desprovista de sentido como la persona que la expresó.

La joven vaciló, como si hubiera dicho más de lo que pensaba. Maurice dejó escapar un resoplido. La joven miró a Bennett, sonrojándose.

-¿Quiere un poco de café? -preguntó.

Masters la miró con expresión aprobadora. En voz alta dijo:

-Debo advertirle, miss Bohun, que la misma acusación se hizo contra usted. ¿No me oyó decirlo?

-¿Eso? ¡Oh, eso también es una tontería! ¿Por qué habría de hacerlo?... ¿Quién me acusó? ¿No sería...?

Maurice había estado protestando por lo bajo. De nuevo se tocó el puente de la nariz; luego extendió la mano y tocó suavemente la de Katherine, como si quisiera tranquilizarla.

-Claro que no, querida. ¿Cómo puedes haber pensado tal cosa? Querida... ten cuidado. Volcarás el café sobre mi mano. ¿Harías el favor de no entrechocar tanto las tazas? Gracias... -se dibujó en sus labios una sonrisa condescendiente-. Debo insistir en que no interprete usted mal lo que digo, mister Masters. No he hecho ninguna acusación. Veamos. ¿Qué decía? ¡Ah, sí! Ya que ninguno de los presentes podría haber hecho lo que usted sugiere, se me ocurrió que, en vista de las vehementes y no del todo injustificadas objeciones al posible casamiento de su padre con miss Tait, la joven tenía motivos más poderosos para detestarla que los otros.

Librodot

Naturalmente, es posible que me equivoque.

-Veamos qué ocurrió -dijo Masters rápidamente-. Usted, miss Bohun, ¿tendría inconveniente en relatar lo sucedido?

-En absoluto... si me dice usted quién me acusó de haberla empujado.

-Mister Rainger. ¿Eh? ¿Le sorprende, miss Bohun? La joven rompió a reír histéricamente.

-¡Ese pequeñajo..., uf! ¿De veras dijo eso? ¡Oh!, no me extraña. Él fue quien me ofreció hacerme estrella de la pantalla. Sí, ahora comprendo.

-¿Qué?

-Nuestra pequeña Kate tiene ideas muy morales -observó Maurice, vagamente-. A veces...

Ella mantuvo la vista fija en Masters. Con su ira se mezclaba cierto atrevido regocijo.

-¡Al diablo con las ideas morales! -exclamó-. Era el hombre, eso es todo. No podría soportar que me tocara... Escuchen y les contaré lo ocurrido, pues forma parte del incidente de la escalera. Durante la cena de anoche fue cuando se sugirió que mi tío nos llevara a recorrer la casa a la luz de una vela. Pues, bien, durante la comida, Rainger no hizo más que mirarme. No dijo nada, pero primeramente miraba a Marcia y luego me contemplaba a mí durante largo rato, y apenas si contestaba cuando alguien le dirigía la palabra. Mas cuando Marcia sugirió que recorriéramos la casa en la penumbra, afirmó que era una idea espléndida. Estaba sentado... -sus ojos se dirigieron hacia Bennett, y se reflejó en ellos una expresión de sobresalto- aquí o allí, no lo recuerdo. En fin, ¿qué decía? ¡Ah, sí! Marcia no quiso que los hombres se quedaran sentados a la mesa; cuando nos levantamos y nos dirigimos hacia la biblioteca, él se acercó y me cogió del brazo.

La joven se echó nuevamente a reír y tuvo que llevarse el pañuelo a los ojos. Cuando se hubo calmado un poco, prosiguió:

Al principio me resultó muy cómica la situación, pues, en ese momento, no comprendí qué quería ese pillo. No hacía más que murmurar disimuladamente: «¿Qué me dices, nena?». Al cabo de un rato me di cuenta de lo que quería decir, pero le respondí: «¿A qué se refiere usted?», y me contestó: «¡Vamos, vamos; las chicas de los Estados Unidos lo comprenden muy bien!». A lo cual repuse: «Sí, aquí también lo entienden; pero debe usted obrar de manera muy diferente si quiere conseguir algo en Inglaterra».

-¡Dios mío! -exclamó Maurice Bohun.

-¡Espléndido! -aprobó Bennett involuntariamente. Maurice se inclinó hacia adelante.

-Me parece muy extraordinaria tu declaración -manifestó, serenamente-, como así también tu lenguaje. Tendré que tomar medidas para que la manera de expresarte, ya sea conmigo o con nuestros invitados...

-¡Oh, vete al diablo! -exclamó ella, sin poder contenerse ya-. ¡Diré lo que me plazca!

-No -repuso Maurice tras una pausa, y sonriendo suavemente-. Creo que vas a irte a tu cuarto.

-Ahora hablaré yo, mister Bohun -intervino Masters, tan imperturbable como siempre-. No deseo inmiscuirme en... sus asuntos domésticos, ¿eh? Pero ya me estoy cansando de todo esto. No se trata de un asunto privado, sino de un caso de asesinato, y cuando llega el momento de dar órdenes a los testigos... ¡Ah! Quédese donde está, miss Bohun. Prosiga usted. ¿Qué decía?

Maurice se puso en pie.

-Entonces quizá no tenga usted inconveniente -dijo en tono agudo-, en que mi sobrina me dé permiso para retirarme a mi habitación.

-Dentro de poco tendré que hablar con usted, señor -repuso amablemente Masters-, pero si su sobrina no tiene inconveniente... Eso mismo. Gracias.

Maurice hizo una seña a Thompson, quien rápidamente recogió el bastón del suelo. Bohun estaba muy pálido y le dominaba la ira, aunque sonreía.

Librodot

-Confieso -manifestó- que ignoraba que los representantes de la ley tuviesen la costumbre de incitar a las jóvenes a hablar como... mujerzuelas. Naturalmente, no dejaré pasar esto por alto. Siempre he tenido por costumbre exigir obediencia implícita en esta casa a fin de estar siempre cómodo, y sería tonto si dejara sin castigo la menor rebelión, ¿no le parece? -sonrió de nuevo-. Lamentarás profundamente haber olvidado mis ideas, Kate.

Se inclinó levemente y la satisfacción de sí mismo volvió a brillar en su rostro cuando se retiró.

Bennett extendió la mano y, sonriendo, estrechó la de la joven.

-¡Vamos, vamos! -protestó Masters, mientras se restregaba la barbilla-. Nada de eso, por favor. Soy un funcionario de la Policía y tengo que cumplir con mi deber. Yo... -trató de mantenerse serio, pero una sonrisa se dibujó en sus labios. Mirando por encima del hombro, agregó en voz baja-: ¡Cielos, qué buena tunda le dio al viejo, miss Bohun! ¡Hum! ¡Ajá! Eso está bien.

-¡Magnífico, inspector! -le felicitó Bennett afablemente-. Si estuviéramos en Maypole, los dos bailaríamos a su alrededor.

Masters observó que no estaban en Maypole. La idea le pareció algo molesta, y sugirió que Katherine continuara con su relato.

-No hay mucho que contar, en realidad -expresó ella, algo nerviosa-. Me refiero a lo ocurrido con Rainger. Dijo que me haría trabajar en la pantalla, y pareció pensar que eso era todo lo que podía desear cualquier mujer. Luego bajó la mano y... -se movió inquieta-. Estaba muy oscuro; pero los otros estaban cerca, y lo único que pude hacer, sin que me notaran, fue darle un buen pisotón. No me dedicó más atenciones, pues me apresuré a adelantarme y me cogí del brazo de Jervis

Willard. Rainger no dijo nada más, y comenzó a hablar con Louise. Pero no creí que sería tan embustero como para afirmar que...

Describió entonces el incidente ocurrido en la escalera secreta del cuarto de Carlos II, el cual estaba de acuerdo con el relato que ya oyera Bennett de labios de Willard.

-... porque no creo que el empujón fuera realmente intencionado. Marcia afirmó que no lo era, y ella tendría que saberlo, ¿verdad?

-¡Hum! Posiblemente. Eran seis las personas que se hallaban en lo alto de la escalera, ¿verdad? Usted, miss Tait, miss Carewe, y los tres hombres, ¿eh? Eso mismo. ¿En qué posición se encontraban ustedes? ¿Quién se hallaba detrás de ella?

-Yo. Pero no sé nada respecto a los otros; es un lugar reducido y todos nos apretujábamos. Además sólo teníamos la luz de una vela.

-¡Ah, la vela! ¿Por qué se apagó?

-Por la corriente de aire que se establece cuando se abre la puerta del dormitorio.

-¡Ajá!. ¿Y después?

-Después... no pasó nada. El recorrido se interrumpió. Todos se miraban extrañados y con desconfianza, pero nadie dijo nada. Eso fue poco después de las once. Marcia era la única que estaba alegre. Mi tío nos envió a Louise y a mí a la cama. El resto bajó; sé que salieron después hacia el pabellón, ya que la ventana de mi dormitorio estaba abierta y los oí.

-¿Y ninguno de ustedes -dijo Masters, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra- vio nada raro en todo eso?

-¡No! ¿Por qué habríamos de ver algo raro? Marcia dijo.... no se cómo expresarlo; ella nos dominaba a todos. Era tan atractiva que su mirada nos empequeñecía. Conmigo se portaba muy amablemente -la joven bajó los ojos, mientras reflexionaba un instante-. Creo que oyó lo que me dijo Rainger.

-¿Sí?

-Sí, porque se volvió. Luego dejó caer una capa de brocado que llevaba y él se apresuró a recogerla; lo miró de manera muy rara y le dijo algo.

-¿Pareció enfadarse por lo que él había dicho?

Librodot

-Pues, sí, creo que sí -replicó Katherine, candorosamente-. Por lo general, se molestaba cuando brindaban atenciones a las otras. Él le preguntó: «¿Lo dices en serio?».

-No sé... -comentó Masters, en tono incrédulo, pero se interrumpió, haciendo una mueca-. ¿No ocurrió nada más que recuerde usted? Haga el favor de pensar.

Ella se pasó el dorso de la mano por la frente.

-No. Nada. Lo único que recuerdo fue que bajé para abrir la entrada del pórtico, a fin de que tío John la encontrara libre cuando llegase... Pero eso fue después de que ocurrió el... accidente. Cuando llega tarde, siempre usa esa puerta, pues da al pórtico lateral y no necesita cruzar toda la casa.

La joven tomó de nuevo la taza y bebió un sorbo de café caliente.

-Todo salió mal -continuó-. Anoche pensaba recibir a John, por tarde que fuera, y sin embargo no lo hice. A la una y media cuando oí a *Tempest* ladrar tanto, creí que llegaba John, pero no fue así. Me levanté y me dirigí a su cuarto, bajando por la escalera secreta para recibirlo..., pero nadie se acercó a la casa.

Aunque Masters no cambió de expresión, sus manos se aferraron con fuerza al borde de la mesa. La sombra proyectada por las nubes que pasaban oscureció momentáneamente la habitación.

-¡Ajá! -dijo Masters, después de una breve pausa-. ¿Está usted completamente segura de que no llegó a esa hora? Tenga cuidado, puede resultar muy importante lo que diga.

-¡Claro que estoy segura! Bajé y me asomé para mirar al camino... ¿Qué pasa? ¿Por qué me mira así?

-¡Ah! No es nada, miss Kate, nada; es que alguien nos dijo que él regresó a la una y media. ¿No es probable que fuera directamente hacia el garaje y que usted no le viera?

-No; claro que no. Tendría que haberle visto. Además, esta mañana su coche estaba en el camino. Me pareció raro entonces, pues la luz de su dormitorio estaba encendida; pero él no se encontraba allí... No es nada contra él, ¿verdad? No he dicho nada indebido, ¿eh? ¿Dígame?

-Al contrario. No se inquiete usted. Pero, no sabe a qué hora llegó su tío John, ¿no es cierto?

-No. Me quedé dormida. Además... -la joven titubeó.

-¡Prosiga!

-Pues bien, cuando regresaba de su dormitorio, después de comprobar que no había venido, iba por la galería y vi a Rainger que subía por la escalera...

-Bien -dijo Masters, frunciendo los labios-. Ese caballero es un hombre muy raro. No tengo inconveniente en informarle de lo que nos dijo. Afirmó que después de haber acompañado a miss Tait al pabellón, poco después de las doce, él y mister Maurice Bohun regresaron a la biblioteca. Afirmó que estuvieron allí hablando de libros y otros temas durante dos horas por lo menos. Declaró que había oído ladrar al perro a la una y media y que ambos lo atribuyeron al regreso de mister John Bohun. Eso quiere decir que estuvieron en la biblioteca hasta poco después de las dos. Muy bien. Ahora usted nos dice que fue al dormitorio de su tío a la una y media y que, mientras regresaba de allí, no mucho después...

-Unos minutos. ¡Es la verdad!

-Unos pocos minutos después vio usted que mister Rainger subía. ¿Hacia dónde iba?

-Hacia su cuarto. Le vi entrar. Es más, apresuré el paso en dirección a mi dormitorio, pues estaba ligera de ropas y creí que él podría...

-Eso mismo. ¿Y qué más?

-No me molestó. Sólo me dijo: «Puede usted olvidar lo que le dije esta noche», en tono bastante desagradable. Agregó: «Tengo algo mejor entre manos», y cerró la puerta de su dormitorio -la joven se alisó el cabello hacia atrás con un ademán de impaciencia-. Pero eso es otra cosa. ¿Qué piensa usted de John? Masters lanzó un profundo suspiro.

-No necesita usted sorprenderse si le digo que entre las cosas que declaró mister Rainger

Librodot

había una acusación de asesinato. ¡Vamos, vamos! Cálmese, señorita. La acusación de Rainger, basada en la caída de la nieve, depende de que mister John haya llegado aquí media hora antes que la nieve dejara de caer... Si supiéramos con seguridad a qué hora regresó...

Una de las fuentes golpeó estrepitosamente sobre el aparador. Alguien dejó escapar una tosecilla.

-Perdone, usted, señor -intervino la voz de Thompson-. ¿Me permite hablar?

En su rostro se reflejaba la preocupación, pero parecía muy decidido. No se mostraba ya tan hostil como antes con Masters.

-Sé que no debería estar aquí -continuó-. Oigo de todo, pero estoy desde hace mucho tiempo en esta casa y me lo permiten. Puedo decirle exactamente a qué hora llegó mister John anoche. Mi esposa también estaba despierta, y ella podrá corroborar mi afirmación.

-¿Sí?

-Llegó poco después de las tres de la mañana señor, a la hora que él mismo dijo. *Tempest* ladraba por otro motivo.

De cómo un muerto habló por teléfono

-Desearía que me lo hubiera usted preguntado antes -prosiguió Thompson-. Puedo jurar que así es. Nuestra habitación está en aquel lado de la casa, aunque más arriba, debajo de los aleros. Oí llegar el coche cinco o diez minutos después de las tres. Pensaba bajar para ayudarle a llevar sus maletas y ver si necesitaba algo; pero mi esposa me dijo que sólo conseguiría empeorar esto -se tocó la mejilla hinchada-. Pensé que si necesitaba algo me llamaría. Cuando mister Maurice dijo que podía acostarme, ya había encendido yo la luz del cuarto de mister John y había dejado emparedados y whisky para cuando él llegase. Pero luego, a la una y media, mister Maurice me llamó para ordenarme que telefoneara a los establos e hiciera encerrar a *Tempest*...

-¿No podía telefonear él mismo? -inquirió secamente Masters.

-No, señor -Thompson parpadeó-. Mister Maurice no procede así. Pero yo pensé que ya había hecho más de lo necesario.

-Pero si jura usted que el otro no llegó a la una y media... Lo jura usted, ¿eh? ¡Bueno! -exclamó Masters, inclinándose hacia adelante-. ¿Por qué ladraba el perro a esa hora? ¿Eh?

-No es asunto de mi incumbencia, señor -repuso el mayordomo-, mas al fin y al cabo, si acusan a mister John, ya es otra cosa... *Tempest* ladraba porque alguien salió de la casa y se dirigió hacia el pabellón. Eso es lo que le dirá mi esposa. Ella lo vio.

Bennett había notado que cuando el inspector se sentía confuso por algo, miraba a su alrededor y decía suavemente: «¡Vamos, vamos!» a todos los que le rodeaban, aunque nadie hubiese hablado. Masters se levantó de su silla, cumplió con su acostumbrado procedimiento, lanzando una mirada a Katherine, y se acercó al mayordomo.

-Usted no nos dijo eso antes -manifestó, lentamente.

-Lo siento, señor. Nunca me ha gustado perjudicar a nadie. Además, ahora sé que no pudo haber sido...

Thompson se puso tan nervioso que perdió su calma acostumbrada, hizo frente a Masters con expresión decidida. Prosiguió hablando tan rápidamente que no se notó *casi* vacilación alguna entre las dos partes de la frase: «Sé que no pudo haber sido. ¿Quiere usted oír mi relato, señor?».

-¿No pudo haber sido quién?

-Mister John.

-¿Está usted seguro de que eso es lo que quiso decir? -preguntó Masters, lentamente.

-Sí, señor. ¿Quisiera usted saber cómo fue? Cuando *Tempest* comenzó a ladrar, tanto mi esposa como yo pensamos que debía de ser mister John que regresaba, sobre todo cuando me llamaron desde la biblioteca. Me apresuré a vestirme y... uno debe estar completamente vestido y responder antes de dos minutos, según las órdenes de mister Maurice -durante un momento desapareció la imperturbabilidad profesional del mayordomo y asomó a su rostro una expresión de infinito cansancio, que se borró casi enseguida-. Mi esposa, que es la cocinera, se asomó a la ventanita; pero como allí debajo está el techo del garaje, no pudo ver nada. Sin embargo, notó otra cosa. Naturalmente, estaba oscuro y nevaba, pero había algunas ventanas iluminadas en la parte trasera de la casa y vio a alguien que corría hacia el pabellón. Eso es todo, señor.

-Sí, sí, comprendo. ¿Quién era?

-¿Cómo podría decirlo, señor? ¡Ella no le vio la cara! Ni siquiera podría afirmar...

-Si era hombre o mujer -finalizó Masters, secamente-. Eso mismo, bien, bien. Vaya a buscar a su esposa y dígale que venga.

Thompson se volvió con un movimiento brusco.

-juro que lo hice por el bien de todos, miss Kate! ¡Lo hubieran descubierto! Y no podía permitir que creyeran que era mister John o... -se interrumpió crispando los puños.

-Sí, comprendo -dijo Masters-. Está muy bien. Vaya usted.

Al cerrarse la puerta tras el mayordomo, el inspector se volvió hacia Katherine con gran amabilidad.

-¿Quiere usted apostar, miss Bohun, a que iba a decir «Mister John o usted»? ¿Eh? Me parece que mistress Thompson cree que fue una mujer. El viejo oyó bastante y es muy astuto. Sólo habló cuando estuvo seguro de que no podía ser usted. En efecto, usted se encontró con mister Rainger en el vestíbulo de arriba a la misma hora en que esa persona corría hacia el pabellón, y Thompson no cree que sea usted tan tonta como para inventar una cosa así, ¿eh?

Ella se reclinó en la silla. Su amplio pecho estaba agitado. Bennett se dio cuenta de que su pálido rostro y sus luminosos ojos castaños se parecían a los de los antiguos retratos del comedor, lo cual la hacía semejarse un tanto a Marcia Tait. Comprendió que estaba enamorado, no de un fantasma, sino de Katherine Bohun.

-¿Cómo sabe usted que no inventé esa coartada? -preguntó súbitamente la joven-. Si Rainger dijo que ya una vez traté de matar a Marcia, no es posible que ahora corrobore lo que he dicho. Él no sabe cuándo vio mistress Thompson a alguien en el prado, ni que ella vio en efecto, a alguien. El perro estuvo ladrando largo tiempo. Esa persona podía haber salido de la casa inmediatamente después de que yo hablara con Rainger... ¡Oh, ya sé lo que piensa usted, y es absurdo! ¿No se da cuenta? La persona en quien usted piensa no sería capaz de matar a una mos...

-No hay nada mejor que la amistad -declaró sentenciosamente Masters-. Perdone usted, señorita... ¿Cómo se causó esos magullones en el cuello?

Las manos de la joven saltaron hacia su garganta. Tras una pausa repuso:

-Louise estaba histérica. Había recibido un susto...

-Eso mismo. Es decir, por lo que comunicaron al doctor Wynne, y por unas palabras pronunciadas por mister Willard, sólo podemos estar seguros de que se hallaba tendida sin sentido cerca de su puerta y con una mancha de sangre en una muñeca... ¿A qué hora la encontraron?

-No... no sé qué decirle -la joven titubeó, estudiándolo atentamente, y, al fin, agregó, con terrible franqueza-: Le mentiría decididamente si supiera a qué hora mataron a Marcia. Pero no lo sé; de manera que le diré la verdad. Fue entre las tres y media y las cuatro... Dígame sinceramente, no creerá usted que...

Librodot

Masters rió entre dientes.

-¡Vamos, vamos! Tendrá usted que perdonarme si no acuso a una joven de asesinato antes de haberla visto. Le mentiría completamente, pero necesito tener más pruebas. El asunto parece muy raro -se golpeó la palma de la mano con el puño-. Pero, por otra parte, hay una acusación muy bien ideada contra su tío John. ¡Cielos, qué bien estuvo! Y es lo único que explicaría esta situación imposible. Pero enseguida se presentan testigos que la desbaratan por completo. El hecho de que no haya llegado aquí hasta las tres de la mañana no indica que no sea culpable, pero sí que es tan inocente como los demás. Tal vez un poco mas. Por cierto, qué más, si esas huellas suyas resultan ser reales y sin trucos de ninguna especie; entonces seguiríamos teniendo entre manos la situación imposible, y lo que me molesta aún más que eso es... ¿Sí?

Giró sobre sus talones. El inspector Potter, respirando jadeante, penetró en el comedor. Al ver a los demás reunidos, se detuvo en el momento en que iba a hablar, pero Masters le indicó que dijera de qué se trataba.

-No deberían haber tardado tanto -dijo Potter-; pero ya llegó el cirujano policiaco y el coche para llevarse el cadáver... ¡Ah!, y el experto en huellas dactilares y el fotógrafo. He telefoneado al alguacil mayor para que hable con Scotland Yard, y ya puedes hacerte tú cargo de todo. Pero el resto no es tan bueno. No da resultado. Esas huellas...

Masters lanzó un profundo suspiro.

-¿Son auténticas? -preguntó.

-No pudo haber sido como lo afirmó ese mister Rainger. ¡Eso es todo!

El inspector Potter se quitó la gorra y se enjugó la calva con un enorme pañuelo de algodón.

-El experto en huellas dactilares, que ha hecho un estudio de ello -prosiguió-, afirma que si hubiera tratado de tapar las huellas anteriores con otras nuevas, habría apretado la nieve por el lado de adentro, dejando así un reborde que se vería enseguida. Dijo otra serie de cosas que no recuerdo, pero sé perfectamente qué significan. Las huellas son grandes: de botas número cuarenta y tres, claramente delineadas, bien marcadas en el interior, excepto en la parte donde la nieve se adhiere a la parte delantera del tacón. El perito dice que son perfectas. En fin -resumió el inspector-, afirma que no hubo treta alguna con las huellas. Y eso es todo. Mister Bohun queda borrado de la lista. Ahora puede tomar las cosas con calma... ¡Cielos! ¿Qué fue eso?

Bennett se incorporó rápidamente de su silla; su corazón comenzó a latir con violencia y el temor le hizo sudar copiosamente. En el amplio comedor había resonado el eco de un ruido seco que hizo vibrar los cristales de las vitrinas. La onda sonora pareció recorrer las hileras de los retratos y temblar en los ramillos de acebo que los adoraban. Instintivamente se dieron cuenta de que el ruido significaba muerte. La explosión había sido ahogada por algo más que los viejos maderos de White Priory. Parecía como si una pistola de grueso calibre hubiera sido apoyada contra algo blando antes de ser disparada...

-Ahora puede tomar las cosas con calma -expresó Masters, involuntariamente-. ¡Dios mío!

Katherine lanzó un grito. Bennett trató de cogerla de un brazo en el momento en que la joven corría hacia la puerta detrás de Masters, pero el inspector Potter se interpuso en el camino y no consiguió asirla. Ella corría delante de Masters, que gritaba algo cuando ambos se precipitaron por los umbríos pasillos en respuesta a un grito lanzado desde arriba.

La amplia galería del piso alto se extendía como un túnel en dirección a la luz procedente de la ventana situada en el otro extremo. Vieron allí una figurilla gris que se detenía antes de extender la mano y abrir la puerta del dormitorio del rey Carlos. Una vez abierta la puerta, todos sintieron el olor de la pólvora. La figura gris que tenía un bastón de empuñadura de oro en la mano, miró hacia el interior.

-¡Qué idiota! -exclamó la voz de Maurice Bohun. Se echó hacia atrás y apartó la vista.

Bennett alcanzó a la joven cuando ella se lanzaba de nuevo a correr. Willard y el doctor Wynne habían aparecido en el vestíbulo, y corrían hacia la habitación seguidos por Masters. Se detuvieron sólo un instante al llegar al umbral y luego desaparecieron en el interior del dormitorio.

La joven no podía hablar; la sacudían temblores tan horribles que Bennett temió no poder tranquilizarla.

-¡Escuche! -le dijo roncamente-. ¡Escuche! ¡Míreme! No le mentiré. Le juro que no le mentiré. Si voy allí y vuelvo a decirle la verdad, ¿me promete quedarse aquí? ¿Me lo promete?

-Se ha matado -dijo ella, con voz ahogada-. Muchas veces dijo que lo haría, y ahora se ha matado.

-¿Se quedará usted aquí? ¡Contésteme!

-Sí. Si se apresura usted... y viene a decirme la verdad, ¡vaya!

El inspector Potter se hallaba junto a él cuando se encaminó hacia la habitación del rey Carlos. Al detenerse en el umbral vio por el rabillo del ojo a Maurice Bohun que se hallaba en el asiento de la ventana.

La luz penetró a raudales en el dormitorio cuando Willard corrió las cortinas. Vieron el cuerpo de John Bohun tendido en el suelo. Masters y el doctor Wynne lo volvieron para examinarlo. Se sentía el olor a pólvora y a tela chamuscada. Bohun tenía la boca abierta y se oyó un golpe sordo al caer algo metálico de entre sus dedos.

-Todavía no está muerto -declaró el médico-. Es posible que se salve. Por suerte no trató de volarse los sesos. Siempre creen que el corazón está más bajo de lo que está en realidad. ¡Ajá! Deje ya de tocarlo; yo me encargo de él... ¡Atrás, por favor!

-¿Cree usted...? -preguntó Willard-. ¿Podrá...?

-¿Cómo diablos podría saberlo? Calle usted. Hay algo en qué llevarlo? No se le puede sacudir mucho, ¿eh? ¿El coche para la muerta? ¿Por qué no? Es lo mejor.

-Corre, Potter -ordenó Masters-. Haz venir el coche y que suban la camilla. Diles que lo ordeno yo. No importa la muerta. ¡No te quedes ahí parado, corre!

Había cuatro ventanas en la habitación: dos en la pared de la izquierda, junto a la puerta que daba a la escalera secreta, y dos en la pared trasera, desde la cual se dominaba el prado. Un golpe de aire se filtró por entre los marcos y la puerta abierta y varios papeles volaron de la mesa. Uno de ellos se deslizó por el suelo. Bennett, que miraba una camisa de pechera almidonada colgada del respaldo de una silla, lo pisó para que no se perdiera.

Recordó en ese momento la expresión de John Bohun y las últimas palabras que pronunció antes de alejarse del comedor. Debieron de haberlo previsto, pero ¿por qué dijo: «Aunque pruebe una cosa u otra estaré perdido. Parece que la horca me espera»? ¿A qué se debía comportamiento tan sospechoso, su manifiesto terror con respecto a Marcia, cuando podía probar su inocencia de...? El hombre herido dejó escapar un lamento y se movió. Bennett bajó la vista. Sus ojos vieron el papel que tenía bajo el pie, se apartaron y volvieron a mirarlo. Las primeras líneas las leyó inconscientemente:

Lamento causar tanta molestia. Ruego me perdonen, pero tengo que hacerlo. Yo maté a Canifest...

Al principio, Bennett se negó a aceptar el testimonio de sus sentidos. Sólo pensó que se trataba de un error.

Luego se inclinó rápidamente y, con mano temblorosa, recogió la hoja de papel.

... Yo maté a Canifest. No lo hice a propósito. Toda mi vida he tratado de explicar a la gente y a mí mismo que nunca hago las cosas a propósito, y ya estoy harto de ello; pero no le hubiera golpeado si hubiese sabido que estaba enfermo del corazón. Sólo le acompañé a su casa para discutir con él.

Librodot

Bennett recordó la actitud y la conducta de John Bohun; su cuidadosa insistencia en el sentido de que había visto a Canifest temprano, y, sin embargo, su tardanza en llegar a White Priory...

Pero juro que no maté a Marcia ni tengo nada que ver con su asesinato; sólo por un horrible accidente han tenido ustedes que pensar tal cosa. No sé quién la mató. ¿Qué importa ahora? Ya que ella ha desaparecido de este mundo, no hay razón para que yo siga en él. Que Dios cuide de ti, Kate. Adiós, querida.

La firma, «John Ashley Bohun», era clara y firme. Predominaba ya en la habitación el olor de los medicamentos. Masters había encendido una linterna,

y Bennett oyó el chasquido de una tijera y el cierre del maletín del doctor Wynne. La corriente de aire se había llevado el humo de la pólvora. Bennett hizo señas a Masters, levantando la hoja de papel. El inspector asintió e hizo una seña a Willard, quien se adelantó rápidamente y tomó la linterna de manos del policía.

-Agua tibia -pidió el médico-. Vayan a buscarla. Aquí no hay. ¿Dónde diablos está esa camilla? Aquí no puedo extraerle la bala. Levántele un poco la cabeza. Despacio...

Masters se acercó a Bennett, quien le entregó el papel y salió apresuradamente en busca de agua. La puerta de su habitación estaba abierta. Se encaminó hacia ella, se apoderó de la palangana y derribó un haz de fósforos de colores. Katherine Bohun le esperaba donde él la dejó. Parecía más calmada, aunque se retorcía las manos.

-No consiguió matarse -anunció Bennett-. Creen que podrán salvarle. Necesitamos agua caliente. ¿Dónde está el cuarto de baño?

Ella asintió en silencio, abriendo la puerta que tenía a sus espaldas. Había un antiguo calentador en uno de los rincones. La joven encendió un fósforo y lo aplicó al gas.

-Necesitarán toallas -dijo-. Lamento haber perdido mi dominio. Volveré con usted, pero...

-Quédese aquí. Le sacarán dentro de un momento. Es mejor que no le vea.

Cambiaron una mirada y repentinamente, dijo ella:

-Yo podría ser una asesina.

Cuando Bennett regresó a la habitación, Masters se hallaba inmóvil, con la nota en la mano. Le indicó que acercara el agua al doctor Wynne.

-Le salvarán -afirmó.

¿Lo desearía Bohun? Mejor sería que muriera y no que tuviese que ser ajusticiado por el asesinato de lord Canifest. Bennett trató de imaginar lo ocurrido la noche anterior. *Le acompañé a su casa para discutir con él.* Eso debió de ocurrir después de ver Bohun a Canifest en la oficina del diario.

Cuando al fin le ordenaron que dejara el recipiente, oyó la voz de Masters.

-Ésa es la razón -manifestó lentamente el inspector-. ¿Pero cómo íbamos a saberlo? Vino aquí, sacó el revólver de ese cajón -Masters indicó la cómoda- y se sentó. Tardó mucho tiempo en escribir esa nota. Miren los espacios entre cada palabra. Supongo que será su manera de escribir, ¿eh? -se rascó a frente-. Bien. ¿Qué habrá querido decir con esto? Lo tenía en una mano y usó las dos para abocarse el arma en el pecho, y cayó cuando lo vimos.

Mostró un trocito de plata de forma triangular, roto en un costado. Masters lo sostuvo en alto un momento y luego cerró el puño.

-¿Puedo preguntar si hay esperanzas de salvarle? -preguntó una voz aguda a su lado.

-No lo sé, señor.

-Esa nota que estaba usted leyendo debe de ser una explicación. ¿Puedo saber qué dice? -inquirió Maurice Bohun con toda tranquilidad.

-Le ruego, señor -repuso Masters, con la misma calma-, que examine esta nota y me diga si la letra es la de su hermano. También desearía preguntarle si lo ocurrido tiene

importancia para usted.

-Detesto la estupidez -declaró Maurice-, y mucho me temo que siempre haya sido un estúpido. Sí, ésta es su letra. A ver... De manera que mató a Canifest, ¿eh? Entonces es mejor que no se salve. Si vive... será ajusticiado.

Maurice devolvió la nota al inspector en el momento de pronunciar la última palabra.

Se oyó al instante una babel de voces y ruidos procedentes del piso bajo. El doctor Wynne lanzó una exclamación y se puso en pie, mientras Bennett salía a la galería. Buscó a Katherine, pero la joven se había ido, lo cual notó con cierta inquietud. En el piso bajo comenzó a sonar el timbre del teléfono. El vestíbulo estaba lleno de personas desconocidas y ya subían la camilla mientras el teléfono seguía sonando insistentemente.

-No sé qué habrá entretenido a Thompson -expresó la voz de Maurice-. Tiene orden terminante de atender al teléfono enseguida... ¿Me dijo usted, inspector?

-Quisiera saber, si es que no tiene usted inconveniente en decírmelo, dónde estaban usted y los demás cuando sonó el disparo.

Maurice salió a la galería para permitir la entrada a dos enfermeros uniformados. Luego se volvió.

-No se le habrá ocurrido que se trata de otro asesinato, ¿verdad inspector? -dijo-. Le aseguro que no lo es. Yo mismo fui el primero en llegar aquí. Temía algo por el estilo, y deseaba hablar con mi hermano para entender esas ideas raras que se le habían metido en la cabeza.

Se oyó ruido de movimientos procedente de la habitación.

-Despacio, muchachos -ordenó el médico-. Despacio...

Los enfermeros sacaban ya el cuerpo inerte del dormitorio.

-Creo que debe usted ocuparse de otro asesinato -continuó Maurice, mirando fijamente a su hermano-. El de lord Canifest... ¿Sí, Thompson? ¡Sí? ¿De qué se trata?

Thompson, que había corrido por la galería, no pudo apartar los ojos del cuerpo de John Bohun. Arrugó el ceño y abrió y cerró las manos espasmódicamente. Luego, al formular Maurice nuevamente la pregunta, en tono irónico, logró dominarse.

-Sí, señor. Estaba mirando... Sí, señor. Lo que deseaba decirle es que un caballero pregunta por mister Bennett. Es sir Henry Merrivale, mister Maurice, y...

Tanto Bennett como Masters giraron sobre sus talones. El primero experimentó gran alegría.

-... y algo más, señor...

-Sí.

Thompson estaba más calmado ya. Su voz era clara cuando dijo:

-Lord Canifest quiere hablar con usted por teléfono.

El látigo de montar

Aunque su estado de ánimo le hubiera permitido creer cualquier cosa, Bennett se dijo que esto era ya demasiado. Los rostros que le rodeaban le parecieron irreales. Además, allí estaba H. M. Su presencia le libraba de ansiedades, y experimentó la impresión de que ahora se arreglarían las cosas. Que siguieran los enigmas; no importaba. Al cabo de un momento de silencio, Maurice Bohun se adelantó un paso, y Masters lo cogió del brazo.

-¡Oh, no! -declaró-. Mejor será que se quede usted aquí. Yo atenderé el teléfono.

Maurice se puso rígido y murmuró:

-Si lord Canifest hubiera expresado el deseo de hablar con usted...

-He dicho -afirmó Masters secamente- que yo atenderé el teléfono.

Apartó a Maurice con un empujón que le arrojó al otro lado de la galería. Luego cogió a Bennett del brazo y le condujo por el corredor como si le llevara arrestado.

-Lo que quería decirle... Venga con nosotros, Thompson; veremos a sir Henry... Lo que quería decirle respecto a sir Henry -continuó Masters en voz baja-era esto: Usted le envió un telegrama.

-¿Qué yo le envié un telegrama?

-¡Vamos, vamos! No hay tiempo para discutir. Le explicaré. Hoy estaba libre por ser Navidad. Si hubiera tratado de comunicarme con él, me habría insultado, negándose a tener nada que ver conmigo. Pero H. M. es muy sentimental, aunque le asesinaría a uno si se le acusara de ello, y la familia es para él algo sagrado. Usted es su sobrino. Si estuvieran ustedes en apuros, él vendría... Verá usted. Anoche me telefoneó respecto a usted. Esta mañana, cuando se presentó este caso, me di cuenta de que es lo más grande que me podía suceder, y el primero que tengo después de mi ascenso. Tengo que resolverlo satisfactoriamente, y no es de los que me resultan fáciles -Masters respiraba jadeante, esforzándose por mantener su dignidad, aunque no con gran éxito-. Me pareció que sería usted lo bastante amable como para aprobar lo que yo hiciera... ¡Hum! Si torciese un poco la verdad en bien de la justicia. Eso mismo. De manera que cuando subió usted después de que estuvimos conversando... ¿Eh? -finalizó Masters abriendo los brazos.

Bennett dejó escapar un silbido.

-Comienzo a comprender -manifestó-. Le envió usted un telegrama firmado con mi nombre, y diciendo que me encontraba en un apuro, ¿eh? ¿Y se puede saber en qué clase de apuro estoy? ¡Dios mío! No le habrá dicho usted que me acusaban del asesinato, ¿verdad?

-¡Ah!, no, no podía decir tal cosa, ¿no le parece? Él lo habría descubierto en cuanto llegara. No expliqué de qué apuro se trataba. Por el momento no se me ocurrió nada. Pero después... Perdone usted -Masters miró cautelosamente a su alrededor-, pero después de que le vi mirar a miss Bohun... Pues bien..., ¿eh? De manera que tengo una explicación... Es decir, siempre que usted...

Tal era pues, la razón de la afabilidad del inspector jefe hacia un extraño; su inclinación a confiarle los detalles del caso; su discreción para con Katherine, y su...

-... siempre que diga usted que desea ayudarla, que ella está afligida por lo ocurrido y necesita auxilio, ¿eh? ¿Corroborará usted lo que he dicho?

Habían llegado a la amplia escalera. Thompson bajaba ya hacia el rellano, donde la escalera se curvaba a la derecha y descendía hacia el vestíbulo del piso bajo. Desde abajo les llegó la voz gruñona de H. M.

-No lo sabe, ¿eh? -tronó H. M.-. Bueno, ¿y por qué no lo sabe? Apártese y déjeme echarle una ojeada. ¡Ajá! ¡Hum! Sí...

-¿Puedo preguntarle, señor -chilló el doctor Wynne-, quién diablos es usted y qué se propone? ¿Es usted médico?

-¡Hum! Me gusta el color de esa sangre. No hay espuma ni... A ver, a ver -una pausa-. Está bien hijo, ya se lo puede llevar. La bala no tocó ningún punto vital. Eso se lo digo gratis. Si no se duerme usted podrá curarle sin dificultad alguna. Por suerte, no fue una bala blanda. Búsquela bien arriba. ¡Hum! ¿Qué clase de casa es ésta, eh? Entra uno por la puerta y una maldita camilla baja por la escalera...

Hubo un violento cambio de palabras con el que terminó H. M. gritando:

-¡Pamplinas!

Masters apretó el brazo de Bennett.

-¿Bien? -insistió.

-Por cierto, ratificaré lo del telegrama -repuso el joven-. Pero tiene usted que bajar y preparar el terreno. Yo le seguiré cuando usted haya explicado todo. Parece que el viejo ha tomado el camino de la guerra. Oiga usted Masters, ¿es verdad que el viejo es tan... tan...?

-¿Hábil investigador? -dijo Masters-. ¡No le pierda de vista y se convencerá!

El inspector se apresuró a bajar al rellano y tomar el teléfono que le ofreciera Thompson. Bennett se inclinó sobre la baranda y trató de captar lo que decía Masters a lord Canifest, pero el policía habló en voz muy baja, y el joven no entendió ni una sola palabra. Al oír pasos que se acercaban por la galería, Bennett se apartó de la baranda y giró sobre sus talones. Jervis Willard y Maurice Bohun le estaban contemplando.

-Parece -observó Maurice- que mis invitados son tan extraños como mis llamadas telefónicas. Es un honor inesperado recibir la visita de sir Henry Merrivale, y mayor aún el honor de recibir la llamada de un difunto... ¿Se puede preguntar cuál es la última novedad en este asunto?

El rostro de Maurice era inexpresivo, aunque su voz temblaba levemente.

-Gracias a Dios por ello -observó Willard- ¿Por qué lo hizo, Maurice? ¿Por qué?

La ira desfiguró el rostro de Maurice unos instantes.

-Mi hermano tiene una conciencia muy rara. Yo..., ¿eh?... Supongo que se me permitirá ver a los que visitan mi casa, ¿verdad? Muchas gracias. Bajaré ahora.

Bajaba y subía un hombro al andar. Su bastón golpeó varias veces contra la baranda mientras descendía.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Bennett en voz baja al actor-. Me refiero a Bohun. ¿Subió aquí, entró en su cuarto y...?

-Según parece, sí... -Willard se restregó los ojos-. No sé exactamente cómo sucedió. La última vez que le vi me dijo que bajaba a tomar el desayuno. Subí y me encontré con Kate Bohun. Me preguntó si querría estar un rato con miss Carewe, mientras ella bajaba a tomar un poco de café. Salió a vestirse y no volví a verla hasta que... todos ustedes subieron. Venga aquí un momento.

Mirando a su alrededor, condujo a Bennett hacia un ángulo de la galería, donde un pasaje lateral llevaba hacia una ventana-mirador. Willard parecía haber envejecido en aquellos momentos. De nuevo se pasó la mano por los ojos, como si no viera bien.

-Dígame -continuó-, ¿pidió usted ayuda a las altas esferas?

-¡No! Le juro que no. Parece que soy una especie de títere que usan algunas personas para cumplir sus propósitos...

-Este Merrivale es su tío, ¿verdad? ¿Le conoce usted bien?

-Le conocí ayer. ¿Por qué?

-¿Cree usted -inquirió Willard, quedamente- que puede mentírsele con impunidad?... Le diré por qué se lo pregunto. He estado junto al lecho de Louise Carewe, y ella ha dicho varias veces que asesinó a Marcia Tait.

Bennett giró sobre sus talones. La expresión extraña de Willard le llamó poderosamente la atención.

-¿Quiere usted decir que admitió que...? -comenzó a preguntar.

-No lo sé. Estaba delirando. Pensé, como lo descubrí después, que había tomado una dosis excesiva de un narcótico... Pero ya le hablaré de eso dentro de un momento. Me hallaba pensando en eso cuando entró el doctor Wynne. Dijo que usted le informó de que ella estaba enferma. Mientras la reconocía, me acerqué al lecho y toqué con el pie algo que había en el suelo; se trataba de un látigo de montar con empuñadura de plata muy pesada y en forma de cabeza de perro...

-¡Eso es una tontería! No estaba en su cuarto sino en el de...

-¿En el de Kate? Sí, ya sé -Willard le miró con curiosidad-. Pero Louise lo tenía consigo anoche, cuando empezó a gritar en la galería y yo la encontré desmayada. Eso es lo que no dije al policía. Francamente, no deseo meter el cuello en el lazo, pero Louise es inofensiva. No quiero mencionarlo. Cuando la levanté, vestía un abrigo sobre su camisón, y ese látigo estaba en uno de sus bolsillos.

-¿Y Kate lo sabía? -preguntó Bennett. Comenzaba a recordar varios hechos; entre otros, el desliz cometido por la joven en el sentido de que Marcia Tait había sido asesinada con un

Librodot

látigo de montar-. ¿Lo sabía ella?

-Sí. Esta mañana cuando entré en el cuarto, no vi el abrigo. Kate parece considerarme como una especie de colega suyo en la conspiración. En fin, le estaba contando que lo toqué con el pie. No me atreví a llamar la atención de Wynne, de manera que lo envié debajo de la cama. Pero mientras Wynne estaba allí, Louise dijo algo acerca de que anoche quiso tirar a Marcia escaleras abajo... Sí, ya sé que es grave. Wynne no pronunció palabra y siguió administrándole un calmante. Posteriormente, cuando ella pareció descansar ya más tranquila, anunció que tenía algo que decirme. Le noté algo raro. Me llevó al vestíbulo. A propósito, cuando salíamos... -Willard frunció el ceño y castañeteó los dedos como si acabara de recordar algo-. Alguien estaba hablando en voz alta por teléfono, ahora lo recuerdo. Decía repetidas veces:

«En el pabellón, en el pabellón, te digo». Lo recuerdo porque gritaba tanto que tuve intención de bajar para decirle que callara, pero Wynne me dijo: «Es ese bribón de Rainger. Lo dejé hablando con el inspector en la biblioteca, y ahora supongo que anda suelto otra vez. Está completamente borracho».

-¿Cuándo fue eso? -inquirió Bennett-. Lo dejamos en el sofá de la biblioteca cuando fuimos al comedor. Hubiera jurado que estaba sin conocimiento.

-No lo sé. Posiblemente unos quince minutos después de que Wynne subiera a examinar a Louise... En fin, Wynne dijo que tenía algo importante que comunicarme -Willard frunció el ceño y clavó la vista en la ventana-. Parecen considerarme como una especie de guardián y padre confesor de todos. Rainger había dejado ya de hablar por teléfono. El doctor me trajo aquí, donde estamos ahora. Comenzaba a hablar y estaba a punto de no decirme nada con una serie de términos médicos incomprensibles, o, al menos, así lo creí, cuando oímos el disparo... ¡Cielos, amigo!, nos sobresaltamos horriblemente. Creo que los dos pensamos enseguida en Louise. Nos miramos y luego echamos a correr hacia el cuarto de la chica. Ella estaba perfectamente. Se hallaba sentada en la cama como si se hubiera recobrado por completo. Temblaba un poco, pero estaba muy calmada. La fiebre había bajado. Nos preguntó: «¿Qué fue ese ruido?», y agregó: «¿Qué estoy haciendo en este cuarto?». Fue entonces cuando oímos a todos ustedes correr escaleras arriba... El resto ya lo sabe usted.

Willard se sentó sobre el alféizar interior de la ventana. Parecía muy preocupado, y adoptó inconscientemente una actitud teatral, poniendo una mano en la cadera y bajando la cabeza. Bennett le oyó respirar jadeante.

-Sí -agregó, al cabo de un instante-, la Policía sospecha de ella... ¡Cuidado!

Volvió bruscamente la cabeza. Katherine Bohun se acercaba por el pasaje.

-Los vi sacar a John en ese... ese vehículo en que llevan a los muertos -dijo-, y los oí hablar. Dicen que no morirá. ¿Es verdad?

Bennett la cogió las manos y vio que el temor desaparecía de los ojos de la joven, mientras él la tranquilizaba con sus palabras.

-Le parecerá raro -dijo ella entonces, con actitud reflexiva-; pero, en cierto sentido, me alegro de que lo haya hecho...

-¿Se alegra? -preguntó Willard.

-Porque nunca más lo intentará. ¿No se dan cuenta? -preguntó ella-. Cuando recobre el conocimiento, comenzará a comprender algunas cosas. Lo hizo... por ella, y ahora se dará cuenta de que no valía la pena. No sé cómo explicarlo, pero lo que hizo le librará de su obsesión.

Willard volvió la vista hacia la ventana y contempló la nieve. Luego se volvió.

-La cura es muy dolorosa, Kate. ¿Qué me dice usted de Louise? ¿Está mejor?

-Dentro de poco bajará. De eso vine a hablarles -hizo una pausa-. ¿Podré decirle lo que piensa la Policía?

-Sí... ¿Le ha dicho algo ella?

-¡No!

-¿Pero no le parece posible...?

La joven miró a Bennett.

-Bajemos a hablar con mister Masters. Querría que estuviese usted allí. Usted estaba presente cuando habló Thompson respecto a una mujer que salió anoche de la casa, y mistress Thompson estará declarando lo mismo. Fui una tonta al no pensar antes en ello. Puedo demostrar que no fue Louise. ¿Quieren venir?

La muchacha se había vuelto sin esperar respuesta. Bennett la siguió. En la galería continuaba predominando el olor acre de la pólvora. El joven se sujetó a la barra de la escalera y se interpuso en el camino de Katherine, preguntando:

-No fue usted, ¿verdad?

-¿Y si lo hubiera sido qué importaría?

-Nada en absoluto, excepto que tenemos que decir unas cuantas mentiras...

-¿A la Policía?

-Si es necesario le mentiremos hasta a... -Bennett se contuvo, dominando la violencia de sentimientos que le hacían desear hablar a gritos. Ella trató de pasar de largo; cuando él se inclinó para impedírselo, sintió que la mejilla de la joven rozaba la suya, y ambos se apartaron rápidamente.

-¿Qué importa lo que usted haya hecho? -continuó Bennett-. Todo lo que quiero decirle es que debemos inventar una buena historia y no apartarnos de ella...

-No quise decir que yo la hubiera matado. Pero ¡podría haberlo hecho! -dijo la joven, estremeciéndose-. La envidiaba lo suficiente como para desear que alguien lo hiciera. ¡Bonita manera de hablar!, ¿eh? Es casi tan malo como si hubiera hecho lo que pensé. Permítame pasar. No importa lo que...

-Debo decirle algo antes. Masters está con un tío mío que tiene fama de ser capaz de ver a través de un muro de ladrillos. Masters lo hizo venir por intermediación mía. Es decir, empleó mi nombre, y le dijo que yo le necesitaba porque estaba interesado por usted...

-¿De qué está usted hablando?

-«Interesado». ¿Es ésa la palabra que usan aquí? Está bien, considero que ésa es. Digamos que estoy «interesado» por usted. Digamos cualquier cosa. Por ahora no puedo decirle hasta qué punto llega mi interés, pues la casa está envenenada, y su tío acaba de intentar suicidarse aquí mismo. Yo también huelo la pólvora, y ninguno de los dos se atrevería a hablar ahora de «intereses». Pero la casa no seguirá envenenada, y cuando se aclare la atmósfera sabrá usted por qué la considero la mujer más hermosa que he visto en el mundo... De modo que si por acaso se ha colocado usted en alguna posición falsa, no corneta el error de admitirlo.

-Ya sé -repuso ella, al cabo de un largo rato de silencio-. Me alegro de que haya usted dicho lo que dijo -las lágrimas asomaron a sus ojos-. ¡Usted..., usted...!

-Eso mismo -manifestó él-. Cálmese ahora y bajemos.

H. M. discute el caso

Un reloj del pasillo daba las once y media cuando llegaron a la biblioteca.

-... informes completos -canturreaba el inspector Potter-. Declaración del médico de la Policía y la orden para la autopsia, que debe usted firmar. Aquí hay moldes de yeso en los dos juegos de huellas, las de mister Bohun y las de mister Bennett, las únicas que había antes de que llegáramos. El plano que indica la línea exacta de las huellas, hecho a escala. Me pareció conveniente hacerlo, pues está nevando de nuevo. Aquí están los informes del perito en

huellas dactilares. Las fotografías serán reveladas y devueltas esta tarde. El cadáver sigue allí, pero lo han puesto sobre la cama.

Potter colocaba varios objetos sobre la mesa, iluminada por una lámpara de pantalla amarilla. Se había oscurecido el cielo, y los tallos de la enredadera golpearon contra los cristales de las ventanas al arreciar el viento. En la chimenea ardía un fuego de leños. Masters se hallaba sentado a la mesa; tenía una libreta de notas al alcance de la mano. Maurice Bohun, con los ojos fijos en un rincón del hogar, se encontraba también sentado a la mesa. A un costado, destacándose contra el resplandor del fuego, se hallaban Thompson y una mujer canosa, vestida de negro. Bennett no pudo ver a H. M., pero había una negra masa de sombras en el rincón más lejano de la chimenea, donde le pareció ver el brillo de unos enormes anteojos y de un par de calcetines blancos.

-Gracias, Potter -dijo Masters-. Aquí tienes tu libreta de notas. He leído a sir Henry todos los testimonios que hemos anotado hasta el momento. Y ahora..., ¿tiene usted alguna instrucción que darnos, señor? -¿Eh?

Masters se inclinó hacia un lado, a fin de que llegara un poco de luz hasta el hogar. Ahora pudo Bennett ver a H. M., quien dio un respingo y abrió los ojos. Fruncía la nariz como si hubiera olido algo desagradable, y se acariciaba los dos mechones de cabello que adornaban los lados de su gran calva.

-¿Alguna instrucción, señor?

-¡No estaba dormido, maldita sea! -respondió H. M. Se puso la pipa apagada en la boca y le dio dos o tres chupadas, agregando en tono agresivo-: Estaba concentrado. ¡No me apremie usted! No me apremie, ¿quiere? Me lanza un montón de datos inconexos y espera que los descifre enseguida. Tengo que ir a ese pabellón antes de que nieve de nuevo, y ése es otro trabajo más. No me gusta esto en absoluto, Masters. Es feo, muy feo. ¿Qué preguntaba usted?... ¡Ah, sí! Los informes. No, guárdelos un momento hasta que aclare una cosa. Apártese usted un poco, hijo -hizo una seña a Potter-, y déjeme hablar con mister y mistress Thompson.

A pesar de la crueldad de H. M., su aspecto parecía infundir confianza a los Thompson.

-¿Qué tal, amigos? -dijo H. M., levantando su pipa-. He oído lo que dijeron al inspector jefe, y voy a emplearlos a ambos como comprobación respecto a los otros ocupantes de la casa. Si alguno de ellos mintió, ustedes se lo dirán al viejo, ¿eh? Ahora bien -miró fijamente al mayordomo-: ¿Formaba usted parte del grupo que fue a explorar la casa a la luz de una vela?

-No, señor. Mi esposa y yo estábamos preparando el pabellón para miss Tait.

-¡Ajá! ¿A qué hora salieron de allí?

-Poco después de las doce, señor, cuando mister Maurice y los otros dos caballeros acompañaron a miss Tait.

-¿Está seguro de que no dejó fósforos en el dormitorio?

Desde donde se hallaban él y Katherine, Bennett sólo podía ver la espalda de Thompson; pero le pareció que en la actitud del mayordomo se notaba por primera vez el nerviosismo. El anciano lanzó una mirada a Maurice, quien no cambió de actitud ni de expresión.

-Lo siento, señor. Fue un descuido.

-Y después de que regresaran a la casa, ¿qué hicieron?

-Nos fuimos a la cama -intervino mistress Thompson.

-Nos fuimos a la cama, señor -manifestó el mayordomo-, como dice mi esposa. Primero estuve limpiando algunas piezas de plata, de acuerdo con las órdenes de mister Maurice, y esperé a que regresaran los demás del pabellón. Volvieron a las doce y cuarto, de manera que entonces cerré la casa.

-¿Y ninguno volvió a salir después?

-Señor, mister Willard salió después que mister Maurice y el otro... señor se fueron a la

Librodot

biblioteca. Mister Willard estuvo fuera sólo diez o quince minutos. Me preguntó si estaría levantado para dejarle pasar; dijo que iría hacia la trasera de la casa y llamaría a la ventana de la despensa cuando regresara. Eso es lo que hizo, señor.

H. M. dejó escapar un gruñido.

-¡Ajá! Es raro que nadie se haya ocupado de preguntar eso. ¡Que me maten si no es importante! Entre doce y doce y media, toda clase de gente vagaba por todos lados, de la casa al pabellón y viceversa, y ese perro *Tempest* no ladró ni una sola vez. Pero una persona salió de la casa a la una y media, y el perro armó tal alboroto que tuvieron que encerrarlo. ¿Cómo sucedió eso?

Masters maldijo por lo bajo. Miró la libreta de notas, lanzó una mirada a H. M. y volvió a mirar la libreta.

-Pues, señor -manifestó Thompson-, eso es fácil de explicar. Lo sé porque hablé por teléfono con Locker, que estaba en el establo. Lo siento mucho, señor; olvidé mencionarlo. Miss Tait me había pedido que me ocupara de que prepararan dos caballos para ella y mister John. Me olvidé del asunto hasta que mister Willard regresó del pabellón, y eso me hizo preguntarme por qué no habría ladrado *Tempest.* Por tanto, me figuré que el perro debía de estar en el establo con Locker, que lo quiere mucho y a menudo lo tiene en su habitación hasta muy tarde. Recordé entonces que no había telefoneado al mozo respecto a los caballos. Lo hice, pues, a eso de las doce y veinte, y él me informó de que en ese momento iba a llevar a *Tempest* a su caseta...

El anciano parecía preocupado y confundido, y lanzaba frecuentes miradas a su amo. Ahora se volvió a medias para poder mirarlo.

-Me temo que olvida usted muchas cosas -dijo Maurice tranquilamente, y enseguida se volvió hacia H. M., pues éste parecía muy excitado.

-Tómelo con calma, hijo -aconsejó H. M. al mayordomo-. Tómese todo el tiempo que quiera, pero respóndame con certeza. ¿Dice usted que el perro no estuvo anoche suelto hasta más o menos las doce y media?

-Sí, señor.

-¡Bueno, que me maten! -murmuró H. M. Se puso la pipa en la boca y le dio varias chupadas-. ¡Ja, ja! Es la mejor noticia que he oído hasta este momento. Tenía una idea vaga. Nada serio, ¿saben? Y esperaba que no me la desbarataran, y no lo han hecho. Por eso me alegro mucho.

Masters golpeó la mesa con el puño.

-¡Admito que lo pasé por alto, señor! -exclamo-. Pero ¿qué importancia tiene? No creo que deba ser importante por el solo hecho de que no lo tuvimos en cuenta... Lo que importa es que el perro estuvo encerrado después de la una y media.

-¡Ajá! Examinaremos las posibilidades de ese detalle. Camarada Thompson, ¿a qué hora se acostó usted?

-Después que hube terminado de limpiar la plata, señor. A eso de la una. Mister Maurice me dio permiso. Dejé unos emparedados para mister John, como he dicho al inspector, y no volví a bajar hasta la una y media, cuando comenzó a ladrar *Tempest* y mister Maurice me llamó.

Tragó saliva, como si hubiera cometido un error, y miró de nuevo a su patrón.

-Más asociaciones de ideas de Thompson, según parece -observó Maurice-. ¿Y fue entonces cuando su esposa vio la misteriosa figura que salía de la casa? ¿Mi sobrina Katherine o la honorable Louise Carewe?

Thompson tocó el brazo de su esposa; pero ella se negó a dejarse contener.

-¡Señor, y usted también, señor, y usted, no me dejaré comprometer por esa declaración! -exclamó-. No sé si era una mujer. Fue una impresión y no me dejaré comprometer por una impresión. En cuanto a que fuera miss Kate, moriría antes de decir tal cosa, y eso es todo.

-Muy bien, señora, muy bien -replicó H. M.-. ¡Hum! Sí. Ya nos dijo usted todo eso,

Librodot

¿verdad? Bien; creo que no hay más preguntas que formularles. Pueden retirarse.

Cuando ambos se hubieron ido, H. M. estuvo un momento acariciándose la cabeza.

-Señor... -comenzó Masters.

-Usted -dijo H. M. a Maurice, extendiendo uno de sus dedos con actitud retadora-, ¿qué le parece si habla un poco? ¿Eh?

-Estoy enteramente a su servicio, sir Henry. Y estoy seguro de que no tendrá usted motivo para quejarse de mi franqueza.

H. M. parpadeó.

-¡Ajá! Eso temía. Hijo, la franqueza es una virtud solamente cuando habla uno de uno mismo, y entonces resulta una porquería. Además, es una imposibilidad. Sólo hay una clase de personas que están siempre dispuestas realmente a decir la verdad respecto a sí mismas, y es la clase que encierran en los manicomios. Y cuando una persona dice que piensa ser franca respecto a otras personas, quiere decir que piensa hablar de ellas... Veamos. Después que usted, Willard y Rainger volvieron anoche del pabellón, usted y éste último se quedaron aquí en la biblioteca. ¿Cuánto tiempo?

-Hasta después de que llamé a Thompson y le dije que hiciera encerrar el perro.

-¡Ajá! La una y media. ¿Por qué se separaron entonces?

Maurice le observaba atentamente, como si el otro fuera un rival en un duelo, pero H. M. se mostraba indiferente. Bohun replicó:

-Por deseo de mister Rainger. Creí que era mi hermano John el que regresaba entonces, y así lo expresé. Confieso que sentía curiosidad por observar el encuentro entre mister Rainger y John, que ignoraba la presencia del americano. Habían tenido ciertas... diferencias.

-Lo que quiere usted decir es que le pareció que sería muy divertido ver si John le daba un puñetazo a Rainger, ¿eh? Rainger no quiso saber nada, presentó sus excusas y se retiró. ¿Por qué le dejó usted irse entonces?

Maurice se restregó las manos lentamente. Tenía el ceño fruncido.

-No me convenía correr el riesgo de incurrir en la mala voluntad de mister Rainger. Por tanto, era necesario que aceptara como sinceras sus torpes excusas y le permitiera retirarse a su dormitorio.

-¿Y usted no se acostó entonces?

El rostro de Maurice se endureció.

-Se apresura usted en sus conclusiones. Me acosté. Pero mi cuarto está en el piso bajo.

-Hay algo más que me llama la atención. Debe de ser una familia muy rara la suya, ¿verdad? Usted pensó que era su hermano el que regresaba a la una y media, después de una larga permanencia en América, y, sin embargo, ni siquiera fue a darle la bienvenida, ¿verdad?

El otro pareció extrañarse.

-No veo nada de raro en ello, mi estimado señor. Soy aquí el jefe de la familia. Si mi hermano tiene algo que decirme, siempre estoy dispuesto a escucharle; pero no es lógico que yo me moleste por él. Mi costumbre ha sido que la gente venga siempre a mí, sir Henry -agregó mirando a éste-. Por eso soy respetado. En... ¿Qué decía? ¡Ah, sí! Él sabía dónde estaba yo. Por eso...

-Eso es todo lo que deseaba saber -le interrumpió H. M., cerrando los ojos.

-¿Cómo dijo?

-Váyase, ¿quiere? -dijo H. M., irritado.

Maurice comenzó a hablar entonces rápidamente y en voz monótona:

-Me iré con el mayor placer, si me asegura usted definitivamente que El Espejo de la Reina continuará como está. He sido muy paciente, señor. He soportado más de lo que es mi costumbre soportar; pero cuando un insultante subordinado sugirió que podría realizarse esa profanación de un edificio casi sagrado para buscar un pasaje secreto que no existe... entonces... entonces...

-Entonces perdió usted la calma -manifestó H. M. tranquilamente-. Muy bien. Puede

usted irse. Le prometo que el pabellón quedará como está.

Maurice estaba tan distraído que al salir no vio a las dos personas que había de pie junto a la puerta. Era la primera vez que apresuraba el paso. Bennett vio que tenía la frente cubierta de sudor y que parecía cantar para sus adentros.

-Perdone usted, señor -gruñó Masters en ese momento-; pero ¿por qué diablos hizo usted una promesa así? ¿Cómo no vamos a buscar un pasaje secreto?

-Porque no lo hay -replicó H. M., agregando quejosamente-: Calle usted, ¿quiere? Ese viejo melindroso tiembla al pensar que podíamos hacerle algo a su preciosa casa de fantasmas. Si hubiera habido un pasaje secreto se lo hubiera dicho enseguida, antes de permitir que golpeara usted un solo panel en su busca. ¡Bah!

-No estoy tan seguro de ello, señor -replicó Masters-. ¿Y si el pasaje secreto se extendiera hasta su propio cuarto?

-¡Ajá! También pensé en eso. Pues bien: si así es, todavía lo tenemos arrinconado. Pero creo que no hay tal pasaje -H. M. se rascó la cabeza. Por primera vez pareció dibujarse algo parecido a una sonrisa en su austero rostro-. La cuestión del pabellón sin salida le tiene a usted en un aprieto, ¿eh? Parece como si los asesinos se dieran el gusto de molestar al inspector jefe Humphrey Masters obrando contra las reglas del juego. Esta vez es peor que nunca. Si sólo se tratara de un cuarto cerrado, estaría usted más contento. Todos conocen varios sistemas especiales para cerrar una habitación desde el exterior. Los cerrojos pueden correrse con un pequeño mecanismo hecho con alfileres e hilo de coser. Las llaves se pueden hacer girar desde afuera con un par de pinzas especiales. Pueden quitarse las bisagras de una puerta y volver a colocarlas de manera que no se toque para nada la cerradura. Pero cuando el problema del cuarto cerrado consiste en media pulgada de nieve virgen que se extiende hasta cien pies alrededor del lugar del hecho... Bueno, no importa. Hay cosas peores, Masters.

-¿Peores?

-Estaba pensando en algo relacionado con la tentativa de John Bohun de matar a lord Canifest...

Bennett notó que Katherine se inquietaba. La joven le miró sin comprender, pero él le hizo un ademán para que guardara silencio; temía hablar y moverse en ese momento. Lamentó haber bajado. Katherine parecía dispuesta a hablar. Le apretó el brazo.

-Pero dejaremos eso por el momento -continuó H. M. lentamente-, para ocuparnos de esta situación imposible. Lo primero que hay que descubrir es el móvil posible del asesino. No me refiero a su motivo para cometer el crimen, sino para crear una situación imposible. Eso es muy importante, muchacho, pues es el indicio que nos llevará a descubrir el móvil del asesinato. ¿Por qué lo hizo? Nadie sino un loco haría una serie de tonterías irrazonables con la simple intención de divertirse con el policía. Y hay ya suficientes motivos para el asesinato de la Tait como para que no necesitemos explicar el enredo afirmando que el asesino está loco. Bien; entonces, ¿qué razones pudo haber habido? En primer lugar, tenemos el caso del suicidio falso. Es fácil de hacer. Voy a su casa, le pego un tiro en la cabeza y le pongo el arma en la mano. Digamos que una casa como ésta, con paneles pequeños en las ventanas. ¡Ajá! Cierro la puerta con llave y cerrojo desde el lado de adentro. Conmigo llevo una maleta que contiene un trozo de cristal de tamaño adecuado, herramientas y masilla. Quito uno de los paneles de la ventana, el más próximo al pestillo; luego salto por la ventana, introduzco la mano por el hueco y la cierro por el lado de adentro. Posteriormente reemplazo el panel viejo por el que tengo en mi maleta, lo aseguro con masilla, le echo un poco de polvo para que no se note nada, y me voy tranquilamente. Ahí tiene usted el cuarto cerrado. Todo el mundo pensará que se suicidó usted.

Masters lo miró con gran atención.

-Me parece, señor -manifestó-, que conoce usted todas las tretas...

-Claro que las conozco -gruñó acerbamente H. M., mientras miraba el fuego-. He visto tantas cosas en mi vida, que no me gusta pensar en ellas durante la Navidad. Preferiría estar

Librodot

en casa, bebiendo un ponche caliente y preparando el arbolito. Pero sigamos con este asunto. Si es una nueva variante en el arte del homicidio, quiero conocerlo a fondo. El suicidio falso queda fuera de la cuestión. Nadie trata de simularlo aplastando a golpes la cabeza de la víctima. En segundo lugar tenemos el caso del fantasma, con el que alguien trata de hacer aparecer el homicidio como sobrenatural. Eso ocurre rara vez; es difícil y requiere atmósfera y circunstancias especiales. Evidentemente, también está eso fuera de cuestión en este caso, ya que nadie ha insinuado siquiera que el pabellón esté habitado por un fantasma asesino. Finalmente, tenemos el caso del accidente. Está el asesino que crea una situación imposible a pesar de sí mismo y sin querer hacerlo. Digamos que usted y el inspector Poner duermen en habitaciones contiguas cuya única puerta de entrada está en la habitación de él y cerrada por dentro... Yo quiero matarle a usted y hacer que las sospechas recaigan sobre él. Voy durante la noche, llevo a cabo mi triquiñuela del panel y la masilla; en la oscuridad le doy a usted una puñalada y me voy después de haber cambiado el cristal de la ventana. Sí. Lo que olvido o no observo es que la puerta de comunicación entre los dos cuartos también está cerrada y asegurada del lado de usted... y ahí tenemos la situación imposible. ¡Ajá! Ahora bien: ése es el último caso -H. M. se volvió para mirar a su alrededor con expresión airada-. ¡Pero que me maten si puedo ver cómo se pudo aplicar este último caso al enredo que tenemos entre manos! Accidente, ¿eh? ¿Qué clase de accidente puede ser cuando una persona no deja huellas en la nieve?

Masters hizo una mueca.

-Bien, señor; yo diría que el último caso es el único razonable. Digamos que X, el asesino, va al pabellón mientras está nevando...

-¡Ajá! ¿Todavía está usted pensando en la hija de Canifest?

El inspector jefe tenía la expresión concentrada del hombre que trata de mantener sus ideas en equilibrio, como si fueran un balde lleno de agua que sostuviese sobre su cabeza. Prosiguió obstinadamente:

-¡Espere un momento, señor! Espere un poco. Estamos considerando el aspecto «accidental» de la teoría. Pues bien: X va allí antes de que termine de nevar, ¿eh? Luego, después de haber matado a miss Tait, ella descubre...

-¿Una mujer? -inquirió H. M.-. Sí, habla usted en forma muy definida.

-¿Y por qué no? Si miss Bohun ha dicho la verdad respecto a que vio a Rainger en la galería del piso alto a la una y media, cuando éste salía de la biblioteca, eso la elimina de la lista de sospechosos. Pero estoy pensando en la única mujer que tenía motivo suficiente. Miss Carewe va al pabellón, sobreviene una disputa, mata a la otra mujer y después descubre que ha dejado de nevar y que está atrapada en aquel lugar... Ahí tiene usted su accidente, señor. Ella no tenía intención de crear una situación imposible, pero no pudo evitarlo.

H. M. se pasó la mano por la frente.

-¡Ajá! ¿Y cómo regresó a la casa sin dejar huellas? ¿También por accidente?

-No me ayuda usted mucho -comentó Masters-. Esa señorita, según el testimonio que le he leído, estaba desmayada en la galería, con la muñeca manchada de sangre, a las cuatro de la mañana...

H. M. asintió.

-Lo sé. También quería preguntarle respecto a eso. ¿Cómo estaba vestida?

Bennett se dio cuenta de que la red comenzaba a cerrarse. Lo vio un momento antes que Katherine se apartara de él y marchara rápidamente hacia el grupo reunido frente al fuego.

-¿Me permite que le diga cómo estaba vestida? -dijo, esforzándose por hablar serenamente-. Tenía puesto un camisón, una bata y un abrigo...

Masters se puso en pie, situándose entre la luz y H. M., de manera que Bennett no pudo ver a su tío.

-Pero no tenía zapatos -continuó Katherine-. ¿No comprende usted, mister Masters? Sólo calzaba chinelas. No podría haber salido sin zapatos o chanclos. Y si se los quitó

Librodot

después, tendrían que estar húmedos. ¿No le parece? Pues bien, yo fui esta mañana a su cuarto...

-Calma, señorita -le dijo Masters-. No nos dijo usted eso antes.

-¡No se me ocurrió! Pero esta mañana fui a su cuarto a buscar las sales aromáticas, y vi todos los zapatos y ropa que había traído consigo. Estoy segura de que vi todo, pues ayer me mostró lo que había comprado en los Estados Unidos. Ninguno de los zapatos o prendas estaba húmedo siquiera. Lo sé porque busqué un par de chinelas de abrigo para ella.. Me cree usted, ¿verdad?

Durante el silencio que siguió, el fuego chisporroteó en el hogar y Bennett vio los copos de nieve que volaban al otro lado de la ventana.

-La creo, miss -repuso Masters-. Sería muy fácil esconder un par de galochas, y creo que también sería fácil encontrarlas. Gracias por habérmelo recordado. ¡Potter!

-Señor.

-¿Tienes un par de hombres contigo? ¡Espléndido! Ya oíste de que se trata y sabes lo que hay que buscar. Cualquier clase de zapatos o chanclos húmedos, en cualquier habitación. ¿No tiene inconveniente en que revisemos su dormitorio, señorita?

-Por supuesto que no, pero no revuelvan.

-Enseguida, Potter -ordenó Masters. Cuando los pasos del inspector se apagaron en la distancia, señaló una silla-. ¿No quiere sentarse, señorita? Ha cometido usted muchas omisiones tontas en este caso, lo admito, pero esto es ya el límite. Miss Carewe no salió anoche, ¿eh? Tampoco salió usted. El hecho de que se encuentren zapatos masculinos húmedos no significará nada; pero si hallamos cualquier otra cosa...

A su espalda resonó un gruñido.

-Apártese de la luz, ¿quiere? -protestó H. M.-. No moleste al testigo, ¡maldición! Cada vez que alguien hace una pregunta razonable, salta usted como un gato. ¡Hum!... ¡Oiga, es usted una moza muy bien parecida... que me maten si no!

Se puso en pie en el momento en que Masters se apartaba, y una auténtica admiración se reflejó en su rostro. Bennett notó ahora que el viejo lucía un enorme sobretodo con un cuello de piel apolillada y los bolsillos llenos de paquetes de Navidad atados con cintas multicolores.

-¡Ah! También estás tú aquí, ¿eh? -agregó H. M., cambiando su expresión al ver a Bennett-. Parece que levantaste una liebre, hijo, y ahora quieres que la cace para ti... ¡Vamos, vamos!, no hay necesidad de preocuparse, miss Bohun. Espere usted a que el viejo comience a trabajar. El caso es que Masters no tiene tacto. Siéntense todos y pónganse cómodos.

-Se me ocurre -dijo Masters- que... ¿Qué diablos te pasa, Potter?

El inspector jefe se estaba poniendo nervioso, pero tenía razones para ello. Potter no tuvo intención de golpear la puerta al regresar a la biblioteca; pero lo hizo con gran violencia y el estrépito despertó los ecos de la espaciosa estancia.

-Perdone usted, señor -dijo Potter-; pero ¿no podría venir un momento?

-¿Qué pasa? -preguntó Masters. Durante un momento pareció incapaz de moverse-. ¿No será otro...?

-¡No sé, señor! Son los reporteros. Hay muchísimos, y uno de ellos, a quien tomé por periodista, debe de estar loco, señor. Dice que mató a miss Tait, o que hizo algo por el estilo...

-¿Qué?

-Sí, señor. Afirma que le envió una caja de bombones envenenados. Se llama Tim Emery, señor.

Librodot

El esposo de Circe

Un largo gruñido de satisfacción se oyó desde el rincón de la chimenea.

-¡Ajá! -exclamó H. M., agitando su pipa con ademán triunfal-. Ahora le tenemos. Le estaba esperando, Masters. Sí, ya me parecía que era así. Hágalo pasar, Potter... Un momento, hijo; sería mejor que tuviera en jaque a los periodistas hasta que yo pueda ir a ver el pabellón.

-¿Quiere usted decir que ese hombre mató a miss Tait, y...? -preguntó Masters.

H. M. lanzó un resoplido.

-¡Al contrario; eso es justamente lo que no quiero decir, estúpido! Es una de las tres personas de las cuales nunca sospecharía que la hubiera matado. Es verdad que le envió una caja de bombones envenenados; pero no para que los comiera. Sabía que ella nunca los probaba. Ya me pareció raro que enviaran tal cosa a alguien que nunca comía dulces, como lo sabían todos. El mozo no quiso matar a nadie. Sólo dos de los bombones tenían veneno, y la dosis de los dos juntos no era mortal. Aun a pesar de eso, el pobre tonto tuvo un ataque de remordimiento y aplastó uno con los dedos cuando le ofrecieron la caja, de manera que nadie más lo eligiera, y se tragó el otro él mismo. ¡Ja, ja! Dentro de un minuto entenderá usted sus razones, Masters... Hágale pasar.

Un momento después introdujeron a Emery. Parecía enfermo. Su rostro estaba intensamente pálido y demacrado. Lucía un amplio abrigo de pelo de camello humedecido por la nieve derretida, y hacía girar su gorra entre los dedos. Respiraba jadeante.

-¿Quién... quién es el jefe? -preguntó roncamente. Masters empujó una silla en su dirección, y H. M. se inclinó hacia adelante.

-Calma -gruñó el viejo-. Oiga usted, hijo: ¿qué es eso de venir aquí y enterar a todo el mundo del asunto de los bombones? ¿Quiere que le metan entre rejas?

-Fue lo único que se me ocurrió para que esos idiotas me dejaran entrar -respondió Emery ásperamente-. Creyeron que era un reportero. No me importa que me encarcelen. ¿Qué más da? ¿Puedo tomar un trago?

Introdujo la mano en el bolsillo interior de su abrigo.

H. M. le estudió atentamente.

-Su triquiñuela de agente de publicidad salió mal, ¿eh?

- ¡Un momento! -exclamó Emery, apartando la mano del bolsillo-. Yo no dije...

-Bueno, es lo mismo que si lo hubiera dicho. No sea simple. Ella le había prohibido comunicar a los diarios su paradero y no le permitió que publicara nada sobre ella. Por eso estaba usted enfadado. Pensó entonces fabricar una noticia sin hacer peligrar su vida. Usted iba a descubrir que los bombones estaban envenenados, pero Rainger se le adelantó. Gran noticia para los diarios: «Atentado contra la vida de Marcia Tait», ¿eh? Espléndida publicidad. Luego John Bohun insistió en que todos comieran uno de ellos, y usted sufrió remordimiento de conciencia... ¡Bah! -H. M. le estudió atentamente a través del cristal de sus enormes anteojos. Hinchó los carrillos y lanzó un resoplido, mirando luego a Bennett-. ¿Comienzas ya a entender por qué te dije ayer en mi oficina que no había nada que temer, y que la Tait no corría ningún peligro? Así habría sido si hubiéramos tenido que lidiar solamente con Emery. Pero no ocurrió así. Nos encontramos con que alguien quería matarla realmente... ¡Ja, ja! -continuó el viejo-. ¡Espléndido trabajo!

Todo lo que consiguió el agente de publicidad con su ingenio fue una dosis de estricnina, sin tener siquiera la satisfacción de que se publicara la noticia. En efecto, el amigo Rainger indicó algo que él no había tenido en cuenta: que habría una investigación policiaca y que tal vez no pudieran llevar a Marcia a su patria antes de que transcurriera el plazo concedido por el estudio. Se ve que Rainger es muy sensato.

Masters tomó su libreta de notas y asintió.

-Todavía hay motivo para efectuar una investigación -expresó-. En Inglaterra no somos muy aficionados a esa clase de periodismo. Al fin y al cabo, cuando se envía veneno a alguien, se incurre en una tentativa de homicidio. Me figuro que lo sabe usted, ¿verdad, mister Emery?

Emery le miró intrigado e hizo un ademán vago.

-Sí, pero... ¡Oh, qué infierno! -exclamó-. Era una magnífica noticia... ¿Qué más da? Ahora hay otra cosa.

-¿Sabe usted algo con respecto a ello? -inquirió H. M., en tono casual.

-Carl me ₜelefoneó. Estaba borracho como una cuba. ¿No puedo... verla?

Se estremeció al pronunciar estas palabras, y clavó la vista en H. M.

-Estaba completamente ebrio -continuó-. Me dijo que se hallaba en un pabellón y en un ataúd de mármol. No entendí lo que quería decir. El pobre idiota estaba llorando. No sé nada de eso, pero le conseguiremos el mejor ataúd de Londres, si es que no podemos llevarla al otro lado del charco. Dijo que iban a arrestar a Bohun. Aquí los ahorcan, ¿verdad? ¡Magnífico!

Hablaba sin fuerzas, mientras acariciaba el brazo del sillón con los dedos. Una idea le torturaba, y no pudo tranquilizarse hasta haberla expresado.

-Ahora tengo que decir la verdad -prosiguió-. Lo sabrían tarde o temprano. Si Bohun la mató, como dijo Rainger, la culpa es mía, pues yo se lo dije a Canifest... Se lo dije ayer por la tarde. Me escapé del hospital para hacerlo. Carl lo descubrió hace solamente dos días, y afirmó que era el mejor método de impedir todo. Sí. Quiero decir que descubrió que Canifest sería su productor, de manera que... -se encogió de hombros.

-Calma, muchacho. Beba un trago -dijo H. M.-, y pongamos esto en claro. ¿Qué es lo que dijo usted a Canifest?

-Que ella estaba casada.

Masters intervino entonces:

-Debo advertirle, mister Henry, qué tenga cuidado con lo que dice. Por su propia voluntad ha admitido algo que le pone en situación de ser acusado de tentativa criminal contra ella...

-¿Contra ella? -repitió Emery en tono quejumbroso, y dio un respingo-. ¡Cielo santo, nunca hubiera podido hacerle daño! Tienen ustedes unas ideas raras acerca de la justicia. Pero ¿por qué sigue usted insistiendo en eso? Escuche usted, cabeza dura: ella era mi esposa.

En el silencio que siguió se oyó un silbido. Emery miró a su alrededor y en su rostro se dibujó una expresión desesperada.

-Sí, ya sé lo que piensan -agregó-. Un don nadie. Un individuo poco digno de ser invitado a mansiones como ésta. ¡Muy bien! Ahora les diré yo una cosa. Yo convertí a Marcia en estrella -hablaba quedamente y con tono triunfal-. Pregunten a cualquiera quién la puso en el pedestal que ocupaba. Ya verán lo que les dicen. Yo la levanté cuando no era nada. Se necesitan agentes como yo para conseguir algo así. Habría hecho cualquier cosa por ella, como lo hice. Una de las condiciones que me impuso fue que nadie se enterara de nuestro matrimonio, por si eso dificultaba su carrera. Pues bien: supongo que tenía razón. ¡Muy bonito sería que supieran que estaba atada a mí! Todo lo que pude hacer fue inventar una esposa para poder hablar y mencionarla en las conversaciones cuando pensaba en Marcia. Era un consuelo para mí. La llamaba «Margarette», pues siempre me gustó ese nombre...

Su voz ronca se fue apagando. Emery parecía dominado por la vergüenza. Miró a su alrededor con expresión desafiante. Extrajo al fin del bolsillo un frasco de metal que se llevó a los labios. Después de beber un largo trago, dejó escapar un profundo suspiro.

-¿Quiere usted decir -tronó Masters, en tono incrédulo- que permitió...? ¡Vamos, vamos!

-Matrimonio a la moda. Bien, ya veo -intervino H. M. como si tuviera sueño, y sus anteojos se deslizaron hacia el extremo de su nariz, sin que se le cayeran-. No preste usted

Librodot

atención a lo que diga este hombre, hijo. El inspector jefe Masters comienza ya a sospechar de usted. Sé que no es fácil hablar en estas circunstancias; pero si quiere continuar... Bien; he tenido mucha experiencia de este loco mundo, y no me sorprende nada de lo que me digan. Todavía me daría usted un puñetazo en la nariz si dijera que su esposa era una perdida, ¿eh?

-Por mi parte -declaró Masters-, y piense lo que piense acerca de ese aspecto del asunto, tengo un deber que cumplir, y es el de averiguar quién mató a miss Tait. De manera que preguntaré a mister Emery si él sabía que ella y mister John...

El gruñido de H. M. le interrumpió.

-Ya sabe usted lo que iba a decir el inspector, hijo. Tiene usted el suficiente seso como para responder a una pregunta no formulada. Todo el mundo se siente mejor al fingir que el hecho de no llamar pala a una pala torna invisible dicha herramienta. ¿Entendido?

-¡Basta ya! -exclamó Emery, cerrando los ojos. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo-. Sí, lo sabía. ¿Están satisfechos? Lo supe desde el principio. Ella me lo dijo hace mucho.

-Comprendo -gruñó Masters-. ¿Y usted no...?

-Si eso la hacía más feliz -repuso Emery secamente-, por mí estaba bien. Ahora, ¡por amor de Cristo!, ¿me dejarán en paz? -su voz se elevó agudamente; H. M., que le miraba con fijeza, hizo callar a Masters con un ademán. El viejo parecía saber que

Emery continuaría hablando sin necesidad de que le obligaran a hacerlo-. Quería que progresara -continuó el agente de publicidad- y llegase a la fama. A decir verdad, no me importaba mucho que regresara a los Estados Unidos o que trabajara aquí; la hubiera acompañado en cualquier cosa que hiciese. Me resulta difícil creer que haya muerto, eso es todo... Sólo una cosa me duele. Quisiera salir de este país. Nunca comprendí lo que la gente pensaría de mí. Me di cuenta por la forma en que Canifest me miró cuando le dije que era su marido. Pareció considerarme como un insecto. ¿Qué me pasa?... Escuchen: les diré lo que yo he hecho -se reanimó un poco-. He alquilado el mejor Rolls Royce de Londres. Es un coche cerrado cuyos asientos se abren y se convierten en un lecho. En él la llevaré de regreso a la capital. Lo tengo aquí con un chófer especialmente vestido de negro. Llenaremos el coche de flores, y ella irá a Londres con una procesión fúnebre que será lo más grande que se haya visto aquí desde... desde...

El hombre hablaba en serio. A su manera, era ése el último tributo que podía brindar a su esposa.

-Bien; primero tendremos que realizar algunas formalidades -intervino H. M. Con gran lentitud y jadeando fuertemente, se puso en pie-. El inspector Masters y yo vamos al pabellón para examinarlo. Si quiere, puede usted seguirnos dentro de un rato. Dice usted que contó todo eso a Canifest ayer por la tarde. ¿Fue idea suya?

-Sí, en parte... Espere un momento; sí, creo que sí. No lo recuerdo. Se me ocurrió cuando hablé con Carl. Carl fue a visitarme al hospital poco antes de venir aquí -Emery hizo un esfuerzo para poner en orden sus ideas, y de nuevo recurrió al frasco de whisky-. Dijo que sería lo más conveniente. Él pensaba venir aquí para congraciarse con el hermano de Bohun y prometerle cualquier cosa a fin de poder introducirse en la casa. ¡Qué cómico es eso! Iba a ofrecer al viejo Bohun cincuenta mil dólares al año para que aceptara un puesto de consejero técnico...

-¡Ajá! ¿Era una proposición seria?

-¡No sea tonto!

H. M., fuese intencionadamente o sin darse cuenta, elevó la voz, y Emery adoptó el mismo tono involuntariamente.

-Entonces Rainger sabía que usted era el esposo de la Tait, ¿eh?

-Lo adivinó. En fin, yo lo admití cuando me dijo que teníamos que obrar con rapidez.

-¿Lo sabía John Bohun?

-No.

Librodot

-Tenga cuidado, hijo. ¿Está seguro de que piensa con claridad? Tome las cosas con calma. ¿No lo sabía John Bohun?

-¡Ella misma me aseguró que no! Me juró que no se lo había dicho.

H. M. se irguió.

-Muy bien -dijo quedamente-. Puede usted buscar a su amigo Rainger y ver si pueden hacerle recobrar la serenidad. Ahora nos vamos al pabellón... -miró a su alrededor-. ¿Dónde está ese sobrino mío? ¿Dónde está James B. Bennett? ¡Ah! ¡Hum! Ven conmigo. Quiero saber cómo estaba tendida en el suelo la Tait cuando la encontraste... y algunas otras cosas. Vamos.

Bennett miró a Katherine, que no había pronunciado una sola palabra desde la llegada de Emery. La joven ni siquiera habló cuando le hizo señas para que fuera...

Precedido por H. M. y por Masters, que anotaba algo en su libreta, el joven marchó por varios pasillos en dirección a la puerta lateral, donde el inspector Potter se esforzaba por mantener a raya a los caballeros de la prensa. Bennett tomó apresuradamente un abrigo que no era suyo.

-Quédese aquí -ordenó H. M. a Masters-, y haga una declaración para la prensa. Le esperaremos. Diga que no hay novedad por el momento -abrió la puerta-. Pasen, muchachos, y hablen con el inspector jefe...

Se abrió paso por entre los periodistas, protegiendo cuidadosamente su viejo sombrero de copa. Luego cerró con gran violencia.

Se detuvieron un momento en el pórtico lateral, aspirando grandes bocanadas del frío aire exterior. A su izquierda se extendía hacia abajo el camino de grava, pasando por debajo de las ramas unidas de los robles, en dirección a la carretera situada a unas doscientas yardas de distancia. A la derecha estaban los prados, sobre los que caía lentamente la nieve. Aunque el camino de coches estaba lleno de automóviles, el largo Rolls Royce, con sus cortinas bajadas, se destacaba sobre el fondo blanco de la nieve. Era la muerte que esperaba para llevarse definitivamente a Marcia Tait. Su presencia resultaba más chocante a causa del automóvil color amarillo que usaba Emery con las palabras *Cinearts Studios Inc.* pintadas en un costado y la estilizada cigüeña que remataba la tapa del humeante radiador.

Bennett y H. M. avanzaron juntos por el prado. Al mirar el joven su reloj, comprobó que faltaba poco para la una y media. A esa misma hora, la noche anterior, también caía la nieve...

-Sí, eso es -dijo la voz de H. M.

El joven se volvió para mirar a su tío, que, con su sombrero de copa y el abrigo con cuello de piel apolillada, parecía la caricatura de un actor de otra época.

-Fue a esta misma hora, anoche, cuando comenzó el asunto -continuó el viejo-. ¿Qué es lo que me han dicho respecto de ti y de la joven?

-La conocí esta mañana.

-¡Ajá! Se parece a Marcia Tait. ¿Es ése el motivo?

-No.

-Bien, no tengo inconveniente. Sólo hay que asegurarse de que no es una criminal o... -H. M. se rascó la barbilla- la parienta de un asesino. Sería muy molesto en el primer caso, y un tanto embarazoso en el segundo. ¿Puedes contemplar las cosas desde ese punto de vista? No, supongo que no. Nada valdrías si así fuera.

En fin, puedes estar tranquilo respecto a una cosa. Ella no vino aquí anoche para entrevistarse con la Tait... No, no, hijo. Estaba demasiado impaciente por demostrar que no lo hizo tampoco la hija de Canifest. Cree que fue ella.

-¿Lo cree usted?

-Todos piensan que fue una mujer, ¿no es eso? -inquirió H. M.-. Mistress Thompson no juró que fuera así. No, no. No quiso hacerlo. Eso amplía un poco el horizonte. Imagínate que no fue una mujer... Además, hay otra razón para que el viejo no pueda creer que Louise Carewe salió para aplastar la cabeza de la Tait. Dejaremos a un lado la problemática habilidad de la chica para volar sobre cien pies de nieve. Sólo te preguntaré una cosa: ¿por qué tardó

Librodot

tanto en hacerlo?

-¿Qué quiere usted decir?

-Digamos que bajó a la una y media. Según lo que afirma Masters, la Tait no fue asesinada hasta poco después de las tres. Fue para discutir con ella, dirás tú, y cuando vio que no podía convencerla decidió matarla. Eso le llevó casi dos horas. No puedo imaginar que nadie pudiera discutir con la Tait durante dos horas sin ser despedido de su habitación. Pero dejemos eso y miremos el asunto desde otro punto de vista. La actriz esperaba a John Bohun. No lo dudes. Esperaba noticias importantes acerca de Canifest. Pues bien: ¿puedes imaginar que la Tait quisiera tener a alguien en el pabellón cuando su *cher amant* llegase durante la noche, especialmente si ese alguien era la hija del hombre a quien tenía atado con una promesa de matrimonio? De Willard se libró bastante pronto; pero se nos pide que imaginemos que permitió a Louise Carewe quedarse allí dos horas cuando estaba esperando que Bohun llegara en cualquier momento. Y dos horas constituyen un tiempo bastante largo, hijo.

-¡Pero oiga usted, señor! ¿Aceptaría usted la idea de Rainger de que Bohun pudo haber venido aquí durante la noche? Ahora sabemos que no llegó hasta las tres de la mañana...

H. M. se había detenido. Se hallaba a la entrada de la avenida de siemprevivas. El viejo echó hacia adelante su sombrero mientras miraba a su alrededor. Lanzó una mirada hacia la casa, situada a unas cien yardas de donde estaban. Parecía estar midiendo la distancia.

-Por el momento no diré nada, muchacho, excepto que la idea de Rainger respecto a las huellas fue más tonta de lo que pensaron todos. John Bohun fue allí a la hora que dijo, y antes de llegar al pabellón no había huella de ninguna especie... No, no. Esa parte de su comportamiento no es la que me preocupa. Lo que me tiene inquieto es su conducta en Londres: su ataque contra Canifest, cuando creyó haberlo matado...

Bennett recordó entonces lo que olvidó a causa del rápido desarrollo de los acontecimientos, y preguntó qué había dicho Canifest a Masters por teléfono. H. M., que parecía estar inspeccionando el extremo de la avenida de siemprevivas, hizo una mueca.

-Sólo sé lo que me dijo Masters -replicó-. Parece que trató de imitar la voz de Maurice, y dijo: «¿Sí?», y Canifest manifestó: «Quería hablar con usted, Bohun, pero tengo la esperanza de que no será necesario explicarle mis razones para pedirle que envíe a mi hija de vuelta a casa inmediatamente». Algo por el estilo. Masters afirma que el otro hablaba con voz temblorosa. Le preguntó entonces: «¿Por qué? ¿Porque John le dio un puñetazo en la mandíbula y creyó que lo había matado al sufrir usted un ataque al corazón?». Naturalmente, Canifest se dio cuenta de que no era la voz de Maurice, y preguntó varias veces: «¿Quién habla, quién habla?». Masters le informó entonces que era un funcionario de la Policía y que Canifest tendría que venir aquí para prestarle su ayuda si no deseaba verse envuelto en un enredo mayúsculo. Tengo entendido que exageró un poco la nota. Le dijo que su hija estaba acusada de asesinato. Todo lo que pudo saber por boca de Canifest fue que Bohun le había seguido a su casa, entrando por una puerta lateral y tratando de reanudar una conversación «de negocios».

Luego hubo un altercado y John perdió los estribos. Naturalmente, Canifest no hablará mucho del asunto. Masters le ordenó que viniera enseguida, aunque estuviera enfermo, y colgó el auricular mientras Canifest pensaba en la desagradable publicidad que tendría si se negaba a prestarle ayuda

-Parece que Masters fue bastante franco... H. M. gruñó:

-¿Qué te parece? Vamos al pabellón -mientras marchaba fue golpeando los árboles con su mano en-guantada-. Oye: ¿no dijeron que habían dejado el cadáver allí y utilizaron el coche para llevar a Bohun? ¡Hum! Sí. Eso esperaba. ¿Tienes un pañuelo? Mis lentes están empañados. ¿Qué es lo que te preocupa?

-¡Pero, señor, si no había huella alguna y la mujer fue asesinada...!

-Eres como Masters. Lo raro del caso es que eso es lo más fácil de todo. Ten en cuenta que no digo que sé cómo se llevó a cabo la treta; pero tengo un presentimiento..., y si encuentro lo que espero hallar allí...

Librodot

-¿Sabrá usted quién es el asesino?

-¡No! -tronó H. M.-. Eso es lo malo. Todo lo que podría decirte ahora es el nombre de dos o tres personas que no tuvieron participación alguna en el hecho, y eso tampoco está de acuerdo con las reglas. Por lo general, estas triquiñuelas traicionan al asesino una vez que uno descubre la forma en que las ejecuta. Un crimen de cierta especie indica determinada clase de circunstancias, y éstas, a su vez, se van estudiando hasta que se ajustan a una persona como el lazo que emplea el verdugo. Pues bien: aquí tenemos la excepción. Aunque esté en lo cierto, es posible que no sepa la identidad del asesino porque...

-¿Sí?

Habían llegado al espacio abierto que se extendía frente al lago helado, sobre cuya superficie se veían ahora muchas hileras de huellas. El pabellón estaba a oscuras, y parecía una tétrica sombra sobre un sudario de nieve.

-Cuando le estaba poniendo las peras al cuarto al amigo Masters, creí que no se me podría contestar. Le pregunté si fue por accidente el que el criminal fuera al lugar del crimen y se alejase de él sin dejar una sola huella. Luego me reí como un idiota. Pero ahí está el quid, hijo, y toda la dificultad reside en que eso fue exactamente lo que ocurrió.

Bennett miró a su alrededor. Comenzaba a experimentar la misma sensación extraña que le asaltó la primera vez que se halló en ese claro al amanecer...

Bruscamente, levantó la vista.

Una luz acababa de aparecer en el pabellón.

Cenizas en el pabellón

Se veían débiles líneas de luz a través de las cortinas venecianas de las ventanas del cuarto situado a la izquierda de la puerta. H. M., que se había puesto la pipa en la boca, la hizo entrechocar entre sus dientes.

-Puede ser que uno de los hombres de Potter esté allí todavía -dijo-. O tal vez no. Enciende un fósforo y fíjate si hay nuevas huellas.

-La nieve las está cubriendo -respondió Bennett, después de haber gastado varios fósforos-, pero parecen nuevas y son grandes. ¿Quiere que...?

H. M. se adelantó tan silenciosamente como se lo permitían sus chillones zapatos. El sendero estaba de nuevo cubierto de nieve; mas no necesitaron avanzar secretamente. La puerta de entrada del pabellón se abrió en el momento mismo en que llegaban ellos.

-Me pareció -dijo Jervis Willard- haber visto a alguien ahí fuera. Debo disculparme por haber venido sin permiso, pero la Policía se había retirado y la puerta estaba abierta.

Permaneció a un paso de la entrada, con la cabeza un poco gacha. Las arrugas de su rostro eran invisibles en la penumbra.

-Usted es sir Henry Merrivale -continuó-. Me iré ahora. Espero no haber sido indiscreto. Ella está todavía en el dormitorio.

H. M. miró fugazmente a Willard y ascendió los escalones.

-A decir verdad, es usted el hombre con quien quería hablar -anunció en tono distraído-. No se vaya. Entre con nosotros. ¡Hum! Sí. ¿De modo que es esto?

Apartando la cortina de brocado que colgaba a la entrada de la sala, examinó la estancia un momento antes de pasar.

De nuevo se hallaban encendidas las velas eléctricas de los candelabros, iluminando el piso de mármol blanco y negro, los jarrones de bronce sobre los muebles de laca japonesa y

toda la decoración blanca, negra y roja de la habitación. Willard, que había seguido a Bennett, permanecía de espaldas a la chimenea.

-Le vi a usted en *Las Campanas* -manifestó H. M.-. No era Irving, pero lo hizo muy bien. Y su Otelo es lo mejor que he visto en mi vida... ¿Tiene usted inconveniente en decirme por qué interviene en afeminadas comedias de salón?

-Gracias -repuso Willard, mirando lentamente a su alrededor-. Probablemente porque son esta clase de salones y tenían esa clase de ocupantes.

-Sólo quería saber si era usted otro de los que cayeron en sus redes.

-Sí, pero no quedé preso en ellas.

-¡Ajá! Así lo creí. Quiero comprender bien lo de anoche, pues debió de ser usted la última persona que la vio antes de que llegara el asesino, cuando usted, Bohun y Rainger vinieron con ella. ¿Dónde se quedaron? ¿Aquí?

-No. En el dormitorio. Pero no nos acomodamos; ni siquiera tomamos asiento. Nos retiramos al cabo de unos minutos.

-Y cuando volvió usted aquí, según me dicen, ¿dónde estuvo con ella?

-También en el dormitorio. Bebí una copa de oporto con Marcia.

-Bien -gruñó H. M., distraído-. ¿Tiene un fósforo? Se dibujó una expresión risueña en el rostro de Willard.

-Lo siento. Di mi última caja a Marcia, y no llevo encima esos de colores que dan en la casa. ¿Le servirá lo mismo un encendedor?

-Es lo mismo -asintió H. M. y miró fijamente al actor-. No se le ocurra la idea de que quería pasarme de listo. Es mala política publicar a los cuatro vientos las sospechas, ya sean de mi parte o de la suya. Si hubiera tenido alguna duda, habría comenzado por pedir un encendedor. A decir verdad, quiero echar una ojeada a esa chimenea...

Poniendo en funcionamiento el encendedor que le entregara Willard, examinó cuidadosamente las cenizas grises y los escasos trozos de madera quemada. Puso la mano bajo la amplia campana, y estiró el cuello para mirar su interior.

-Es fuerte la corriente. ¿Lo notan? Esta chimenea es grande como una casa. ¡Hum!, sí. Hay escalones de hierro para el deshollinador. Sin embargo, no creo...

Sus ojos recorrieron la chimenea y el borde de la alfombra.

-La otra habitación. Guardaré el encendedor un momento.

Willard se adelantó, extendió la mano hacia la izquierda y encendió las luces del dormitorio. Aunque Bennett se hallaba suficientemente preparado, el espectáculo era menos desagradable de lo que esperara. La habitación de los numerosos espejos estaba en orden. Aún predominaba en la atmósfera el olor acre del magnesio quemado, y granos blancos del polvo para tomar impresiones digitales se veían en las superficies en que podría haber habido huellas. A excepción de que el cadáver se hallaba ahora en el lecho y cubierto con una sábana, los hombres de Potter habían colocado todo tal como estaba cuando lo vio Bennett por primera vez. Los fragmentos del botellón estaban frente a la chimenea, al borde de la alfombra; dentro de la chimenea seguían los fragmentos y trocitos aplastados de los vasos; el atizador estaba de nuevo con la punta sobre el montoncillo de cenizas; una silla en pie y la otra derribada, el taburete volcado y los fósforos diseminados por el piso.

-¡Hum! -dijo H. M.

Se encaminó pesadamente hacia la chimenea y examinó las cenizas. Al mirar hacia lo alto de la chimenea con ayuda del encendedor, puso en peligro su viejo sombrero de copa y gruñó algunas maldiciones. Recogió luego el atizador, lanzó un resoplido y volvió a dejarlo donde estaba. Con gran trabajo se agachó para estudiar los fragmentos aplastados de cristal, los cuales parecieron ponerle de mejor humor. Atrajeron entonces su atención los fósforos quemados. Se detuvo después para examinar un armario empotrado con cortinas, que contenía prendas de vestir, y examinó el contenido hasta hallar un vestido plateado. Después de echar una ojeada al primitivo cuarto de baño, regresó al centro del dormitorio, levantó un dedo y señaló con ademán malévolo a sus dos compañeros que se hallaban junto a la puerta.

Librodot

-¡Muñecos! -gritó.

Los «muñecos» se miraron asombrados.

-Sí, a ustedes me refiero -continuó H. M., siempre señalándoles con el dedo-. A ustedes, a Masters y a todos los que estuvieron aquí. ¿Es que nadie tiene sesos en esta época moderna? Hablemos de uno solo de todos los indicios especialmente preparados para ustedes. ¿No les dice nada el examen fugaz de esa chimenea?

-Bien, señor -repuso Bennett-; si quiere usted decir que el criminal entró y salió por la chimenea, parece muy factible. Pero no creo que eso le hubiera servido de mucho. Lo interesante es saber cómo llegó y se fue del pabellón. Quiero decir que aunque hubiese llegado al techo, aún tendría que cruzar cien pies de terreno cubierto de nieve. En cuanto a esa hazaña estilo Santa Claus, le hubiera resultado menos complicado entrar por la puerta principal.

H. M. pareció *hincharse.*

-De modo que quieres burlarte del viejo, ¿eh? ¡Bonita gratitud la tuya! Muy bien. ¡Muy bien! Sólo por eso, jovencito, no te explicaré lo que quería decir. ¡Ja, ja!... A decir verdad, no pensaba en absoluto en la chimenea. ¡Y basta ya! No he venido aquí para que me insulten. Ahora formularé algunas preguntas...

Se encaminó hacia el lecho y levantó una esquina de la sábana para examinar brevemente el cadáver. Su acción cambió sutilmente la atmósfera reinante. La luz que se filtraba por la ventana iluminó débilmente el rostro blanco y los cabellos de la muerta...

Bennett, que había apartado la vista, volvió de nuevo la cabeza y vio que H. M. lo miraba fijamente.

-Murió, más o menos, a las tres y cuarto -dijo-. Cuando viniste tú esta mañana, ¿estaba levantada la cortina de esta ventana? Piensa bien antes de contestar.

-Estaba levantarla Lo recuerdo muy bien porque traté de abrir la ventana para que entrara un poco de aire, y recordé que no se debía tocar nada en estos casos.

H. M. dejó caer la sábana y se acercó a la abertura.

-La ventana del dormitorio que se halla sobre los establos está en línea directa con ésta. Tú lo notaste, ¿eh?... Muy bien. Ve allí y muéstrame cómo estaba ella en el suelo cuando la viste. Sé que te parecerá tonto, pero échate al suelo y hazlo... ¡Ajá! Muy bien; ya puedes levantarte. Eso quiere decir que muchos de los fósforos quemados tienen que haber estado alrededor de ella. Como si los hubieran usado para iluminar la chimenea... Ahora bien: ¿te pareció, cuando entraste, que ella se había acostado? ¿Estaba la cama desarreglada?

-No lo creo.

-Perdone usted por inmiscuirme -intervino Willard-; pero me parece que se ha dado demasiada importancia a esos fósforos, cuando muy bien podrían no significar nada.

-Lo cree así, ¿eh? -repuso H. M.-. ¿Supone usted que alguien estuvo aquí sentado, encendiendo innumerables cigarrillos y arrojando los fósforos quemados al suelo? Si hubiera sólo uno o dos de ellos consumidos casi hasta el final, podría admitir que fueron usados para encender cigarrillos; pero doce o quince indica que alguien los estuvo encendiendo en la oscuridad.

-Podría ser que cuando Bohun descubrió el cadáver, al entrar desde la luz exterior a la penumbra de aquí -arguyó Willard-, se inclinara y encendiera un fósforo para asegurarse...

H. M. hinchó los carrillos y lanzó un resoplido.

-Pues, además de que él dijo que no hizo tal cosa, y no hay razón alguna para que lo negara, no se necesita una docena de fósforos para asegurarse de que una persona está sin vida. Además, me imagino que había bastante luz en ese momento como para ver sin ayuda de los fósforos..., ¿no es así? -se volvió bruscamente; Bennett presintió que había cierto sentido especial en la pregunta, además de lo que significaban las palabras.

-Sí -repuso-. Recuerdo haber notado que la luz de la ventana daba directamente sobre ella

Librodot

-Pero, ¡maldición! -exclamó Willard-, ¡no la mataron en la oscuridad!

Por alguna razón misteriosa, H. M. se mostró de pronto muy jovial.

-¡Oh!, el asunto es raro, hijo. ¿Por qué enciende fósforos el visitante? ¿Por qué hay dos fuegos exactamente iguales? ¿Por qué se enfada el visitante y pone dos vasos sobre la chimenea y los rompe?... A propósito, no fue usted quien hizo eso, ¿verdad?

-¿Qué?

-¡Ajá! Mejor será que se lo muestre. Venga aquí y mire. ¿Ve ese botellón? No está sobre la piedra de la chimenea, sino sobre la alfombra. Le desafió a que lo rompa derribando solamente el taburete para que golpee en él. El visitante lo rompió, hijo... Mire usted ahora esos vasos rotos. ¿Vio usted alguna vez un vaso que se rompiera con sólo caer al suelo? Le apuesto cinco libras a que no. Están sobre la piedra, donde el visitante los colocó para aplastarlos deliberadamente.

-Pero en una lucha...

-¡Ja, ja! -rió H. M., acomodando el abrigo sobre sus hombros-. Haga alguna vez esa experiencia. Ponga un círculo de vasos sobre el piso, imite a alguien que se tambalea durante una lucha, y vea si puede acertar a pisar uno de ellos. Ruedan, hijo. Son tan resbaladizos como anguilas. Y cuando descubra usted las probabilidades que tiene de romper, no un vaso, sino dos al mismo tiempo, se dará usted cuenta de que el viejo está en lo cierto. ¿Dijo alguien que no estamos mejor que antes? Bueno, respecto a esas chimeneas...

No oyeron abrirse la puerta de la sala ni ruido alguno de pasos. Pero sintieron una corriente de aire frío que agitó las cenizas de la chimenea y, según vio Bennett por el rabillo del ojo, la sábana que cubría a Marcia Tait. Fue tal la impresión que experimentaron que quedaron inmóviles.

-¿De modo que al fin pensó alguien en la chimenea? -dijo una voz aguda desde el umbral-. Debo felicitarle.

Maurice Bohun se hallaba en el umbral, apoyado en el bastón. Tenía una bufanda alrededor del cuello y una gorra le cubría la cabeza. Dirigió una mirada al lecho y se quitó la gorra con gesto irónico. Detrás de él se hallaba Masters, quien hacía señas a H. M.

-Pero aunque se le haya ocurrido, lo cual es sorprendente -continuó Maurice-, creo que puedo darle detalles más completos que nadie. ¿Tendría inconveniente en pasar a la otra habitación? ¡No puedo soportar la vista de la muerte!

Retrocedió rápidamente.

-Oiga usted, señor -manifestó Masters, mirando a H. M.-, no digo que le creo. No digo que sea verdad, pero si escucha usted lo que tiene que decir mister Bohun...

-Muy agradecido, inspector.

-... es posible que le resulte interesante. Al menos, explica varios puntos que no hemos podido aclarar. Y, en cierto sentido, creo que sería tal para cual y diente por diente...

-No despotrique usted, Masters -le riñó H. M. severamente-. Detesto esos incomprensibles juegos de palabras. ¿Qué diablos es esto? ¿No se puede tener un poco de tranquilidad sin que alguien venga a decirnos tonterías?

Maurice se inclinó un poco hacia adelante.

-Debe usted perdonar al jefe, inspector -protestó-. En su manera poco intelectual, se refiere a lo que se conoce con el nombre de «justicia poética». Tiene razón mister Carl Rainger; lleno de despecho, trató esta mañana de cargar la culpa del asesinato a mi hermano John, para lo cual dio una torpe explicación que no soportaría ni el examen más superficial.

Hizo una pausa, retrocediendo siempre y con los ojos fijos en el cadáver.

-Si pasa usted a la otra habitación; haré lo posible por demostrarle exactamente cómo mato Carl Rainger a miss Tait y apeló a un torpe subterfugio para escapar a mi atención. No deseaba hablarle en la casa, por si ocurría algo desagradable... ¿Me acompañará usted? Muchas gracias. No... puedo... soportar... la... vista de la muerte.

Salió tan rápidamente de la habitación, que tropezó y tuvo que agarrarse al marco de la

puerta para no caer.

Segunda acusación de asesinato

A las seis y media de aquella tarde Bennett se hallaba sentado en un sillón de su dormitorio. Le faltaba la energía necesaria para continuar vistiéndose para la cena.

Katherine no había regresado aún de casa del doctor Wynne, aunque telefoneó diciendo que John se salvaría.

El joven recordó el otro mensaje telefónico:

«Habla la secretaria de lord Canifest. Su señoría no podrá emprender el viaje en coche en estos momentos, debido a que anoche sufrió un ataque al corazón y ahora guarda cama. Si el funcionario de la Policía que telefoneó tiene alguna duda al respecto, podría comunicarse con el médico de su señoría...».

Bennett levantó la vista hacia un oscuro cuadro colgado sobre la chimenea, y miró luego la camisa de pechera rígida que tenía sobre sus rodillas. Aunque se perpetraran asesinatos y se produjeran suicidios, era necesario vestirse para la cena. Maurice estaba muy animado aquella noche; hasta llegó al punto de ordenar que se sirviera un jerez especial en honor de sir Henry Merrivale, quien había consentido en pasar la noche en White Priory. ¿Qué diablos tendría entre manos H. M.?

Al pensar en esto se preguntó también si Maurice estaría en lo cierto acerca del asesinato. Mientras Bennett, Masters y H. M. regresaban del pabellón, seguidos de Bohun y Willard, H. M. había dejado escapar unos cuantos virulentos comentarios *sotto voce* respecto a Maurice, su carácter y sus hábitos. Pero eso fue todo. Sólo había dejado escapar unos cuantos gruñidos cuando el dueño de la casa explicó su teoría sobre la forma en que se había cometido el crimen. En la salita del pabellón permaneció sentado y mantuvo el rostro inexpresivo mientras Maurice tejía diestramente una cuerda para el cuello de Carl Rainger. Masters se mostró impresionado, como, evidentemente, le ocurrió a Willard. Bennett estaba dispuesto a admitir que él también consideró aceptable la teoría. Pero H. M. se mantuvo impasible.

-¿Dice usted -gruñó- que Rainger todavía sigue muerto para el mundo y que está en su habitación? Muy bien. Que continúe así. Supongo que no temerá usted enfrentarlo con su teoría, ¿eh?

Bien. Bennett dudaba de que H. M. creyera en la explicación de Maurice. Pero la teoría era tan ingeniosa y plausible que resultaba casi inaceptable. Cuando Rainger acusó a John Bohun basándose en sus huellas, había tocado una avispa que podía volverle el aguijonazo. De nuevo, Bennett creyó oír la voz serena de Maurice:

-Esta mañana me di cuenta de que Rainger era probablemente culpable, y podría haberle dicho cómo cometió el asesinato -volvió la cabeza hacia Masters-. Recordará usted, inspector, que le insinué la posibilidad de explicarle el problema que le tenía preocupado. Sí, ya veo que lo recuerda. ¿Comprende usted por qué no podía hablar?

Masters exclamó:

-No sé qué pensar de usted, señor, se lo aseguro. Sí, sé por qué. Se preguntaba usted si la proposición que le había hecho Rainger era sincera. Y si en realidad le ofrecía un fantástico puesto con un salario fantástico, ¿quiere usted decir que estaba dispuesto a ocultar su participación en un asesinato?

Maurice se mostró algo extrañado.

-Era lo más lógico, ¿no le parece?

-¿Y creyó usted en esa oferta rara que le hizo?

-¡Admitamos que por un momento me dejé convencer! -repuso Maurice con súbita aspereza-. ¿Qué se podría pensar? Estos americanos están locos en todo lo que concierne al dinero. La hermandad del cine es peor aún. Además, si me permite usted, sir Henry, se confirmaron las dudas que abrigaba. Rainger me tomó por tonto... -Maurice se contuvo por temor de que sus palabras le hicieran pasar por más tonto de lo que se consideraba en aquel momento. Recobró el dominio de sí mismo-. Me gustaría saber si sir Henry habló deliberadamente en voz alta a ese hombre...

H. M. parpadeó, dejando escapar un gruñido.

-Es posible, es posible. Mi vista no es tan buena como debiera ser; pero noté algo blanco más allá de la puerta y me figuré que era usted. ¿Bien?

Tratando de olvidar todos los detalles, Bennett se levantó y comenzó a pasearse por la habitación mientras continuaba vistiéndose. Dejaría a un lado ese problema hasta que pudiera discutirlo con alguien, preferiblemente con Katherine, ya que el enredo concernía a Louise Carewe. H. M. había insistido en que no se interrogara a ésta hasta la noche, y Maurice se contentó con acceder...

Lo malo era.. Se ajustó la corbata y estaba poniéndose el esmoquin cuando alguien llamó ala puerta.

-¿Puedo entrar? -preguntó desde fuera la voz de Katherine-. Sé que no es el momento apropiado, pero tengo que verle. Todo marcha bien; acabo de ver a John. Todavía sigue inconsciente, pero ya no corre peligro.

Entró mientras hablaba Lucía un pesado abrigo de lana y el frío había enrojecido sus mejillas.

-Tengo buenas noticias -prosiguió-. Vi a Louise y la encontré vestida y dispuesta a bajar al comedor. Le parecerá raro, pero me siento mejor que nunca -se acercó al fuego para calentarse las manos y se volvió hacia Bennett-. A propósito, ¿qué le pasa a tío Maurice?

-¿Por qué?

-Está muy animado, y eso no me gusta Cuando entré, Thompson me dijo que había habido una discusión a causa de Rainger, y que Emery estuvo aquí toda la tarde, tratando de hacerle recobrar la serenidad, aunque sin conseguirlo. A juzgar por lo que me dijo Thompson, el hombre ha estado cantando y gritando por toda la casa, y eso es algo que tío Maurice detesta. Pero cuando entré, mister Emery bajaba por la escalera y tío Maurice se le acercó y... le dio una palmada en el hombro. ¡Es increíble! «¿Adónde va usted?», le preguntó. Emery parecía enfermo. Quise detenerme y preguntarle si podría servirle en algo, pero no lo hice porque no le conozco. Afirmó que tenía una habitación en el hotel de Epsom, donde está ella...

-Cálmese! No pierda la cabeza. Prosiga.

-No. Lo que pasa es que me extrañé cuando tío Maurice le preguntó: «¿Es usted amigo de mister Rainger?». Emery le contestó: «Claro que sí. ¿Y qué pasa con eso?», y tío Maurice le dijo: «Entonces tiene usted que quedarse a cenar. Oirá usted cosas muy interesantes». Emery le miró muy extrañado, preguntando: «¿Me invita usted a cenar? ¿No piensa como Canifest?». ¡Le aseguro que está muy turbado! Afirmó que la gente le consideraba un insecto; pero tío Maurice le interrumpió: «Si es usted amigo de mister Rainger, tendré mucho gusto en que se quede». Le aseguro que no lo entiendo.

-No se extrañe tanto. Tiene sus razones.

Ella giró sobre sus talones para mirarle.

-No comprendo...

Bennett le explicó la acusación contra Rainger, agregando:

-Siéntese y permítame contarle todo, pues les concierne a usted y a Louise. ¿Será usted franca conmigo?

-Sí. Es decir, en todo, menos en una cosa que no tiene nada que ver con asesinatos.

La joven le miraba fijamente, casi con expresión de desafío, aunque Bennett vio que le temblaban los hombros y respiraba algo agitada.

-¡No! -exclamó ella súbitamente cuando él se adelantó un paso-. Eso es lo que quise decir cuando afirmé que no sería franca. ¡Ahora no! ¿Comprende usted? Soy una... ¡Oh, no sé! Pero abandono mis sentimientos hasta que no haya que pensar más que en ellos... Cuénteme ahora lo que iba a decirme respecto a Maurice.

-Maurice -replicó él- acusó a Rainger del asesinato de Marcia. Ya se lo he dicho. Iba a preguntarle si creía usted realmente que Louise no había ido al pabellón. Pues, según lo que afirma Maurice, ella lo hizo. Siéntese. En cierto modo, esto le concierne.

-¿Cree usted de veras que Rainger...? ¿Qué piensa de ello ese hombre que puede ver a través de las paredes?

-Eso es lo que no comprendo. El único comentario que me hizo seriamente fue que Rainger podría haber cometido el crimen. Pero no me parece que crea... Bien; le explicaré la situación. Rainger se propasó anoche con usted, y Marcia lo notó. No le agradaba que los hombres prestaran atención a otras mujeres cuando ella estaba presente, y se aprestaba a la ofensiva cuando uno de ellos apartaba la vista de sus encantos. Usted misma me lo dijo. ¿Recuerda habernos dicho que Marcia le habló y él contestó: «¿Lo dices en serio?». Maurice afirma que ella le invitó a ir anoche al pabellón.

Ella le miró fijamente, sonrojándose.

-Entonces -dijo de pronto-, a la una y media, cuando vi a Rainger subir la escalera y me dijo: «Puede usted olvidar lo que le dije esta noche. Tengo algo mejor entre manos», se refería a que pensaba ir más tarde al pabellón, ¿verdad?

-Sí. ¡Y Maurice lleva el asunto aún más lejos, pues da una razón para todo! Ella no invitó a Rainger a que la visitara para que le hiciera el amor, sino todo lo contrario, aunque Rainger lo ignoraba. Su idea era tenerlo allí para que John se enfrentara con él, y si era necesario le retorciera el cuello...

-¿Por qué?

-Porque Rainger fue el causante de que Emery dijera a lord Canifest que estaba casado con Marcia. Ella sabía que podía manejar a Emery; pero tal cosa le sería imposible estando Rainger por medio con sus insinuaciones. Éste fue el causante de todo, aunque no hubiera sido el asesino. Marcia había oído rumores de la traición. Por ello, John decidió visitar a Canifest -el joven titubeó, pero ella le hizo señas de que continuara-. Pues bien: Emery cree que John ignoraba que Marcia era su esposa; pero, lo supiera o no, la sorpresa de enterarse de labios de Canifest que su sueño respecto a la obra había fracasado ya era bastante mala de por sí. Y John sabía quién había obligado a Emery a que dijera la verdad. Esta mañana, cuando habló con Willard y conmigo, dijo que Rainger era el causante de todo. ¿Comprende usted? Tanto él como Marcia habían oído rumores al respecto. Y Marcia invitó a Rainger a ir al pabellón porque esperaba que John regresase con malas noticias, y, tanto ella como éste, iban a echárselo en cara a Rainger.

-¡Pero no lo hicieron! No podrían haberlo hecho, a menos...

-No. Eso es -el joven se preguntó si Katherine estaría enterada de lo ocurrido entre John y Canifest, y decidió que lo mejor sería no mencionar el incidente-. John se entretuvo en la ciudad, y, después de intentar retener a Rainger en el pabellón, ella se vio forzada a entenderse con él a solas. ¡Caramba, la teoría es demasiado plausible! Aun en lo que se refiere a la parte desempeñada por Louise. Ésta entró en el asunto involuntariamente. La misteriosa mujer que mister Thompson vio en el prado a la una y media, la persona que provocó los ladridos del perro, fue Louise. Ella fue al pabellón para hacer un último ruego a Marcia. Si ésta no escuchaba sus razones, no pensaba matarla, pero sí desfigurarle el rostro a latigazos...

Katherine palideció.

-¿Cómo sabía eso tío Maurice? -inquirió con voz temblorosa-. ¡Nadie dijo nada acerca

del látigo! No se lo he dicho a nadie. Traté de ocultar...

-Sí, ya lo sé. Maurice tiene la bonita costumbre de escuchar a hurtadillas. Ha oído todo lo que se ha dicho en esta casa. No me sorprendería que nos estuviese escuchando en este momento.

Bennett creía ver en todas partes el rostro pálido e irónico del dueño de la casa. Tan fuerte era su impresión que se encaminó hacia la puerta, la abrió y se asomó. Tranquilizado al ver que la galería estaba desierta, volvió al interior del dormitorio.

-E indicó algo que no habíamos tenido en cuenta: que ninguna mujer podría usar corno arma mortal el extremo más pesado de un látigo. Éste tenía otro cometido: el de desfigurar. Pues bien: ella fue al pabellón a la una y media. Rainger, por su parte, pensó que los ladridos del perro anunciaban la llegada de John. Se encaminó a su cuarto y esperó unos minutos hasta que el recién llegado estuviera en su habitación. ¿Comprende usted?

-Sí, pero..

-Espere un momento. A las dos menos veinte, Rainger bajó, todavía con su ropa de etiqueta. Salió por la puerta trasera y se encaminó hacia el pabellón con la idea de pasar un rato agradable. Y cuando llegó allí oyó el altercado. Louise estaba furiosa y se lanzó contra la Tait con su látigo. Alguien sufrió una herida y hubo un poco de sangre; pero la Tait era más fuerte que ella, y consiguió sacarla de allí antes de que interviniera Rainger. Todavía con el látigo en la mano, Louise vino hacia la casa, llorando y perdido ya su valor; la Tait no hizo más que reír. El incidente la había divertido.

Al repetir las palabras de Maurice, Bennett comprendió cómo el hombre había podido escribir una comedia brillante.

-Lo que le ocurrió a Louise, según explica Maurice -continuó-, ya puede usted imaginarlo. Su valor había desaparecido. Regresó a la casa no más tarde de las dos menos cuarto. Estaba histérica. No se quitó el abrigo ni los zapatos mojados. Se acostó a oscuras y caviló hasta casi perder la razón. Luego decidió ir a su cuarto y contárselo todo a usted. ¿Puede usted imaginar un motivo más aceptable para despertar a alguien a esa hora de la madrugada? De camino hacia su habitación, se extravió en la oscuridad... Una sombra la asustó, haciéndole perder la poca razón que le quedaba... Lanzó un grito, y cuando abrió los ojos, usted y Willard estaban junto a ella. Louise le hubiera contado a usted lo ocurrido, pero no podía hacerlo en presencia de Willard. Volvía a ser la de antes. Pero vio la sangre que tenía en la muñeca y enseguida gritó lo que una mujer de su tipo podía pensar en ese momento: lo del «hombre misterioso» que se le echaba encima...

-No puede ser -respondió Katherine serenamente-. Pero eso no importa. No tiene relación alguna con la presencia de Rainger en el pabellón. Ya estoy enterada de la «situación imposible»; el doctor Wynne me la explicó cuidadosamente. Si Rainger la mató, ¿cómo pudo salir de allí?

-Por medio de la treta más sencilla del mundo, si es verdad. ¿Le habló el doctor Wynne respecto a cómo estaban las cosas? ¿Le dijo cuál era el aspecto de todo?

-Sí; prosiga usted. ¡Quiero saberlo!

-Muy bien. Cuando la nevada arreciaba más, Rainger acudió a la cita. La Tait no pensaba decirle nada hasta que llegara John con noticias precisas; tal vez creyera que Rainger podría ser un amigo útil, o quizá temía su inteligencia y su ira. Se mostró muy amable con él, mientras John no estuviera allí para ponerse de su parte cuando le echara en cara su traición. Pero... el tiempo transcurría, las cosas se pusieron cada vez más desagradables, dieron las dos, las dos y media, y John no aparecía... La explosión debió de producirse a eso de las tres, cuando Rainger comenzó a sospechar, y Marcia comprendió, súbitamente, que si la noticia fuera buena, John ya habría regresado. Es decir, el plan había fracasado y John temía regresar a decírselo. Y todo era por culpa de Rainger, de ese hombrecillo rechoncho y feo que trataba de hacerle el amor...

-¡Por favor -exclamó Katherine, estremeciéndose.

Librodot

-Me temo que confirma usted lo asegurado por Maurice -expresó Bennett, algo inquieto-. ¿Imagina lo que ella comenzó a decirle? Parece raro; pero cuando Rainger nos habló esta mañana de una entrevista imaginaria entre Marcia y John, al acusarle del asesinato, empleó estas palabras: «Y ella le dijo por primera vez cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia él». ¡Cielos qué bien se aplica eso a él! Todo lo que dijo respecto a John podría haberlo estado pensando acerca de sí mismo. Furioso como estaba, dice Maurice, no olvidó este detalle. Se dio cuenta de que si mataba a Marcia a golpes, la culpa se la echarían a Louise, quien, según sabía, la había atacado. Pero, en cualquier caso, no se contuvo. La mató con uno de los jarrones de metal que hay en el pabellón. Tiene unos bordes afilados que pudieron haber producido las heridas que tenía Marcia. Posteriormente lo lavó y volvió a ponerlo en su sitio, a fin de que se creyese que había sido Louise con su látigo de montar. En esto es razonable la teoría de Maurice. Ése es el motivo por el que Louise inventó al hombre misterioso que la atacó en la oscuridad. ¿Por qué iba a venir el asesino desde el pabellón sin lavarse las manos? Allí hay agua. Aunque no conociera el lugar, es lo primero que habría buscado.

La joven se pasó la mano por la frente. Parecía aturdida.

-Y un poco de sangre fue el resultado de la tentativa de Louise... -murmuro-. Pero ¿y Rainger? Tenía que regresar del pabellón, ¿verdad? ¡Y la nieve había dejado de caer! Además de eso, si sabía que las sospechas recaerían sobre Louise, ¿por qué trató de culpar a John?

-Porque se vio obligado a ello. Tuvo que cambiar sus planes por la misma razón que atribuimos a todos los que han sido acusados. La nieve había cesado, y él no lo tuvo en cuenta. Debe de haber sufrido una sorpresa muy desagradable cuando descubrió que al dejar de nevar se había ido al diablo su plan. Si quedaban sus huellas marcadas, no tendría posibilidad de acusar a nadie. Por ello un hombre menos astuto no habría podido salvarse. Él lo hizo de manera brillante. Le diré...

Ella protestó:

-¡Espere un momento! El doctor Wynne me habló de la acusación lanzada por él contra John... Pero si quería acusar a Louise, ¿no podía haberlo hecho? Alguien preguntó por qué la persona atrapada en el pabellón no borró las huellas a fin de que no se reconocieran. Rainger contestó a esto que hubiera llevado mucho tiempo, y los ladridos del perro habrían llamado la atención a los ocupantes de la casa. Mas eso no podría aplicarse a Rainger. El sabía que *Tempest* estaba encerrado; oyó a tío Maurice dar orden de que lo hicieran. Las huellas borrosas se habrían atribuido a Louise, y él disponía de todo el tiempo que necesitaba, ¿no es verdad?

Bennett sacó un cigarrillo y lo encendió.

-Eso es justamente lo que dijo Masters a su tío. Pero resulta que Rainger se encontraba en una situación aún peor. Tampoco podía correr el riesgo de perder mucho tiempo. No había necesidad de temer al perro, pero...

-¿Qué?

-¡Temía que John se presentara en cualquier momento! Naturalmente, cuando Marcia comenzó a insultarle, debió de decirle que esperaba a John. Le había dicho que él iría al pabellón cuando regresara. Rainger sabía que éste no había vuelto, ya que, de otro modo, habría oído el ruido de su coche. De manera, pues, que si se ocupaba de borrar sus huellas y se encontraba con John en medio del prado..., ¿comprende usted?

-Pero ¿qué hizo? ¿Qué podía hacer?

Bennett respiró profundamente antes de continuar:

-Verá usted. Según sugiere Maurice, el hecho de que John no hubiera llegado inspiró a Rainger una idea. El sabía que durante esa noche, o por la mañana temprano, John iría al pabellón. Iría tan pronto como llegara de Londres, o se presentaría por la mañana para salir a cabalgar con la Tait. Tal vez Rainger tuviera que esperar largo tiempo; pero lo más probable era que John fuese la primera persona en ir a ver a la Tait..., y si no era John, cualquier otro le serviría para el caso. Oyó llegar el coche de John a eso de las tres y cuarto. Este no fue enseguida, lo cual tal vez significaba que había entrado a la casa un momento Rainger estaba

Librodot

siempre en peligro si trataba de salir del pabellón, sin saber qué hacía John. De manera que su inspiración fue acrecentándose hasta que concibió un plan para una coartada perfecta... ¿Vio usted a Rainger esta mañana?

Ella le miró extrañada.

-Sí. A eso de las ocho y media. Estaba en la puerta de su cuarto, poniéndose una bata de colores horribles. Creo que daba palmaditas a una de las doncellas... ¡Sí, a Beryl! Le tocaba la cabeza y decía: «¡Buena chica, buena chica!». ¡No sé si ya estaba ebrio o no.

-¡Sí! Volvamos a la teoría de Maurice. Beryl fue quien le dijo que John no había ocupado anoche su cama. Su tío no se acostó, estuvo paseando por su habitación toda la noche. No sabía cómo presentarse a la Tait con sus malas noticias, ¿comprende usted? Y Rainger, como le he dicho, no se aventuró a salir del pabellón..., pues vio la luz en el dormitorio de John. Maurice hizo entonces una pregunta muy significativa: «¿Por qué, antes que ninguno de nosotros estuviéramos enterados de ningún detalle, Rainger preguntó si la cama de John estaba desarreglada o no? ¿Qué le hizo pensar en ello?». El misterioso Maurice contestó: «Porque Rainger vio la luz encendida durante toda la noche en ese cuarto, y estaba ideando entonces su plan para echar la culpa de todo a John...». Ahora bien: usted vio a Rainger esta mañana. Todavía estaba vestido con ropa de etiqueta, ¿verdad? Al menos tenía puesta la camisa y los pantalones, ¿no?

-Sí, así lo creo. No recuerdo...

-Estaba así cuando habló con nosotros en la biblioteca. ¿Notó usted algunas manchas de suciedad en sus hombros y en su camisa?

-Sí, lo noté, pues creí que querría acercárseme...

Bennett se levantó. Puso la mano debajo de la campana de la chimenea, y volvió a sacarla manchada de hollín.

-¿Como éstas? -preguntó-. Sí; yo mismo vi las marcas. Pues bien: los fuegos del pabellón estaban apagados.

Las chimeneas son enormes y tienen escalones de hierro para los deshollinadores. Rainger se quitó la americana cuando trató de ver si podía hacerlo. Comprobó que era posible y luego esperó pacientemente a que se presentara John. Tuvo que apagar la luz mucho antes de que se hiciera de día, por si alguien la veía desde los establos. Pero tuvo que encender varios fósforos en la oscuridad para consultar su reloj repetidas veces. Dejó abierta la puerta principal del pabellón. Ya llegaría el momento de obrar cuando oyera los pasos de John. ¿Todavía no se da cuenta? Cuando John descubrió el cadáver, Rainger estaba oculto en la chimenea. Sabía que estaría seguro cuando llevaran a cabo el inevitable registro de la casa. Así fue. John y yo lo efectuamos. Mientras nos hallábamos en la parte posterior del pabellón...

-¡Pero todavía tenía que irse de allí!

Recordó Bennett entonces la expresión triunfal que se reflejara en el rostro de Maurice cuando éste señaló con su bastón a H. M. y dio el toque final a su acusación.

-¿Ha olvidado usted -dijo Bennett, repitiendo las palabras de Maurice- que Rainger tiene los pies tan pequeños como los de una mujer? Nos dimos cuenta de ello esta mañana, en la biblioteca. ¿Ha olvidado también que su tío John calza un número muy grande?... ¿No cree que usted, por ejemplo, podría regresar a la casa sobre sus huellas sin tocar siquiera sus bordes, mientras dos cegatos están registrando el otro lado del pabellón? ¿Ha olvidado que, una vez que estuviera al otro lado del lago, la curva de la avenida de siemprevivas la ocultaría de nuestra vista? Con un pie número treinta y ocho, dentro de una huella dejada por un número cuarenta y tres, podría usted regresar tranquilamente y de manera normal, entrar en la casa por la puerta que John dejara abierta al salir, y como podría haber discusión acerca de esas manchas raras en las huellas, podría explicarlo después exactamente, como lo hizo Rainger, para hacer recaer las sospechas en John Bohun.

Sobrevino una larga pausa. Bennett arrojó al fuego la colilla de un cigarrillo.

Muy pensativo, agregó:

-No diré que sea una conspiración de los hados ni un ejemplo de las coincidencias raras que pueden ocurrir. Todo lo que diré es que en el futuro seré muy cuidadoso cuando tenga que formar parte de un jurado. Hay dos explicaciones perfectas y convincentes, cada una formada con los mismos detalles, señalando a dos personas diferentes, y, al parecer, las únicas que pueden dilucidar una situación imposible. Pero si en este enredo de pesadilla nos dan una tercera explicación, me haré confinar en un manicomio. La acusación contra John se desbarató. Si ocurre lo mismo con la que hay contra Rainger..., ¿qué me dice usted?

- ¡Pero eso es lo que iba a decirle! -exclamó ella, muy excitada-. Me interesó tanto su relato que lo olvidé. ¿Recuerda usted que dije que tenía buenas noticias? No tiene nada que ver con la culpabilidad o inocencia de Rainger, pero...

Giró sobre sus talones, a punto de lanzar un grito. En el camino, debajo del cobertizo para vehículos, habían comenzado a sonar las explosiones de los escapes de varios motores fríos, cuando los últimos periodistas se dirigían hacia la carretera, despedidos por Potter. Pero no fue eso lo que los hizo callar y mirarse llenos de aprensión.

-Pareció un... -dijo Katherine, y no pudo continuar.

El triángulo de plata

El sonido que les llamó la atención fue como un gemido ahogado. Imposible adivinar si procedía de cerca o de lejos; le siguió un golpe sordo. Bennett sintió que se le erizaba el pelo.

El rugir de los motores continuaba en la cochera, mas el ruido no formaba parte de ellos. Se encaminó hacia la puerta y la abrió.

-¿Fue...? -preguntó Katherine, agregando -: ¡No salga!

La galería estaba a oscuras.

-Hace un momento estaban encendidas las luces -dijo él-. Tuve la idea de que Maurice podría estar escuchándonos y me asomé... ¿Por qué me dice que no salga? No hay nada que temer.

Desde la galería no llegó el menor ruido. Alguien había apagado recientemente las luces. Sin querer, dirigió la vista hacia la habitación del rey Carlos, al otro lado del corredor. Allí estaba esa mañana cuando oyó el ruido que le hizo encontrarse por primera vez con Katherine Bohun; esa mañana, cuando Louise Carewe, dominada por el delirio, trató de estrangular...

El sonido se parecía al que acababan de oír, aunque se diferenciaba ligeramente. Le acometió el presentimiento de que el asesino se deslizaba por la oscuridad. ¿Quién sería?

Cruzó la galería, tocó la puerta del cuarto del rey Carlos, y estuvo a punto de dar un salto cuando oyó ruido de pesados pasos procedentes del otro extremo del corredor.

-¿Quién ha apagado las luces? -gruñó la voz de H. M.-. No puedo ver ni siquiera mis lentes. ¡Ea! A ver si puede encontrar el interruptor, Masters.

Se oyó el chasquido de un interruptor y se encendieron las luces. H. M. y el inspector se detuvieron al ver a Bennett.

-¡Hola! -exclamó el viejo, encaminándose hacia su sobrino-. ¿Qué te pasa, eh? ¡Que me maten! ¡Parece que has visto un fantasma! -volvió la cabeza y vio a Katherine parada en el umbral-. ¿La chica y tú habéis estado jugando? Buenas noches, señorita.

-¿Oyeron algo?

-¿Sí oímos algo? He estado oyendo ruidos todo el día, y la mayor parte de ellos provienen de mi propia cabeza. Estoy cansado y quisiera tomar una copa de coñac y que nadie me hiciera vestir para la cena, aunque hubiera traído ropas. Pero hay algo que tengo que hacer...

-Ya veremos -dijo Bennett.

Abrió la puerta de la habitación, extendió rápidamente la mano y encendió las luces, preparándose para cualquier cosa.

No había nada. La habitación del rey Carlos, destinada ahora a John Bohun, estaba limpia y en orden. Las ropas estaban guardadas; la alfombra, ya lavada en el sitio en que se manchó de sangre. Las ventanas corridas se agitaban suavemente a causa de la corriente de aire.

-¿No hay fantasmas? Aquí venía -expresó H. M.-. Tengo que ver algo, y deseo dar un par de órdenes, si encuentro lo que espero. Masters me ha ocultado un detalle. ¿Por qué no me lo dicen todo? Encuentran a John Bohun con una bala en el pecho y un trozo de plata en la mano, pero nadie se molesta en hablar de este detalle. ¿Dónde lo guardó usted, Masters?

El inspector jefe se mostró algo molesto. Tenía puesto el sombrero y el abrigo, y, al parecer, había estado a punto de regresar a casa del inspector Potter.

-¡Pero no creemos que sea importante, señor! -protestó-. Tal vez se trate de un objeto que tenía una significación sentimental para Bohun. Él no tuvo nada que ver en el asesinato, y no es lógico suponer que tuviera en la mano un indicio referente a algo que no hizo..., especialmente después de haber escrito una nota en la que confirmaba justamente lo que digo... Lo guardé en el cajón de la mesa.

-Un recuerdo, ¿eh? Bien, ya veremos. ¿Quiere usted pasar, miss Bohun? Cierra la puerta, Jimmy, haz el favor.

H. M. fue hacia un macizo sillón de roble y se sentó en él, abriendo enseguida el cajón de la mesa.

Como podría habérselo dicho cualquiera de los jugadores de póquer del Club Diógenes, Bennett descubrió, por la expresión de su rostro, que era inútil tratar de adivinar los pensamientos de H. M. El viejo retiró del cajón el mismo trozo de plata de forma triangular que Bennett vio cuando Masters se lo mostró por la mañana. H. M. no cambió de expresión; pero pasó un momento antes de que hablara, como si hubiera oído más bien que visto algo.

Sopesó el trozo de metal.

-¡Hum! No. Parece como si se hubiera roto y perteneciera a algo más grande... ¿Reconoce usted esto, miss Bohun? ¿Es algo de valor sentimental que él hubiera querido tener en sus manos cuando dio el paso fatal?

La joven movió la cabeza.

-No. Es la primera vez que lo veo.

Se oyó un ruido metálico cuando H. M. dejó caer el troza de plata en el cajón de donde lo sacó.

-Bueno, Masters, mañana por la mañana regreso a Londres. Conozco a un platero que me dirá enseguida de dónde ha salido esto. Lo recogeré mañana y se lo llevaré. Es decir..., si es necesario. Tal vez sí, tal vez no. Todo depende. Estaba pensando en otra cosa -extrajo su reloj y lo consultó-. Son las siete. Cenaremos a las siete y media... Miss Bohun, ¿qué hora era cuando comenzaron anoche el recorrido de la casa a la luz de la luna y cuando llegaron a esta habitación y alguien trató de arrojar a la Tait escaleras abajo?

-Cerca de las once, según creo.

- ¡Oh!, ¿no pudo ser más temprano? -dijo H. M., en tono quejumbroso-. ¡Que me maten! ¡Tengo que dormir un poco! Me gustaría adherirme a las reglas poéticas, pero tengo que pensar en mi salud. Digamos a las... Bueno, que así sea, a las once. Así Masters tendrá tiempo de comer y dormir un poco antes de regresar. Poco después de las once es muy posible que les presente al asesino... Tendremos otra reunión a la luz de la vela, y reproduciremos el incidente ocurrido. Cifro muchas esperanzas en la reconstrucción de la escena.

Masters se puso rígido. H. M. había hablado en tono tan causal, que transcurrió un momento antes de que comprendieran plenamente el significado de sus palabras.

-¿Otra de sus bromitas, señor? -preguntó el inspector jefe-. ¿O lo dice usted...?

-¡Claro que lo digo de veras!

-¿Y la persona que mató a miss Tait es una de ese grupo de cinco que la acompañaba anoche por la escalera?

-¡Ajá! Eso mismo.

Bennett, que estaba nombrando mentalmente a los componentes del grupo, miró a Katherine. Ella hizo un gesto como para protestar. Todos dieron un respingo cuando el último de los automóviles de los periodistas rugió al alejarse, y desde el camino llegó el grito de despedida lanzado pon el inspector Potter. H. M., que se estaba acariciando la nariz en actitud pensativa, pareció concebir una repentina idea. Se levantó para encaminarse hacia la ventana que daba encima de la cochera. Una ráfaga de aire helado agitó los papeles de la mesa cuando H. M. abrió las dos hojas de la ventana.

-¡ Oiga! -llamó.

El inspector Potter le miró desde abajo.

- Estamos en la habitación de John Bohun. Entre en la casa y llame a Thompson, ¿quiere usted, muchacho? Dígale que venga aquí enseguida. Se me acaba de ocurrir algo. Gracias.

La ventana se cerró con violencia. Masters dijo:

-¡Pero oiga, señor, volvamos al asunto! No acierto a comprender esto. Dice usted de pronto y con toda calma que espera mostrarnos al asesino a las once de la noche, y que lo hará reconstruyendo la tentativa de arrojar a miss Tait escaleras abajo...

-Eso es.

-No pongo en tela de juicio sus ideas. Soy el primero en admitir que en el pasado han sido muy buenas; pero ¿de qué puede servirle esa escena espectacular? No esperará usted que el criminal sea tan amable como para empujar a algún otro, ¿eh? Y de nada vale tratar de sorprender a nadie en una falsedad respecto a cómo estaban allí; los he interrogado a todos, y se confundieron tanto con la luz de una vela que nadie recuerda dónde se hallaban los demás. ¿Qué otra cosa...?

Masters se interrumpió. Su mirada vagó hacia la puerta de la escalera con sus refuerzos de hierro, su grueso pasador y su enorme cerradura en desuso. H. M., que le observaba atentamente, pareció dominado por un gran regocijo.

-Ja, ja! -rió-. Ya sé lo que está usted pensando, Masters. Tiene usted una mente muy aficionada al melodrama. Debo de haber leído docenas de novelas así, y son más cómicas que ver a alguien sentarse sobre un sombrero de copa. Ya sé, ya sé... Vestimos a alguien con la ropa de la Tait. A miss Bohun, por ejemplo. La ponemos al pie de la escalera. Las luces están apagadas; el grupo de personas, reunido en el rellano; se eleva la luz de la vela; de pronto se ve una figura espectral que retorna del sepulcro. La figura misteriosa levanta la mano y señala hacia arriba, canturreando en voz profunda: «¡Tú fuiste!». El asesino, dominado por el remordimiento, lanza un grito y se desmaya. ¡Que me maten, Masters; pero el trabajo policiaco seria como un lecho de rosas si las cosas fueran tan fáciles!

Meditó un momento, mientras se rascaba la calva.

-Le diré, Masters. En nueve casos de cada diez, el asesino se reiría en nuestras barbas... Pero no puedo menos de imaginar que este caso es la excepción, y que realmente daríamos una fea sorpresa a X si lleváramos a cabo una habilidad tan gastada como ésa. Es la imaginación lo que vale, la imaginación que trabaja en una persona de un tipo particular. El cerebro no cuenta. Además, X es bastante inteligente, pero su inteligencia no tuvo nada que ver con el asesinato. Dije antes, y vuelvo a repetirlo, que la belleza del caso reside en el accidente más afortunado que pueda haberle ocurrido a hombre alguno... Pero no haremos la pantomima, pues de nada serviría asustarle si no podemos probar nada. Tengo otra idea. Estaba aquí sentado, pensando, y de pronto se me ocurrió algo que, si resulta, terminará con la carrera de X. No sé si tendremos éxito. ¡Que me quemen, Masters, me tiene preocupado...!

-Supongo -gruñó el inspector -que de nada valdrá preguntarle.

-No. A menos que me pregunte qué instrucciones tengo para usted. Quiero que Potter y un par de hombres sean colocados de guardia en los lugares que le indicaré, y no estará de

Librodot

más que vengan armados. Luego espero la respuesta de un telegrama que me hace falta para no pasar por tonto. Además, debo hacer a Thompson una pregunta muy importante. El hecho de que reúna en el rellano de esa escalera a mis cinco personajes, haciendo yo el papel de Marcia Tait, no me servirá de nada si recibo una respuesta que no se ajuste a lo que imagino.

-¿De Thompson? -preguntó Masters-. ¿Una pregunta respecto a qué?

-Respecto a su muela -repuso H. M.

-¡Muy bien! -exclamó el inspector en tono airado-. Ya le conozco cuando se pone usted así, y sé que habla usted en serio. Haremos lo que ordena. Pero una cosa quiero entender claramente, y, al menos, podría decírmela: ¿cree usted o no en la acusación de Maurice Bohun? Rechazó usted todas las otras sugerencias, pero a él no le hizo callar cuando mencionó la suya. ¿Está en lo cierto? Esa duda me tiene medio loco, señor, y juro que si no sé la verdad...

-Yo la sé -manifestó Katherine.

Su voz hizo callar al inspector. Todos la miraron fijamente.

-¿Insiste usted -agregó ella -en llevar a cabo esa reconstrucción esta noche?

Bien, le diré... -repuso H. M., llevándose una mano a la frente para protegerse los ojos de la luz-. Me parece conveniente que la hagamos; no le molesta a usted, ¿verdad?

-No. Pero antes de comenzar puede usted eliminar a una persona..., tal vez a dos.

-Eso es interesante. ¿Y por qué, miss Bohun?

-Poco antes que llegara usted supe todo lo referente a la teoría de tío Maurice. No está mal y hace justicia a su inteligencia. Ignoro si Rainger cometió el crimen; pero sé que la acusación contra él se basa en una persona. Sin esa persona, tal vez no tenga valor...

-¿Se refiere usted...?

-A Louise -repuso la joven-. Me refiero a lo que dicen respecto a que Louise fue al pabellón y a que después no se encontró con nadie en la galería... Yo les diré ahora una cosa. Me lo dijo el doctor Wynne, quien lo confirmará. Esta mañana, después de haber examinado a Louise, salió con Jervis Willard a la galería e iba a decirle algo. Fue entonces cuando oyeron el disparo y el doctor estuvo después tan ocupado atendiendo a John que no volvió a acordarse del asunto. Se trata de esto: dice que Louise debió de haber tomado una excesiva dosis de un narcótico del tipo del veronal. Tomó tanto que le produjo un efecto contrario al que deseaba; es decir, mantuvo su mente despierta, pero paralizó en parte su cuerpo. Tal vez tuviera la idea de ir al pabellón; es posible que tuviese una alucinación y tratara de ir. Seguramente hacia allí se dirigía cuando se desmayó frente a mi cuarto. El doctor Wynne está dispuesto a jurar que tomó la droga antes de la una, y que durante las cuatro o cinco horas siguientes fue imposible que se alejara a más de veinte o treinta pies de su habitación. No podría haberlo hecho. Lo más lejos que pudo llegar fue hasta el sitio en que la encontramos. Tropezó con esa persona en la oscuridad porque se tambaleaba por toda la galería; existió tal persona, ella no la imaginó; finalmente, eso prueba que no se la pueda acusar del asesinato.

Masters había tomado nota de todo. Dejó la libreta sobre la mesa y maldijo por lo bajo, mirando a H. M.

-¿Es posible esto, señor?

-Muy posible. Depende de la dosis y, más aún, de la persona. Sería arriesgado opinar sin conocer el estado nervioso del paciente; pero aceptemos la opinión de Wynne. Puede estar en lo cierto como puede estar equivocado. Me imagino lo último, pero usted puede pensar lo que quiera -una sonrisa apareció en sus labios-. Bien, Masters.

-¿Quiere usted decir que cree en la explicación de miss Bohun?

H. M. se movió incómodo en su asiento.

-Oiga usted, Masters: no quiero confundirle más de lo que es necesario para un propósito definido... El asunto ya está bastante confuso. Todo lo que puedo decirle es que no me hago el adivino por pura ratone-ría. Pero hay algo que usted mismo puede comprobar. Miss Bohun tiene razón respecto a un extremo. Si acepta usted la hipótesis de que Rainger es

Librodot

culpable, no puede usted admitir solamente las partes que le gusten; es necesario que la acepte toda o que la rechace. Y la base fundamental de esa teoría es la joven que dice que alguien le manchó con sangre la muñeca. Si cree usted que el desconocido de la galería es un mito, muy bien. Pero si cree que fue una persona de carne y hueso, tiene usted que descartar la teoría de culpabilidad de Rainger. ¿Por qué? Porque sería una coincidencia demasiado monstruosa imaginar que hubo dos personas que vagaban con las manos ensangrentadas por la casa. Y a la hora en que la chica dice haber tropezado con su hombre en la casa, Rainger debía de estar en el pabellón. No salió de allí hasta que regresó pisando las huellas de John. Entonces, ¿el hombre misterioso de la galería existe o no? Si no es un mito, la teoría se desbarata y se establece la inocencia de Rainger.

Masters se paseó lentamente por la habitación, como si estuviera midiendo la alfombra con sus pasos. Luego se volvió hacia H. M.

-Así es, así es, señor. Y eso es lo que me preocupa. Se ha negado usted a permitirme interrogar a miss Carewe y a interrogarla usted...

-¡Ja, ja! ¡Ya lo creo que me he negado, hijo!

-Y tampoco quiere interrogar a Rainger, ¿eh? Aparte de haber ordenado a Emery que trate de hacerle recobrar la normalidad lo más pronto posible...

H. M. abrió un ojo.

-Parece que no entendió usted bien lo que dije, Masters. Ordené a Emery que mantuviera a Rainger lo más ebrio posible. ¡Ajá! Le dije que se sentara a su lecho y le acercara un vaso a los labios cada vez que diera muestras de levantarse. Emery cree que estoy loco..., como usted. Pero le prometí presentarle al asesino de su esposa, y obedece mis órdenes..., como usted.

Una extraña expresión fue apareciendo en el rostro de Masters, y H. M. asintió con malévolo júbilo.

-¡Al fin! Estaba seguro de que tarde o temprano lo comprendería. ¡Ajá! Tiene usted razón. Eso es. No quiero interrogar a la chica ni a Rainger. Le digo francamente, hijo, que si Rainger tiene oportunidad de responder a la acusación que pesa contra él, estoy perdido... Todo lo que necesito es un par de horas libres, pero las necesito como el aire que respiro. A propósito, miss Bohun: le ruego que no mencione a nadie el informe que le dio el doctor Wynne sobre su amiga, ¿comprende?

Su voz era baja, pero pareció despertar los ecos de la amplia habitación. Los copos de nieve daban contra los cristales de las ventanas. El viento gruñía en la chimenea. Bennett volvió a experimentar la sensación de estar viviendo una pesadilla. Con el cambio de viento creyó oír el eco de algo que oyera aquella mañana.

-¿Oyen aullar a un perro? -preguntó Katherine súbitamente.

Todos lo oyeron, pero nadie habló hasta que la joven se volvió, agregando:

-Tendrán que perdonarme. Es tarde y debo vestirme. Saludó con una inclinación de cabeza y se retiró.

Muerte en la escalera

- ¡ Qué ideas raras se le ocurren, señor! -observó Masters, algo intranquilo. Hizo chasquear la lengua y trató de sonreír-. He entrevistado a los criados, ¿sabe usted? Todos dicen que el perro aullaba esta mañana, poco antes de... ¿Qué hacemos ahora?

H. M. se acarició la barbilla. Su mirada se paseó por la habitación. Parecía algo intranquilo.

-¿Eh? ¡Ah! Le diré. Usted y el jovencito vayan a ver a Rainger. Asegúrense de que duerme el sueño de los justos. ¡Caramba! ¿Qué habrá hecho Potter con ese mayordomo? Quiero hablar con él y examinar luego este cuarto. ¡Ah! -asintió casi con afabilidad cuando llamaron a la puerta y apareció Potter en compañía de Thompson.

-¡Al fin! -gruñó H. M.-. Es usted el hombre que quería ver. Tranquilícese; no le haré daño. Puede usted quedarse, Potter. Váyanse ustedes. Regresen cuando hayan terminado. ¡Ajá! Bien, bien. Quiero saber cómo le trató esa muela suya anoche, Thompson. El dolor de muelas es infernal, ¿eh? Lo sé. ¿Le dejó dormir algo? Si, por ejemplo, se hubiera usted adormilado a eso de las cuatro o cinco de la madrugada...

Eso fue todo lo que oyeron Masters y Bennett, pues el primero cerró la puerta. El imperturbable inspector jefe levantó uno de sus grandes puños y lo sacudió violentamente.

-¿Sabe usted qué tendrá el viejo entre manos? -preguntó Bennett.

-Sí -repuso Masters, bajando la mano-. Sí. Pero, francamente, no me gusta pensar en ello... No sé cómo podrá probar la culpabilidad del asesino, si es la persona que tengo entre ceja y ceja. Hay caballeros que son demasiado astutos aun para él. Lo que no sé es qué espera ganar reconstruyendo el incidente de la escalera. ¡Caramba, parece no tener importancia alguna! El atentado no tuvo éxito.

-Sí, eso es. ¿Oye usted el aullido del perro?

-Todos los perros aúllan -replicó Masters secamente-. Parece que tenemos un trabajito. Vamos al cuarto de ese tipo a tomarle el pulso. Gran trabajo para el Departamento de Investigaciones Criminales, ¿eh? Si no está sin sentido, sir Henry nos dará una reprimenda. Por aquí.

La habitación de Rainger se hallaba cerca de la escalera, en el sitio en que doblaba la galería para extenderse hacia una parte relativamente moderna del edificio. Una luz brillaba sobre el montante y la puerta estaba entreabierta. Casi instintivamente, Masters se echó hacia atrás al oír voces. Una era femenina; la otra era la de Emery.

-¡Escuche usted! -decía este último-. He tratado de decírselo durante los últimos cinco minutos. Deje de llorar, ¿quiere? Me ha puesto tan nervioso que no puedo estarme quieto. Si tiene algo que decirme, dígalo. La escucho. ¡Ea!, tome un poco de esto. Es ginebra. Ahora escuche usted, miss... ¿Cómo era su nombre?

-Beryl Simonds, señor.

-¡Muy bien! Cálmese. ¿Qué quería decirme?

-Le juro que quise decírselo al señor esta tarde; pero estaba tan ebrio que se me echó encima. No podía decírselo al amo porque él no entendería y sería capaz de despedirme.

-Oiga -dijo Emery-: ¿quiere decirme que Carl se propasó con usted? ¿De eso se trata?

-Dicen que usted es su amigo, señor, y usted no me obligará a hablar. ¡No debe obligarme! Cuando le traje su té esta mañana me dijo que hice muy bien en cerrar con llave la puerta. Le conté lo que hablaban del asesinato, y él se puso muy pálido y corrió hacia mí, diciendo: «Buena chica, buena chica. Si quieren complicarme en el asunto, tú sabes dónde pasé yo la noche, ¿eh?». Y yo le contesté que sí, pero...

Masters golpeó la puerta y la abrió enseguida. Dominada por el terror, la joven se echó hacia atrás, exclamando

-¡Dios mío, la Policía!

Emery se puso en pie de un salto, conteniendo una exclamación.

Había estado sentado junto al lecho vacío, y, a su lado, sobre la mesita, se veía una lámpara encendida a la cual se había pegado un trozo de papel de periódico para que sirviera de pantalla. Sobre la mesita, cubierta de cáscaras de limón y azúcar derramada, descansaban varias botellas. Hasta los ceniceros repletos estaban húmedos. El humo llenaba la habitación, cuya atmósfera era casi irrespirable.

-Eso mismo -expresó Masters-. La Policía. Y yo soy quien desea oír su relato, señorita.

Emery volvió a sentarse. Sacó un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y le

tembló la mano al encenderlo.

-¿Qué pasa en esta casa de locos? -preguntó-. Llaman a la puerta, abre uno y no hay nadie. Además, las luces están apagadas y veo a alguien que desaparece por la esquina del corredor...

-¿Qué dice usted?

-¡No bromeo! Pregúntele a ella. Ocurrió hace un rato. No puede ser que se trate de un chiste de Carl, porque nunca los hace cuando está ebrio. Le aseguro que me asusté bastante.

Masters lanzó una mirada hacia el lecho.

-¿Dónde está mister Rainger? -inquirió.

-¡Oh!, él está bien. Fue a... -Emery miró ala joven, se contuvo y agregó-: Fue al baño. Se sienten mejor cuando se los deja solos; pero le aseguro que ese hombre no podrá seguir bebiendo sin sufrir consecuencias muy serias...

-¿Y la señorita? -dijo Masters.

Beryl Symonds había retrocedido. Era una morena pequeña y bastante bonita, de cuerpo algo regordete y agradables ojos castaños que estaban enrojecidos por el llanto. Lucía una cofia y un delantal de doncella.

-¡He visto todas las películas! -exclamó de pronto-. Él las dirige. No me pareció que estuviera mal hablar con él, pero no desearía que me despidieran.

-Yo hablé con usted esta tarde -manifestó secamente Masters-. Me dijo que no sabía nada respecto a lo ocurrido anoche. Eso le perjudicará. ¿Alguna vez ha tenido que declarar ante un magistrado?

Poco a poco consiguieron que la joven relatara lo sucedido. Bennett se preguntó cómo no lo había imaginado antes. Con una persona como Rainger era psicológicamente inevitable. Beryl Symonds fue la encargada de preparar la habitación y encender el fuego cuando llegó Rainger la tarde anterior. Él la vio, pero no hizo más que darle un pellizco juguetón. Beryl no volvió a encontrarse con él hasta las once de la noche, cuando se retiraba ya a su cuarto. El patrón y sus invitados regresaban de la habitación del rey Carlos. Rainger iba detrás de todos al parecer muy enfadado. De pronto se detuvo, la miró, y se quedó esperando a que los demás se alejaran...

Le dijo que fuera a su habitación a las dos de la mañana, cuando todos los demás se hubieran retirado, y le contaría sus aventuras en Hollywood. Ella se entusiasmó tanto con la romántica aventura que se lo contó a Stella, la otra sirvienta que compartía su dormitorio, y Stella le dijo: «¡Dios mío, querida!... ¿Y si te ve el señor?».

-¿Y bajó usted a las dos? -preguntó Masters con cierta impaciencia.

Pero tanto él como Bennett comenzaban a comprender el significado de las palabras pronunciadas por Carl Rainger a la una y media de la mañana, cuando se encontró con Katherine Bohun en la escalera.

Beryl afirmó que sólo bajó para verle.

-Pero cuando bajé -continuó -me di cuenta de que no debía quedarme, pues mister Rainger ya estaba bebiendo y parecía muy ebrio. Al verme se echó a reír, y cuando vi su cara me asusté y comprendí que no debía haber ido...

-Sí, sí; dejemos eso. ¿Qué hizo usted?

-Se me echó encima, señor, y entonces vi que la llave estaba en la parte de fuera de la puerta, de manera que escapé y le encerré con llave.

El inspector miró a Bennett y se pasó la mano por la frente.

-Pero abrió de nuevo, ¿eh? -inquirió.

-¡No, señor! Él me ordenó que abriera enseguida, que si no echaría abajo la puerta, y le contesté: «Será mejor que no lo haga, pues pasará usted por tonto, ¿no le parece?».

Beryl tragó saliva, mirando fijamente al inspector. -¡No se me ocurrió decir otra cosa! -exclamó, excusándose.

-¡Ajá! -repuso Masters-. ¿Y qué más?

-Entonces no supe qué hacer, señor, pues tenía miedo de abrir y no quería quedarme allí

Librodot

por temor de que pasara el señor, como suele hacerlo. De modo que me alejé y me detuve en un extremo del corredor, y no dije nada más hasta que él intentó salir por el montante.

-Por el montante -repitió Masters-. ¿Qué tenía puesto?

-¿Qué tenía puesto? -¡No permitiré esas insinuaciones! -gritó Beryl-. Prefiero que me despidan. ¡Estaba vestido! Tenía puesto el pantalón y la camisa. Comprendí que no podría salir por el montante, pues se abre para dentro; lo único que consiguió fue ensuciarse los hombros al tratar de pasar. Al fin desistió y le oí decir: «Apuesto a que todavía estás ahí. No importa. Voy a emborracharme». Y se echó a reír. Yo me asusté tanto por la forma en que habló que corrí a mi cuarto y le juro que no volví a dejarle salir del suyo hasta la mañana siguiente.

Masters bajó la cabeza.

-Estamos hundidos -murmuró-. La segunda explicación se la lleva el diablo, y sir Henry lo sabía. ¡De modo que es eso lo que quería decir cuando afirmó que tenía una coartada! -se volvió bruscamente hacia la doncella-. ¿Qué sucedió por la mañana?

-Pues abrí la puerta. Mientras tanto, oí todas esas conversaciones respecto al asesinato. Por eso pensé que si trataba de enfadarse conmigo, le interrumpiría dándole la noticia de la muerte de miss Tait... -Beryl dejó escapar una lágrima-. Y me dio resultado. Cuando se lo dije creí que le daba un ataque. enseguida me tomó del brazo y me dijo: «Fue Bohun, ¿verdad? ¿Dónde está ahora?». Le pregunté: «¿El amo?», y me contestó: «No, el otro». Le contesté que no sabía dónde estaba mister John, pues no se había acostado en su cama y sus ropas estaban esparcidas por su dormitorio. Además, le dije lo que había oído abajo. Luego me pidió que si se veía en apuros, debía yo decir que le había encerrado en su dormitorio. Le contesté que lo haría, pero accedí sólo por librarme de él. Stella me contó que el señor dice que fue él quien la mató, y yo quería explicar a este señor...

-Salga -ordenó Masters.

-¿Señor?

-Que salga, señorita ¡Vamos! Eso es todo. ¡Vamos, vamos, no me coja del brazo, señorita! Ya veré qué puedo hacer por usted. ¡Soy un policía, maldición! Eso es todo lo que puedo decir, pero haré lo que sea posible.

Cuando la joven se hubo retirado, Masters sacudió los puños.

-¡Muy claro está todo! Ya veo lo que pensaba Rainger, y comprendo todo lo que nos dijo esta mañana, y también me doy cuenta de que no estaba impaciente por explicar cuál era su coartada. Pero eso no nos ayuda a nosotros!, ¿eh?

-Está tardando demasiado tiempo en regresar -comentó Bennett.

Se sobresaltó por sus propias palabras. Con la mirada fija en la cama desordenada y en las varias botellas que descansaban sobre la mesa, se sintió semihipnotizado por el resplandor de la lámpara que tenía un trozo de papel de diario por pantalla. La luz brillaba a través de las palabras impresas, destacándose un fragmento de un titular. Sólo distinguió una palabra en el arrugado papel, pero la vio claramente...

-Demasiado tiempo para regresar -repitió-. ¿No deberíamos...?

-¡Pamplinas! -exclamó el inspector-. Viene alguien.

No era Rainger, sino H. M., y venía solo. Se detuvo en el umbral, siempre inescrutable. Entró, cerrando la puerta tras sí, después de examinar brevemente la habitación, y se quedó allí en pie.

Masters sacó del bolsillo su libreta de notas.

-Tenemos una nueva evidencia, señor -manifestó-. No sé si lo sospechaba usted o no, pero Rainger tiene una coartada. Una de las sirvientas... Se lo leeré. Rainger no ha regresado aún, pero esto le libra de toda sospecha.

-No es necesario, hijo -repuso lentamente H. M.-. No regresará más.

Sus palabras resonaron en la habitación como un grito. El viento había amenguado en el exterior, y en la casa reinaba el silencio. Bennett miró a su tío, que se hallaba con los brazos

apoyados en la puerta; luego volvió la vista hacia el diario que rodeaba la lámpara. La palabra que se destacaba en el papel era: *asesinato.*

Al cabo de un momento, H. M. se encaminó hacia la mesa. Miró a Masters, luego a Bennett y por último a Emery.

-Nosotros cuatro -expresó- vamos a celebrar un Consejo de Guerra. Mi plan se ejecutará, y lo más raro del caso es que tendrá mejor resultado si tenemos el coraje de realizarlo. ¿Cree usted en el diablo, Masters? ¿Cree usted en el diablo como un ser humano que escucha por el agujero de la llave, golpea las puertas y mueve las vidas de la gente como si fueran peones de un juego de ajedrez?... Rainger ha muerto; lo estrangularon y lo arrojaron por esa escalera del cuarto del rey Carlos. ¡Pobre hombre! Estaba demasiado ebrio para defenderse, pero no demasiado para pensar. Su cerebro le mató. ¿Qué hay en esa botella? ¿Ginebra? La detesto, pero beberé un trago. No era muy agradable cuando estaba vivo, pero lo es menos ahora.

-Pero -chilló Emery- fue al...

-¡Ajá! Eso es lo que pensé. ¿Alguna vez estuvo ese hombre demasiado ebrio como para que dejara de funcionarle el cerebro? Salió y sorprendió a alguien en esa habitación. Ese alguien lo estranguló y lo arrojó por la escalera... Soy un asno pomposo, ¿eh? -declaró H. M., abriendo y cerrando los puños. Miró a Bennett-. Me reía de tus fantasmas y tus ruidos, y cuando estuvimos en ese dormitorio, el pobre Rainger se hallaba tendido al pie de la escalera, con el rostro amoratado y señales de dedos en el cuello. Pero ¿cómo iba a saberlo? Sólo sospeché una cosa, pero no el asesinato. Lo vimos cuando Potter y yo examinábamos la escalera... ¿Adónde va usted? -preguntó Masters.

La voz del inspector jefe temblaba un poco.

-¿Adónde podría ir? -preguntó a su vez-. ¡Esto es lo último! Voy a averiguar dónde están los ocupantes de la casa...

-¡Nada de eso, hijo! No lo hará usted si yo puedo evitarlo. Nadie más debe saber que está muerto.

-¿Qué?

-Eso es lo que dije. Potter está de guardia, y no permitirá entrar a nadie. ¿Qué podemos hacer ahora por él, excepto quitarnos respetuosamente los sombreros? Está muerto. Lo dejaremos unas horas donde está. Tal vez sea una treta brutal; quizá sea insultar a la muerte; pero el plan se ejecutará de acuerdo con el programa. Cuando el grupito vaya a esa escalera y levanten la vela, lo verán allí abajo tal como cayó. Muy bien, ahora beberé ese trago.

Tomó una botella y un vaso de manos de Emery, y luego miró a éste, que se había sentado sobre la cama.

-Tengo instrucciones para usted, hijo. Quiero que me escuche atentamente y obre como le indique. Es usted el único que puede convencerlos a todos, pues es el amigo de Rainger. No debe usted bajar a cenar, sino quedarse aquí, con esa puerta cerrada con llave. Si alguien llama, sea quien sea, no abrirá usted. Tiene que decir que Rainger está saliendo de su sopor, pero que no está en condiciones de ser visto y que no le sacará usted de aquí hasta que esté presentable. ¿Me comprende?

-Sí, pero...

-Muy bien. Después de la cena subiremos todos para hacer un experimento en la habitación del rey Carlos. Si alguien llama a Rainger para hacerle tomar parte en el asunto, use la misma excusa que le he indicado. Jim Bennett hará el papel de Rainger, y yo seré Marcia Tait. No me atrevo a tener a Masters con nosotros; él estará al pie de la escalera secreta. Cuando ya hayamos entrado en la habitación del rey Carlos y todos crean que está usted aquí, síganos y quédese en la puerta y vigile. Probablemente no lo verán. Todos estarán en el rellano y no habrá otra luz que la de la vela. Por inesperado que sea lo que vea, no diga nada hasta que yo le avise, ¿comprende?

Masters golpeó la mesa con el puño.

Librodot

- ¡Pero oiga, señor! ¿No puede darnos alguna indicación de lo que debemos esperar? Tomaré parte en esa locura si lo desea usted, pero no será usted tan loco como para creer que el asesino se traicione cuando vea el cadáver de Rainger, ¿verdad? Él sabe que está allí.

H. M. lo miró con curiosidad. De un solo trago ingirió un vaso de ginebra. Luego se quedó contemplando el recipiente.

-Todavía no lo comprende bien, ¿eh? Bueno, no importa. También tengo algunas instrucciones para usted. Venga conmigo y echaremos una ojeada a Rainger. Mucho me temo que el diablo no haya dejado su firma, pero examinaremos el lugar. ¡Ea! -sacudió el hombro de Emery-. Domínese, hijo. Sí, y tú también. ¡Vaya sobrino que me ha tocado en suerte! Estás pálido como un muerto. ¡Cuando bajes a cenar tienes que obrar con naturalidad! ¿Comprendes?

-Estoy bien -repuso Bennett-. Pero estaba pensando si era obligatorio comer. ¿Incluye usted la cena en su proyecto? ¡Oiga usted, señor, eso no es justo! Juegue usted todo lo que quiera, pero ¿y las mujeres? ¿Cómo se sentirán cuando miren hacia abajo? Louise ya ha sufrido bastante, y usted sabe que no es culpable, como tampoco lo es Kate. ¿De qué vale, pues, que les ponga un muerto bajo las narices?

H. M. dejó el vaso sobre la mesa. Se encaminó hacia la puerta y se volvió lentamente para hacer señas a Masters de que le siguiera.

-Es una treta de magia que no puedo explicar ahora -replicó-. Pero tengo que realizarla, y, si no me equivoco, algo conseguiré con ello. Todo lo que tengo que decirte es que me decepcionarás mucho, y harás algo que no te resultará agradable recordar cuando veas sus consecuencias, si dices a alguien algo de lo que sucede, ¿comprendes? Nadie debe saberlo. Vamos, Masters.

Abrió la puerta. Por todos los ámbitos de la casa, profundo y melodioso, resonó el *gong* que llamaba a cenar.

Repetición de jugada

-Creo -expresó Maurice Bohun, mientras se restregaba las manos- que ya estamos casi listos para realizar el curioso experimento sugerido por sir Henry, ¿verdad? -levantó la vista-. Sé que no aclarará nada de lo relacionado con el verdadero asesino de miss Tait. Aunque por deseo de sir Henry no lo he mencionado, pocos dudamos de su verdadera identidad. Pero...

Bennett no pudo nunca recordar cómo logró soportar aquella cena. En contra de su intención y aun de su voluntad, algo le obligó a ir al cuarto del rey Carlos antes de bajar al comedor. No se quedaría tranquilo hasta que hubiera visto qué aspecto presentaba la víctima. Posteriormente, deseó no haberlo visto. El inspector Potter estaba de guardia a la puerta de la galería; no había luces en la habitación, iluminada solamente por los rayos lunares, pero la puerta de la escalera secreta estaba abierta, y en la parte inferior se veían las luces de dos linternas. H. M. hablaba en voz baja con Masters. Bennett se acercó a la puerta. No se había dado cuenta de lo empinada y peligrosa que era la escalera. Los desiguales escalones de piedra, confinados entre las dos paredes, parecían descender casi verticalmente hacia un abismo. La linterna de Masters le iluminó el rostro tan súbitamente que estuvo a punto de perder el equilibrio. Luego el haz de luz se volvió de nuevo hacia el rostro que se destacaba en uno de los escalones y no parpadeaba ante el rayo luminoso. La cena a la que asistió Bennett con H. M., Maurice, Willard, Katherine y Louise, fue convertida por el dueño de la casa en una horrible ceremonia. Posteriormente, Bennett se esforzó por olvidarla. A excepción de Maurice, todos percibían la tensión reinante, como si presintieran que la muerte había visitado de nuevo la casa. Cuando el joven fue a la biblioteca, vio a Louise por primera

vez desde que desembarcara en Inglaterra. La joven se hallaba sentada cerca del fuego. Se sorprendió al verla tan delgada y pálida. A pesar de no tener más de veintiocho años de edad, representaba casi cuarenta. Murmuró un saludo, al que respondió ella con una sonrisa mecánica. Después de estrecharle la mano, volvió a clavar su mirada en el fuego y pareció olvidar nuevamente a todos. Maurice se portó muy amablemente, y ensalzó el jerez que les ofrecía «para evitar la detestable costumbre de los cócteles». Jervis Willard se mostraba muy cortés, aunque comenzó a pasearse por la habitación con paso nervioso. Cuando se presentó H. M., parpadeando y murmurando amabilidades para todos, Bennett experimentó la impresión de que los componentes del grupo se sobresaltaron un tanto. No pudo adivinar si se había mencionado ya el tema del futuro experimento. Katherine fue la última en llegar. Vestía de negro y no lucía joya alguna, pero sus hombros blancos relucían en el ambiente sombrío de la habitación.

Naturalmente, al entrar en el amplio comedor, fue mencionado el tema.

-He ordenado -dijo Maurice- una silla extra para la mesa...

-¿Una silla extra? -preguntó Katherine.

-Para mister Rainger -repuso su tío-, por si se siente lo bastante repuesto como para bajar. No me juzgaste mal, ¿verdad, Kate? -hizo una seña a Thompson, y estaba sonriendo cuando se volvió con expresión de leve sorpresa-. Mister Emery me ha dicho que no está en condiciones de hacernos compañía... ¿Habló usted, sir Henry? -pregunto de pronto.

-¿Hablé? -gruñó H. M.-. Quizá estaba pensando en voz alta en la maravillosa constitución física que debe de tener el amigo Rainger.

Tomaron asiento.

-Es extraordinaria -admitió Maurice-. Estaba dispuesto a luchar hasta el final... Aun hasta el final de una cuerda, según parece -su imaginación pareció aumentarse. Una de las cucharas chocó con un plato-. ¡Vamos, Kate, debes comer! Te recomiendo especialmente esta sopa. Ya que vienes poco vestida para la mesa, al menos debes ingerir algo que te haga entrar en calor. ¿O tal vez no lo necesitas? Nuestro joven amigo americano parece..., ¿eh? demostrar la misma falta de apetito que tú. De eso podemos deducir algunas cosas, ¿eh? Sí. Pero no es halagador para el dueño de casa. Seguramente no pensará usted que está cenando con un Borgia, ¿eh, muchacho?

-No, señor -repuso Bennett; sintiéndose dominado por impulsos muy poco diplomáticos-. Con los Borgias sabía uno al menos lo que podía esperar.

-¿Temería usted el veneno, o habría hallado la forma de hacérselo ingerir al mismo Borgia? -preguntó Maurice en tono burlón.

-No, señor -respondió el joven-. Sólo le habría dado aceite de castor.

-Toma un poco de sopa, tío Maurice -intervino Katherine. Se echó hacia atrás y rompió a reír histéricamente.

Jervis Willard paseó su mirada por la mesa.

-Oiga usted, Maurice -observó-, no deseo interrumpir esas agradables teorías sobre sopas y venenos, pero podríamos ser un poco sensatos. En primer lugar, el asunto no debe de ser muy agradable para...

Se interrumpió, maldiciéndose a sí mismo por haber dicho algo inconveniente.

No me molesta -manifestó Louise en voz débil pero clara. Levantó los ojos-. No traté de envenenarme, se lo aseguro. Sólo quería dormir. Es curioso, pero ya no me afecta nada. Todo lo que deseo es tomar un tren para regresar a la ciudad y hacer que papá no se preocupe.

Se notaba por su tono que aún no la habían informado de lo ocurrido a su padre y a John Bohun. Maurice reflexionó un momento antes de contestarle:

-¿Desea regresar a la ciudad? Comprendemos su cariño filial; pero mucho me temo que la Policía no piense como nosotros. ¿Es que nadie está enterado? ¡Ah! Explicaré: todos debemos tomar parte en la reconstrucción de la tentativa de asesinato llevada a cabo contra Marcia en la escalera del cuarto del rey Carlos. Sir Henry cree que será de mucha importancia. Por el momento no diré más. Lamentaría que alguno de ustedes no pudiera gozar

Librodot

de su cena.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de los comensales. Fue más de sorpresa que de temor. Thompson se acercó entonces a la mesa, y, como si sólo entonces notaran su presencia, reinó el silencio durante largo rato.

-¿Qué tontería es ésa? -inquirió al fin Willard.

-Espero que no tenga ninguna objeción que hacer -dijo Maurice-. Sir Henry lo encontraría muy raro.

-Creo que es algo horrible -declaró Katherine claramente-. Pero si debemos hacerlo, lo haremos. Sin embargo, no me parece que a usted le interese mucho reconstruir la escena del atentado, tío Maurice, especialmente si no está allí mister Rainger.

-Tengo mis razones -repuso Maurice, asintiendo con aire pensativo-. Será muy interesante, aunque el lugar de mister Rainger deba ser ocupado por otra persona. Me figuro que nuestro joven amigo americano tendrá mucho más éxito en el papel qué el mismo Rainger. No hablemos más del asunto.

Prosiguió la cena lentamente. Un reloj dio las ocho y media. Cuando, finalizada ya, Katherine y Louise trataron de retirarse de la mesa, en el momento en que Thompson servía el oporto, Maurice les prohibió levantarse. H. M., que se había mantenido silencioso todo el tiempo, estaba inmóvil e inexpresivo.

-Creo -insistió Maurice- que debemos reconstruir los hechos.. Esta reconstrucción será muy interesante para alguno de nosotros, especialmente para nuestra amiga Louise. ¡Ja, ja, ja! Además, siempre estoy dispuesto a hablar de las bellezas de White Priory como

lo hice anoche. Sir Henry, ¿desea usted que los lleve a todos a dar una vuelta por la casa?

-No -repuso H. M. Todos parecieron sobresaltarse un poco al recordar su presencia-. No hay necesidad de tanto. Comenzaremos desde aquí e iremos a la habitación que nos interesa. ¡Hum! No tengo inconveniente en que hable usted de las bellezas de la residencia, si así le place, pero no creo que hiciera muy bien el papel de Marcia Tait, ¿eh? No. Solamente imaginaremos que está ella con nosotros, caminando entre usted y yo. Iremos delante y los otros pueden seguirnos en el mismo orden que anoche.

Maurice se levantó.

-Muy bien. Louise con mi amigo Jervis. Kate con mister Bennett, en su papel de nuestro otro huésped ausente. Recomendaré que cada persona obre como lo hizo anoche. En cuanto a mí, a menudo he imaginado pasear y conversar con las damas difuntas de esta casa, y no me será trabajoso suponer que la última de ellas marcha a mi lado... Thompson, apague todas las velas, excepto una.

Al irse extinguiendo cada una de las velas, pareció que se cerraba lentamente una puerta que los conducía al pasado. La luz de la luna se filtraba por las ventanas, iluminando los rostros y las siluetas. Se oyó mido de pasos y de sillas que se apartaban. La débil llama amarillenta de la vela que tenía Maurice en la mano se agitó al levantarse éste.

-Por aquí -indicó el dueño de la casa.

De nuevo se oyeron pasos sobre el piso de piedra. La llamita avanzó. Bennett sintió que el brazo de Katherine temblaba contra el suyo. Cuando entraron en el laberinto de corredores empezó a hablar Maurice. La luz de la vela había iluminado fugazmente el antiguo y oscuro retrato de una mujer cuya semejanza con Marcia Tait era inconfundible.

-Es interesante notar que, además de su intriga con el rey Carlos, la vida de esta dama se distinguió por el amor de cuatro hombres. Uno de ellos fue un famoso actor; otro, un autor teatral; el tercero, un capitán del Ejército cuyo nombre era John, y el otro, por supuesto, fue su complaciente esposo. Me refiero a... Bárbara Villiers Palmer, primera dama de la Castlemaine y, más tarde, duquesa de Cleveland. El actor era Charles Hart, nieto del famoso trágico del mismo nombre, quien, según se dice, era capaz de enseñar al mismo rey cómo debía comportarse. El autor teatral era William Wycherley, hombre de gran ingenio, quien felicitó a la dama por «comprender mejor que nadie la manera de satisfacer a todo el mundo

debidamente». El capitán era John Churchill, quien más tarde se hizo famoso por su avaricia al convertirse en el duque de Marlborough. El esposo era el pequeño Roger Palmer, hombre sin ninguna importancia... Hubo otros, naturalmente: un andrajoso equilibrista de baja estofa, llamado Jacobo Hall, que solía dirigir los espectáculos de títeres en la feria de St. Bartholomew. En cierta época de la vida de la dama, hubo un viejo canoso llamado Beau Fielding, quien deseaba casarse con ella y así lo hizo. Diré de paso que Beau Fielding tenía una hija mayor de edad. Se me ha ocurrido que la historia vuelve a repetirse caprichosamente...

A lo lejos distinguió Bennett las siluetas de Louise y Willard. La joven se estremecía como si hiciera frío, y Willard la tomó del brazo. Bennett hubiera jurado que una de las tablas del piso crujió antes que H. M. o Maurice apoyaran en ella los pies. Miró hacia atrás. Él y Katherine se habían retrasado mucho. Vio los ojos de la joven fijos en él.

-Aquí es donde... -dijo ella.

-Sí, y yo soy Rainger.

La cogió de los hombros. Fue una locura, pero lo ordenaba el destino, tal como ordenaba que se dirigieran a la habitación del rey Carlos. Quizá duró un segundo o dos minutos; luego sintió que los labios de la joven se apartaban un poco de los suyos, y oyó un susurro que decía:

-... con Willard y tú con Louise.

Ella se apartó antes de que él pudiera advertirle: «Cuando llegue a la puerta, no mire hacia el final de la escalera», y creyó haber pronunciado las palabras en voz alta. Pero en este momento no estaba seguro de nada, excepto de que, en su entusiasmo emocional, había olvidado dónde se hallaba el verdadero Rainger.

Amor y muerte, y los labios de Katherine. La luz de la vela ascendió por la escalera, iluminando fugazmente los retratos que la adornaban. El joven bajó la vista y se sorprendió al ver que Louise caminaba ahora a su lado. Ella no le miró. Bennett oyó de nuevo la voz de Maurice:

-... por esta galería. Verán ustedes que las sillas son de propiedad real; las armas del rey grabadas en los respaldos: una corona sostenida por dos leones rampantes y adornada con las letras C. R..

Sin saber que decía, Bennett tartamudeó algo a Louise, pero se sobresaltó al ver la fijeza con que la joven miraba hacia adelante. La luz se acercó a la puerta de la habitación...

-Y aquí... -comentó Maurice. Se interrumpió-. ¡Esta puerta está cerrada con llave!

-Sí. Así es -repuso H. M.-. Bueno, no importa. Aquí tengo la llave. Espere a que abra.

Rechinó la cerradura. Bennett se dijo: «¡Aquí vamos!», experimentando la sensación del hombre que salta desde una altura con los ojos vendados.

-Hacia la puerta de la escalera -ordenó H. M. en voz muy alta-, en la misma posición que tenían anoche. No vacilen. Sigan andando.

La vela penetró en la habitación. Notaron que la puerta de la escalera estaba entornada y percibieron la corriente de aire. Bennett se sintió apretujado entre un grupo, y oyó la respiración jadeante de uno de sus componentes. Maurice fue el primero en salir al rellano, protegiendo la llama de la vela con su mano. Katherine le siguió. Sin saber dónde había estado Rainger ni qué hacer, Bennett siguió tras la joven, con la vaga esperanza de impedir que mirara hacia abajo. Probablemente el resplandor de la vela no llegaría tan lejos: así lo esperaba. Willard entró detrás de ellos, y H. M. tuvo que empujar a Louise. Lanzando una mirada hacia abajo, Bennett no pudo distinguir todavía nada al pie de la escalera. H. M. se quedó junto a la puerta.

-Bien -dijo H. M.-. Ahora voy a cerrar esta puerta un momento. Entraré con ustedes y me quedaré donde estaba ella, y luego que alguien apague la vela. Después los iluminaré con mi linterna mientras se mueven como entonces; iluminaré la parte inferior para que se imaginen cómo habría caído ella si la tentativa hubiera tenido éxito. Y si ven algo al pie de los

Librodot

escalones...

Abrió la puerta un poco más. La corriente de aire apagó la llama de la vela. Oyeron cerrarse la puerta y quedaron en la oscuridad.

Bennett se dijo: «Un empujón de cualquiera y...» Sintió que un estremecimiento recorría el grupo, notando al mismo tiempo que tenía un tacón apoyado en el borde de un escalón.

Al fondo del abismo se movió algo.

-No puedo soportar esto -dijo una voz detrás de Bennett-. Déjenme salir.

La voz, que pertenecía a Louise Carewe, se quebró, elevándose luego histéricamente hasta convertirse en un quejido.

-No me obligarán -continuó-. No me harán saltar. Sé que quieren que haga eso, pero no lo haré. ¡Déjenme salir! Enciendan una luz. No lo lamento. Volvería a empujarla otra vez. ¡Por amor de Dios, enciendan la luz y déjenme salir antes de...!

Bennett sintió que le daban un empellón; perdió pie y al extender la mano encontró sólo el vacío. Comenzó a caer; pero aun en ese momento se dio cuenta de que no debía agarrarse a nadie. Su tacón pisó la piedra de un escalón; torció la madera, y luego se echó hacia atrás, apoyándose contra la pared...

Todavía estaba en pie. No había caído. Logró levantarse con la ayuda de un hombro apoyado en la pared. El grupo retrocedía ya hacia la habitación.

-¡Luces! -oyó que gritaba H. M.-. ¡Ea, el que está a la puerta! ¡Emery, encienda las luces...!

Se encendió una luz que se filtró hacia el rellano. Tembloroso, Bennett terminó de erguirse varios escalones más abajo. Kate Bohun ayudaba a los del grupo a pasar a la habitación. Todos habían retrocedido como si estuvieran rodeando una bomba. H. M. acababa de hacer un fiero gesto a Emery, quien se hallaba junto al interruptor de la luz, con una expresión más sobresaltada en su rostro de lo que podría justificar la confesión de Louise. Bennett recordó las instrucciones de H. M. para Emery: «Por inesperado que sea lo que vea, no diga nada hasta...».

¿De qué se trataba? Bennett miró a Louise, que se hallaba en el centro de la habitación, rodeada por los demás. Maurice sonreía, y Willard se estaba pasando la mano por la frente en señal de confusión.

-¡No me miren! -dijo Louise en voz baja. Estaba jadeante y despeinada. Tenía la cabeza gacha mientras miraba a su alrededor-. ¡Qué treta repugnante! ¡Yo la empujé! ¿Qué importa? ¡Sería capaz de hacerlo otra vez!

Maurice levantó el candelabro de bronce como para saludarla.

-Gracias, querida niña -dijo suavemente-. Eso es todo lo que sir Henry y yo deseábamos saber. Fue usted quien trató de matarla. Sabemos que el asesino fue Rainger, y no usted. Solamente deseábamos completar el caso. Eso es todo lo que quería saber sir Henry.

-¿Lo cree usted? -preguntó H. M. en voz baja, pero claramente audible.

-Eso es lo que me dijo -repuso Maurice-. El experimento tuvo éxito. Ella admite haber atentado contra la vida de Marcia. ¿Lo duda usted? No. Dentro de poco dirá que no fue al pabellón y regresó antes que cesara la nevada.

-Eso mismo -afirmó H. M.-. No lo hizo. Efectué un experimento; pero ni aun ahora parece usted comprender de qué se trataba; tuvo éxito, pero no entiende usted en qué forma. Quiero que todos tomen asiento. ¡Ajá!; así me gusta. Cierren esa puerta con llave. Una vez que estemos cómodos, pienso decirles lo que ocurrió... Aceptaré la palabra de la joven en lo que se refiere a lo que hizo; pero ella no fue al pabellón, aunque tenía idea de hacerlo. No digo que mató a Marcia Tait, ni digo que sea inocente. Todo lo que afirmo es que perdió el conocimiento en la galería, demasiado debilitada por el veronal, y no logró bajar.

Durante el silencio subsiguiente, Willard exclamó:

-¿Está usted loco? Dice usted que Louise no fue al pabellón, y sin embargo afirma que podría ser culpable. ¡Dios mío, hable claro! Si no fue allí, no es culpable.

-¡Oh!, no sé. Eso es lo que quería explicarles... Les diré, jovenzuelos: Marcia Tait fue

asesinada en esta habitación.

El asesino

-¡Ja, ja! -rió H. M., mirando a su alrededor-. Creen que el viejo está loco, ¿eh? Sin embargo, su locura capturará a un asesino antes de que ninguno de ustedes salga de esta habitación. Les aconsejo que se pongan cómodos, pues así se sentirán mejor mientras les explico todo.

Parpadeando se encaminó hacia el sillón colocado detrás de la mesa y tomó asiento. Luego sacó su negra pipa.

-Eso mismo, acerca sillas para las damas, Jimmy. Miss Carewe la necesita. Cálmese usted, señorita... ¡Callen ustedes! -se volvió con ademán salvaje en el momento en que Maurice se adelantaba dominado por la furia-. Lo que estoy haciendo -continuó, casi con afabilidad- es ampliar el punto de vista que estrechó usted tanto. Antes de probar nada, dejaré que traten de adivinar quién fue el que entró en esa habitación y aplastó a golpes la cabeza de Tait con... ¡Hum! No; todavía no mencionaremos el arma. Ahora bien: ya hemos oído dos teorías muy interesantes acerca de la forma en que obró el asesino. Las dos están erradas. Pero el interés reside en el brillo ocasional de razón y verdad que aparece en cada una de ellas y la hace suficientemente plausible como para llevarnos en dirección equivocada. He estado pensando y pensando sobre este asunto, y cuanto más pienso, tanto más me extraña que nadie haya imaginado una explicación obvia que eliminara todos los artificios que fueron necesarios para las dos teorías.

Por eso daré ahora una clase de lo que podríamos llamar «sentido común imaginativo». Además de mi persona, hay otro testigo de algo que ocurrió hace unos minutos; de manera que ya sé que puedo hacer colgar al asesino, y puedo solazarme con sus resquemores mientras hago preguntas a los alumnos de la clase. ¡Ja, ja! Primero veremos unos cuantos hechos que todos conocen y admiten. Luego, en caso de que no hayan vislumbrado la verdad, daré mi explicación de lo ocurrido. Tercero, la corroboraré plagiando las pocas verdades que hay en las otras dos teorías, completando al fin la conferencia con una deducción de mi propia cosecha. ¡Hum! Veamos -con la pipa en la boca, levantó los dedos y fue tocándolos uno por uno-. Bastante antes de medianoche, la Tait comenzó a pedir que la llevaran al pabellón. Eso está confirmado, ¿no? La acompañaron allí poco después de las doce, y ella se mostró aún más impaciente. Cuando Willard fue para conversar con ella poco después, la Tait le despidió casi enseguida. En verdad, según me informó Masters, Willard dijo que ella se asomó varias veces a las ventanas de la sala del pabellón, ¿eh?

-Es verdad -repuso Willard secamente-. Pero ¿no cree usted que esta repetición de los hechos se hace un tanto monótona?

- ¡Ajá! ¡Que me maten; eso es lo que me hace desesperar de vuestra inteligencia! Creb que en cierto modo John Bohun afirmó que su cita con Canifest era para una hora temprana de la noche, y otra vez dijo que era para las diez. Ahora bien: no discutiremos eso. Diremos que la cita, en la oficina del diario, se realizó algo más tarde de las diez. Todavía parecen no entender que, aunque fuera tan tarde, es lógico suponer que tendría que haber regresado lo más tarde a las doce. Miramos el caso desde el punto de vista de la Tait, a quien nadie hizo esperar nunca y no tenía intención de que empezaran a hacerlo a esa altura de su vida. Contemplemos el asunto desde el punto de vista de una mujer cuyo interés está centralizado en la noticia que pudiera traerle Bohun de la ciudad, y que no era muy paciente. Si admite

usted que ella estaba inquieta a las once y media y a las doce..., ¡cuánto más lo estaría a las doce y media! Y pasa otra media hora, hasta la una, y todavía no aparece Bohun. ¿En qué estado de ánimo creen que podía hallarse? Pero no me apartaré de los hechos. Ya sabemos que desde las ventanas traseras de esta habitación puede verse el pabellón. Muy bien. También sabemos que varias veces, mientras Willard estaba con ella, la Tait corrió a la sala del pabellón para mirar por las ventanas. Perfectamente. Por último, sabemos que a la una, cuando seguramente no pudo ya dominar su impaciencia, una luz se encendió en esta habitación.

Maurice, que estaba sentado muy erguido en su silla, golpeó el suelo con su bastón, diciendo suavemente:

-¡Extraordinario! Me figuro que sabrá que eso no tiene otra significación alguna. La luz fue encendida por Thompson, que lo hizo para cuando regresara John, y dejó emparedados y arregló la cama.

-Seguramente que lo sé -repuso H. M.-. Thompson me lo dijo. Pero ¿cómo lo iba a saber la Tait? Estaba esperando a un hombre que se retrasaba. Una luz se enciende en su habitación. Pero ¿va él a verla, como debe hacerlo tan pronto regrese? No. Por el contrario, amigo, esta luz continúa encendida, y durante media hora más, la mujer, que está ya consumida por la impaciencia, debe seguir esperando mientras nadie se presenta. Ahora bien: no me apartaré de los límites de las posibilidades si me aventuro a conjeturar lo que pensó la Tait. Sabía que John no podía haber olvidado que tenía una cita con ella, ya que el futuro de ambos dependía de la noticia que trajera de Londres. Se figuró que la noticia era mala, y que John no tenía valor para ir a comunicársela. Sea como fuere, era necesario que supiese la verdad.

Llegamos ahora a la información, no muy sorprendente, de que a la una y media el perro comenzó a ladrar y una mujer misteriosa fue vista corriendo por el prado. Como dije, estuve pensando, y se me ocurrió que, en vista de las circunstancias, la persona más indicada para hacer una visita durante la noche era la misma Tait. Lo malo del caso era que todos ustedes dirigían sus miradas de la casa al pabellón, negándose a invertir la dirección. Hasta rehusaron mirar de allí hacia acá cuando se comprobó que todas las mujeres de la casa tenían su correspondiente coartada. No les pido que crean esto hasta que les ofrezca pruebas; pero es la posibilidad que primero se me ocurrió. En efecto, era muy sencillo para ella visitar esta habitación sin ser observada. Podía venir por el prado, entrar por la puerta lateral, que sabía que estaba abierta por haber visto a miss Bohun cuando la abrió para John mientras estaban todos mirando la escalera esa misma noche, subir luego aquí y enfrentarse con John. ¿Cómo sabía -inquirió H. M., elevando un poco la voz- que John no estaba aquí?

Nadie se movió ni habló. H. M. se pasó la mano por la cabeza; hizo una mueca y se acomodó mejor en su asiento, después de haber lanzado una mirada a todos sus oyentes.

-Es bastante sencillo, ¿eh? Quítense de la cabeza todas esas ideas alocadas de las personas que formularon teorías solamente para hacer colgar a un semejante, y consideren cuál debe de haber sido el curso natural de los acontecimientos. Comencé a imaginarme a la Tait, loca de temor o de impaciencia, ponerse un abrigo de pieles sobre su ropa interior, calzarse un par de zapatillas y deslizarse hasta aquí sigilosamente en busca de noticias. Pero me dije entonces: «¡Ea! ¿Habría querido provocar un escándalo y despertar la curiosidad de la gente? ¿Y el perro?». Entonces descubrí no sólo que el perro no estaba suelto cuando fue ella por primera vez al pabellón, sino también que no había estado fuera toda la tarde y que, en una palabra, ella no sabía que existía el animal. ¿Por qué habría de saberlo? Ella y todo el grupo se pasearon y no ladró ningún perro. El resto regresó; Willard, extraño a la casa, volvió de nuevo y regresó, y tampoco ladró el animal. ¿Por qué habría de imaginar que ocurriría algo si iba sigilosamente a visitar a John? De manera que me la imaginé cuando salió de allí y se llevó el mayor susto de su vida cuando, a mitad de camino, oyó al perrazo que comenzaba a ladrar y se le echaba encima. ¿Qué pensarían ustedes si les ocurriera lo mismo e ignoraran que el perro estaba sujeto a un largo alambre? Esa mujer debió de asustarse terriblemente,

Librodot

pues no sabía si quedarse quieta, correr hacia adelante o volver al pabellón. Probablemente hizo las tres cosas. Y si no corresponde esto a los movimientos de la figura que vio mistress Thompson, me sorprenderé mucho. Pues bien, vaciló un instante: no le ocurrió nada, pero no se atrevió a regresar al pabellón, puesto que el perro ladraba a sus espaldas. Luego vio que miss Bohun abría la puerta del pórtico lateral, se asomaba y volvía a entrar. Ignoraba el significado de esto, pero necesitaba un refugio. Por ello, se arriesgó a correr por el prado mientras aún caía la nieve, entró y ascendió silenciosamente por la escalera.

Indicó la puerta. Una horrible sospecha estaba formándose en el cerebro de Bennett, pero trató de desecharla. Uno de los componentes del grupo se movió nervioso, pues en ese momento se oyeron pasos en la escalera.

-¿Quién está ahí? -preguntó quedamente Jervis Willard.

-Un muerto -repuso H. M.-. A uno de ustedes no tengo necesidad de decírselo. ¿Saben quién es? ¡Carl Rainger! ¡No, no se muevan! Quédense quietos y recuerden que Rainger fue estrangulado esta tarde aquí mismo. Esta es mi teoría: Anoche, la Tait subió por esos escalones con tanto sigilo como los policías que están ahora en la escalera, esperando que cierta persona asomara a esa puerta. Entró en la habitación y no encontró a nadie. No supo entonces qué pensar, y se dijo que John no habría regresado. Pues bien, ¿qué podía hacer? No deseaba que nadie se enterara de su presencia aquí; era demasiado astuta para traicionar sus relaciones con John. Y si la hubieran encontrado en su dormitorio a la una y media de la mañana y ligera de ropas... ¿Eh?

»Pero, y esto es lo que deseo puntualizar, no se atrevió a regresar. ¿Habrían vuelto ustedes si pensaban que un perro peligroso estaba esperándolos afuera? ¿Habrían marchado de nuevo hacia el peligro cuando acababan de recobrarse de la sorpresa de encontrarlo un momento antes y creían haber logrado escapar por milagro? En este lugar estaba segura; alguna vez llegaría John. Una precaución debía tomar. Quiero que piensen cuál podría ser esa precaución mientras yo continúo... Ahora probaré que ella se quedó aquí -H. M. golpeó la mesa con la palma de la mano-. Todos ustedes han visto el pabellón. Se les han indicado los fuegos. Había dos: uno en la sala y otro en el dormitorio. Los encendió Thompson antes de las doce. Todos están de acuerdo en que ella no usó para nada la sala; cada uno de los visitantes fue recibido en el dormitorio. En una habitación que no se ocupa, no se tiene encendido un fuego muy vivo. Admitiendo entonces que ella usó el dormitorio, sabemos que no se acostó. La mataron a las tres y cuarto. ¿Qué nos queda entonces? Nos quedan dos fuegos muy pequeños, lo cual podemos probar por la cantidad de cenizas que ustedes mismos vieron. Esos fuegos estuvieron encendidos el mismo tiempo..., como lo han visto. Se nos pide que creamos que durante tres horas y media un fuego muy pobre que había en la chimenea del dormitorio fue suficiente para la comodidad de una flor de invernadero como era la Tait, y eso en un pabellón muy frío durante una noche de crudo invierno. Este fuego no fue alimentado y ardió exactamente igual que el de la sala. Se nos pide que creamos que ella estuvo bebiendo oporto con el asesino a las tres y cuarto, tranquilamente sentada frente a un fuego que se había convertido en cenizas una hora antes. No necesito estrujarme mucho el cerebro para comprender que los dos fuegos se apagaron, poco más o menos, al mismo tiempo, ya que ella no estuvo en el pabellón.

»Por tanto, antes de continuar el examen de la habitación, pensé en otro detalle que ya había oído mencionar. Este detalle era tan importante, que algún estúpido lo notó y enseguida le dio un significado fantástico, cuando la realidad estaba más al alcance de la mano. Me refiero a la misteriosa figura que apareció en la galería poco después de las tres y manchó de sangre la muñeca de miss Carewe. El autor de la teoría tenía mucha razón al formular la pregunta: "¿Por qué habiendo agua en el pabellón, el asesino vino hasta la casa sin lavarse las manos?". Luego, él mismo mira a las estrellas en busca de la respuesta, afirmando la idiotez de que la figura era un mito y agregando una tontería respecto a que la Tait fue atacada con un látigo de montar. La verdadera respuesta es ésta: "El asesino no regresó del pabellón. Mató a

la Tait aquí". Respuesta que resulta sencilla y aceptable. Me dije: "Con toda seguridad, iba hacia el cuarto de baño en busca de agua, porque, según me dijo Masters, no la había en esta habitación y tuvieron que ir a buscar una palangana cuando John Bohun se disparó un tiro aquí, esta tarde".

Sobrevino un momento de silencio. Bennett recordó los recientes acontecimientos. Maurice se había inclinado hacia adelante.

-Gracias -dijo con voz chillona- por su gentil cumplido. Creo que ya comienzo a comprender adónde quiere usted ir. ¿Todavía acusa usted a mi hermano John del asesinato?

Se puso en pie y comenzó a temblar. H. M. se inclinó hacia adelante.

-No -repuso-. No es así. Pero se acerca usted mucho a la verdad, Bohun. Al fin se aproxima usted a la solución de la situación imposible. ¡Hable! Parece que al fin lo comprende. ¿Qué ocurrió?

El hombrecillo se adelantó un paso y se apoyó en la mesa. Sus ojos parecieron contraerse.

-John regresó con malas noticias y la encontró en esta habitación -dijo-. Creía haber matado a Canifest; estaba furioso y desesperado; no le importaba lo que le sucediera, y, cuando ella le culpó del fracaso de sus planes, perdió por completo la razón y la mató. Luego -continuó Bohun - empezó a darse cuenta de la situación en que se hallaba. Nadie le había visto matar a Canifest; era posible que lograra librarse de ello; pero si encontraban el cadáver de Marcia en su dormitorio, no tendría posibilidad alguna de escapar del cadalso. El único camino que le quedaba era el de esperar hasta que llegara el día y llevar el cadáver al pabellón, preparar las pruebas falsas que indicaran que ella había encontrado la muerte allí y descubrir él mismo el cadáver... ¡Eso es! ¡Fue él quien la mató!

H. M. se incorporó lentamente de su asiento.

-Le dije, muchacho, que se acercaba usted a la verdad -declaró-, y en esta última parte de su discurso dio usted en el blanco. Allí, jovenzuelos, está, en parte, la explicación de la situación imposible. ¿La comprenden ahora? ¿Comprenden ahora por qué John perdió por completo el dominio de sí mismo, vino aquí y trató de suicidarse? ¿Qué fue lo que le hizo perder la cabeza? Piensen. Como me dijo Masters, John estaba en el comedor, con dos o tres de ustedes, y se acercó a la ventana. ¿Qué vio? ¡Hablen!

De nuevo se avivó la memoria de Bennett.

-Vio -dijo con voz que no parecía la suya- a Potter que examinaba y medía las huellas dejadas en la nieve, porque Rainger había dicho...

-Debido a la explicación de Rainger -interrumpió H. M.-. ¡Ajá! Y preguntó a Masters qué estaba haciendo Potter, y Masters, con una mirada irónica y de una efectividad que ni él mismo adivinó, repuso: «Está tomando la medida de sus huellas en la nieve, señor». ¿Por qué esto hizo que John perdiera la calma? No fue por la fantástica teoría de Rainger, ¡sino porque John había llevado a una muerta al pabellón al romper el día, y creyó que le habían descubierto! Eso es. Nada de esos enredos con las huellas que los han tenido a ustedes aturdidos. Se trataba simplemente de un hombre musculoso que llevó un cadáver al pabellón, caminando por una capa de nieve tan delgada que no marcó la profunda impresión del doble peso. Rainger dijo la verdad al afirmar que no podría haberse hecho sin que se descubriera si la capa de nieve hubiese sido más espesa. Así es; las huellas habrían sido demasiado profundas. Pero con una capa muy delgada... ¿Ven ahora por qué las huellas estaban tan claramente delineadas, como dijo Potter?

H. M. había perdido su imperturbabilidad. Su voz resonó en el silencio reinante.

-¿No les dije que alguien había destrozado un botellón y un par de vasos en la piedra de la chimenea, y que lo hizo deliberadamente para hacer creer que tuvo lugar una lucha allí? ¿No se preguntaron por qué? Fue para ofrecer la prueba de que ella había sido asesinada en el pabellón. Ahora les diré claramente lo que hizo. No mató a la mujer. La encontró muerta cuando llegó aquí. Es probable que en mi relato vean la evidencia que les señale quién la

asesinó. Volvamos al principio. Ella salió del pabellón después de apagar las luces; subió aquí, como les he dicho, y no se atrevió a regresar a causa del perro. Ahora bien: en mi relato dejaré una nube oscura en medio, la nube que oculta al asesino que la encontró aquí y le aplastó la cabeza a golpes. El asesino la dejó aquí..., tal vez en esa cama -señaló el lecho con el índice-, o en cualquier otra parte. Dejaremos la nube oscura hasta el fin del relato, cuando John Bohun interviene en el asunto.

»Él regresa de la ciudad. Cree haber matado a Canifest, y lo único que le salvará es una mentira respecto a la hora en que llegó a casa. Es decir, si puede probar de alguna manera que llegó aquí a la misma hora en que creyó haber matado a Canifest en Londres; si consigue que alguien jure que estaba aquí y

no en la ciudad cuando falleció su víctima, se salvará. Muy sencillo, ¿verdad? Tiene que conseguir esa coartada. Solamente piensa en ello mientras hace avanzar velozmente su automóvil por los caminos. Es un hombre nervioso y aturdido el que entra aquí y encuentra el cadáver de Marcia Tait en su propio dormitorio. ¿Les extraña su comportamiento de esta mañana? Se encontraba acorralado entre dos asesinatos. Ahora bien: si falsificaba una coartada y decía que no pudo haber estado con Canifest porque estuvo aquí, tenía que explicar la presencia del cadáver en su habitación. Si admitía la hora en que llegó, podrían haberlo culpado de la muerte de Canifest. Se mire hacia donde se mire, veía un nudo corredizo en su camino. No sabía quién había matado a la Tait. Ni siquiera sabía cómo llegó a su dormitorio; lo que sí sabía era que se encontraba en un terrible enredo del que era necesario escapar. ¿Podría llevarla a su habitación y arreglar las cosas para que pareciera que había muerto allí? En tal caso le sería posible afirmar que llegó a la casa a una hora conveniente para sus fines, y tal vez alguien corroboraría su declaración. ¿Dónde dormía Marcia? De pronto lo recuerda: en el pabellón. ¿Habría ido allí? Tiene que averiguarlo, y no hay nadie que pueda decírselo. También recuerda la cita para salir a cabalgar por la mañana. La cuestión es averiguar lo que desea saber. Ahora es cuando entra la verdad en la teoría de Rainger. John se viste con sus ropas de montar; así, pues, si ella ha dormido en el pabellón, como él cree, tendrá una buena justificación para hallarla por la mañana. Va a ver al mayordomo, quien le dice que ella está allí y que los caballos están pedidos para las siete. Allí está el peligro. ¡El pabellón puede verse desde los establos! Si espera hasta que sea de día, el que saque los caballos podría verle entrar con el cadáver... Por otra parte, si puede llevarla unos minutos antes, ponerla en el dormitorio, caminar luego hacia la puerta del pabellón y quedarse allí hasta que vea a uno de los mozos de cuadra, a quien llamará como si acabara de entrar para buscarla..., entonces estaría a salvo».

H. M. agitó el índice en el aire.

-¿Comprenden ahora el significado de los fósforos quemados? La llevó allí y la puso en el suelo unos minutos antes de que Jim Bennett llegara inesperadamente a la casa. Tan escaso fue el margen de tiempo de que dispuso, que sus huellas están aún frescas. Aclaraba ya, aunque no mucho, interrogué cuidadosamente a mi sobrino al respecto, y Bohun tenía que estar en condiciones de ver claramente para preparar la escena del crimen. ¿Comprenden? No se atrevió a encender una luz. Una de las ventanas daba al lado de los establos, donde ya había gente levantada. Si una luz aparecía en esa habitación unos minutos antes del momento en que Bohun afirmaría haber entrado por primera vez..., la habrían visto y habría causado extrañeza.

-¡Un momento, señor! -intervino Bennett-. Había una cortina veneciana en esa ventana. ¿No podría haberla bajado?

H. M. le miró parpadeando.

-¿Crees, mi querido tonto -gruñó-, que no habrían visto la luz aun así? ¿No la vimos nosotros dos a través de las tablillas de la persiana, cuando Willard la encendió esta tarde en la sala?... Le diré, es extraordinario, pero cada una de las respuestas a todas estas preguntas han sido repetidas una y otra vez para ayudarnos. Dejen de interrumpir, ¿quieren? ¡Caramba,

Librodot

estoy en lo mejor del asunto y me divierte bastante!... Encendió fósforos mientras derribaba sillas y taburetes, rompía vasos, quitaba el abrigo a la mujer y escondía las pantuflas en el sitio en que las encontré. No tenía nada con qué simular un arma, aunque trató de hacer ver que fue el atizador. enseguida vi que no lo era, pues no tenía sangre ni cabellos adheridos. La puso en el suelo después de unos minutos de trabajar desesperadamente. Luego se encaminó hacia la puerta, vio a Locker en los establos, le llamó, volvió al interior y lanzó un grito raro, que desde el principio me hizo sospechar de él. Al correr de regreso hacia la puerta, se encuentra con Jim Bennett, que avanza por el prado... A propósito, me dijeron que entonces tenía sangre en las manos. ¿No te pareció raro, hijo, que tuviera sangre fresca en las manos aunque la mujer había sido asesinada varias horas antes? Esto no quiere decir que la hubiera matado, sino que movió el cadáver más de lo que sería necesario al examinarla, destrozando algún cuajarón de sangre con la que se manchó las manos, aunque el corazón había dejado de funcionar y la sangre no era ya fresca...

Alguien lanzó una exclamación ahogada. H. M. contempló el grupo con gran seriedad.

-Entonces -continuó lentamente- ya estaba listo. El hombre se mostró muy inteligente en todo, menos en una cosa. Se olvidó de la nieve. No es, pues, de extrañar que se mostrara agitado cuando le indicó Bennett el detalle, y declaró que no significaba nada. ¿Comprenden ahora por qué rió cuando Willard sugirió que el asesinato de la Tait en el pabellón significaba que hubo allí una cita? ¡Una cita, y, sin embargo, ni siquiera estaba corrida la cortina de la ventana! ¿A nadie le llamó esto la atención? En fin, no importa. Bohun creyó hallarse a cubierto. Ahora podía anunciar a todos que había llegado a la casa mucho antes de la hora verdadera. Podía decir que no mató a Canifest, pues estuvo aquí antes de la hora en que éste falleció...

Maurice Bohun rompió a reír maliciosamente.

-Sir Henry -manifestó-, opino que en este detalle se desbarata su teoría. Afirma usted la inocencia inmaculada de mi hermano. Dice usted que hizo todo eso con una sola idea. Esta idea estaba formada en dos partes: la primera, que admito sin objeciones, cambiar de sitio el cadáver de Marcia a fin de que no le creyeran culpable al hallarla en su dormitorio. Pero la segunda parte, la falsedad respecto a la hora a que llegó a casa, desmiente por completo su teoría. Él no mintió acerca de la hora a que llegó. En realidad, lo que usted ha hecho ha sido hilvanar una acusación casi irrefutable contra mi hermano. Él llegó poco después de las tres, y unos minutos más tarde, según el testimonio médico, Marcia fue asesinada. ¿No es así?

-Exacto -repuso H. M.-. Eso es precisamente lo que me convence por completo de que su hermano no cometió el crimen.

-¿Qué? -exclamó Maurice, conteniendo su ira a duras penas-. No creo que sea éste momento adecuado para decir tonterías...

-No es una tontería. Piense usted un poco. Tenemos a un hombre que desea demostrar que no mató a Canifest ni a la Tait. ¿Eh? Quiere conseguir lo primero haciendo creer que llegó aquí más temprano de lo que en realidad llegó. Lo segundo ha de lograrlo cambiando de lugar el cadáver. ¡Hum! Muy bien. Si hubiera matado a la Tait, sabría a qué hora murió ella. Creo que la suposición no es fantástica, ¿eh? Entonces, ¿por qué diablos ha de hacer coincidir la hora a que llegó con la hora en que fue asesinada la mujer..., cuidándose de afirmar que llegó un poco antes que la mataran? Sería un medio demasiado estúpido de atraer las sospechas sobre él, especialmente si se tiene en cuenta que en un viaje en automóvil desde Londres aquí, veinte minutos o media hora no importan mucho. ¿Por qué dijo que llegó más o menos a las tres? ¿Por qué no afirmó que fue más temprano, asegurándose así una coartada para ambos crímenes? Enseguida me contestará usted: «Porque Thompson le oyó llegar y no podría mentir», lo cual no vale nada. Él hizo su declaración mucho antes de saber que, por una casualidad que nadie podía prever, Thompson estaba despierto a causa de su dolor de muelas y podía desmentir su afirmación.

Dijo eso porque... ¿Quieren que les lea un telegrama? -preguntó de pronto.

-¿Un telegrama? ¿Qué telegrama?

-Uno de Canifest. Lo recibí poco antes de la cena. Es muy interesante -H. M. extrajo de su bolsillo un papel plegado-. Le pregunté a qué hora le visitó anoche John Bohun en su casa. Dice lo siguiente:

Fui a casa después de que la edición matutina del *Globe Journal* entró en imprenta. Exactamente a las dos y cuarenta y cinco. Hallé al visitante en cuestión esperándome en la puerta y le hice pasar a mi estudio. No sé a qué hora salió, debido a que sufrí un ataque al corazón. Pero estoy seguro de que no fue antes de las tres y media.

H. M. arrojó el mensaje sobre la mesa.

-Él dijo que llegó a las tres -continuó -porque creyó que sería una hora conveniente para sus planes. A decir verdad, no llegó hasta una o dos horas más tarde...

-¡Pero alguien vino! -exclamó Willard-. ¡Alguien llegó a las tres y diez! ¿Quién fue?

-El asesino -repuso H. M.-. El hombre que ha tenido la suerte más grande del mundo; el que fue protegido por una serie de circunstancias que no podrían volver a repetirse en cien años; el que nos engañó a todos, pero... ¡A él, Masters!

Su voz resonó en toda la habitación en el momento en que uno de los presentes se lanzaba hacia la puerta de la galería_ En ese mismo instante se abrió la que daba acceso a la escalera secreta, y el inspector Potter irrumpió en el dormitorio al mismo tiempo que Masters aparecía por la otra. El inspector jefe dijo severamente y en tono formal:

-Herbert Timmons Emery, le arresto por los asesinatos de Marcia Tait y Carl Rainger. Tengo que advertirle que cualquier cosa...

El agente de publicidad se quedó inmóvil sólo durante un segundo antes de esquivar la mano que descendía sobre su hombro. Lanzó una silla a las piernas de Potter; se hizo a un lado, mientras gritaba algo ininteligible, y corrió hacia la puerta de la escalera. Potter le asió de la americana y luego logró cogerle por una pierna. No debió haberlo hecho caer. Oyeron un grito procedente de la oscuridad y luego un golpe sordo. Se hizo luego el silencio, mientras Potter, muy pálido y tembloroso, se encaminó hacia el rellano mirando hacia abajo.

Conferencia en Whitehall

Sobre la sencilla placa en que se leía el nombre: «Sir Henry Merrivale», se veían en el entrepaño de la puerta varias leyendas pintadas con grandes letras blancas: «¡Ocupado! ¡Prohibida la entrada! ¡No entre!», y más abajo, en caracteres aún más llamativos, decía: «Me refiero a usted».

Hacía calor en el polvoriento corredor del último piso de la antigua conejera del Whitehall. Por una de las ventanas alcanzaron a divisar las copas de los árboles.

Katherine miró a la puerta y se detuvo vacilante. -¡Pero dice...! -protestó.

-Tonterías -repuso Bennett, abriendo la puerta-. Ambas ventanas se hallaban abiertas, dejando penetrar el aire cálido del mes de junio. En la sombría habitación predominaba el olor de madera y papeles viejos, y a sus oídos llegó el murmullo del tránsito del Embankment. Los enormes pies de H. M. descansaban sobre el escritorio enredados en el cable del teléfono. Su voluminosa cabeza calva se inclinaba hacia adelante; sus anteojos se habían deslizado hacia el extremo de su nariz y tenía los ojos cerrados.

Bennett golpeó con los nudillos en la puerta.

-Lamento interrumpirle, señor -dijo, cuando retumbaba en la oficina un sonoro ronquido-, pero creímos...

H. M. abrió un ojo y pareció sorprenderse.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡No permitiré que me molesten, maldición! Ayer por la tarde les mandé el informe sobre el acordeonista, y si quieren saber qué tenía que ver la clave de sol con la muerte de Robert, tendrán que leerlo allí. ¡Estoy ocupado! Yo... ¿Quién está ahí, eh? -se irguió en su silla y luego hizo una mueca-. ¡Ah! Son ustedes dos, ¿eh? Debí haber adivinado que alguien como ustedes me interrumpirían cuando estoy ocupado en algo serio. ¿De qué se ríen, mozalbetes? ¡Es algo serio en realidad! Se trata del asunto de los Dardanelos, aunque no recuerdo ahora sus detalles principales. Tiene que ver con la paz del mundo -lanzó un resoplido y los miró con expresión de disgusto-. ¡Hum! Parecen muy felices, y eso es malo...

-¿Felices? -exclamó Bennett con explosiva afabilidad-. Señor, permítame decirle...

-¡Chis! -interrumpió Katherine-. No pierdas la dignidad.

H. M. los miró con el ceño fruncido.

-Iluminan ustedes esta oficina, lo cual me disgusta, ¿saben? Bueno, supongo que pueden pasar. Se piensan casar, ¿verdad? ¡Ajá! Esperen hasta que lo hagan; eso les ajustará las cuentas. Ya verán, ¡ja, ja!

-¿Quiere usted decir -preguntó Bennett, asombrado- que no recuerda que hoy se cumple un mes de nuestra boda? También habrá olvidado que usted mismo entregó a la novia, y que Kate se alojó en casa de su hija cuando el buen tío Maurice la arrojó de White Priory, ¿eh?

-El tío Maurice -gruñó H. M. Sus ojos se iluminaron-. Claro, ahora recuerdo. ¡Ja, ja! Bueno, ya que están aquí será mejor que se sienten y beban algo. ¡Ja, ja! Les di un buen susto a todos, ¿eh? Apuesto a que pensaron que el viejo tío Maurice era el culpable de lo ocurrido en White Priory. ¿Se divirtieron en París?

Los dos jóvenes tomaron asiento junto al escritorio. Bennett pareció titubear.

-Acerca de lo ocurrido en White Priory es de lo que queríamos hablarle -admitió-. Es decir... Pues bien: dentro de un par de días partimos para Nueva York, y queremos saber bien lo que pasó. Nunca nos enteramos de todos los detalles debido al alboroto que sucedió al arresto de Emery. Sabemos que falleció en el hospital dos días después de haber caído por la escalera...

H. M. se inspeccionó los dedos.

-¡Ajá! Esperaba que hiciera algo así. No era un mal muchacho el pobre Emery. A decir verdad, tal vez lo hubiera dejado libre de culpa y cargo. Justamente en eso pensaba cuando asesinó a Rainger sólo porque éste lo descubrió. Eso fue repugnante, como todo el asunto. No me repugnó que hubiera matado a la Tait en un acceso de furia. No me hubiera gustado que lo colgaran por eso. Pero lo desagradable del caso se presentó en lo otro...

-Sea como fuere, señor -interrumpió Bennett-, lo que todos parecen saber es que la mató con esa figura de plata que servía de adorno a la tapa del radiador de su automóvil... Es decir, la que tenía la primera vez que vi el coche. Al día siguiente, cuando se presentó en White Priory, la había cambiado por una cigüeña de bronce. Recuerdo que lo noté entonces, aunque el detalle no se registró del todo en mi cerebro. Pero lo que no hemos podido comprender es cómo sabía usted todo eso y adivinó que fue él...

-Y -intervino Katherine- por qué nos hizo reconstruir lo ocurrido en la escalera si ya sospechaba usted de él.

H. M. parpadeó, mientras contemplaba a la radiante pareja, que, al fin y al cabo, no tenía gran interés en los asuntos de los muertos.

-De modo que todavía no lo ven claramente. ¿eh? -dijo-. Tenía que hacerle caer en una trampa, y ése era el único método para probar su culpabilidad. No me gusta hablar de estas cosas, pero... esperen un momento. Aquí, en el escritorio, tengo la declaración que hizo Emery antes de morir.

Lanzando un suspiro, se inclinó un tanto y comenzó a registrar los cajones del escritorio, mientras murmuraba algo entre dientes. Sacó al fin un legajo encuadernado en una carpeta azul, le quitó de un soplo la ceniza que lo cubría y lo agitó en la mano.

-Esto es una tragedia humana... Quiero decir que fue una tragedia humana. Ahora es la carpeta número... ¡Hum! Una serie de páginas escritas a máquina sobre los sufrimientos de un hombre, tan bien presentados en el papel que a duras penas puede creerse que alguien sufriera. Tengo pilas de estas carpetas en el escritorio. Pero Emery sí sufrió..., infernalmente. Dos o tres noches se presentó su rostro en mis sueños. Me agradan la caza y la lucha de intelectos, pero no me gusta ver a nadie en el cadalso, cuando muy, bien pudiera ser yo el que estuviera a punto de ser colgado. Hijo, será éste el único argumento que oirás contra la pena de muerte. Emery cometió el error de amar demasiado a aquella perdida.

Clavó la vista en la carpeta y luego la apartó de sí.

-¿Querían saber? Me vuelvo distraído cuando empieza el verano. Ah, sí! Les explicaré el asunto tal como lo vi yo. Al principio no sospeché de él en absoluto. Cuando llegué a la casa, le hubiera elegido como uno de los pocos libres de sospecha. Conocía el incidente de la caja de bombones envenenados. Sabía que él no tenía intención de matarla cuando se los envió. Así era. Se trataba simplemente de una treta publicitaria, tal como él afirmó y como yo lo imaginara. Eso me apartó de la pista. Le consideré como un hombre que si cometía un crimen no descansaría hasta habérselo contado a alguien para aliviar su conciencia. En eso estaba en lo cierto; me imaginé que se abatiría de una manera u otra, y así fue. No tuvo nunca intención de matarla. Así lo dijo, y le creo. Ni aún pensaba en ello cuando se dirigió aquella noche a White Priory. Pero.., en fin, ya les diré. De todos modos estuve pensando y pensando en la evidencia, y había dos o tres detalles que me preocupaban. ¿Les hablé de mi suposición de que la Tait fue a la habitación de John? ¡Ajá! Y cuando bosquejé la idea, ¿les dije que si ella estuvo allí habría tomado una precaución? ¡Ajá!, ya me parecía haberlo dicho. Les pregunté cuál sería esa precaución. Les diré que en ese sentido no tenía prueba alguna, pero si había supuesto que hizo lo otro, tenía que seguir mi idea hasta su conclusión lógica. Estaba sola en el dormitorio; John no había regresado, y ella no quería que la sorprendieran en aquel lugar. Y bien: ¿qué creen que pudo haber hecho?

-Cerrar con llave la puerta que daba a la galería -repuso Katherine, al cabo de una pausa-. Eso es lo que hubiera hecho yo.

-Sí, y eso es lo que me tenía preocupado. Lo más probable es que no contestara si llamaban o trataban de entrar desde la galería. Pues bien: si cerró la puerta por dentro, enseguida había que borrar de la lista de sospechosos a todos los que pudieran entrar por allí. Empero, no pude aceptar del todo la idea, pues me obligaría a creer que John había llegado a la casa y la había matado. En efecto, al parecer él era el único que podría haberlo hecho. A pesar de todos los indicios no quise aceptar la culpabilidad de John. Había para ello varias razones, aparte de la que aduje cuando expliqué la teoría. Me resultaba imposible creer que un hombre que ya tiene un crimen en su conciencia y busca desesperado la manera de librarse de la ley, mientras se siente dominado por el terror, pudiera haber llevado a cabo lo que hicieron a la Tait. Lo dudaba por esas razones y por el siguiente detalle: el asesinato fue perpetrado muy poco después de la hora a que, aparentemente, llegó John. ¿Comprenden? Él no estaba furioso con la Tait. Por el contrario, creía que ella se pondría furiosa contra él, y eso es lo que le tenía preocupado. Ahora bien: se oyó llegar un auto por el camino de coches a las tres y diez. El asesinato se perpetró a las tres y cuarto. ¿Es razonable suponer que él subió corriendo y la mató (especialmente si ignoraba que se hallaba ella en su habitación), así como así, sin motivo alguno e inmediatamente después de su llegada? Ninguno de los dos pudo haber tenido oportunidad de decir nada. ¿Les parece que tal podría haber sido la conducta de John Bohun, que creía haber matado a Canifest?

-Un momento, señor -interrumpió Bennett-. ¿Y si se hubiera enterado de que Marcia estaba casada? Es posible que se lo hubiera dicho Canifest, que lo sabía por Emery. ¿No es posible que hubiese estado ya furioso cuando regresó?

H. M. apartó la mano, con la que hacia sombra a los ojos.

-¡Ah! -exclamó-. Has acertado en un detalle que me llamó mucho la atención. ¿Por qué

Librodot

habría de ser así?, me pregunté yo. Él era el amante de la Tait. No habían hablado nada de matrimonio. No sólo aceptaba él este estado de cosas, sino que, además, la ayudaba a embaucar a Canifest con el cuento de brindarle su mano. Si en realidad hubiera tenido alguna objeción con respecto a ese plan y no sabía que ella ya estaba casada, le habría preguntado: «Oye: ¿son serias tus relaciones con Canifest?», o algo por el estilo. Y si fuera cuestión de celos, los habría sentido mucho más de un hombre poderoso y rico como Canifest que de un individuo insignificante que se contentaba con mantenerse siempre apartado de los demás. Como no aspiraba a ser su esposo, contentándose con ser el preferido, ¿qué motivo tenía para enfurecerse por el hecho de que ella estuviese casada? Me dije: «Rabia, ¿eh? Esto no parece la rabia de un hombre que descubre que su amante está casada. Más bien parece la obra de un marido que descubre súbitamente que su esposa tiene un verdadero amante».

-¿Quiere usted decir que Emery no sabía...?

-Espera un momento, hijo. Eso es lo que pensé. Como decía, estaba pensando y se me ocurrió otra cosa que no me agradó. ¿Quién era esa figura misteriosa que vagaba por la galería con sangre en las manos y se tropezó con Louise Carewe? ¿Cómo se encontraron? Ya saben ahora que Louise, afectada por el narcótico, había puesto un látigo en su bolsillo e iba al pabellón con la idea de desfigurar el rostro de la Tait. Se nota que estaba aturdida por la droga, pues tenía intención de marchar por la nieve calzada solamente con chinelas.

Pensaba salir cuando se desplomó al suelo ¿Cómo se encontró con ella el asesino? Seguramente que tendría que haberse ocultado en cualquier parte, y lo habría hecho... si hubiese sabido adónde dirigirse. En otras palabras, estaba vagando en la oscuridad en busca de un sitio donde lavarse las manos manchadas de sangre y no conocía la casa en absoluto. Eso tampoco era evidente, pero súbitamente recordé algo muy significativo. Emery fue la única persona de todo el grupo que no quiso creer que la Tait había sido asesinada en el pabellón. ¿No recuerdan? Rainger tuvo que gritar cuando le habló por teléfono, repitiéndole una y otra vez: «En el pabellón, en el pabellón, te digo». Aun entonces sólo pensé que Emery estaba ebrio, ¡y cuando habló con nosotros insistió en que era una tontería! Repentinamente se me ocurrió que con esas palabras se había traicionado por completo. Pensé entonces: «¿Qué tenemos ahora? Pues una serie de pistas y otros detalles que parecen tales. Tenemos una puerta cerrada que da a la galería; así pues, el asesino vino desde otra dirección. Pero no creo que fuera Bohun. Tenemos a un individuo anónimo que no conoce la casa, que vino de fuera y tenía un automóvil. Un hombre de carne y hueso que se ajusta a estos requerimientos y que, además, declara que la mujer no fue asesinada en el pabellón».

Ahora bien: ¿qué objeciones pueden hacerse a todo esto? La primera, que me pareció tan fuerte como para estar a punto de hacerme desistir de la idea, fue ésta: ¿Cómo podía Emery, al llegar a medianoche a una casa desconocida, encontrar la habitación donde estaba la mujer..., especialmente si ella no había tenido intención de estar allí? Por un momento me encontré en un aprieto. ¡Luego se me ocurrió que esa aparente dificultad podría ser la respuesta al enigma del asesinato! Allí estaba la Tait, esperando a Bohun en su cuarto, sin atreverse a regresar al pabellón. Pero John debía ir allá cuando regresara; así lo suponía, y deseaba avisarle. Era posible que él fuera al pabellón, descubriese que ella no estaba allí y provocara un escándalo... Muy bien; si se hubieran encontrado ustedes en esa situación, ¿qué habrían hecho?

Al cabo de una larga pausa, Katherine respondió:

-Supongo que habría esperado junto a la ventana hasta oír su automóvil. Luego habría bajado al pórtico lateral para avisarle de que estaba en su habitación...

Se interrumpió.

-¡Ajá! -asintió H. M.-. Y, según habrán notado, la techumbre del garaje oculta todo el camino, excepto su extremo, que se extiende hacia los establos. Yo mismo lo comprobé, asomándome a la ventana. Desde la habitación del rey Carlos se ve un trecho muy corto del camino..., ¿eh? Ella oyó llegar un coche, lo estaba esperando, y no se figuró que en su

Librodot

residencia tan solitaria, y a las tres de la mañana, pudiese ser otro vehículo que el que esperaba. Eso mismo. De manera que, vestida como estaba, se asomó a la ventana y llamó al recién llegado, o bajó hasta el pórtico, y habló en voz baja al supuesto John Bohun, avisándole que no estaba en el pabellón, sino en su cuarto. Escuchen -abrió la carpeta azul -: «Bajo juramento declaro que nunca tuve intención de matarla. No creí que Carl estuviera en lo cierto. Sólo pensé que tenía que ir a esa casa y convencerme, pues de otro modo me volvería loco. Ocurrió así: cuando estaba en el hospital, después de haber comido el bombón envenenado, me visitó Carl y me dijo: "Bien; ya te he demostrado que Canifest es el productor de la obra. Si tienes un poco de coraje, irás a verle y decirle que eres el marido de Marcia. ¡Cristo!, ¿es que todos han de tomarte por idiota? ¿No vas a portarte como un verdadero hombre?". Me contó entonces lo que ya me dijera antes respecto a Bohun, aunque yo no le creí. Ella me juró que no era verdad, como hacía siempre. Me dijo que si la dejaba en paz para que pudiera triunfar en su carrera, nunca miraría a otro hombre en su vida. Y Carl me dijo: "¿Sabes por qué se la lleva él a su casa de campo?". Y agregó que si no le creía, no tenía más que ir yo mismo y convencerme. Me aconsejó que fuera tarde y sorprendiera a todos. Dijo que ella estaría en la casa de mármol, que está en la parte trasera, y que al dar una vuelta por el prado la vería. Agregó que los encontraría a los dos juntos... No pude estar tranquilo hasta que lo hice. Pero en el camino tuve algunas dificultades con mi coche, pues se soltó la correa del ventilador y el motor se calentó. Además, creo que el radiador perdía agua...» ¿Notaste -preguntó H. M., elevando la vista-, cómo humeaba el radiador cuando lo vimos al día siguiente en el camino? «Llegué, pues, al camino, y después noté que mi automóvil no dejaba huellas, pues las ramas de los árboles están tan juntas que no habían dejado pasar mucha nieve. Detuve el vehículo en el garaje. Me estaba preguntando dónde estaría la casa de mármol de que había hablado Rainger, y vi de pronto que el motor comenzaba a humear de nuevo. Se me ocurrió bajar y ponerle un poco de nieve para enfriarlo. Salté del coche y quité la pesada figura de plata que servía de tapa al radiador. Estaba infernalmente caliente, pero yo tenía los guantes. De pronto oí que alguien me hablaba en voz baja desde el pórtico...». Estrujen un poco su imaginación -indicó H. M., con cierta sequedad-. «Aun entonces no se dio cuenta de mi identidad. Yo mantuve la cabeza gacha. No supe adónde iba, pero la seguí. Subimos por una escalera en la que reinaba la oscuridad, y ella siguió hablando hasta que llegamos al dormitorio y se volvió, dándose cuenta de que era yo. No supe lo que hacía. La golpeé una y otra vez con la figura que tenía en la mano. No sé cuántas veces la golpeé. No recuerdo bien lo que hice, pues enseguida se quedó quieta y comprendí que no debía haberla golpeado. Traté de volverla en sí y le hablé, pero no se movió. Tuve que quitarme los guantes para averiguar qué le pasaba, y cuando me vi las manos llenas de sangre, comprendí que estaba muerta. No recuerdo tampoco que hice después, excepto que tuve la suficiente sensatez como para buscar dónde lavarme las manos. Temí que al regresar a Londres las viera alguien manchadas de sangre. Salí, pues, en busca del cuarto de baño, pero no lo pude encontrar a causa de la oscuridad. Fue entonces cuando me tropecé con alguien, lo cual me asustó aún más. Creo que esto ocurrió mucho tiempo después, porque después de haberla golpeado tantas veces, me senté a su lado y estuve hablándole. Pero cuando tropecé con alguien en la oscuridad, me dominó el temor y regresé al dormitorio. Guardé los guantes y el tapón del radiador en mi bolsillo, bajé por la escalera y salí de nuevo al pórtico. Comprendí que si oían el ruido del motor, alguien se asomaría para ver quién era, pues pensé qué la mujer con la que me encontré despertaría a todos. Pero el camino forma una pendiente hacia la carretera, de modo que no tuve más que empujar el auto y dejarlo rodar hacia atrás hasta que llegué al camino principal...». Razón por la cual se oyó llegar a un auto, pero no se le oyó alejarse -expresó H. M.-, confirmando así la idea de Thompson de que se trataba de John Bohun. A decir verdad, John no regresó, como ya lo saben ustedes, hasta las cinco, cuando Thompson se había quedado dormido. Recordarán ustedes que le interrogué al respecto...

»Pero volvamos al asunto. Ya saben ustedes ahora que ese trozo de plata saltó de la figura del radiador cuando la empleó Emery como arma -John lo encontró; no sabía qué era,

Librodot

pero era el único indicio que tenía. Cuando llevó el cadáver de la Tait al pabellón se creyó seguro. Luego perdió la cabeza al ver que Potter medía las huellas, y...»

-Ya está bastante bien -le interrumpió Katherine, serenamente.

-¿Ajá! Pues bien, no estaba dispuesto a admitir lo que había hecho, pero decidió tener el trozo de plata en la mano antes de suicidarse. ¿Comprenden? Sabía que el gran Masters, de Scotland Yard, estaba en la casa, y tuvo la esperanza de que el inspector comprendiera el significado del indicio y adivinara quién lo había dejado. Ahora bien: cuando Maurice nos explicó su teoría, yo sospechaba ya de Emery. Ignoraba, sin embargo, qué arma había empleado; Masters no había mencionado aún el trozo de metal. Como no tenía ninguna prueba en absoluto contra Emery, no podía acusarle. Todo lo que deseaba era mantenerle bajo vigilancia el mayor tiempo posible. Por el momento estaba en la casa; pero sólo en calidad de amigo de Rainger, y enseguida sería despedido por Maurice si no lograba yo tener a éste de buen humor. En caso contrario, le habríamos perdido. Aparentemente, ni siquiera estuvo en la escena del crimen cuando se cometió éste, y tampoco podía retenerle como testigo para la investigación oficial. Lo único que podía hacer era insinuar a Maurice: «Trate bien a Rainger y a su amigo. Reténgalos aquí, sea amable con ellos, y vea cómo reaccionan cuando haga usted explotar la bomba». Esto agradó muchísimo a Maurice. Tuve que fingir que aceptaba su teoría. Además, no me atrevía a correr el riesgo de que Rainger recobrara la serenidad. En efecto, si tenía realmente una coartada como afirmaban, tanto Rainger como Emery serían arrojados de la casa cuando Maurice descubriera que no podría tener el placer de hacer colgar al director. Mientras tanto, era necesario encontrar alguna prueba; tenía que trabajar rápidamente y convencerme de lo acertado de mis sospechas respecto a Emery. Muchacho, te aseguro que sudé la gota gorda... hasta que Masters me dio el informe respecto al trozo de metal.

H. M. inspiró profundamente. De nuevo tomó la carpeta azul.

-«Noté al instante que se había roto la figura del radiador, y me di cuenta en dónde debía de estar. Luego, cuando me enteré de que creían que ella había muerto en el pabellón, comprendí que si lo hallaban y adivinaban su procedencia estaba perdido. Todo dependía de que descubrieran o no si había muerto en el pabellón. A pesar de ello, decidí ir a echar una ojeada; mas no supe cómo ingeniármelas hasta que el viejo me pidió que cuidara de Carl, afirmando que conseguiría que miss Bohun me invitara a cenar en la casa. Comprendí que había algo raro en eso, aunque no supe qué sería, y él afirmó que no sospechaba de mí. Cuando me dijo que mantuviera ebrio a Carl, no comprendí sus motivos, pero accedí a ello, pues temía que Carl me hubiera descubierto. Me traicioné ante él cuando hablamos por teléfono, pues ignoraba que hubieran cambiado de lugar el cadáver, pero creí que Carl estaba demasiado bebido para recordar. No fue así. En efecto, cuando creí que había perdido por completo el conocimiento, después que cayó la noche, me dirigí a la habitación de la escalera secreta y busqué el trozo roto del adorno del radiador. Carl me siguió. Cuando oí sus pasos y le vi, me preguntó: "¿Qué haces aquí?". "Nada", le contesté. Me trató de mentiroso y empezó a gritar que yo la había matado. Para impedírselo, le cogí del cuello... Después de haberle arrojado por la escalera estuve a punto de ser sorprendido. Nadie oyó nada, pues en ese momento se iban los reporteros y los escapes de sus automóviles hacían un ruido infernal. Entonces entró ese viejo gordo, el otro policía llamado Masters, Bennett y esa joven bonita. Entraron por una puerta mientras yo estaba detrás de la que da a la escalera. Pero no pude bajar y escapar por el pórtico y entrar de nuevo en la casa porque afuera estaban los policías y los periodistas, y pensé entonces que estaba perdido...»

-¡Y -gruñó entonces H. M., golpeando la mesa con el puño-, si hubiera tenido un poco de sentido común, le habría sorprendido entonces!

-¿Cómo? Si usted no sabía...

-Claro que sí. Ahora llegamos a la última parte, y les diré lo que sucedió. Me senté junto a la mesa y abrí el cajón... Y en el acto supe el significado del fragmento de metal. Comencé a

pensar: «Un motor recalentado que humea... Yo vi ese auto esta tarde». Enseguida se me ocurrió lo sucedido. Fue entonces cuando le vi.

-¿Le vio usted?

-Vi su ojo por el agujero de la llave. ¿No notaron que es enorme? Temí que se diera cuenta de que le había visto. ¿Cómo iba a saber que acababa de matar a

Rainger, o que podría sorprenderle junto a su víctima? Lo único que sabía era que alguien estaba detrás de la puerta. Si la abría, lo hubiera puesto en un aprieto, pero no me figuré tal cosa. Nada podría haber probado contra él por el solo hecho de encontrarle oculto allí.

»Pero súbitamente se me ocurrió el plan. Pensé que Emery había estado buscando precisamente el trozo de metal que tenía yo en la mano, o tal vez no. Valía la pena arriesgarse para comprobarlo. Lo levanté entonces para que lo viera bien, y afirmé en voz alta que lo dejaba en el cajón. Mientras tanto, estaba seguro de que no podría salir de allí, pues Potter y los demás estaban en el pórtico. Aunque se apartara podría seguir oyendo mi voz, debido al espacio que hay entre el marco y la puerta.

»Pues bien: declaré que no sabía la procedencia del fragmento de metal. Pero dije que lo dejaría en el cajón para llevarlo al día siguiente a un platero de Londres, que podría decirme qué era. Muchacho, comprendí entonces que ese triángulo de plata era la única prueba que podría usar contra él... siempre que pudiera hacérselo admitir. Con toda tranquilidad podría haber dicho que procedía del radiador de cualquier coche. Pero si conseguía que robara ese trozo de plata del cajón, a fin de que lo tuviera sobre su persona cuando le acusara... ¿Cómo podría negarlo?»

H. M. sonrió.

Katherine se irguió en la silla.

-¿Entonces no necesitaba usted reconstruir lo ocurrido en la escalera -preguntó.

H. M. sonrío.

-Así es, querida. Eso mismo. Todo lo que necesitaba era una excusa para hacer entrar a todos en esa habitación, llevarlos a un sitio donde su atención estuviera ocupada, y fingir que hacía tomar parte a Emery en el plan. Era imprescindible que él se engañara, a fin de que mi proyecto tuviera éxito. Estando el cadáver de Rainger al pie de la escalera, Emery pensaría que, en la confusión, nadie lo vería. Eso era todo lo que necesitaba. Después de un intento para encontrar el fragmento de plata, no realizaría otra hasta que estuviera seguro de poder hacerlo sin peligro. Y yo fingí caer en la trampa...

»Bosquejé una parte de mi plan mientras él escuchaba detrás de la puerta, fingí no dar ninguna importancia al fragmento de metal, y cuando él ya estaba enterado del plan, abrí la ventana y grité a Potter que subiera... a fin de que él pudiera escapar.

»Bajó, salió por el pórtico lateral y volvió a entrar en la casa. Beryl Simmonds fue a verle enseguida..., ¡y el hombre estaba fuera de quicio cuando entró Masters! ¿Notaste su expresión, hijo? En verdad, yo mismo había enviado a Masters y a ti allá para que comprobaran si estaba Emery, no Rainger. Él les contó, según me dijeron, una mentira respecto a que alguien llamó a su puerta. Evidentemente, era una invención suya, pues la galería estaba a oscuras, y, sin embargo, Masters y yo habíamos encendido las luces al subir. Todavía predominaba en su cerebro la idea de que él mismo apagó las luces cuando se encaminó a la habitación del rey Carlos, y eso le traicionó. Apeló a la chica para que corroborara su afirmación, sabiendo perfectamente que ella estaba tan histérica que admitiría cualquier cosa.

»Me hubiera cortado el cuello -continuó H. M., salvajemente- cuando encontré el cadáver de Rainger. ¡Ah, si se me hubiera ocurrido sorprenderle cuando estaba en la escalera! Pero me dije: "¡Por Dios, ahora lo reventaré...!". Por eso fingí hacerle participe de mi plan, el cual le hizo abandonar sus sospechas. Cayó en la trampa sin dificultad alguna. Le había dicho que Masters estaría abajo. En realidad, el inspector se hallaba en la galería, y le vio acercarse

Librodot

a la mesa y sacar el trozo de metal cuando se apagaron las luces. Comprendí entonces que ya le tenía en un puño. Por eso terminé el experimento y...»

H. M. hizo una mueca. Clavó la vista en la carpeta azul y la guardó en el cajón, cerrándolo con violencia.

-Eso es todo -agregó.

Durante largo rato reinó el silencio. Desde la calle les llegaba el rugir del tráfico. Al fin H. M. se puso en pie. Se encaminó hacia la caja de hierro y sacó una botella, un sifón y vasos. Su enorme cuerpo se delineó en el rectángulo de la luz de la ventana.

-Así que ahora pueden ustedes olvidar -agregó-. Ha pasado usted momentos muy malos con esa familia suya, señora; pero ahora está libre, y su marido no es mal muchacho. Si alguna vez necesita al viejo para cualquier otra cosa, llámelo. Mientras tanto...

-¿Mientras tanto...?

H. M. contempló su vaso. Miró luego alrededor, estudiando la vieja oficina con su colección de libros raros, sus cuadros torcidos, polvo y los trofeos de su agudísimo cerebro. Bajó la mirada hacia los soldados de plomo que descansaban sobre una mesa y con los cuales estaba resolviendo un problema humano...

-No sé -repuso, haciendo un ademán vago-. Supongo que seguiré pensando y pensando...

Librodot